COLGADA



ナイルパーチ

ASAKO YUZUKI

La historia de una amistad peligrosa y una obsesión frenética

DUOMO
NEFELIBATA

COLGADA

NEFELIBATA

ASAKO YUZUKI

COLGADA

Traducción del japonés de Sílvia Saorín

Duomo ediciones
Barcelona, 2026

Título original: ナイルパーチの女子会 (*Nile Perch No Joshikai*)

© 2015, Asako Yuzuki
© de la traducción, 2026 por Silvia Saorín
La edición original en japonés ha sido publicada por Bungeishunju Ltd. (Tokio).
Los derechos de traducción al español están reservados por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l. en virtud de la licencia concedida por Asako Yuzuki, gestionada con Bungeishunju Ltd. a través de The English Agency (Japan) Ltd. y MB Agencia Literaria, S.L.
Todos los derechos reservados.

Primera edición en formato digital: septiembre de 2026

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona 11, 3.o 1.a izq. 08010 Barcelona (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87574-75-8
DL: B 12.574-2026

Composición: David Pablo
Ilustración de cubierta: © Adobe Stock | Julian Humphries
Diseño de cubierta: Departamento de diseño de HarperCollins
Adaptación de cubierta: Pepe *nymi*
Conversión a formato digital: Brioworkx.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

1

Quiero nadar. Quitarme la camisa, la falda y dejar caer la ropa interior a mis pies. Quiero avanzar sin rumbo fijo por un espacio silencioso, sentir en la piel desnuda la suavidad del agua y la refracción de la luz. A medida que agua y piel llegasen a la misma temperatura, la frontera entre mi cuerpo y el mundo se haría cada vez más fina y mi peso, edad y género perderían todo significado. Si intentase hablar, mis palabras se convertirían en burbujas que subirían alto, muy alto, hasta desvanecerse borrosas en la blanca distancia.

Ya casi ha acabado la estación cálida, ¿por qué me siento así?

Ah, claro. La oficina que tengo delante a primera hora de la mañana se parece mucho a una piscina cubierta desierta. Los escritorios están ordenados con pulcritud, como si fueran las calles de una piscina; el espacio vacío entre medias, tenuemente azulado, me recuerda a la superficie del agua. Incluso el olor a cloro y el del tóner de impresora se parecen: un tufo acre que me recuerda a algo.

Buscando un lugar y un momento para poder estar sola, libre de interrupciones, terminé aquí, en esta oficina donde paso la mayor parte del día. Es un espacio en el que se espera que muestre mi faceta más competente, pero en este instante podría gritar tonterías a pleno pulmón o bailar como una loca y no pasaría nada.

Por supuesto, no hago nada de eso. Soy el tipo de persona que no baila ni grita nunca, sin importar cuál sea la situación.

El departamento de ventas de la división de alimentación, que ocupa la mitad del piso 19 del edificio principal de la sede de Ōtemachi de Nakamura Shōji, la mayor empresa comercial de Japón, está completamente vacío entre las seis y las siete de la mañana. Es una sección que se encarga de las típicas tareas de una compañía comercial: importar alimentos del extranjero y venderlos a empresas nacionales.

El aire fresco que se respira, impoluto, calma la mente y el cuerpo de Eriko Shimura, que siempre está buscando algo que solucionar. Al ser la primera en llegar, tiene la obligación de encender las fotocopiadoras. Desde pequeña le ha gustado adelantarse a todo. Su padre, que había trabajado en la misma empresa, le enseñó que tomar la iniciativa es una de las cualidades esenciales de un trabajador.

Al principio, sus padres, con quienes vive en un piso en Setagaya, parecían molestos porque su única hija nunca desayunaba con ellos, pero ahora que ya lleva ocho años en la empresa no dicen nada. Eriko sigue sin tener la intención de abandonar la casa de sus padres, aunque ya tiene treinta años. Sin el apoyo de su madre, le sería imposible mantenerse tan impecable y en forma como lo hace y encima trabajar. Además, si se marchara, su madre se asfixiaría al quedarse sola en casa con su padre, tan propenso a los silencios.

Por muy temprano que llegue, no suele poder disfrutar de más de cuarenta minutos de soledad. La mayoría de sus compañeros llegan al menos una hora antes del inicio de la jornada, a las ocho y media, y no es raro que revisen el correo mientras comen algo que han comprado en un supermercado cercano.

Mientras se abre paso entre más de cincuenta escritorios hacia su puesto de trabajo, hunde en la alfombra los zapatos marca Tod’s que antes eran de su madre, tan pulidos que reflejan con claridad las luces fluorescentes del techo. La mitad del personal del departamento de ventas de la división de alimentación son empleados fijos, pero entre ellos solo hay dos mujeres: Eriko y una de las jefas, Sayako Yotsuba, que lleva diez años más que ella en la empresa. Por el contrario, todas las empleadas temporales y sin

contratos fijos son mujeres. Y todas llegan a la hora exacta en que empieza la jornada.

La bolsa en la que lleva el desayuno que ha comprado en el supermercado y el periódico *Nikkei* le roza contra la falda plisada color beis con un suave crujido. Se sienta en su mesa y enciende el ordenador. El sonido al arrancar retumba bajo sus pies con una vibración grave y se extiende lentamente como un arco invisible a su alrededor.

Es el único momento en el que Eriko se permite no hacer nada, no pensar en nada. Quizá sea el instante más relajante del día. Disfruta de esos segundos de libertad mientras espera a que se encienda la pantalla y aparezcan las ordenadas carpetas de su escritorio. Ahora que sus ingresos anuales han superado con holgura los diez millones de yenes, Eriko puede afirmar con seguridad que lo más valioso en este mundo es el tiempo. Con tiempo, se pueden resolver la mayoría de las cosas.

En una época en la que todo el mundo vive con prisa, cualquier proyecto, producto u obra que requiera una gran cantidad de tiempo tiene valor por sí mismo. Es agradable ver cómo alguien se toma el rato de escribir un saludo apropiado en una carta de tres páginas o de maquillarse tan sutilmente que parezca su piel natural, o se molesta en cuidar de la manera adecuada un artículo de cuero.

Antes de hacer sitio para colocar el desayuno, saca unas toallitas desinfectantes y limpia el escritorio con un sonido seco y decidido. Hace lo mismo con el teclado del ordenador y el auricular del teléfono. Puede parecer un comportamiento obsesivo, incluso ridículo, pero, si no lo hace, no siente que esta pequeña porción de este espacio tan vasto sea suya.

Empieza con la montaña de documentos acumulados, y los revisa uno por uno con rapidez. Trabaja a mejor ritmo que durante el horario laboral, cuando las idas y venidas de personas y el constante sonido del teléfono lo ralentizan todo. Una puede sacar tiempo para lo que sea si es lo bastante ingeniosa. Eso fue lo primero que aprendió de su supervisor cuando empezó a trabajar en la empresa.

Unos minutos después, al terminar por fin con la montaña de papeles, Eriko, con una ligera sensación de satisfacción, acerca por

fin la bolsa del supermercado al centro del escritorio.

Saca un café con leche y un nuevo producto que acaba de salir: pan de melón con *karintō*. Esa mañana ha pasado por dos supermercados del barrio, pero en ambos estaba agotado; al final lo ha encontrado en una tienda dentro de la estación del metro. Aunque sabe muy bien que no contiene nada especialmente saludable, no puede evitar, quizá por deformación profesional, darle la vuelta al envoltorio y revisar la lista de ingredientes.

Mitsuzaki, la gran empresa panificadora, es un cliente importante del departamento de cereales. Edulcorantes artificiales, conservantes, colorantes. Incluso a su edad siente una especie de placer culpable al comer a escondidas cosas que su madre, con su inclinación por los alimentos naturales, seguramente desaprobaría.

Y pensar que solo cuesta noventa y ocho yenes. Recuerda que, cuando estaba en el instituto, algunos de sus compañeros compraban en la cafetería este tipo de pan dulce para saciar el hambre. Aunque agradecía los desayunos caseros que le preparaba su madre, sentía una envidia inexplicable por esos grandes panes de colores chillones. Le parecía que esos cuerpos, que se llenaban tan fácilmente con dulces ligeros, tenían que llevar también una vida ligera y despreocupada.

Despliega la larga pestaña de marcadores, coloca el cursor sobre la URL de su blog favorito y, con un clic, se sumerge en un momento que les pertenece solo a ella y a la autora. Mientras lee el texto, mordisquea el pan de melón, que es casi tan grande como su cara. Con un crujido, la capa de galleta que lo recubre se rompe y el sabor a mantequilla, azúcar moreno y esencia de melón la desborda.

Efectivamente, tenía razón. El equilibrio entre lo salado y lo dulce no está mal, pero sabe a comida barata. Aun así, al degustarlo junto a las palabras en el monitor, el pan de melón le resulta extrañamente delicioso, como si el sabor se le impregnara en todo su ser.

> ¿No os parece que la idea de juntar un dulce frito como el *karintō* con el pan de melón es una tontería? Cuando lo vi en el supermercado, no pude evitar reírme. Pero al morder esa masa aceitosa y crujiente, con un leve sabor a salsa

> de soja tipo *mitarashi*, de repente te golpea un aroma refrescante a melón, como la luz en los ojos al salir de un túnel. Ahora me he vuelto adicta a este pan. Tiene un sabor ridículo. Y un precio todavía más ridículo. Todo es más fácil si consigues quitarte de en medio el desayuno con una marranada como esta. No sé. Es como si le estuvieras sacando la lengua a la vida. Ah, pero no se lo recomiendo a nadie.

«Sacarle la lengua a la vida». Eriko piensa que es una buena expresión. Para ella, la vida siempre ha sido algo con lo que se debe lidiar en serio, enfrentarse de cara.

Mientras se recuesta en la silla con una leve sensación de victoria y el peso del aceite grasiento extendiéndose por su pecho, le llega una voz por encima de su escritorio:

–Comes como una adolescente, Eriko. Vas a engordar.

Sea cual sea la situación, Yasuyuki Sugishita, su compañero del equipo de productos del mar, tiene la costumbre de hablar de tal modo que hace que uno se pregunte si no ha cometido algún error. Mientras su interlocutor piensa en si ha hecho algo mal, él impone su ritmo sin problemas. Ese tipo de actitud parece hacerlo inmune incluso a las críticas: no es que sea particularmente perfeccionista, pero Eriko nunca ha visto que un superior lo reprendiese o corrigiese.

En el departamento de ventas, dominado por tipos atléticos, Yasuyuki destaca por su cuerpo delgado y huesudo y su rostro alargado, aunque proporcionado, la mandíbula fina y los labios pálidos y poco atractivos. Estudió Arquitectura, una formación académica poco común, y aunque habían entrado al mismo tiempo, él era dos años mayor que ella.

–Buenos días. Ah, este pan –responde Eriko, decepcionada de que su momento de soledad haya terminado antes de lo esperado–. Lo he visto en un blog y por fin lo he encontrado –dice señalando rápidamente la pantalla del ordenador.

Yasuyuki se inclina sobre el escritorio. Eriko piensa que está demasiado cerca, pero él no hace ademán de apartarse. El fuerte olor del producto favorito de peluquería de su compañero le sube por la nariz.

–¿Eh? ¿Un blog de amas de casa? ¿Y qué encuentra de interesante en él una mujer soltera como tú, Eriko?

Diario de Ohyō, un ama de casa inútil es el nombre del blog que Eriko lee casi todos los días desde hace dos años. Una página principal de diseño austero y textos largos con pocos saltos de línea. Las fotos que a veces acompañan a las entradas están sacadas con el móvil, y la verdad es que son de calidad pésima. Aun así, siempre aparece en el top treinta de blogs más populares de amas de casa. Quizá lo más llamativo es que no tiene *haters*, los detractores habituales de este tipo de páginas.

–Bueno, es que no es el típico blog de ama de casa. No se nota forzado, tiene un aire relajado muy especial. Aunque lleva una vida bastante descuidada en lo que respecta a la alimentación y las tareas del hogar, de alguna manera transmite sensación de limpieza, de mesura. Además, como tenemos la misma edad, me identifico con ella.

Ohyō vive con su marido, que trabaja de encargado de un súper, en un apartamento en Tokio. Todo indica que de momento no piensan en tener hijos. Aunque no parece que vivan con grandes lujos, ella no trabaja a tiempo parcial ni nada por el estilo. A pesar de ser ama de casa, solo cocina de vez en cuando y suele ir a cenar con su marido a cafeterías-restaurantes o a sushis de cinta giratoria.

Lo curioso es que esas cosas no molestan a su marido y parece que tienen una relación muy buena. Pero tampoco se expresa con mucho cariño o trata de alardear de su vida perfecta. A Eriko también le gusta que se refiera a su marido con el título de «Rey Demonio» en vez de alguna cursilada como «amorcito mío» o un simple «Sr. X».

> ¡Me gustaría tener hijos algún día, pero todavía no he llegado a ese punto de mi vida! Una vez que nos ponemos al lío, el sexo no está mal, pero hasta que no llego al punto es un follón. ¡Eh, Rey Demonio, ¿estás leyendo esto?!

Suelta comentarios así de atrevidos con total naturalidad.

Cuando escribió sin vergüenza alguna que no acumulaba puntos en supermercados o farmacias ni tampoco usaba cupones porque no

era su estilo, a Eriko le pareció una declaración tremendamente refrescante:

> ¡Nos están robando nuestro valioso tiempo! ☹ Aunque una acumule puntos poco a poco, al final te ahorras, como muchísimo, unos quinientos yenes. Y si sumas el trabajo que implica sacar la tarjeta de puntos cada vez que vas a la caja, mejor olvidarse del tema por completo. ¡Si juntamos todos los minutos que perdemos haciendo esto a lo largo de la vida, quizá llegaríamos a las diez horas o más! En casa no es que nos sobre el dinero, así que seguramente estoy siendo tonta, pero me da igual, ¡ya estoy harta! No os imagináis lo ligera que se me quedó la cartera cuando por fin me deshice de todas las tarjetas de puntos. ¡Me sentí libre!

Hace mucho que a Eriko le molesta ver la abultada cartera de su madre, repleta de tarjetas de puntos y cupones. A pesar de que su padre fue durante muchos años presidente de una filial de Nakamaru Shōji y que llevan una vida acomodada, le duele ver a su madre plegarse con docilidad a las reglas impuestas por los comercios solo por ahorrarse cien o doscientos yenes.

A primera vista, su madre parece una mujer a la que no le importan las opiniones de los demás, pero no sabe resistirse a la presión social y flaquea en cuanto le aprietan un poco. Es el tipo de persona que lo guarda todo y no tira nada. Quizá eso último es lo que más le molesta, porque ella es igual.

Probablemente Ohyō entienda, de forma intuitiva, que el tiempo vale más que el dinero. Por eso puede vivir la vida a su manera, libre de ataduras, disfrutando plenamente de su tiempo.

–¿Qué te parece interesante? No tiene nada que ver con tu vida. Es muy de ama de casa –dice Yasuyuki sin mostrar el más mínimo interés.

Esa indiferencia, por algún motivo, hiere levemente a Eriko, quien se apresura a responder:

–Precisamente me gusta que sea tan natural. Que no parezca forzada. No sé, me resulta encantadora. También me gusta ese ritmo lento que tiene, como si el tiempo fluyera con calma y abundancia.

–No me digas que lo que te entretiene es burlarte de un ama de casa despreocupada. Qué típico de las mujeres. Os encanta encontrar a otra que está peor para sentiros mejor con vosotras mismas.

Aunque Eriko ya está acostumbrada a ese tipo de comentarios por parte de los hombres de la empresa, no puede evitar sentirse incómoda. Cuando empezó a trabajar, le resultó muy chocante lo normalizado que estaba el desprecio hacia las mujeres, pero con el tiempo se ha resignado. Lo mejor es pasar de ellos y no enzarzarse en una discusión.

No lo dicen con mala intención, es solo que tienen la sorprendente capacidad de soltar lo primero que se les viene a la cabeza sin pensarlo dos veces. Si se lo toma a pecho, acabará por hacerse daño. Si pierde la compostura, será ella la que quede mal.

Gracias al respaldo de su padre y a su posición de empleada fija, Eriko sabe que mientras mantenga una imagen impecable y trabaje tan duro como sus compañeros varones, la tratarán como a una igual. No tiene sentido molestarse por trivialidades de oficina. Decide mantener una actitud serena y no dejar que le arruine el buen humor.

–Te equivocas. Normalmente, los blogs de amas de casa solo están para que la autora alardee de lo feliz que es con su familia, lo buena que es con las tareas domésticas o lo bien que se le da cocinar. Es como si tuvieran la necesidad de que alguien las alabase. Pero este es…

El teléfono del escritorio suena e interrumpe la conversación. Al descolgar, resulta ser una llamada de un proveedor de atún de California. A esta hora suelen llamar mucho de Estados Unidos.

–*May I have your name, please? When shall I have him return your call?*

Tras informar de que la persona a cargo no ha llegado todavía a la oficina, Eriko se gira hacia Yasuyuki. Le frustra no poder explicarse con claridad.

Le gusta la manera de pensar de Ohyō; a primera vista puede parecer dejada, pero en el fondo hace observaciones muy agudas. Cada vez que lee el blog, sus palabras le inundan el pecho con

calidez reconfortante. Aunque se expresa siempre con amabilidad y dulzura, se nota que es inteligente y que nunca haría daño a nadie. Es una vaga, pero no trata de ocultarlo o justificarlo con explicaciones absurdas o innecesarias. No parece que sienta la necesidad acuciante de tener hijos por miedo a que se le pase el arroz. Y, sobre todo, sus entradas están llenas de ideas y frases simples, pero que dejan huella en el corazón y que Eriko desea imitar.

Por ejemplo: en los días en los que hace mucho calor y humedad, hace las tareas domésticas en bañador y, al terminar, se pone un vestido por encima y va a darse un chapuzón a la piscina municipal. Cuando va a la biblioteca, solo saca libros de Sen Ishida. Acude con frecuencia a una cafetería de la zona, claramente un negocio para blanquear dinero llevado con descuido, solo para leer Baketsu de Gohan, de Kiriko Kubo, pues tienen todos los volúmenes del manga. Encima, cuando va, pide a propósito los platos más engorrosos y difíciles de hacer.

A veces sale con su marido y van juntos al karaoke, pero solo a cantar canciones en inglés. O piden una *pizza* a domicilio y ven películas taquilleras por la tele. O van de supermercado en supermercado buscando algún helado concreto que se les haya antojado.

Lo que más le atrae es su manera de vivir como si fuera un gato: sin hacer nada durante todo el día, sin un propósito, sin horarios restrictivos, solo dejando que la vida siga su curso.

¿Cuándo fue la última vez que ella hizo algo así? Fue hace tanto que no consigue recordarlo. Solo con leer el blog se le reducen un poco los nervios y la tensión que acumula de las cenas de trabajo y las investigaciones de mercado que hace cada noche.

Pase lo que pase, Eriko trata de no malgastar el tiempo. Incluso fuera del trabajo se esfuerza por cuidarse y mantener un buen aspecto físico, por investigar y estudiar. Por supuesto, tampoco descuida el descanso y las horas de sueño reparador. Está convencida de que cada acción que realiza, cada paso que da, contribuye, de alguna forma, a su propio beneficio. No duda ni por

un segundo de que cada día es una versión mejor de sí misma que el día anterior.

Aun así, desde que cumplió los treinta, hay momentos en los que siente dolor en lo profundo del alma. Es como si le faltara oxígeno, como si, por mucho que agitase los brazos, jamás llegara a tocar nada. En esas ocasiones tiene que respirar profundamente, repetirse muchas veces que todo está bien y enumerar una por una sus virtudes, sus logros y lo que aporta a la empresa. Cuando eso no basta, se ve obligada a actuar con una humildad excesiva solo para obtener alguna palabra de reconocimiento que la ayude a recuperar el equilibrio.

Por más que se esfuerce, al final del día anochece y luego amanece de nuevo. Y con cada amanecer, su potencial se reduce un poco más, le resulta más difícil corregir el rumbo. ¿Se trata de una crisis típica de la edad? ¿Acabará por acostumbrarse en unos años?

Cuando percibe, aunque sea sutilmente, rastro de esa misma angustia en otra mujer, siente una mezcla de alivio y placer.

Pero no parece que Ohyō tenga esa angustia.

Por encima de todo, lo que más le gusta del blog es que, a pesar de que habla de su marido, nunca menciona a ninguna amiga.

Entre tantos blogs de amas de casa que presumen de sus relaciones, el de Ohyō destaca como un oasis en el desierto. Eriko alberga en secreto la esperanza de que aquella mujer sepa cómo domar, con gracia, el mismo tipo de conflictos interiores que la asolan a ella.

El hecho de que una mujer como Ohyō no tenga amigas le resulta muy reconfortante. Incluso con una personalidad tan cuidadosa que no incomoda a nadie, basta con algo de mala suerte para no poder hacer amigas. Tal vez no tenerlas no sea un defecto tan vergonzoso. De hecho, puede que no sea ni un defecto, solo una de las muchas formas en que puede una persona relacionarse con otras.

> Soy un ama de casa de treinta años que vive con su marido en un destartalado apartamento de Tokio. Mi comida favorita es el sushi de *engawa* de noventa y ocho yenes que sirven en Nikkori Sushi, un sushi de cinta giratoria que hay cerca de donde vivo.

Yasuyuki, que por ahora ha mostrado poco interés, se inclina finalmente sobre el monitor para leer el perfil de Ohyō.

–Anda, así que le gusta el sushi de *engawa* de los restaurantes de sushi baratos. ¿Sabrá que, en ese tipo de sitios, en vez de lenguado ponen fletán, y que aquí lo llamamos *ohyō*? De ser así, para ponerse ese nombre de usuario debe de ser una mujer muy irónica.

El *ohyō* puede llegar a pesar más de doscientos kilos y medir casi tres metros, así que de él también se obtiene una gran cantidad de *engawa*. Cuando los pescadores lo sacan del agua, se agita con violencia y se dice que en Alaska lo rematan con una escopeta. Eriko siente como si la estuviera elogiando a ella y se le hincha el pecho de orgullo.

–Ahora que lo pienso, Yasuyuki, ¿no estuviste el año pasado a cargo del *ohyō* de origen ruso? ¿No trabajaste también con Center Village Holdings?

Esa gran empresa de restauración está asociada con Nikkori Sushi, la cadena de sushi de cinta giratoria que citaba Ohyō. Al ver la sonrisilla de Yasuyuki, no puede evitar aplaudirse por su buena memoria.

–¡Vaya! ¡Qué coincidencia! La comida favorita de Ohyō es un producto con el que has trabajado.

Emocionada por este instante de conexión, mira a su alrededor, al espacio vacío de la oficina donde están solos. Le encantan esos momentos en los que, al seguir el rastro de cifras y productos, el mundo se vuelve de repente más pequeño, como si pudiera abarcarlo con la mano.

No se ha dado cuenta, pero el sol ya ha salido y la luz de finales de agosto entra de forma oblicua por las ventanas. La moqueta, tan blanca que ya muestra signos de desgaste de tanto lavado, empieza a desprender ese aroma a sol característico de las cosas bien cuidadas.

Trabajar en una empresa como esta da una perspectiva inesperadamente profunda de la vida cotidiana. Por ejemplo, el café con leche, el pan, el periódico: pensar en qué país crecieron los ingredientes, cómo se distribuyeron y procesaron hasta llegar aquí… Si entorna los ojos, le parece que cada cosa tiene su propia historia.

Tanto Eriko como Yasuyuki tienen esa capacidad de ver más allá.

En Japón, el consumo de productos del mar ronda los 6,52 millones de toneladas. De esa cantidad, alrededor del cuarenta por ciento corresponde a importaciones. Dentro de esos datos hay muchas especies sin nombre, que se usan como sucedáneo o incluso etiquetadas con nombres falsos.

Desde que la asignaron al equipo de productos del mar, es capaz de identificar al instante cualquier pescado procesado, sin importar lo que ponga en la etiqueta.

–¿No te dan algo de pena los consumidores? *Engawa* solo es el nombre de una parte del pescado, no de una especie en concreto, así que técnicamente no los estamos engañando, sin embargo…

–Ya –dice Yasuyuki–, pero, si lo piensas fríamente, no hay manera de que un *engawa* de lenguado o platija valga menos de cien yenes. Los consumidores también son conscientes del engaño, aunque sea vagamente.

–Ese pescado ya ni siquiera parece algo comestible, es casi como alienígena. Da miedo.

–Sin embargo, todo el mundo se lo come y dice que está riquísimo. Lo mismo pasa con las hamburguesas de pescado, o el pescado blanco de las *meunière*. Si te pusieras a investigar qué es exactamente o de dónde viene, no acabarías nunca. Hay muchísimas cosas que es mejor no saber.

A pesar de que Yasuyuki habla con ese tono frío y desapegado, cuando se trata de reuniones comerciales es sorprendentemente encantador y mide con suavidad sus palabras. Aunque a veces da la impresión de ser una persona altiva, en realidad es hijo de una familia de comerciantes de telas tradicionales que lleva tres generaciones en Kawagoe.

–Hablando de eso, Eriko, ¿te estás haciendo tú cargo de la perca del Nilo? Si es verdad que le gustan tanto los restaurantes familiares y los sushis de cinta giratoria, seguro que el pescado del que te encargas acaba algún día en la boca de Ohyō.

Eriko hojea la carpeta de archivos que ha heredado de su predecesor. La perca del Nilo es un pez de agua dulce del orden de los Perciformes, familia Latidae, género *Lates*. Puede alcanzar los

dos metros de largo y pesar hasta doscientos kilos. Originario de África, vive en lagos y ríos. A pesar de su sabor suave, es un pez carnívoro y extremadamente agresivo. De hecho, cuando lo introdujeron en el lago Victoria provocó la extinción de más de doscientas especies endémicas de cíclidos pequeños.

Gracias a su suave sabor, el público japonés lo aceptó sin dificultades y durante los años noventa se comercializó bajo el nombre de «lubina japonesa» o «lubina blanca». Sin embargo, hoy en día, el noventa por ciento se exporta a Europa y América y rara vez se ve en el mercado local. Eriko ha pasado los últimos meses reabriendo canales de distribución y mejorando las instalaciones en África. Cuanto más aprende sobre la perca del Nilo, más irresistiblemente atraída se siente hacia ella.

–La perca del Nilo tiene una vitalidad increíble.

–Uf, pero es carnívora, ¿no? Ni siquiera sabemos qué come. A mí me da mucho miedo. Ah, he oído que hay un documental muy bueno, *La pesadilla de Darwin*, que muestra cómo la perca del Nilo destruye todo un ecosistema.

–Sí, lo conozco. Me gustaría verlo, pero aún no he tenido tiempo. Además, hasta que no termine la próxima negociación, preferiría no llenarme la cabeza con esa clase de información… Si no hubiera acabado en el lago por intervención humana, quizá la perca del Nilo nunca habría sabido lo agresiva que es. Me da un poco de pena. He oído que también es popular como pez decorativo. Tiene las escamas preciosas, de color plateado…, pero su expresión es algo melancólica.

–Tienen percas del Nilo en el nuevo acuario que han abierto en Shinjuku. ¿Te gustaría que fuésemos juntos algún día?

Eriko no responde a esa invitación dicha casi como un susurro y finge que está absorta en el blog. Sabe de sobra que Yasuyuki siente una ligera atracción hacia ella. Parece que se ha autoimpuesto la norma de que, si expresa lo que siente de manera clara, será como si perdiera, y por eso tiene en el rostro una expresión a caballo entre la vergüenza y el dolor. Incluso es probable que esos pequeños comentarios hirientes sean una manera de mostrar su afecto.

Como si no quisiera admitir que ha sido rechazado, Yasuyuki se apresura a devolver la conversación a su cauce anterior.

–Bueno, no pasa nada mientras solo leas el blog. Pero si la conocieras en persona, no os llevaríais bien.

–¿Por qué dices eso? Yo creo que seríamos buenas amigas.

–Pero si tú no tienes amigas.

Eriko nota cómo se le enfrían las puntas de los dedos. A pesar de todo su esfuerzo, de toda la energía que dedica a mostrarse impecable, es una mujer con toda la pinta de no tener ni una sola amiga. Siente cómo la fuerza de esa verdad inamovible le retumba en el pecho.

Mientras se recupera de la conmoción, las palabras de Yasuyuki adquieren un tono ligeramente lascivo. Al parecer, los hombres se sienten un poco excitados cuando ven a una mujer que no encaja con el resto de las mujeres. Como si, sin esfuerzo, hubieran encontrado un punto débil en un rival. Ese aire de autosatisfacción marca cada una de sus frases.

Eriko finge no darse cuenta y se fuerza a responder como si no pasase nada:

–Bueno, sí. Desde que empecé a trabajar me he distanciado de mi grupo de la universidad. Y ya no tengo tiempo para ir cuando me invitan a pasar juntas un día de chicas.

Aceptar una parte de la crítica para mantener la posición dominante en la conversación es una táctica que ha aprendido del mundo de los negocios. La verdad es que no tiene un grupo de la universidad ni la han invitado nunca a pasar un día de chicas. A veces le resulta mareante la desfachatez que tienen muchas mujeres adultas para seguir llamándose a sí mismas «chicas».

–Tampoco te he visto ir a comer nunca con las trabajadoras temporales ni con las mujeres de otros departamentos.

Nunca lo ha admitido, pero al parecer Yasuyuki mantiene una relación secreta con Maori Takasugi, una de las trabajadoras temporales. Quizá por eso conoce tan bien las dinámicas entre las empleadas.

–Ah, bueno. Es que nuestros descansos nunca coinciden. Además, a veces es complicado salir con las eventuales, porque muchas

quieren comer por menos de mil yenes, así que no es tan fácil –responde Eriko con tono alegre, sin atreverse a admitir que simplemente no la invitan–. La verdad es que nunca se me ha dado bien tratar con otras mujeres. No es por echarme flores, pero siempre he sido una alumna modelo, muy seria, ¿sabes? En la escuela siempre me tocaba ser la delegada o la que organizaba todo, y cuando quería darme cuenta, ya me habían puesto una cruz. Jamás he llegado a comprender bien las reglas invisibles que existen entre las mujeres, así que supongo que he acabado marginada sin percatarme de ello.

Nota cómo habla a una velocidad exagerada incluso para tratarse de ella. Por dentro pide por favor que Yasuyuki no le pregunte nada más. A partir de ahora se acerca a territorios desconocidos y no tiene la fuerza suficiente para exponer más sus debilidades.

–Claro, una mujer tan guapa y talentosa como tú, que lo consigue todo sin esfuerzo, debe de despertar la envidia de todas las mujeres. Sois todas unas celosas… –dice Yasuyuki, entornando los ojos con una expresión que roza la admiración.

Seguro que piensa que acaba de hacerle un cumplido.

Probablemente la esté comparando con Maori Takasugi. Una mujer que, en vez de hacer bien su trabajo, se dedica a cotorrear, y que encima está rellenita. Eriko sospecha que Yasuyuki solo está jugando con la pobre chica. Aun así, Maori, sin hacer ningún esfuerzo, está rodeada siempre de otras compañeras, y eso es algo que ella envidia.

Yasuyuki es el tipo de hombre que jamás se ha parado a pensar cuánto tiempo y dinero le cuesta a una mujer tener la piel sin una sola mancha o el cabello brillante y sedoso. De pronto se pregunta qué tipo de tónico facial usará Ohyō. ¿Será uno de esos productos baratos que ponen de oferta en las farmacias? ¿O tal vez es una fiel usuaria de los productos orgánicos para el cuidado de la piel? Le entran ganas de echarse lo mismo que ella.

Mientras busca en las entradas antiguas del blog, nota cómo su boca empieza a moverse por sí misma:

–Tengo la sensación de que Ohyō vive por mi zona…

–¿Ah, sí?

–Mira, aquí menciona un sitio de café ecológico llamado Giselle. Está a una estación de aquí. Lo conozco bien porque mi madre ayudó a ponerlo en marcha cuando abrió. Y todos sus restaurantes favoritos se encuentran justo al lado de la estación más cercana a mi casa. Bueno, como son cadenas están por todas partes, pero aun así…

–¿No te parece un poco raro saber tantas cosas de esta mujer? Ahora mismo pareces una acosadora.

Al oír esa palabra, una que jamás se le había cruzado por la mente, se sobresalta y gira la cabeza para mirar fijamente a Yasuyuki.

–¿Qué? ¿Por qué dices eso? Yo solo leo el blog y ya. Solo me he dado cuenta, por casualidad, de que es probable que vivamos en el mismo barrio.

–Pero comes las mismas cosas que ella, lees sobre su vida todos los días y encima resulta que vivís cerca. No digo que estés haciendo nada con mala intención, pero si lo miras desde el punto de vista de Ohyō, puede parecer un poco perturbador. Quizá deberías tomártelo con más calma.

Con esas palabras se da la vuelta y regresa a su escritorio. Poco a poco empiezan a llegar más empleados.

Eriko tiene la impresión de que Yasuyuki llega tan temprano a la oficina solo para poder estar a solas con ella, sin que Maori se dé cuenta. ¿O quizá está viendo cosas donde no las hay?

Ya ha pasado un año desde que terminó su última relación, pero todavía no siente que necesite a alguien. Tarde o temprano le gustaría casarse, aunque por ahora solo tiene tiempo de ir y venir de casa al trabajo.

¿Habrá imaginado Ohyō alguna vez que, en una empresa desierta al amanecer, hay una oficinista comiendo el mismo pan de melón que ella mientras lee su blog? En el fondo, Eriko tiene la corazonada de que Ohyō debe de sentir, de alguna manera, su presencia.

Aunque, a primera vista, las entradas de Ohyō pueden no parecer gran cosa, Eriko cree que sus mensajes tocan el corazón de muchos: «Está bien ser una misma. Tómatelo con calma. No pasa nada por estar sola».

Suspira con ternura, como si pudiera ver el reflejo de Ohyō en la pantalla, y relee con atención la última entrada.

2

Shōko Maruo deja de escribir en su teléfono móvil, desde el que actualiza su blog, y alza la vista. Se fija en el balcón del edificio de enfrente, donde un pantalón vaquero ondea al viento, a punto de precipitarse al suelo. Seguro que son de una muchacha. Ella, a sus treinta años, ya ni piensa en ponerse pitillos.

Recuerda que, de joven, cuando trabajaba en un centro comercial, usaba pantalones tan ajustados que le cortaban la circulación. Cada día pasaba más de diez horas de pie. Hubo meses en los que solo tuvo dos días libres. ¿Qué pensaría aquella Shōko del pasado si viera su vida actual? Le sorprende descubrir que, seguramente, sentiría envidia.

Ha llegado demasiado temprano. Giselle, uno de sus sitios favoritos, está a quince minutos a pie de su casa. Quizá por ser sábado, hay varias mujeres como ella sentadas solas a las mesas.

Todavía hay restos de comida en su plato: gelatina de *konnyaku*, hígado de pollo con mayonesa y mostaza, melón amargo con ensalada de col, una bola de arroz integral con semillas de sésamo y *yukari* y una tortilla con alga *aoba*. Se lleva la comida a la boca y se sorprende de la velocidad con la que se la acaba.

Hace mucho que no comía algo tan nutritivo y con tantas verduras. Tampoco se lo ha preparado nunca a su marido, Kensuke. De nuevo, se siente como un fracaso de ama de casa. Piensa en hacer esta noche algo de *hijiki*, pero solo de imaginárselo le da pereza. Como no quiere lavar platos, decide que va a pedir algo de comida para llevar. No hay nada que odie más que fregar los cacharros.

Conoció a Kensuke, encargado de un supermercado especializado en productos importados, cuando trabajaba allí como empleada a tiempo parcial. Se casaron hace tres años. Aunque intenta ahorrar todo lo que puede para poder vivir solo del salario de su marido, no quiere tener mentalidad de rata. Los pequeños gastos extras los puede cubrir sin problemas gracias a los ahorros que le quedan de cuando era soltera. Últimamente, hasta gana un poco de dinero gracias a la publicidad de su blog.

No celebraron la boda, no compraron anillos ni fueron de luna de miel al extranjero. Por supuesto, tampoco tenían planes de comprarse una casa. En vez de despilfarrar en grandes lujos, prefieren no escatimar en los pequeños caprichos. En vez de pelearse por quién va a lavar los platos, salen a comer fuera, aunque sea a un restaurante barato. Esa fue la promesa que se hicieron mientras se decían «Sí quiero».

En realidad, hoy a ella también le habría bastado con ir a una de esas cafeterías de la franquicia Doutor o a un restaurante barato, pero como ha quedado con alguien importante, lo ha citado en el sitio más moderno que conoce. El interior, de madera veteada, siempre la hace sentirse más segura.

Hashimoto, el joven camarero, se agacha de repente mientras le recoge el plato.

–¡Shōko! ¡Muchas gracias por hablar de nuestro menú de otoño en el blog!

Su aliento le hace cosquillas en el oído.

–¡Ah! No te acerques tanto, que me has asustado.

Hashimoto tiene veinticinco años, la misma edad que su hermano pequeño, por lo que le resulta fácil hablar con él. Al darle un golpecito para que se aparte, nota los bíceps firmes bajo la camisa, a pesar de que está delgado. Esa firmeza no tiene nada que ver con los blandos brazos de su marido, que ha empezado a engordar de nuevo.

–El día que hablaste en el blog del café tuvimos algo más de gente de lo habitual.

Giselle es una de las pocas cafeterías independientes que frecuenta, ya que suele preferir las franquicias y los sitios de comida

rápida. Durante el Año Nuevo trabajó temporalmente como ayudante de camarera y desde entonces los empleados la conocen. A pesar de que dejó el trabajo, sigue yendo como clienta una o dos veces al mes.

Rechazó seguir allí con contrato fijo. Estaba segura de que si la cafetería se convertía en su lugar de trabajo, las relaciones con el resto de los empleados se volverían una carga y dejaría de poder refugiarse en ese lugar.

Shōko vuelve a mirar la pantalla del teléfono móvil. Solo con leer todos los comentarios de su última entrada, el tiempo se le pasa volando. Apenas recibe críticas por su dejadez. Todo lo contrario, la mayoría de los mensajes que recibe son de apoyo, cosas como: «Me tranquiliza mucho leerte» o «Leer tu blog siempre me anima». Incluso hay muchas personas que le envían enlaces de productos o establecimientos que piensan que podrían gustarle.

Le alegra pensar que por fin ha encontrado su lugar, aunque a veces le preocupa estar engañando a sus lectores si usa palabras demasiado amables. Se ha vuelto adicta a recibir opiniones positivas y termina leyendo los comentarios una y otra vez durante horas. Tal vez se parezca un poco a la sensación de sumergirse en un baño de burbujas tibio en un balneario público: cuando te relajas tanto que ya no sabes bien en qué momento salir.

Shōko quiere tener lugares reales en los que pueda sentirse tranquila y personas con las que compartir una sonrisa, no solo en internet. Aunque ya hace ocho años que se mudó a Tokio, todavía no ha conseguido acostumbrarse a la ciudad. Cuando aún trabajaba, no tenía tiempo para salir y divertirse y, después de enfermar, se volvió reacia a hacerlo.

La campanilla de la puerta suena y una mujer trajeada de unos cuarenta años entra en el local. Esta la identifica enseguida y va directa hacia ella con paso firme.

–¿Es usted la señora Ohyō? No, disculpe, ¿es usted la señora Shōko Maruo? Soy Satoko Hanai, de la editorial Shūmeisha.

Shōko se incorpora rápidamente y hace una reverencia al mismo tiempo que coge la tarjeta de visita que le tiende Satoko. La mujer

tiene un rostro atractivo y un buen cuerpo, pero la piel reseca y las ojeras marcadas le confieren un aspecto indudablemente cansado.

–¡Vaya! No me imaginaba que Ohyō fuera a ser tan adorable y encantadora en persona.

El hecho de que no le haya dicho directamente que es guapa revela la cautela que se espera de una mujer de clase alta. Shōko nota cómo la evalúa con la mirada y siente que un antiguo sensor interno, que creía dormido, se activa de nuevo.

Es perfectamente consciente de que su aspecto no es el más adecuado para una primera impresión favorable: una camiseta limpia pero arrugada, los pantalones chinos que Kensuke usaba cuando estaba más delgado, ni una gota de maquillaje… Desde que dejó de trabajar en la tienda de ropa, ha perdido todo el interés por esas prendas que antes compraba con tanta pasión.

Tampoco es que ella tenga una apariencia atractiva de forma natural. No tiene curvas pronunciadas ni los típicos ojos asiáticos rasgados y sí, en cambio, la piel pálida con abundantes y notorias pecas. Cuando sonríe, su boca se abre hasta enseñar las encías, algo que la acompleja desde pequeña.

Y, a pesar de eso, hay cierto tipo de mujeres que, por alguna razón que desconoce, parecen odiarla de manera visceral.

«Es que siempre está coqueteando con los hombres», dicen esas mujeres.

Pero Shōko no coquetea. No se trata de eso. Lo que ocurre es que a ella no le cuesta tratar a los hombres como hacen las mujeres normalmente entre ellas: siendo atenta, mostrando consideración… Ante otras mujeres, a menudo no sabe qué decir o cómo comportarse, pero con los hombres lo intuye de inmediato.

Tal vez se deba a que, tras el divorcio de sus padres, vivió con su padre y rodeada de hermanos. Shōko no es una persona calculadora ni tiene mucha experiencia en el amor. Lo único que pasa es que se siente más tranquila con el sexo opuesto, provocando que las otras mujeres la etiqueten de esa manera, lo que le parece sumamente injusto.

Por eso, a modo de precaución, ha empezado a comportarse de manera más brusca con las otras mujeres.

Satoko pide un café y, mientras se lo traen, coloca sobre la mesa varias revistas y libros sobre blogs de amas de casa, todos publicados por la editorial Shūmeisha. Empieza a explicarle un montón de cosas.

La verdad es que Shōko no está especialmente entusiasmada con la idea. Siempre le han incomodado las expectativas de los demás. Le agotan esos textos rebosantes de ilusión en los que las blogueras presumen de sus vidas perfectas. Ella es de las que prefieren evitar cualquier cosa que cueste demasiado esfuerzo.

Sin embargo, a Satoko no parece importarle su falta de entusiasmo y continúa hablando a toda velocidad:

–Ahora mismo hay muchas categorías de blogs, pero el principal atractivo del tuyo está en su naturalidad. Al público le encanta que no trates de decirles cómo tienen que vivir su vida. En esta época en la que aceptamos diferentes estilos de vida y puntos de vista, a muchas amas de casa, y en realidad no solo a ellas, les gusta esa manera que tienes de ir a tu bola. Además, con esa personalidad tan poco abrasiva, ni siquiera resultas desagradable a las mujeres trabajadoras solteras que te leen.

–Pero… ¿quién querría leer algo así si se convirtiese en un libro?

–Precisamente por eso nuestra idea no es convertirlo en un libro al uso, sino más bien en una especie de ensayo. Nos gustaría que redactases un manuscrito, una guía con tu propio enfoque sobre la vida, para mujeres que no quieren esforzarse más de la cuenta.

De pronto, Shōko siente como si le picase la espalda. Quizá sean solo imaginaciones suyas. Nunca le ha gustado la gente que va de intelectual. Ella misma jamás ha escrito nada que tenga un significado profundo u oculto. Le molesta que le den significado a sus palabras de ese modo, que se inventen sus intenciones sin su consentimiento.

Aun así, desde que entró en el *ranking* de los treinta mejores blogs de amas de casa, publicar entradas se ha convertido, para su sorpresa, en una actividad mucho más divertida.

Cuando recibió por correo la propuesta de una editorial tan importante como Shūmeisha, se quedó de piedra: no se esperaba para nada recibir una oferta así.

Su marido le había dado el empujón que necesitaba para aceptar reunirse con Satoko. Cuando le planteó sus dudas, le dijo:

–Creo que no te vendría mal salir un poco más al mundo. Eres increíble, Shō, y sería un desperdicio que nadie más lo descubriera. ¡Es genial que una editorial se haya fijado en ti, parece casi una de esas cosas que solo pasan en las novelas! Que te publiquen un libro no es moco de pavo.

Recuerda cuando aún trabajaba a tiempo parcial. Como jefe, Kensuke era bastante tranquilo y no era de los que más se mataban a trabajar, pero como no era un fanfarrón y celebraba los éxitos de los demás con tanta alegría como si fueran propios, le caía bien a todo el mundo y conseguía un ambiente laboral muy bueno. A Shōko siempre le llamaba la atención lo impresionado que parecía cada vez que usaba las habilidades de trato con el cliente que había adquirido en su anterior trabajo.

Kensuke es más bajito que ella y, con los años, se ha descuidado más. Pese a eso, de todas las parejas que ha tenido Shōko, es con quien se siente más cómoda.

–Si al final decides que quieres publicar, no dudes en contactarme. Si editamos tu libro, me aseguraré de que sea un éxito –concluye Satoko.

Deja sobre la mesa varios ejemplares de libros basados en blogs de amas de casa, de manera un poco forzada, y se despide. Apenas ha tocado su café. Shōko mira al techo y relaja los hombros. Es incapaz de procesar tanta información de golpe. Le gustaría fumarse un cigarrillo, pero por desgracia la cafetería es un espacio libre de humo.

–Oiga, disculpe…

Una inesperada voz la sobresalta. Al girarse, ve a una mujer tan guapa que parece una muñeca de porcelana. Tiene la piel suave y brillante y el cabello negro y resplandeciente hasta los hombros. Lleva un jersey turquesa de manga corta y un pequeño collar con un diamante que reposa sobre el pecho. Le cuesta discernir su edad exacta, pero, a juzgar por las leves patas de gallo, calcula que andará por los treinta.

–¿No será usted por casualidad la bloguera Ohyō?

Como no sabe qué responder, Shōko esboza una sonrisa ambigua. Nada más hacerlo, los ojos de la mujer se iluminan.

–Perdón, es que no he podido evitar escuchar la conversación. Resulta que estoy en esta cafetería gracias a usted. Soy muy fan.

La mujer le tiende su tarjeta de visita y Shōko, aún algo perpleja, la coge. La manera en que se la da es mucho más natural que la de Satoko.

Esa noche, le cuenta a su marido lo ocurrido en Giselle. Al oírlo, él deja de mirar su cena, una lata de curri tailandés y un botellín de cerveza *happōshu*, y ladea la cabeza con una expresión de desconfianza que Shōko no le ha visto antes. Viven en una zona comercial, en un apartamento de una sola habitación y un salón con cocina americana, con suficiente espacio para dos personas y por el que pagan ochenta mil yenes al mes.

–¿Te dio confianza esa mujer?

–¿Quién, la editora? ¿O te refieres a la de la empresa de distribución alimentaria?

–A la de la empresa. Es decir, no la conoces de nada.

Shōko le quita el sonido a la televisión, endereza la espalda y se vuelve hacia Kensuke.

–Lo entenderías si la hubieras visto. No parece que tenga nuestra edad: es guapísima y encantadora. Además, viste ropa de buena calidad y se nota que tiene gusto. Como trabajé de cara al público en el centro comercial, es algo que capto al vuelo. Se puede confiar en ese tipo de mujeres.

De hecho, Eriko Shimura trabaja en una de las empresas más grandes y conocidas de todo Japón. Además, conocía a Hashimoto y a otros de los camareros del local. Al parecer, su madre es muy amiga de la dueña de Giselle.

–Sé quién es y dónde vive –continúa Shōko–. ¿Sabes ese edificio elegante que está enfrente de Correos? ¿El que parece de ricos? Pues ahí.

–Vaya, pero ¿no me has dicho que está soltera? ¿Se habrá comprado el piso ella sola?

–Me parece que vive con sus padres.

–Ah, así que es una niña de papá. Por ahí viven muchos ricachones.

La cara de su marido se relaja de inmediato y Shōko siente un ligero malestar.

–No conozco a mucha gente aquí en Tokio, y a veces me gustaría tener alguna amiga con quien salir a tomar un café de vez en cuando. Claro está que hay que ir con cuidado con los desconocidos, pero…

Solo ha pasado unos quince minutos con Eriko, pero ya quiere volver a verla. Parece que de verdad le gusta su blog, y hablaba con emoción de cualidades y detalles de las que ella misma no era consciente. Sonreía con cortesía, algo típico de las personas que se dedican al mundo de las ventas. A Shōko le ha causado una impresión mucho más favorable que Satoko.

Pero lo que más le atrae es el hecho de que Eriko haya crecido en Tokio. Piensa que, si consigue hacerse su amiga, quizá se reduzca la distancia que siente hacia esta ciudad, en la que todavía se ve como una extraña.

–¿Es cosa mía o últimamente eres más precavida? –pregunta su marido.

–Sí, estoy tratando de ser más cuidadosa. Desde hace un tiempo alguien me escribe unos mensajes algo raros en el blog.

–¿Cómo que «raros»?

Shōko titubea, insegura de si debería decírselo. Al final, apura de un trago lo que le queda de cerveza y clava la mirada en su marido.

–Pues… cosas como «Sé dónde vives» o «Esta es la estación más próxima a tu casa».

–Qué miedo, suena como un acosador. Ve con mucho cuidado, ¿vale? Bueno, mientras esté yo no tienes que preocuparte de nada –dice frunciendo el ceño, pero sin dejar de mover los palillos.

–Quizá debería dejar lo del blog. Lo empecé para pasar el rato, pero se está convirtiendo en algo demasiado grande y la verdad es que es un poco molesto. Tampoco tengo necesidad de ponerme a trabajar, con tu sueldo vivimos bien.

–Eres poco ambiciosa, ¿eh, Shō? Pero es algo que me gusta de ti. En fin, haz lo que te parezca mejor.

–Oye, ¿lo hacemos esta noche?

Quizá se deba a haber tenido una interacción social tan agradable con una mujer desconocida después de tanto tiempo, pero nota el cuerpo tenso por todos lados. Precisamente en esos momentos quiere un buen polvo, sentir ese alivio repentino que la libere de la tensión y le permita dormir profundamente.

Últimamente, si se lo pide a su marido, Kensuke acepta, pero él nunca toma la iniciativa. La verdad es que a Shōko no le molesta, pues no tiene un deseo sexual especialmente fuerte.

–Pues hoy he trabajado en el primer turno y tengo la cadera hecha polvo… ¿Puede ser en esa postura que no me cansa?

–¿En esa postura? Pero si así casi no siento nada…

–Entonces, cuando vuelva a tener un día libre. Esa noche seguro que sí.

Con los labios fruncidos, enciende el portátil que comparte con su marido. Ya que se pone, piensa que no estaría mal escribir sobre Eriko en el blog. Seguro que a ella le hace mucha ilusión y, aparte, quiere dejar constancia en alguna parte de que ese encuentro ha sucedido.

> ¡Hoy me he encontrado en una cafetería a la que suelo ir a una chica fan de mi blog! ¡¡¡Era guapísima!!! ¡Y también parecía superinteligente! Qué vergüenza que haya leído el diario de un ama de casa tan desastre como yo…

Se le pasa por la cabeza que quizá no es apropiado llamar «chica» a una mujer de treinta años, pero prefiere dejarlo así. Shōko es consciente de que ya no es joven, pero cuando una mujer está con otra mujer, la edad no importa. Ambas pueden ser solo chicas.

3

Hace tres días Ohyō, es decir, Shōko, que vive al otro lado de las vías del tren, se puso en contacto con Eriko. Esta no se lo podía creer. ¿De verdad era posible conocer y conectar con una persona de una manera tan libre? Desde aquel encuentro, Eriko siente cómo el corazón le palpita con anticipación.

Tras bajarse en la estación más cercana, va directa a la cafetería-restaurante que está debajo del paso elevado. Shōko es todavía más encantadora de lo que se había imaginado y le cuesta creer que tengan la misma edad. Tiene el cabello castaño claro y pecas, como si fuera extranjera. Incluso una camisa vieja como la que llevaba le queda como un guante y se nota que es esbelta.

Para colmo, esa misma noche había escrito en su blog sobre ella. Al parecer Shōko considera que su blog, ese que ella tanto adora, es un desastre. Desde que leyó la entrada, arde en su pecho una calidez nueva.

La ha llamado «chica»… A Eriko, esto le parece un poco ridículo a su edad. Pero si otras mujeres siguen llamando «día de chicas» a sus quedadas con amigas, ¿por qué no puede ella permitirse considerarse también como tal?

Esta noche van a verse en una cafetería-restaurante. Eriko se siente como una estudiante popular en el instituto; solo de pensarlo, el corazón se le pone a mil por hora. Cuando los adultos quedan, suelen hacerlo en restaurantes del centro de la ciudad o bares de moda con tapas sofisticadas. Es algo tan artificial que suelen ser encuentros infructuosos, en los que ambas partes acaban desgastadas y tensas. En cambio, quedar con alguien en una

cafetería-restaurante, de esas típicas de barrio, le parece algo absoluta y completamente refrescante.

Mira la hora y ve que ya son más de las once de la noche. Al abrir la puerta, se encuentra a Shōko sentada en un sofá acolchado junto a la ventana, fumando un cigarrillo mientras mira el móvil. Se acerca rápidamente hasta ella.

–Perdón por llegar tan tarde. Es que había un cliente que no quería irse… ¿No le molesta a tu marido que estés fuera a estas horas?

–Qué va, está en casa jugando al *Dragon Quest*.

Shōko apaga el cigarrillo, guarda el móvil y le tiende la carta. Eriko se pide un té caliente y se deja caer contra el respaldo del asiento. Se nota tensa, piensa en algún tema ingenioso del que hablar, pero es Shōko la que rompe el hielo.

–Trabajas en una empresa de exportación e importación de alimentos, ¿no? Seguro que estás siempre liadísima. ¿Has tenido que hacer hoy horas extras?

–Hoy tenía una cena de negocios. En general no está bien visto que nos quedemos haciendo horas extras.

En estos últimos años, la empresa ha tratado de evitar que los empleados hagan horas extras o acudan los días festivos. El volumen y la carga de trabajo eran tan intensos que muchos empleados acababan sufriendo depresión, por lo que el sindicato tomó cartas en el asunto y exigió una revisión de las condiciones laborales. Sin embargo, el horario normal no da para terminar todo lo que hay que hacer. Además, desde que el año pasado hubo una filtración, está prohibido llevarse trabajo a casa a menos que se pase antes por un procedimiento de autorización muy complejo y tedioso. Ante esta situación, muchos empleados han decidido simplemente llegar muy temprano a la oficina.

–Qué cosa tan rara… –comenta Shōko cuando termina de contarle cómo funcionan las cosas en su empresa–. No reducen la cantidad de tareas, pero prohíben las horas extras y llevarse trabajo a casa. ¿No te parece contradictorio?

Eriko no puede estar más de acuerdo y asiente firmemente.

De pronto, Shōko saca el móvil.

–La editora no deja de escribirme. Quiere que convierta el blog en un libro, pero no sé…

–¿Y eso? ¡Me parece una oportunidad buenísima! Y que sepas que al menos yo lo compraría sin dudarlo.

–Pues… es que me da la impresión de que se va a convertir en una obligación. Yo quiero seguir escribiendo el blog a mi manera, sin prisas, sin preocuparme de si alguien lo lee o no. Si publicase un libro, tendría que hacer entrevistas para revistas de amas de casa. Sería un follón y no me veo capaz de hacerlo –dice encogiéndose de hombros.

Eriko está de acuerdo. Ohyō, con su espontaneidad y autenticidad, no encaja con el resto de las blogueras amas de casa exitosas.

–Te entiendo –dice con el ceño algo fruncido. Es una expresión sincera–. A mí tampoco se me da muy bien tratar con otras mujeres.

Shōko, sonriendo con alivio, se inclina hacia delante, feliz.

–Yo también le he caído siempre mal a las otras mujeres.

–¡No puede ser! No me lo creo. Si pareces justo del tipo directo que le cae bien a las demás.

Pero Shōko no miente. Cuanto más conversan, más extraño le parece a Eriko que no tenga amigas que pueda mencionar en el blog. Incluso una persona tan alegre y encantadora como ella puede estar sola.

–Es raro encontrar a alguien como tú, Eriko. Me resulta muy reconfortante.

–¿Qué? ¿Reconfortante?

–Sí. Trabajas en una gran empresa y eres guapísima. Es como si estuvieras a otro nivel. Tienes esa naturalidad…, quiero decir que se nota que eres alguien auténtica. Lo encuentro muy reconfortante.

Durante un segundo siente como si un tren le pasara por encima de la cabeza. El cumplido le produce una especie de vértigo. En sus relaciones pasadas la acababan dejando por ser demasiado exigente o meticulosa. De un día para otro se alejaban de ella, desaparecían sin más.

–Cuando me gradué, vine a Tokio. Trabajaba para una marca llamada Bloom, ¿la conoces?

–Pues sí. Tengo un jersey de esa marca que me encanta.

–El mundo de la moda está lleno de rivalidades entre mujeres. Casi parece un harén de esos antiguos, con todas las intrigas que hay allí.

–¡Sí! Entiendo perfectamente a lo que te refieres –exclama Eriko con entusiasmo.

Se alegra de poder comprenderla. Se alegra de que Shōko también la comprenda a ella, de que la conversación fluya, de que respiren al unísono. Todo esto la llena de una felicidad indescriptible. Casi le parece un milagro.

–Estaba bajo tanto estrés que enfermé y dejé el trabajo hace cuatro años.

–¿Y ya te encuentras bien?

–Sí. Estuve trabajando un tiempo a media jornada, pero no me alcanzaba para nada. Justo entonces conocí a mi marido y, bueno, aquí estoy. Quizá tú, que eres una mujer tan exitosa, pienses que soy una inútil.

–Para nada. No creo que todo el mundo tenga que trabajar. Yo misma dependo mucho de mi madre, que es ama de casa. Aunque a veces pienso que es culpa mía que ella se haya quedado en casa y no haya podido avanzar profesionalmente.

De pronto, Eriko recuerda el momento en que su madre le dijo que iba a dejar de trabajar en Giselle. Aún tiene presente la forma en que la miraba, con ternura y compasión, y sus manos, agrietadas por dedicarse con esfuerzo a las tareas del hogar. Su madre había sido muy feliz atendiendo la cafetería junto con sus amigas, y, solo de pensar que ella podría haber sido la causa de su renuncia, siente una profunda culpa, como si le hubiera arrebatado esa alegría.

–Es genial que te lleves bien con tus padres y que vivas con ellos. Desde que mi padre se volvió a casar, nuestra relación no es la misma. No siento que tenga un hogar al que volver.

–Tampoco es tan bueno como crees –replica–. Apenas hablo con mi padre desde que se jubiló. Si no inicio yo la conversación, en mi casa reina un silencio sepulcral. Tanto en casa como en el trabajo, estoy siempre alerta, pensando en qué debo decir o hacer. A veces me entran ganas de dejarlo todo y quedarme totalmente sola.

Eriko se sorprende en cuanto esas palabras salen de su boca. Hasta entonces no se había percatado del estrés que sentía en casa. ¿Cuántas emociones más ha tenido que suprimir sin darse cuenta en su día a día? Ahora, frente a Shōko, nota cómo puede abrir su corazón.

Sopla con suavidad el té negro que se ha pedido para que se enfríe.

–Vaya. Oye, ¿por qué no quedamos más a menudo? Si necesitas un hombro en el que desahogarte, cuenta conmigo. Además, vivimos muy cerca.

Son unas palabras muy simples, pero para Eriko lo significan todo. A su edad ya no se atrevía a pensar que acabaría haciendo una amiga. Y menos con tanta facilidad.

–Seguro que eres muy popular con los hombres –dice Shōko.

–Bueno, no te creas… Sí que empecé a salir con chicos muy joven, pero siempre acaban rompiendo conmigo. Quizá sea por vivir aún con mis padres o porque no siento la necesidad de cambiar mi vida tal como es, pero no tengo prisa por casarme. Supongo que simplemente no me hace tantísima ilusión.

–Normal. ¡Si yo no hubiera estado en Tokio sin un duro ni un lugar donde caerme muerta, no me habría casado con el Rey Demonio!

Le gusta su manera de hablar. Es sincera, no se hace la víctima. Seguramente es porque tiene una buena relación con su marido.

Shōko sonríe y continúa hablando:

–No pasa nada si te casas o no, pero si algún día decides convertirte en ama de casa, podemos pasar las mañanas juntas sin hacer nada.

–Me parece genial. ¡Si me lo vendes así, me entran ganas de casarme cuanto antes!

Pagan la cuenta y salen del local. Shōko se arrodilla junto a una barandilla para quitarle la cadena a su bicicleta. Es la misma bici de hombre que Eriko ha visto en el blog. Si no recuerda mal, la comparte con su marido. Camina junto a ella, al mismo ritmo que empuja la bicicleta, y ambas cruzan por debajo del paso a nivel.

–Qué brisa tan agradable… Todavía huele a verano. Este año he estado tan liada con el trabajo que no he podido hacer nada en

verano.

–Pero si septiembre todavía es verano. Aún estás a tiempo. ¿Y si vamos a la piscina o a la playa? Por cierto, caminar así con la bici, ¿no te recuerda a cuando eras pequeña? Es como si estuviera volviendo a casa después del colegio.

Al oír la palabra «colegio», algo se encoge en el pecho de Eriko. Las altas columnas de hormigón del paso a nivel se alzan hasta donde alcanza la vista, como si fuera una especie de templo. Se acuerda de que antes esta estructura no existía y pensar en el irremediable paso del tiempo la obliga a apartar la mirada.

–Nunca fui al colegio en bicicleta. No sé por qué, pero no nos dejaban ir así, teníamos que ir en tren. Fui a una escuela femenina en Setagaya. En el mapa parece que está muy cerca, pero una vez que te subes al tren tienes que dar mil vueltas para llegar. Lo odiaba.

–¡Entonces sí que eres una chica de ciudad! Yo iba en bici corriendo por la orilla del río.

–¿Alguna vez fuiste con un chico en la misma bici?

–¡Pues sí! Sí que lo hice.

Eriko suelta un suspiro y, entonces, a Shōko se le iluminan los ojos.

–Oye, ¿quieres que te lleve? Vives frente al edificio de Correos, ¿no? Me pilla de camino. Venga, te acerco.

Duda durante un instante, pero se arma de valor y se sube a la parte de atrás de la bicicleta. Rodea la cintura de Shōko y le sorprende comprobar lo delgada que está. La bici se mueve y, junto a ellas, el último tren del día sale rápidamente de la estación. El interior del vagón está tan bien iluminado que puede distinguir con nitidez las caras de los pasajeros, como si fuera un fotograma a cámara lenta.

De pronto nota cómo se le humedecen los ojos. El aroma a suavizante que emana de la ropa de Shōko la envuelve. Sí, recuerda haber leído sobre él en el blog: un suavizante de Estados Unidos que huele a algodón de azúcar. Lo ha leído tantas veces que se sabe entradas enteras de memoria… ¿Acaso hay algo que no conozca de ella?

Cuando cruzan la plaza de la estación, la falda de Shōko se hincha con el viento. Tiendas veinticuatro horas, cafeterías, droguerías… Es un paisaje familiar, pero ahora mismo le parece completamente nuevo, como si cientos de cintas de luz se deslizaran sobre sus ojos.

–Nunca he vivido en un lugar que no fuera esta ciudad –confiesa.

–Vaya, sí que eres una urbanita de pura cepa. Qué envidia me da que hayas crecido y vivido en Tokio toda tu vida –responde Shōko con una sonrisa.

El viento sopla con fuerza, pero se sobrepone y dice, casi como si estuviera gritando:

–¡No es tan idílico como crees! A veces pienso que tengo una visión del mundo demasiado estrecha. ¿Qué más da vivir en un pueblo o en Tokio? Hoy en día ya no hay tanta diferencia. Las tiendas de toda la vida cierran una tras otra y al final solo se mantienen en pie las cadenas y las cafeterías-restaurante que abren hasta bien entrada la noche. En unos pocos años, todo Japón será una masa homogénea.

Nunca se había imaginado que algún día compartiría una reflexión como esa con alguien. Vuelve a sentir, por primera vez en décadas, la emoción de hacer una nueva amiga. En cierto modo se parece un poco a la sensación de enamorarse, como si cualquier cosa fuera posible y a su alrededor solo hubiera oportunidades que alcanzar con los brazos abiertos.

Hasta los colores le parecen distintos. Está descubriendo una nueva faceta de sí misma, un cambio pequeño pero muy emocionante. Ya ha tomado una decisión: nunca va a dejar marchar a Shōko. Ahora que tiene una amiga, puede darse forma a sí misma, puede justificar su existencia. Sin darse cuenta, se agarra con más fuerza a la cintura de Shōko.

–¡Ya estamos!

La bicicleta se detiene frente al edificio y Eriko se siente como si despertase de un sueño. Un silencio profundo reina en la calle y al llevarse la mano a la cara nota que tiene las mejillas húmedas a causa de las lágrimas. Quiere seguir montando en bicicleta con ella, seguir charlando un poquito más.

Aun así, se baja y le da las gracias. También le desea buenas noches. No quiere irse. No quiere separarse tan pronto.

Como si Shōko estuviera pensando lo mismo, abre la boca y sugiere:

–¿Te gustaría que la próxima vez quedáramos en un sushi de cinta giratoria?

«La próxima vez». Al oír esas palabras, casi tiene ganas de ponerse a dar saltos de alegría. A partir de ahora van a poder verse siempre que quieran.

–¡Sí, me encantaría! Nunca he ido a un sitio de esos.

–Son lugares increíbles. Ahora está todo digitalizado, puedes pedir desde una tableta en la propia mesa y cada plato tiene una especie de GPS que indica a qué mesa tiene que llegar. Aunque yo soy ya como una abuela en eso de la tecnología, no me entero de mucho.

Eriko no puede evitar reírse.

–Sí, recuerdo haber leído eso en tu blog.

Cuando se separan a la entrada del edificio, se gira y ve que Shōko la está mirando con una sonrisa tan radiante que se aprecia incluso en la oscuridad. Eriko sigue diciéndole adiós con la mano hasta que la pierde de vista en la distancia.

Con paso alegre, abre la puerta automática de su edificio y cruza el rellano hasta la puerta del ascensor. Es entonces cuando se da cuenta de que allí hay alguien.

Apoyada sobre la barandilla del rellano está Keiko. Fuma un cigarrillo y lleva un chándal que parece más bien un pijama. Su largo cabello se agita con la brisa nocturna. Eriko nota cómo todo el cuerpo se le tensa de golpe. Eso es malo. Pase lo que pase, no puede dejar que se percate de su presencia. Mientras piensa qué hacer, paralizada, Keiko habla sin ni siquiera darse la vuelta para mirarla:

–¿Esa que estaba contigo es amiga tuya?

Eriko abre los ojos de par en par, sin saber qué decir. Keiko se gira y la observa con ojos de conejito inocente. La misma mirada que tenía hace quince años, sin mostrar una pizca de maldad o desprecio.

Quiere decirle muchas cosas, pero no le sale la voz del cuerpo.

«Pues sí. Es mi amiga. ¿Sabes cuántos años han pasado ya? Es mi amiga, mi amiga de verdad. Vive cerca de aquí y además tiene un blog muy popular entre las amas de casa. Es una mujer increíble. ¡Hasta ha escrito sobre mí en su blog! He desarrollado la capacidad de relacionarme con otros, de hacer amigas por mi cuenta, sin depender de la escuela o el trabajo. ¿Quién te crees que soy? Ni se te ocurra subestimarme».

–Qué bien. Pensaba que alguien como tú, que es incapaz de respetar los límites de los demás, no llegaría a tener nunca una amiga.

No quiere oír nada más. Se vuelve y le da la espalda. Quiere llegar cuanto antes a su casa, así que pulsa varias veces el botón del ascensor.

–Eh, eh. No pongas esa cara de terror. ¿Estás tratando de huir? ¿Quieres que parezca que la mala soy yo?

Lo último que oye antes de cerrar la puerta es la risa de triunfo de Keiko, que, en la oscuridad de la noche, la persigue como una sombra.

4

La aspiradora es tan vieja y ortopédica que a Shōko le recuerda al cadáver de un pajarraco. Al sujetarla por el tubo y arrastrar el contenedor por el suelo, le da la sensación de que está tirando de un animal muerto. Le cuesta creer que el suelo quede más limpio después de pasarle esta gran ave, más bien parece que los fluidos del pájaro se hayan derramado por el pasillo y hayan ido dejando regueros de suciedad a su paso.

Aunque tiene ruedas, la aspiradora es tan pesada que le cruje la espalda al moverla de una habitación a otra y, como encima tiene que volver a enchufarla cada vez que cambia de sitio, todo el proceso es increíblemente tedioso. Ver cómo el cable negro vuelve sobre sí mismo le recuerda a unas tripas oscuras que regresan por su cuenta al estómago de un animal alienígena.

Cuando termine de aspirar, todavía tiene que poner otra lavadora, limpiar las ventanas, fregar el pasillo exterior y preparar la cena. Las tareas del hogar parecen no acabarse nunca. Agotada solo de pensarlo, se agacha junto a la aspiradora. Hay tanto polvo que le cuesta respirar y el olor al tabaco de su padre impregna cada centímetro de la casa. Aunque ella misma tiene el mal hábito de fumar, el olor le provoca arcadas.

¿De verdad esto son simples tareas del hogar? ¿Algo que se espera sin más de las amas de casa? Para ella no son más que una tortura: un castigo injusto, doloroso y agotador. Una actividad oscura y opresiva que la consume en cuerpo y alma.

Recuerda que, a su edad, su madre hacía estas tareas todos los días sin falta. Piensa en ella, a quien no ha visto en años y que

ahora vive lejos con otra familia. Se da cuenta de que ella ya no usa nunca la aspiradora. En su piso, como es pequeño, le basta con pasar una bayeta húmeda dos o tres veces por semana y, si alguna vez hay algo sucio de más, le da un poco con la fregona.

Al pensar que su madre usaba la misma aspiradora que está utilizando ella ahora, no puede evitar compadecerse.

Mira de nuevo la casa, la casa de su infancia, y suelta un profundo suspiro. Es demasiado grande para el número de personas que viven en ella: enormes vigas vistas, techos tan altos que al mirar arriba solo se ve oscuridad, un vestíbulo espacioso… Es un edificio antiguo, una típica casa de campo de esas que han pasado de generación en generación, a pesar de que los terrenos de alrededor ya no son propiedad de su familia.

Su padre se ha encargado de administrar esta herencia familiar desde que ella estaba en el colegio, aunque en los últimos años solo se encarga de trámites menores y de participar en ceremonias de la familia. Seguramente ahora mismo esté en las máquinas tragaperras y ni se le habrá pasado por la cabeza venir a echar una mano con la limpieza de la casa.

Desde el pasillo exterior ve brillar bajo la incierta luz de septiembre uno de los grandes ríos de la zona. La luz alcanza también las habitaciones de la casa. Ya apenas puede cerrar las contraventanas de madera, pues, como llevan años sin mantenimiento alguno, tienden a quedarse abiertas durante la noche o durante las tormentas. Los tatamis, cubiertos por una capa permanente de polvo, están desgastados y descoloridos por el sol.

A Reimi, la nueva mujer de su padre, no le importan esos detalles. Los tatamis necesitan un cambio urgente, pero si Shōko interviniera, incluso en algo tan pequeño, estaría haciendo justo lo que su padre y sus hermanos quieren. Muchas veces piensa que lo mejor sería desentenderse del todo de la enorme casa y venderla, pero sabe que, si propone la idea, tendrá que enfrentarse sola al papeleo y a las negociaciones, así que se muerde la lengua y no dice nada.

Limpiar la casa rápidamente, hacer el papel de buena hija y marcharse. Eso es lo único que tiene que hacer. Si es demasiado amable, solo acabará pasándolo peor.

A regañadientes, se incorpora y sigue limpiando. Mientras arrastra la pesada aspiradora, le vienen a la mente recuerdos de cuando su madre se fue con otro hombre. En aquel entonces ella estaba en bachillerato y no tuvo tiempo de sentirse dolida por la ausencia, pues de pronto cayeron sobre ella todas las responsabilidades del hogar. Fue algo abrumador.

Aguantó todo lo que pudo, pero pronto se vio superada y dejó de hacer las tareas domésticas. Se sentía tan avergonzada que evitaba pasar tiempo en su hogar. Iba a casa de sus amigos por la tarde, para que sus madres la invitaran a cenar.

Como Shōko no se encargaba de las tareas del hogar, la familia se fue desmoronando de manera natural: su hermano mayor, que acababa de graduarse en la universidad, empezó a comer fuera; su hermano pequeño, que aún estaba en el colegio, compraba comida para llevar en el supermercado. Su padre, por su parte, se dedicaba a beber en silencio o estar en el bar sin decirle nada a nadie.

No fue solo culpa de ella. Resulta que en su casa no había sentido de la responsabilidad. Una tía suya empezó a ir de vez en cuando a ayudar con la limpieza o a llevarles algo de comer, ya que era incapaz de quedarse de brazos cruzados ante la situación en la que se encontraban. Gracias a ella recuperaron un poco la normalidad.

Fue en esa época cuando Shōko aprendió la regla básica de su casa: el que se mueve primero, pierde.

Hace cuatro días, su hermano pequeño, Yōhei, le avisó de que Reimi, su madrastra, se había marchado de casa otra vez. Era la enésima vez que lo hacía, pero esta vez parecía que iba en serio.

–Ya ha pasado casi un mes desde que Reimi se fue. La casa está hecha un asco y papá está ahí, como atontado. Shōko, ¿puedes acercarte a ver qué tal está todo?

Eso le había dicho.

Yōhei tiene ya veinticinco años y, tras acabar un ciclo de formación profesional, montó un negocio con sus amigos del que pronto se desentendió. Todavía vive en casa con su padre y trabaja a media jornada. Al menos se preocupa por su familia, es buena persona y les cae bien a los demás, pero es completamente incapaz de ver cómo hace perder la paciencia a los que lo rodean.

Tras escuchar su mensaje, Shōko tuvo ganas de espetarle: «Y tú, hermanito, ¿no puedes encargarte tú mismo?». Pero se contuvo.

Fue Kensuke quien la animó a ir:

–Hace mucho que no ves a tu padre ni a tu hermano. ¿Por qué no te pasas unos días por su casa?

Aunque le parecía un fastidio y no tenía muchas ganas de ir, acabó haciendo la maleta a regañadientes y salió rumbo a la estación de Tokio, aunque se detuvo varias veces por el camino. Se subió en un tren bala por primera vez en dos años y, tras varios transbordos en líneas de cercanías, finalmente llegó a su pueblo.

Pero, al ver su casa, lo único que sintió fue opresión. Una opresión gris que amenazaba con aplastarla.

De pronto, se fija en el altar budista en memoria de sus abuelos. El tallo de los crisantemos es de color parduzco, igual que el agua del jarrón de cristal. Las flores están marchitas; los pétalos, completamente secos y quebradizos. Al acercarse, le llega a la nariz un olor desagradable.

Cuando su madre todavía vivía con ellos, su padre solía estorbar mientras hacía las tareas del hogar. Pero, desde que no está, no hace nada, ni siquiera el esfuerzo de intentarlo. Shōko se considera una mujer descuidada, pero lo de su padre es inaudito. ¿Cómo puede abandonarse así sin más? ¿Cómo puede rechazar esa parte de la existencia humana?

Han pasado tres semanas desde que Reimi se marchó y el frigorífico está lleno de comida a punto de pudrirse y hay basura por todas partes en el suelo. Una parte de ella piensa que debería compadecerse de su padre, pero enseguida recuerda que es un hombre de sesenta y cinco años sin ningún tipo de discapacidad. Hay políticos mucho mayores que él que salen en las noticias y en la prensa casi a diario, con la cabeza bien alta a pesar de que los critiquen con dureza. Si ellos pueden, ¿por qué no él?

Durante un instante la asalta el miedo de que todo esto pueda ser un principio de demencia, pero luego recuerda que siempre ha sido así: una persona inmóvil, que no toma nunca la iniciativa, de esos que se quedan quietos en casa esperando que los demás hagan el trabajo por él. Eso fue lo que pasó cuando su madre los dejó: no

hizo nada. No fue a buscarla. Se limitó a quedarse quieto, con una sonrisilla apagada en la cara, tirado frente a la televisión. Se limitó a dejar que el rencor y el resentimiento se apoderaran de la casa.

Reimi, una mujer sensible y sentimental, debió notar la evidente soledad de su padre y se sintió atraída por él. Puede que parezca extrovertida y alegre, pero en el fondo es vulnerable. Quizá eso es precisamente lo que le gusta a su padre de ella.

Reimi tiene cincuenta y tantos años, antes era la dueña de un bar, uno de los locales que su padre frecuentaba con asiduidad, y empezó a vivir con ellos justo cuando Shōko entró en la universidad.

En aquel entonces ella ya no pasaba mucho tiempo en casa, así que nunca habían entablado una relación, pero Shōko le está muy agradecida. A pesar de que es una metomentodo bastante descuidada, fue ella quien le devolvió la vida a su moribunda casa. Reimi es la que evita que todo se desmorone en la casa y, si decide que no va a volver, Shōko sabe que eso le supondrá problemas.

Como es la hija mayor, le tocaría a ella cuidar de su padre, una responsabilidad que la aplasta. Yōhei, como de costumbre, sería un cero a la izquierda y tampoco podría contar con su hermano mayor, que ha cortado casi todo el contacto con su padre tras su segundo matrimonio. Quizá este se oculta en casa para vengarse, sin ser consciente de las mujeres que lo han abandonado. Ese odio silencioso impregna cada pared y Shōko empieza a sentirse sofocada.

¿Qué gana su padre tirando su vida por la borda de esta manera? ¿O quizá no haya nada que ganar y se trate simplemente de un anciano que ya no quiere saber nada de la vida? Como de costumbre, a Shōko le basta con estar cerca de su padre para desgastarse emocionalmente. De pronto siente la necesidad de volver junto a Kensuke. Si está a su lado, puede respirar con normalidad. Sabe con certeza que su lugar está en ese viejo piso de Setagaya.

De repente le entran ganas de fumar. Abre un cajón al azar y encuentra un cigarrillo marca Mevius, de los de su padre. Demasiado fuerte para ella. Quizá todavía quede alguno de los que compró mientras estudiaba en la universidad. Deja la aspiradora y se dirige a

su habitación. En el cajón del escritorio encuentra un paquete de Camel y el mechero que usaba por aquel entonces. Enciende uno y se deja caer en la cama. Al tumbarse en la colcha, una nube de fino polvo sale flotando por el aire. Ve cómo el humo se eleva y forma espirales hasta llegar al techo.

Aunque está en su habitación, en la misma en la que vivió hasta graduarse de la universidad, no se siente a salvo. La decoración, que en su momento eligió con tanto esmero y que estaba tan a la moda, la mira ahora con aire desafiante. Pósters de películas de habla inglesa, revistas de moda extranjeras, grandes tomos de cómics… Le da vergüenza solo de verlo. ¿Cómo era posible tener unos gustos tan del montón? Se había creído especial y sofisticada, pero todo eran cosas que había visto en casas de famosos y que se había limitado a copiar. Shōko no echa de menos aquella época en la que se dejaba la piel por parecer única. De hecho, si pudiera, le gustaría borrar de su memoria esos años, de los quince a los veintidós, en los que todo era ego y pretensión.

Y encima, después de haberse creído el ombligo del mundo, se ha convertido en una treintañera normal. No ha aprendido nada. Le da miedo que su blog se convierta en un libro y que alguno de sus antiguos compañeros de clase lo lea. Seguro que se reirían de ella, de esa chica que soñaba con trabajar en el mundo de la moda y vivir en Tokio, y que no paraba de decir lo mucho que odiaba su pueblo natal. Se reirían al ver su fracaso profesional, cómo se ha casado con alguien convencional y que vive tranquila a su manera, sin enfrentarse al mundo. No quiere que ninguno de sus conocidos sepa eso.

Siente envidia de Eriko Shimura. Está segura de que ella no tiene un pasado del que quiera olvidarse. Aunque le confesó con cierta timidez que nunca ha salido de Setagaya, al llevar tantos años en el mismo lugar ha ido acumulando momentos cotidianos uno sobre otro, una vida perfecta construida capa a capa, como un precioso milhojas. Shōko es consciente de que nunca será capaz de lograr algo así y, precisamente por eso, la admira con sinceridad.

Quiere volver a verla. Han hablado de ir a un sushi de cinta giratoria la próxima vez que se vean. No es un gran plan, pero, en

ese momento, a Shōko se le antoja un pequeño tesoro.

Oye un ruido y la puerta corredera de la habitación se abre de golpe y entra su hermano Yōhei saludando con la mano. Hace tiempo que no se ven y Shōko se fija en que ha engordado bastante. Tiene las mejillas hinchadas y enrojecidas.

–Gracias por venir –dice.

–¿Cómo que «Gracias por venir»? Si ya estás aquí, venga, a echar una mano –protesta Shōko.

Yōhei se ríe despreocupadamente. Cada vez se parece más a su padre cuando era joven y, al notarlo, el corazón le da un vuelco.

–Es que está todo tan sucio que no sé ni por dónde empezar.

–Pues yo ya no puedo más. Estoy agotada. Me rindo. ¿Y si contratamos a alguien para que venga a limpiar?

–Ya sabes que a papá no le gusta que entren desconocidos en casa.

–Siempre igual. Todo es motivo de queja: «Esto no… Esto tampoco…».

–Bueno, es que esta casa es muy importante para él. Creo que piensa que es el último guardián de la herencia familiar o algo así.

Shōko no entiende por qué se esfuerzan tanto en defenderlo. Le parece ridículo. Si su padre está feliz viviendo como vive, no hay razón para que ellos se inquieten tanto.

–No te preocupes –dice Yōhei–. Tengo la sensación de que Reimi volverá pronto. No suele irse más de un mes. Aunque es verdad que hace tiempo que no la veo…

Dicho esto, su hermano se sienta en la cama. El polvo vuelve a levantarse. Shōko no puede creer que, después de haberla alarmado tanto con su llamada, ahora él esté tan tranquilo.

–La verdad es que últimamente apenas paso por aquí. Estoy siempre en casa de mi novia. Creo que va siendo hora de que empecemos a vivir juntos.

Siente ganas de echarle la bronca, pero se contiene. Es consciente de que ella también fue así. Cuando estaba en bachillerato y luego en la universidad, apenas pasaba tiempo en casa y, en cuanto tuvo trabajo, huyó a Tokio sin mirar atrás. Incluso llegó a tratar con desdén a Reimi, que siempre se había preocupado mucho por ella.

–Es como si nadie pudiese vivir mucho tiempo en esta casa, ¿no crees? –dice Shōko mirando al techo–. Sin Reimi parece una isla desierta.

Sabe que ella no puede vivir aquí. Lo que más le molesta es pensar que tanto la pereza de Yōhei como la suya propia son herencia de su padre.

–He estado leyendo tu blog, ¿sabes? Kensuke me habló de él. La verdad es que me sorprende que tenga tantos lectores. Estás entre los puestos más altos de una de esas webs de *ranking* de blogs, ¿no?

–¡No lo leas!

–Es muy distinto al resto. Los otros blogs dan la impresión de querer brillar, pero el tuyo es… Bueno, te limitas a contar tu vida tal y como es, simple y perezosa. Es todo lo contrario.

A Shōko le da rabia oír eso, pero sabe que tiene razón. Las blogueras populares escriben sobre cómo su vida es todo alegrías y sonrisas, sobre las creativas ideas que tienen y sobre recetas deliciosas. Parece que, en sus vidas, todos los días brilla el sol. Pero también hay días como este, nublados, sin glamur, en los que te limitas a limpiar la casa en la que has crecido, tratas con miembros problemáticos de tu familia o sales a disculparte por algo que han hecho tus hijos.

¿Escribirían las otras blogueras en días así? ¿Quizá encuentran la luz incluso en los días más oscuros y son capaces de capturar esa belleza y plasmarla? Sea como fuere, Shōko no se cree capaz de hacer algo así. Sería mucho mejor si alguien como Eriko escribiera un blog. Alguien que creció en una familia acomodada, que siempre va vestida a la moda y trabaja para una gran empresa. No importa desde dónde lo mires: todos los ángulos de su vida muestran una imagen idílica, perfecta. Es irónico, pero suele ser justo ese tipo de personas con una vida tan plena las que menos tiempo tienen para dedicarle a un blog.

–Hace dos días que no escribes nada. ¿Va todo bien?

–Sí, es que se me olvidó el móvil en casa.

–¡Menuda bloguera! ¿Quieres que te preste mi portátil?

–No, no. Qué pereza.

Antes de salir de la habitación, Yōhei le pide un cigarrillo.

Quizá se ha dejado el móvil aposta. Como puede llamar a Kensuke con el fijo, realmente no lo necesita. Además, el blog todavía no es su trabajo, no pasa nada si no lo actualiza durante un par de días. Encima, ahora mismo no tiene ningunas ganas de ponerse a escribir.

Como no está pendiente del móvil, se da cuenta de una cosa: tiene muchísimo tiempo libre. Una oscura sensación de desasosiego se le extiende por el pecho, como si fuera una mancha de tinta. En Tokio tiene la ilusión de que lleva una vida más o menos satisfactoria, pero ¿acaso no se limita a perder el tiempo en internet? Y eso, por mucho que no le guste admitirlo, es algo que también puede hacer en esta casa.

Menuda vaga está hecha. En el fondo es igual que su padre, al que solo le gustan el alcohol, la televisión y las máquinas tragaperras. Piensa en volver a trabajar, pero solo de imaginárselo se le revuelve el estómago. Recuerda con miedo lo rápido que el estrés acabó con ella la última vez. Hasta le salió una úlcera. En aquel entonces lo abandonó todo, incluso su trabajo en el mundo de la moda.

La rutina, pertenecer a un grupo cerrado de gente, las normas, maquillarse cada mañana, llegar a la oficina todos los días a la misma hora… Antes había hecho todo eso con naturalidad, pero ahora le parece un mundo lejano e inalcanzable.

De pronto, la puerta corredera se abre de golpe. No ha oído a su padre volver a casa. Cuando lo ve, piensa, con horror, que se parecen mucho. Tiene los párpados caídos, labios curvados que dejan entrever unos dientes amarillentos. Lleva un chándal viejo, el pelo salpimentado de canas, la barba descuidada y una mancha de algo blanco en el pecho, seguramente restos de alguna comida. Le da la impresión de que parece más bajo que la última vez que lo vio. Cada año se esfuerza menos en cuidar su apariencia. Seguro que si un desconocido se lo cruzara por la calle, pensaría que es un anciano andrajoso.

Odia mirar a su propio padre con tanta frialdad.

–¿Cómo estás, Shō? Si estás cansada, puedes reposar lo que quieras. Total, por aquí no viene nadie y da igual si está todo hecho

unos zorros –dice con una sonrisa tranquila, observándola desde arriba.

Aunque se le ve calmado, su mera presencia tiene una fuerza opresiva e insoportable que Shōko no logra entender. Se niega a mover un dedo y se limita a esperar, tozudo como una mula, a que algún otro se mueva por él. Preferiría morirse de hambre antes que actuar. Es algo que está por encima de la simple pereza: en el rostro sonriente y enrojecido de su padre hay un atisbo de locura. ¿Está mal que piense así de él?

«Mi padre se cree que es el rey».

Cada vez que se quejaba de él a sus amigos cuando era joven, siempre le respondían, confusos:

–Pero parece muy divertido y amable…

Y ella no era capaz de contradecirlos.

Su marido le dice sin maldad:

–Tu padre no es malo, únicamente es algo torpe y no sabe expresar sus sentimientos. En el fondo estoy seguro de que se siente solo.

Pero Kensuke, que creció en un entorno familiar estable, no es capaz de comprenderlo. Shōko siente una punzada de envidia al imaginar a sus suegros, que viven en Ōsaki. Llevan una vida tranquila y plena, repleta de palabras cariñosas.

Sonríe.

–Estoy bien. Solo algo cansada. Oye, ¿por qué no contratamos a alguien para que venga a limpiar?

–Qué follón. ¿Has hecho ya la cena?

–Todavía no, lo siento. Enseguida preparo algo.

–No hay prisa, tómate tu tiempo.

Su padre responde en un tono tan normal que Shōko casi se siente mal por haberse irritado antes. De pequeña lo adoraba. Hasta se ofrecía a cortarle las uñas de los pies y a limpiarle las orejas. Todavía recuerda las cosquillas que le hacía la barba cuando frotaba la mejilla contra la suya. Había sido un padre del que sentirse orgullosa, alguien querido por todo el pueblo.

No es que ahora no lo quiera. Nunca la ha tratado mal, ni se ha opuesto a sus decisiones ni ha escatimado con el dinero de su

educación. Ni siquiera han llegado a pelearse nunca.

No entiende por qué solo con verlo nota como si la estuvieran asfixiando.

–No hace falta que sigas limpiando. Si estás cansada, mejor déjalo y relájate un poco.

Al verlo sonreír, Shōko tiene ganas de hacerle daño. ¿A qué viene esa falsa amabilidad? Si ella no se hace cargo de todo, ¿quién va a hacerlo? La ira la consume y reza en silencio para que Reimi vuelva pronto. Es un sentimiento que no es nuevo. Cuando su madre los abandonó, lo primero que pensó fue: «Ahora me toca a mí encargarme de papá».

Le pareció horrible sentir eso antes que tristeza.

A veces piensa que quizá fue culpa suya, no de su padre, que su madre se fuera. Quizá si hubiera sido más de ayuda, si hubiera colaborado más con las tareas domésticas… O si hubiera sido un hombro en el que su madre pudiese llorar…

Su madre era de las que hacían todo a mano: desde los encurtidos hasta la sopa de miso. Nunca se olvidaba de celebrar los cumpleaños. Se esforzaba durante todo el año para que los rituales funerarios de la familia se llevaran a cabo a la perfección y, cuando venía alguien a casa, era la anfitriona ideal.

Siempre charlaba con una sonrisa en los labios, pero Shōko sabe que vivía con miedo, en alerta constante por los cambios de humor de su padre.

A base de puro esfuerzo, su madre había logrado que aquel grupo de vagos pareciera, al menos en apariencia, un verdadero hogar. En cuanto su madre se fue, la vida familiar colapsó de inmediato. Shōko agradece haber tenido una infancia en la que no le faltó de nada, pero se niega a convertirse en una víctima más.

Desea ser libre. No quiere preocuparse por una casa o por qué comer. Eso acabaría con ella. ¿Acaso no es absurdo ser infeliz por las cosas del día a día que deberían alegrarla? Esa contradicción le resulta insoportable.

Recuerda como si fuera ayer un 3 de marzo de cuando era pequeña. Estaban celebrando el Hinamatsuri, el festival de las muñecas. Su madre se había levantado temprano para preparar

chirashizushi. En cuanto su padre lo probó, dijo: «Esto está asqueroso», y se levantó de la mesa para tumbarse delante de la televisión. Sus amigas, a las que habían invitado, dejaron de reírse de golpe.

Shōko notó cómo le subía la sangre a la cabeza. En cuestión de segundos, el hombre que siempre se había mostrado risueño con ella se había transformado de golpe. Lo único que sentía era frío en el estómago. Cuando su madre, temerosa, se había aventurado a preguntar por qué, su padre respondió con toda naturalidad: «Está demasiado dulce».

No lo entendía. Era la misma receta de siempre, la de su abuela, con *kanpyō*, *shiitake* y hasta *oboro* casero. Tanto tiempo y esfuerzo destrozados por una única y cruel frase.

Shōko pestañea y vuelve al presente.

–Esta noche prepararé un estofado o algo de curri, ¿te parece bien?

–Claro. Ya sabes que cualquier cosa que cocines me gusta –dice su padre con una sonrisa y se va, dejando la puerta corredera abierta.

Sabe que nunca lo oirá decir ni una sola palabra de preocupación por Kensuke o su vida de casada. Se enciende otro cigarrillo. El humo sube hasta alcanzar el artesonado del techo, donde finalmente se divide en dos y se desvanece.

5

Al despertar, lo primero que ve es el móvil, que sujeta con fuerza en la mano derecha. En la pantalla ve el nombre de su blog favorito: *Diario de Ohyō, un ama de casa inútil*. El cansancio la abandona de golpe. Hace cuatro días que no sube una nueva entrada. Eriko está asustada, pues este año Ohyō ha publicado casi a diario. Como ella conoce a Shōko en persona, siente que debe descubrir qué está pasando, cueste lo que cueste. Y no es la única que está preocupada: ya ha visto varios comentarios de lectores inquietos por la situación. Saber que no está sola en esto le da fuerzas.

Hay muchas posibles explicaciones: se le ha roto el ordenador, está enferma… Pero como no responde a los mensajes, la ansiedad de Eriko no hace más que aumentar. No deja de pensar en algo que se le escapó a Shōko esa noche, al salir de la cafetería-restaurante:

–A veces me llegan mensajes raros al blog. Los administradores los borran, pero la verdad es que resultan muy inquietantes. Creo que son amenazas, cosas como «Sé dónde vives, como te pases de lista te vas a enterar».

Solo de pensar en que ese acosador pueda haberla secuestrado hace que se le pongan los pelos de punta. Estar casada no garantiza que esté protegida. Shōko es muy descuidada, y eso es parte de su encanto, pero como ahora es algo famosa, no sería de extrañar que se convirtiera en el blanco de los celos, el odio o las relaciones parasociales de los fans.

Ojalá le hubiera dicho más seriamente que tuviera cuidado. ¿Podría alguien descubrir dónde vive solo con las pistas que se pueden entresacar del blog? Eriko decidió que tenía que dejar la

mente en blanco y releer todas las entradas como si fuera una criminal. Anoche, al final cayó rendida tras repasar dos años enteros de publicaciones.

Desde luego, Shōko es muy imprudente. Basta con las fotos que sube de su barrio y el nombre de sus tiendas favoritas para que hasta un adolescente sea capaz de deducir en qué zona de Setagaya vive. Las fotos que ha subido de su propio piso también dan muchas pistas.

Si no le ha pasado nada malo, ¿por qué no responde al correo? Eriko se ha esforzado por escribirle en un tono informal, sin mostrar preocupación. Aun así, no ha recibido contestación a los diez correos que ha enviado en los últimos cuatro días. Por culpa de todo esto no puede concentrarse durante las llamadas con la oficina de Tanzania ni en las reuniones con las cadenas de comida rápida. En el trabajo no para de revisar el blog.

—¡Eriko! ¿Qué haces? Dedícate a eso en tu tiempo libre.

La voz de su jefe a sus espaldas la había sobresaltado cuando estaba absorta en el blog.

Sintió un sudor frío por la espina dorsal. ¿Quizá se estaba volviendo un poco loca?

Su obsesión tiene justificación. Hace quince años vivió algo similar. Ahora siente en sus venas la misma sensación ardiente de impaciencia que la consume por completo.

«¿He hecho algo para que me odies?». «¿Por qué me ignoras? ¿Acaso no somos amigas?». «Al menos dime por qué me estás evitando». «Dime algo. Cualquier cosa».

Como tiene que concentrarse en el trabajo, ha tomado la decisión de que, antes de volver a la oficina, debe asegurarse de que Shōko está bien. Si es incapaz de localizarla, irá a la policía.

Se levanta de la cama con decisión y se viste: un jersey fino, falda y medias. Maquillaje sencillo y el pelo recogido con una pinza. No es como suele peinarse, pero le resulta cómodo. Sale de su casa sigilosamente, con cuidado de no despertar a sus padres.

Cuesta creer que hasta hace poco las cigarras cantasen. Ahora, el aire matutino, húmedo y con olor a hierba mojada, le envuelve el cuerpo con un frescor inesperado. En cuanto sale del edificio ve una

figura de pie en la neblina. Es Keiko. Lleva un chándal que parece más bien un pijama y está ahí quieta, con la mirada perdida. Le gustaría evitar encontrarse con ella, pero está demasiado cerca, no puede fingir que no la ha visto. Keiko y ella son amigas de la infancia. Se conocen desde hace veinticuatro años y fueron juntas al colegio y al instituto.

–Buenos días. –Keiko se gira hacia ella y habla sin expresión alguna en el rostro.

Eriko, iluminada por la luz natural de la mañana, observa a su antigua amiga con cierta cautela. Va sin maquillar y tiene la piel tan seca que parece que alguien le haya restregado polvo por encima, las comisuras de los ojos están surcadas de profundas arrugas. La piel marchita contrasta con el gesto, casi infantil, con el que se rasca la mejilla, con un dedo sobresaliendo de la manga del chándal. Por cómo se le pega el pelo a la frente y al cuello, es evidente que no se lo ha lavado.

–¿Adónde vas? La estación no está por aquí. ¿Es que no vas al trabajo?

Eriko no quiere que sepa adónde se dirige, así que trata de no dar detalles:

–Bueno, tengo que hacer una cosa. ¿Y tú? ¿Qué haces por aquí tan temprano?

–Nada. Solo estoy dando un paseo matutino. Dentro de un rato caminaré en sentido opuesto a los que van hacia la estación. Es divertido, parece como si estuvieras retrocediendo en el tiempo.

Aún habla y mira a la nada de la misma forma suave y apática que hace quince años. Siempre ha sido así. Se mueve y expresa de tal manera que dan ganas de preguntar a qué se refiere. Antes destacaba por su sensibilidad, tan distinta a la del resto que era deslumbrante. Ahora, a los treinta, cuando se comporta así, solo parece una mujer rara.

–Tengo que irme. Nos vemos –dice Eriko mientras le da la espalda y se encamina hacia la calle de las tiendas.

Tras dar unos pasos, echa la vista atrás. Keiko sigue de pie delante del edificio, mirándola fijamente. Es consciente de que esta es su forma de vengarse. Sin salir de casa, sin trabajar,

desperdiciando su vida. Es un mensaje para los vecinos, para Eriko y para sus padres:

«Es culpa tuya, Eriko Shimura, que yo no pueda llevar una vida normal».

Ya han pasado quince años. Es verdad que ella tiene parte de culpa, pero Keiko no es una víctima inocente. Hasta sus profesores y sus padres lo habían admitido. Solo sigue culpándola para evitar enfrentarse a la vida. Prefiere quedarse donde está, sin hacer nada. Ese pensamiento consigue calmar un poco su acelerado corazón.

Cruza un paso elevado, entra en la calle comercial y camina un rato.

«Un edificio viejo de paredes de madera detrás de una tienda de arroz».

Eriko recuerda las palabras de Shōko y avanza con paso resuelto. Repasa una y otra vez en su mente la foto que ha visto en el blog: un poste eléctrico y un edificio de ladrillo rojo. Sí, es aquí. Justo enfrente hay un edificio blanco de superficie irregular. Igual que en la foto.

Al poner un pie en la entrada del edificio, a Eriko la embarga una sensación de complacencia. Encuentra rápidamente el buzón en el que pone maruo y ve que corresponde al apartamento 303. No parece que el buzón esté atestado de correo atrasado. Trata de abrirlo, pero, tal como esperaba, está cerrado con llave.

Entonces, una voz la sorprende por la espalda:

–¿Eriko?

Es Shōko. La mira con los ojos muy abiertos.

–¡Shōko!

Siente como toda la tensión que tiene acumulada se disipa de golpe. Menos mal que está bien.

El hombre bajo y regordete que la acompaña debe de ser el marido. No parece que sea una pareja adecuada para una mujer tan esbelta como Shōko, pero eso ahora mismo no importa. Ignora al hombre por completo y se gira hacia su amiga, a punto de lanzarse a sus brazos.

–Estaba muy preocupada porque no respondías al correo. Tenía miedo de que te hubiera pasado algo malo. Ya sabes, como me

dijiste que a veces te llegaban mensajes raros al blog… Así que recordé que me habías dicho que vivías por la zona y estaba buscando tu casa.

–Ah, ¿llegué a decirte dónde vivo? –Shōko, confusa, sonríe tímidamente.

Esa actitud tan olvidadiza irrita a Eriko, que no puede evitar replicar con tono de reproche:

–¡Sí que lo dijiste! Que vivías detrás de la tienda de arroz del centro comercial. Además, en las fotos que has subido al blog se ve un edificio rojo. Por eso pensé que podría ser aquí. Deberías tener más cuidado cuando subas fotos así al blog, cualquiera podría encontrar tu casa.

Shōko se queda callada unos instantes. Luego empieza a justificarse a toda prisa:

–¡Perdón! Lo siento, es que mi padre estaba mal y tuve que ir a su casa un par de días y se me olvidó coger el móvil. Justo volví anoche. Ah, por cierto, este es mi marido. –El hombre que está a su lado inclina la cabeza a modo de saludo–. Como hoy es su día libre, anoche nos quedamos hasta las tantas viendo una serie que habíamos alquilado en Tsutaya. Y como teníamos que devolver el DVD antes de las diez hemos salido tempranísimo.

Mientras Shōko habla con total naturalidad y una sonrisa despreocupada en el rostro, Eriko siente un poco de alivio, seguido de una oleada de ira. Desde luego, no ha estado en peligro y ha tenido tiempo de sobra para mandarle un mensajito de nada. Está tan irritada que abre la boca sin pensar:

–Pues podrías haberte molestado en avisar, ¿no? Estaba preocupadísima. Y no solo yo, también el resto de tus lectores. ¡No podía ni dormir de la angustia! ¡Así no es como se trata a una amiga!

Eriko se sobresalta. Acaba de decir lo mismo que aquella vez hace tantos años. Se lleva la mano a la boca sin ser del todo consciente. Fue a Keiko a quien se lo dijo, en la primavera de su primer año de bachillerato.

Y entonces ocurre lo que más teme: ve en los rostros de Shōko y su marido la misma expresión de confusión que vio en Keiko aquella

vez. Como si acabaran de descubrir que ese pez conocido y que comían casi a diario es en realidad un depredador temible. Una mezcla de temor y fascinación morbosa.

Entre ella y ellos se acaba de erigir una barrera. ¿Qué debe hacer? Tiene que aclarar las cosas, sea como sea. Una gota de sudor frío le baja por la espalda. Seguro que piensan que está loca.

–Ha sonado un poco raro, ¿verdad?

Trata de quitarle hierro al asunto, de hacerlo pasar por una broma, pero la voz le sale demasiado aguda.

Da igual lo que intente, no puede borrar la cara de incomodidad de la pareja.

Por culpa del desastre de esta mañana, no logra concentrarse en el trabajo. Hasta acaba aceptando una invitación de Yasuyuki, algo que en circunstancias normales no habría hecho nunca. A las ocho de la noche están en la barra de un *pub* de estilo británico en el rascacielos Shin-Marunouchi.

No hablan de temas personales. Conversan sobre el trabajo, como si aún estuvieran en la oficina. No quieren acortar la distancia que los separa.

Eriko le cuenta que le han asignado la compra directa y la supervisión de la perca del Nilo. Es la primera vez que su jefe le encarga un trabajo tan importante y que hay tantas expectativas depositadas sobre ella. El pecho le arde con orgullo: por fin ha superado la primera gran barrera en su carrera profesional.

El hecho de que se vuelva a importar perca del Nilo en Japón requiere la instalación de sistemas de congelado en las fábricas de Mwanza, en Tanzania. Como el coste es altísimo, decenas de millones de yenes, era difícil que se aprobara el plan. Pero gracias a la insistencia de Eriko y a haber firmado contratos con grandes mayoristas, por fin parece que se va a llevar a cabo.

Destripar el pescado, quitarle la piel, congelarlo, empaquetarlo… Japón dejó de importar perca del Nilo porque el proceso previo al envío era demasiado laborioso. Además, los cargueros tardaban casi un mes en llegar con la mercancía, lo que dejaba la inversión

paralizada durante demasiado tiempo. Todos esos factores hacían que la perca del Nilo fuera poco rentable para los vendedores.

Europa, por otra parte, es el gran cliente de la perca del Nilo. Para que llegue a ese continente basta con un proceso básico: refrigerar y transportar en avión por encima del Mediterráneo. Listo para llegar al mercado rápidamente.

Por otra parte, Japón quiere tratar el pescado importado como si fuera producto nacional y disfrutarlo según sus métodos tradicionales. En Europa les basta con que el sabor sea bueno para comérselo a gusto y alaban sus particularidades mientras le hincan el diente sin contemplaciones. Casi parece que la propia perca del Nilo es la que ha elegido que la exporten a Europa, donde la tratan mejor.

–Vaya, ¿así que ya está decidido que irás sola a Tanzania? Es todo un logro que el jefe te haya elegido personalmente. Aunque no esperaba menos de la mejor de nuestro departamento.

Eriko siente un leve escalofrío. Le entra algo de preocupación, ya que le parece ver que la mirada de Yasuyuki se tensa levemente.

Sayako Yotsuba, la única mujer que había en el departamento aparte de ella y que llevaba diez años más en la empresa, le había advertido de que la envidia de los hombres suele ser más aterradora que la de las mujeres. A ella nunca se le ha dado bien bailarles el agua a los hombres que no le interesan, pero, como no quiere causar rechazo a nadie, sin importar su género, sonríe amablemente.

–Qué va, si todavía estoy muy verde. Seguro que me lo han encasquetado solo porque no había suficiente personal. Oye, por cierto, las empleadas temporales lo están pasando mal, ¿verdad? He oído que van a despedir a alguna de esas chicas.

–¿Chicas? Ya están mayorcitas para que las llames así. Y no sé nada de eso, no tengo tiempo que perder en alguien que no sea fijo –dice Yasuyuki con el ceño fruncido.

A Eriko le resulta curioso que exprese tanto desdén por las empleadas temporales cuando sale en secreto con una de ellas.

–Dicen que estamos en una mala época para las compañías comerciales, pero yo creo que aún quedan muchos mercados por

explotar. Al fin y al cabo, ese es nuestro trabajo: encontrar productos y mercados en los que nadie se ha fijado aún. La verdad es que me gustaría viajar más al extranjero.

Aunque le da un poco de miedo, quiere ampliar sus horizontes. Anhela ser ella la que descubra esos mercados ocultos. Desde que le confirmaron el viaje a Tanzania, ese deseo no ha hecho más que crecer y crecer. Quiere salir de Setagaya, dejar de esconderse tras sus padres y enfrentarse al mundo con valentía. Si lo hace, ¿quién sabe qué paisajes será capaz de ver?

Si le ofrecieran un puesto en el extranjero, está casi segura de que lo aceptaría al instante. Puede que en otro país no necesite las complejas convenciones sociales que marcan la vida de las japonesas, como saber leer el entorno o manejar con delicadeza las relaciones. Tal vez ahí no necesite amigas.

Solo con hablar del tema, la incomodidad y vergüenza de esta mañana le parecen ya algo lejano, como un sueño.

–Se nota que siempre has sido una alumna modelo, Eriko. Pero está bien. No importa que solo tengas ojos para tus propias metas y objetivos. Es refrescante ver a una mujer tan apasionada y que no es una plasta, como las demás.

Eriko aún tiene ganas de seguir hablando, pero el comentario de Yasuyuki, acompañado de una mirada de ojos entornados, pone fin a la conversación.

–Ve con cuidado en Tanzania –dice dándole unos golpecitos en la cabeza.

El trato condescendiente le resulta algo molesto, pero al mismo tiempo nota una sensación agradable. Se siente como algo frágil que tratan con delicadeza. Hace mucho que ningún hombre la toca.

–Después de todo, solo eres una chica.

Vaya. Cuando ella ha dicho la palabra «chica», Yasuyuki la ha criticado, pero ahora él la usa sin problema. Se le escapa una sonrisa cargada de ironía y él la mira, sin percatarse de la razón.

Sea como sea, siente que gracias a él y al *whisky* irlandés, esta noche podrá dormir tranquila.

6

El sonido del agua mientras su marido cocina resuena por la casa. Le relaja saber que hay alguien encargándose de las tareas domésticas. Nota cómo se disuelve el agotamiento acumulado durante los días en la casa de su padre. Shōko, sentada con una taza de café en la mano frente al ordenador, revisa uno a uno los nuevos mensajes del blog. Son muchos.

Estoy preocupada porque hace tres días que no subes nada. ¿Va todo bien, Ohyō?

Estoy tan preocupada que no puedo ni concentrarme en el trabajo. La próxima vez que vayas a tomarte un descanso, avísalo con antelación, porfa.

Nunca se hubiera imaginado que la falta de actualizaciones del blog de un ama de casa cualquiera alteraría a tantas personas. La editora, Satoko Hanai, se lo reprochó también con un mensaje más directo:

> Este blog ya no te pertenece solo a ti. Si no vas a subir nada en unos días, por el motivo que sea, tienes que avisar de antemano. Y, por favor, mantente siempre localizable. Me preocupó que no respondieras a los correos.

Al principio Shōko se siente algo intimidada. A fin de cuentas, ni siquiera ha aceptado aún convertir su blog en un libro. Pero entiende que la preocupación es una muestra de compromiso por parte de la editora. Y es verdad que mucha gente se ha preocupado a su vez.

Si lo mira así, entonces puede que la reacción de Eriko no fuera tan rara.

En cualquier caso, por mucho que trate de convencerse de que no pasa nada, el sentimiento de esta mañana no desaparece: el encuentro repentino con Eriko, acorralándola en medio de un paisaje cotidiano que conoce tan bien. Le ha desgarrado la rutina y el color chillón que ha emanado de ese desgarro la ha sorprendido sobremanera.

Eriko hablaba como si estuviera poseída. Más tarde, cuando revisó los correos que había enviado, se horrorizó al ver cuántos eran. Por muy preocupada que estuviera, ¿no había cruzado una línea?

Y eso que solo se han visto tres veces… Aun así, Shōko no quiere caerle mal. No desea que un malentendido la aleje de la primera amiga que ha conseguido hacer en mucho tiempo. Justo ahora que está empezando a acostumbrarse a Tokio y que empieza a hacer amigas como cualquier otra persona. Siente que, si se rompe el vínculo con Eriko, perderá para siempre la oportunidad de convertirse en alguien normal. También es consciente de que es un pensamiento algo exagerado y catastrofista.

Lo que tiene que hacer es pensar que todo este embrollo ha sido culpa suya. Lo mejor para su salud mental será echarse la culpa.

Eriko tiene pinta de ser una persona concienzuda. Y cualquiera se preocuparía si alguien que conoce deja de contestar de pronto a sus mensajes. Shōko lo sabe mejor que nadie, pues su padre, aunque no es de salir mucho, a veces desaparecía sin avisar. Encima, justo las veces que Shōko montaba un escándalo y entraba en estado de alarma, él volvía tan tranquilo a casa, como si no hubiera pasado nada, y ella se sentía como una imbécil por haberse preocupado tanto. De hecho, su hermano la había avisado de que Reimi había vuelto justo cuando ella había llegado a Tokio.

Suelta un suspiro largo, de alivio. Al menos durante un tiempo puede dejar de preocuparse por esa casa. Se siente tan libre que casi tiene ganas de gritar. También nota una punzada de desprecio hacia sí misma: para ella Reimi no es más que una cerda que llevar al matadero. Ha hecho lo mismo que su padre: a pesar de que

quería que volviera, no se ha molestado en ir a buscarla, solo ha rezado en silencio para que regresara.

No quiere admitirlo, pero sabe que es calcada a su padre. En su forma de pensar, en su manera de vivir.

La voz de Kensuke y el olor a cilantro la sacan de esos pensamientos, tan oscuros como la marea de noche.

–¿A qué viene esa cara tan larga? ¡Tachán! ¡Fideos instantáneos al estilo vietnamita, sin caldo!

Shōko mira el cuenco que su marido ha dejado sobre la mesa con un golpe seco. Algo de cilantro, su favorito, cubre los fideos blancos. Coge los palillos con decisión.

–Ahora en la tienda estamos con la semana de Vietnam. Todos los empleados se los comen así.

–Ay, Ken, eres un genio.

Los fideos, de sabor uniforme, se deslizan con suavidad hasta su estómago. La cantidad de lima, salsa *nam pla*, ajo rallado, sésamo, polvo de *tom yum*, maíz, gambas y pimienta negra es perfecta. El equilibrio entre el ácido y el picante le recorre todo el cuerpo.

–Por cierto, quería hablar de esa tal Eriko Shimura… –dice de pronto Kensuke, sentado enfrente.

–¿Qué pasa con ella?

–Creo que tendrías que ir con un poco de cuidado.

Así que él también lo había notado. Hace un esfuerzo por responder con voz despreocupada:

–¿Lo dices por lo de esta mañana? Solo ha venido hasta aquí porque estaba preocupada. En el fondo la culpa ha sido mía por no haber avisado.

–Bueno, pero ¿no te parece raro que haya venido hasta nuestra casa? Ha sido algo extraño.

–Es verdad. Pero es que Eriko ha crecido en un entorno muy seguro y se ahoga en un vaso de agua. No lo ha hecho con mala intención.

–Ay, Shō, qué ingenua eres. Piénsalo bien. ¿Acaso no sabes que las mujeres pueden ser muy rencorosas y aterradoras? Seguro que esa tal Eriko te tiene envidia. –Shōko no da crédito. Es algo que ni se le ha pasado por la cabeza. De la sorpresa, abre muchísimo los

ojos y deja los palillos completamente quietos–. Eres una mujer casada que escribe un blog muy famoso. Para esa mujer debes de estar en el bando de los ganadores. Seguro que la haces sentirse inferior. Además, ¿no has dicho que está soltera?

Kensuke suelta una risita por la nariz y se encoge de hombros, en un gesto tan despectivo que Shōko pierde el apetito de golpe. Tiene ganas de decirle: «¿No serás tú el que se siente inferior?». Pero las palabras se le atragantan. Sabe que, si las suelta, el clima apacible que hay ahora entre ellos desaparecerá sin dejar rastro, así que se contiene.

Todos los pensamientos que ha estado evitando hasta ahora le vienen de golpe:

Seguramente el sueldo de Eriko sea más del doble que el de Kensuke. Es una mujer que viaja por el mundo, cierra negocios importantísimos que afectan de manera directa a lo que comen los japoneses y trata con marcas que todo el mundo conoce.

Eriko y su marido no pueden ser más distintos. Él se graduó en una universidad mediocre; ella es lista, guapa, de buena familia… Supera con creces en todos los aspectos a su marido. ¿Es que se ha vuelto loco? ¿Cómo va a envidiarla a ella, con su estilo de vida sencillo y desorganizado? La idea le parece tan ridícula que le dan ganas de reírse solo de imaginarlo.

Si no se hubieran encontrado hoy con Eriko, ahora ninguno de los dos estaría tan alterado. Pensar en eso le molesta.

–Bueno, no creo que vuelva a pasar algo parecido. Y ahora que Reimi ha vuelto a casa, todo estará bien –dice metiéndose un montón de fideos en la boca en un gesto exagerado.

Pero la opresión del pecho no se le va. No puede estar segura de que Reimi no vaya a colapsar de nuevo por el estrés, igual que su madre, y de que vuelva a huir en cualquier momento.

Menuda tontería. ¿Qué implica siquiera ser ama de casa hoy en día? No es más que un título hueco, ritos funerarios sin sentido y fotos de blog cuyo único objetivo es mostrar a los demás una fachada inexistente. Menuda idiotez. Ser ama de casa debería significar priorizar los vínculos emocionales entre la familia, valorar

los intercambios entre personas que hacen que una sienta ganas de vivir.

En ese momento, Shōko tiene una epifanía. Si al mostrar al mundo su vida de ama de casa desordenada puede, por ejemplo, liberar de la pesada expectativa de la perfección a mujeres como su madre, quizá entonces su blog sí que sirva de algo. Si logra ayudar a alguien, tal vez pueda justificar todo el tiempo que le parece haber desperdiciado hasta ahora.

Impulsada por una emoción que nunca antes había experimentado, deja el cuenco en un lado de la mesa y se acerca el portátil. Una novedosa sensación de euforia le recorre el cuerpo.

–¿No vas a comer más? –pregunta su marido, ligeramente molesto.

7

–¡Gracias por venir a Nikkori Sushi!

Todos los camareros del restaurante le dan la bienvenida al unísono. Eriko retrocede hasta la entrada, sorprendida. El sitio está abarrotado, pero enseguida encuentra a Shōko, encorvada sobre la barra con un vaso de sake frío. No dejan de sonar avisos de las nuevas piezas de sushi que llegan por la cinta giratoria.

–Perdón por llegar tarde –dice al mismo tiempo que cuelga el bolso bajo la mesa y se sienta junto a Shōko.

Ya han pasado diez días desde aquella mañana en la que la abordó en la puerta de su casa. Han vuelto a escribirse con normalidad y ya no queda ningún rencor entre ellas. Hasta se han disculpado: Shōko por marcharse de Tokio sin avisar y ella por aparecer de improviso en su casa.

–No te preocupes. He empezado ya a comer.

–¿A tu marido no le importa que estés aquí?

–No. Ya te he dicho que está jugando al *Dragon Quest*.

Le da la impresión de que Shōko está algo irritable. ¿Quizá es porque la ha hecho esperar treinta minutos? Eriko está reventada después de una dura jornada laboral y ver su irritación le molesta. A fin de cuentas, en cuanto su marido se ha ido a trabajar, Shōko se ha dedicado a ver la televisión y leer revistas en la biblioteca. Lo sabe porque durante el viaje en tren ha estado leyendo su blog, para adelantarse y enterarse de cómo le ha ido el día. La verdad es que le resulta algo cansino conocer tantos detalles de su vida. Aun así, no dice nada, no quiere decir nada que pueda molestarla, pues lo que

desea es recuperar la calidez y la cercanía que compartieron aquella noche en la cafetería-restaurante.

Ante su silencio y su mirada gacha, Shōko suaviza algo su tono:

–Lo siento. No quería sonar tan borde. Es que… me ha llegado un mensaje raro al blog. No estoy enfadada porque hayas llegado tarde.

–¿Qué? ¿Otra vez? ¿Estás bien?

–Sí… Son cosas como «Seguro que vives por aquí» o «Vas aquí a comprar». Me dice que no se me suba la fama a la cabeza solo porque vaya a sacar un libro… Pero lo que me escama es que lo del libro lo saben muy pocas personas. Solo yo, mi marido, la editora y tú, Eriko.

Shōko coge un vaso de té, echa un polvo soluble, presiona el botón del agua caliente y se sirve una taza. El ritmo de la cinta transportadora parece haberse acelerado de pronto. ¿Cómo pueden los clientes coger el sushi a la velocidad con la que pasa?

Eriko apenas puede hablar sin que le tiemble la voz:

–¿Estás… estás insinuando que he sido yo?

–¿Qué? ¡Claro que no! No pongas en mi boca cosas que yo no he dicho –exclama con los ojos exageradamente abiertos y moviendo las manos.

Eriko trata de darle un sorbo a su té, pero está tan caliente que pone una mueca. No va a poder bebérselo hasta que pase un buen rato.

Shōko deja escapar un largo suspiro:

–Pero da miedo, ¿a que sí? Que tu vida privada esté expuesta ante tantos ojos… Si quiero seguir con el blog, voy a tener que ser más precavida.

Cuando termina de hablar, se hace el silencio.

Un pensamiento acosa a Eriko: «¿Con qué derecho viene Shōko a hacerse la víctima? No es una cría, tiene ya treinta años. ¿No se toma muy a la ligera algo que podría ser muy peligroso?». Se siente igual de irritada que cuando escucha a las empleadas temporales quejándose en vez de haciendo su trabajo, o cuando oía a los vagos de sus compañeros de clase. Pero no soporta esta situación. Tiene que romper la tensión, suavizar las cosas. Alza la vista hacia las

paredes del local, en las que hay una lista de los productos, y dice, con tono deliberadamente animado:

–Anda, mira, tienen lubina. ¿Sabes que antes la lubina que ponían en este tipo de restaurantes era en realidad perca del Nilo? Pero desde que se empezó a controlar más el etiquetado fraudulento, ya no es así…

–¿Qué es la perca del Nilo?

–Es el pescado que me encargo de importar. Dentro de nada tengo que ir a Tanzania, que es el país de donde viene. –Es la primera vez que Eriko le habla de su trabajo y adopta un tono natural y fluido–. Es un pescado blanco de sabor suave que se usa en muchas recetas. En muchos restaurantes ponen en la carta «pescado blanco», pero no especifican qué tipo es, ¿verdad? Pues antes gran parte de esos pescados eran percas del Nilo de origen africano. Ahora casi no hay en Japón, pero a finales de los noventa, después de que en Europa se prohibiera su importación en 1998 y 1999 tras unos brotes de cólera y contaminación por pesticidas, entraron muchos cargamentos en el país. ¿No te parece increíble? Quizá hayamos comido perca del Nilo alguna vez y ni siquiera lo sabemos ni recordamos dónde la hemos probado. Desde luego es un pez con una historia muy interesante. Ah, además, ese *engawa* barato que tanto te gusta no es de lenguado, sino de *ohyō*. ¿Sabías que la perca del Nilo y el *ohyō* tienen una cosa en común? Ambos son feroces depredadores. Cuando la perca del Nilo llegó al lago Victoria, acabó con toda la biodiversidad y, a la hora de pescar *ohyō*, suelen rematarlo con un tiro de escopeta.

Mientras habla con entusiasmo, nota cómo la cara de Shōko va adquiriendo una tonalidad pálida y se tensa. ¿Quizá haya dicho algo que la ha incomodado? Puede que su piel se vea tan blanca por la luz fluorescente del restaurante.

–¿Qué? ¿*Ohyō*?

–¿No sabes lo que es? Pero si te encanta el *engawa* y hasta te has puesto ese nombre en el blog.

–Lo de Ohyō es por un apodo que me puso un amigo del instituto. Porque había que llevar «ojio» conmigo. No tenía ni idea de que existía un pez con ese nombre.

–Ah, vaya… Pues… yo… esto…

Desconcertada, Eriko coge un poco de jengibre encurtido con las pinzas. Shōko frunce el ceño y la mira. La tensión no hace más que crecer y no sabe qué hacer para frenar su avance. Un pensamiento intrusivo le acude a la cabeza: ¿no habrá estado sobrevalorando a Shōko? ¿No le habrá buscado los tres pies al gato en cada uno de los detalles de su vida cotidiana que comparte en el blog?

Ella siempre ha sido así. La segunda cita, el segundo beso, la segunda vez… Tras el primer encuentro se deja llevar por sus fantasías y luego acaba inevitablemente decepcionada. Una y otra vez. Pero no quiere pensar en esas cosas tristes ahora.

Al final, Shōko sonríe levemente:

–Qué mal que me hayas dicho eso. Ahora no puedo mirar el sushi con los mismos ojos. Si no supiera lo de los pesticidas, los ecosistemas perdidos, la escopeta y los peces carnívoros, podría seguir comiéndolo como si nada. Y sería más feliz.

–Lo siento –dice, aunque no piensa que haya dicho nada malo.

La petición de disculpas hace que se enfurezca todavía más consigo misma. Detesta este tipo de conversaciones incómodas entre mujeres, siente como si su valor como persona estuviera en juego en ellas. Ni siquiera después de treinta años ha logrado acostumbrarse.

–No hace falta que te disculpes… Pero es una de esas cosas que una prefiere no saber, ¿no crees? –comenta Shōko con una sonrisa, y coge un trozo de melón que pasa por la cinta.

Eriko quiere también una rodaja. Necesita algo que la refresque, pero, al intentar agarrar el plato, se mueve tan rápido que se le escapa. Está en pleno campo de batalla. Por delante de sus ojos desfilan tantos peces crudos que le es imposible distinguir cuáles son auténticos. Se siente miserable, como si ella también fuera falsa.

Finge que domina la situación, pero en el fondo tiene miedo de que Shōko se aleje de ella. Ni siquiera entiende del todo cómo funciona la cinta giratoria. Estar al lado de otra mujer le recuerda que en el fondo no es más que una niña que se esfuerza por aparentar que es otra cosa.

De pronto, Shōko le parece una arrogante. Quiere pagar solo noventa y ocho yenes por una pieza de sushi y que encima el pescado sea auténtico. Quiere hacer amigas, pero en cuanto intenta acercarse a ella, la rechaza.

No importa si es *ohyō* o perca del Nilo; los peces no se insultan a sí mismos llamándose «sucedáneos» o «peces falsos». Son las personas las que deciden con sus criterios arbitrarios si algo es válido o no.

–Si nunca la hubieran soltado en el lago… –murmura Eriko.

–¿Qué has dicho? No te he oído bien.

–Si nunca la hubieran soltado en el lago…, la perca del Nilo no habría descubierto lo brutal que es.

El susurro de Eriko queda ahogado por el aviso de que una tortilla recién hecha se aproxima por la cinta.

Esa noche, mientras toma el té con su familia, hay higos y peras sobre la mesa. Lo único que trae a su casa el aroma de las estaciones son las diferentes frutas que su madre se esfuerza en traer.

–Parece que Keiko ha vuelto a dejar el trabajo. He oído que está todo el día tirada en casa sin hacer nada. Y la señora Yamazaki, la del segundo, me ha dicho que su madre está preocupadísima.

Eriko se detiene en seco. Justo acaba de morder una de las peras. El nombre de su amiga de la infancia aparece unas tres veces al año, más o menos, en la familia Shimura. Se imagina a su madre como una detective que la pone a prueba. Sabe que su padre, aunque finge estar absorto en la televisión, la está observando. Probablemente ninguno de los dos se crea del todo su versión de los hechos sobre el incidente de hace quince años. La relación entre Keiko y ella era demasiado compleja para explicarla solo con palabras y Eriko se había aferrado como a un clavo ardiendo a decir que había sido culpa de que Keiko lo había malinterpretado todo.

Aun así, se esfuerza por hablar con voz normal:

–Vaya, suena como algo típico de Keiko. No logra mantener nada durante mucho tiempo. De hecho, es casi un logro que haya durado tres meses en ese trabajo. Si no recuerdo mal, trabajaba a tiempo

parcial en una cafetería de esas en las que se pueden leer mangas, ¿verdad?

–Sí, sí. Se casó a los veinticinco, pero se divorció enseguida y volvió a casa con sus padres. Desde entonces no ha sido capaz de tener un trabajo estable. ¿Por qué será?

Su madre la mira de reojo, como si estuviera insinuando que todo es culpa suya, pero Eriko finge no darse cuenta.

–Qué pérdida de tiempo. Keiko siempre ha sido un poco vaga, bueno, más bien le gusta ir a su ritmo. Y es una pena, porque no es nada tonta. Es una chica con mucho talento.

Tras darse un baño, ya a solas en su habitación, no logra resistirse y vuelve a abrir el blog de Ohyō. ¿Cuánto tiempo al día estará dedicando a esta página? Piensa en dejar varios comentarios, pero al final cambia de parecer. Aunque hace unas horas que se han visto, no deja de pensar en ella. Han estado juntas un buen rato, pero no siente como si hubieran conectado de verdad.

Apaga la luz del techo y deja encendidos el flexo del escritorio y la pantalla del ordenador. Se sumerge de nuevo en las palabras del blog. Sigue dándole vueltas a la incomodidad de Shōko en el sushi de cinta giratoria. Seguro que ha pensado que es una acosadora. Y aunque no haya llegado a tanto, como mínimo cree que es una mujer rara. En cuanto da forma a ese pensamiento, nota cómo le falta el aire. Le resulta doloroso. Será mejor que se acueste. Antes de darse cuenta, deja caer la cabeza sobre el escritorio.

Si esto sigue así, va a acabar igual que aquella otra vez. Tiene que aclarar el malentendido cueste lo que cueste. Aunque es otro pensamiento, más tenebroso, el que se cuela entre sus costillas hasta pincharle el corazón: ¿y si, en realidad, es una persona horrible y no es consciente de ello? ¿Y si, sin darse cuenta, actúa de un modo que da miedo a los demás? ¿Puede asegurar a ciencia cierta que cuando miraba a Shōko no había en sus ojos una expresión maníaca? No tiene malas intenciones. Solo quiere ser su amiga. Solo eso, nada más.

Ya tiene treinta años y sigue siendo incapaz de hacer una amiga como Dios manda.

Sin darse cuenta, se ha llevado la mano a la cabeza y ha empezado a arrancarse mechones de pelo. Un mal hábito que había logrado quitarse de encima a los dieciséis, pero en el que ahora ha vuelto a caer y a notar con intensidad esa antigua sensación de alivio. Mira los cabellos arrancados en la palma de la mano con cierta nostalgia. Le encanta el cosquilleo que siente en el cuero cabelludo. Una vez que empieza, no puede parar. Le recorre un escalofrío de placer al ver el bulbo blanco de la raíz. Sigue arrancándolos, uno a uno, hasta que forma una montañita sobre el escritorio, como una sombra negra.

Y nota cómo va reviviendo en cada rincón de su cuerpo la humillación y la tristeza de aquella época en que la tacharon de agresora. Pero no fue hasta que lo perdió todo cuando empezó a vivir su vida actual. Hace quince años, Eriko murió. Desde entonces, ha hecho todo lo que está en su mano para resurgir de sus cenizas. Aunque antes era una chica despistada, empezó a observar con detenimiento el comportamiento de los demás, a elegir con cuidado cada una de sus palabras y a adoptar una actitud modosa para no contrariar a nadie.

Con el fin de no tener que enfrentarse más a las horribles relaciones entre mujeres, se propuso entrar en una prestigiosa universidad mixta y estudió sin parar incluso a costa de sus horas de sueño. Impulsada por su decisión, logró acceder a su primera opción: una universidad de élite. Después, se incorporó a la compañía comercial más grande del país, la misma en la que trabajaba su padre.

Esto no se parece a aquella vez. Nunca volverá a cometer ese error.

El error no fue no aclarar el malentendido, sino dejar que los rumores se extendieran. Esta vez usará sus palabras, su ingenio. Ahora es alguien a quien los demás consideran competente.

Eso es. Para que Shōko sepa la verdad, tiene que enviarle más mensajes. No, quizá sea mejor escribirle una carta. O también podría encontrarse con ella «por casualidad» en el sushi de cinta giratoria o en Giselle. Conoce los lugares que suele frecuentar.

Si aun así no quiere hablar con ella, no le va a quedar más remedio que volver a ir a su casa. Pero no es ninguna acosadora. Los acosadores son personas solitarias, individuos incapaces de encajar en la sociedad. Gente que carece de empatía e imaginación.

Y no le importa si tiene que dar un poco de miedo para que Shōko lo entienda.

De pronto alza la vista, sobresaltada. Le ha parecido ver algo en el techo que se movía.

Algo que por un instante le ha parecido la silueta de un enorme pez y que resulta no ser otra cosa que la sombra de su propio cuerpo, inclinada sobre el ordenador, balanceándose ligeramente.

8

Tras despedirse de su marido y recoger el desayuno (en realidad solo tiene que fregar unas tazas y tirar unas pieles de plátano, ya que, desde que se puso de moda eso de desayunar un plátano, y con el fin de ayudar a su marido a adelgazar, toman eso religiosamente cada mañana), Shōko se encamina hacia el sofá que está al lado de la ventana.

Aparta con cuidado una montañita de ropa que lavó ayer y se tumba. En un día normal habría dejado que el aroma de su suavizante favorito la envolviese y se hubiera quedado dormida hasta el mediodía con el sol acariciándole la barriga. Pero hoy no. Saca el móvil del bolsillo de su sudadera.

Como le está dando el sol, la pantalla se ve tan oscura que tiene que entornar los ojos para verla bien. Cuando revisa los mensajes, el estómago le da un vuelco y nota que un sabor agrio le sube por la garganta. Sabe que no es culpa de la bolsa de patatas fritas con sabor a consomé que se zampó anoche en vez de tomar carbohidratos con la cena.

En la bandeja de entrada de su correo hay un nombre que se repite una y otra vez: Eriko Shimura. No han pasado ni cuarenta y ocho horas desde que se vieron en el sushi de cinta giratoria, pero ya le ha enviado más de veinte mensajes. Todos dicen prácticamente lo mismo, con algunas leves variaciones. La avalancha de correos la abruma tanto que no sabe ni qué responder.

> No soy yo quien te está acosando por el blog. No soy ninguna acosadora. Pero si he hecho algo que te haga pensar eso, lo

siento mucho.

Creo que ha habido un malentendido. Me gustaría que nos viéramos y que lo hablásemos en persona. ¿Cuándo te viene bien? Yo me adapto a tu horario. Perdona por molestarte cuando estás tan ocupada.

Perdón por haber estropeado el ambiente en el restaurante. Es que no entendía cómo funcionaba la cinta giratoria.

Siento mucho haber llegado tarde. Estaba liadísima con el trabajo. Estoy tan ocupada que no tengo tiempo de acosar a nadie, jajaja.

Perdón por sacar el tema de los sucedáneos del pescado. Como dijiste que estaba bueno, no tendría que haber dicho nada.

Shōko se preguntaba por qué, cuando alguien se disculpa con tanta vehemencia, en lugar de sentir alivio, una acaba sintiéndose culpable. Como es incapaz de descifrar las verdaderas intenciones de Eriko, se deja caer de espaldas contra el sofá y cierra los ojos. No ha hecho nada y ya está reventada.

No recuerda haber estado de mal humor ese día ni haber tratado mal a Eriko. La esperó, aunque llegó tarde, comieron sushi juntas como dos personas normales y luego se despidieron frente al local. ¿Cómo podía un encuentro tan normal dar pie a semejante agitación? ¿Sería que, a pesar de estar en el mismo lugar, cada una había interpretado la situación de una manera completamente distinta?

Trata de rememorar la escena: los platos dando vueltas en la cinta giratoria, las blancas manos de los cocineros tras la barra, el ruido de los avisos, la conversación trivial que compartieron. Es como una película que vuelve a proyectar en su mente, pero por mucho que busca en ella, no encuentra nada fuera de lugar. ¿Cómo es posible que lo haya interpretado de forma tan negativa?

Eriko insiste una y otra vez en que no es una acosadora, pero ese comportamiento insistente y obsesivo… No puede negar que es algo típico de una acosadora. Ella nunca le dijo que estuviese loca ni la llamó así. No dijo nada de eso. Solo se limitó a comentar que había recibido algunos mensajes raros en el blog. Aunque es verdad que, cuando la vio aparecer en la puerta de su casa sin previo aviso, le dio esa impresión. Eriko tiene una determinación fuera de lo común, avanza directa y con fuerza, ondea sus sentimientos como una bandera, sin importarle el estado emocional del otro. No es algo en lo que quiera pensar, pero no puede negar que es un comportamiento extraño. No le parece mala persona, quizá solo está estresada por el trabajo, o todavía no ha superado una ruptura. Sería raro que, con lo guapa que es, no haya sido el objeto de deseo de muchos hombres.

«Pensé que podríamos haber sido amigas…».

Recuerda la primera vez que quedaron, la cálida impresión que le dio, el ambiente tan agradable de aquella noche en la cafetería-restaurante. Había sentido que le caía bien: un sentimiento sincero y poco común en ella. Pero ahora que ha descubierto esta arista de su personalidad, es consciente de que no pueden volver a quedar como antes. Aun así, todavía nota un sutil cosquilleo en la nariz al recordar el aroma de su cabello o la caricia de su brazo al rodearle la cintura mientras montaban juntas en bicicleta. Recuerdos dulces. Recuerdos lejanos.

Kensuke tenía razón. Ha sido muy imprudente de su parte entablar amistad con una completa desconocida que era fan de su blog. Esta incómoda reflexión, algo a lo que no está acostumbrada, hace que el estómago se le revuelva todavía más y le sube por la garganta un eructo con sabor a aceite rancio. Se incorpora lentamente y mira por la ventana al edificio de enfrente. Sería sensato ir distanciándose de Eriko poco a poco. Si la bloquea, lo más probable es que vuelva a presentarse en el portal de su casa. Como ya sabe dónde vive, no va a ser fácil cortar de raíz la relación, pero, llegadas a este punto, no le queda más opción que hacerlo lentamente, sin apresurarse. Se consuela con el pensamiento de que al menos Eriko está muy ocupada con el trabajo. Si consigue

distanciarse un poco, al final su rutina la arrastrará y se acabará olvidando de ella.

Le da un mareo solo de pensar en lo tedioso que va a ser hacer todo eso. Vuelve a mirar el móvil. Fuera, bajo el cielo otoñal, escucha los golpes secos y rítmicos de alguien sacudiendo un futón; seguramente la vecina. Recuerda que no ha aireado el suyo en mucho tiempo, pero no se encuentra con fuerzas para hacerlo. El futón, un poco húmedo e impregnado de su olor y el de Kensuke, pesa cuando se tumba en él. Solo con eso basta para que le entre sueño.

Quizá eso no sea tan malo.

No hay motivo para sentir miedo. Trata de calmarse a base de fuerza de voluntad. En el peor de los casos siempre puede poner una queja en la empresa de Eriko. No, eso sería demasiado cruel. Tal vez lo más inteligente sería hablar con la dueña de Giselle y pedirle que hable con la madre de Eriko para que le comente la situación. Pero eso es algo que solo está dispuesta a hacer como último recurso. Ahora mismo, lo que más quiere es evitar que todo empeore.

Pues si Shōko pide ayuda a terceros y al final debe recabar pruebas, saldrá a la luz su mentira. ¿Qué pasaría si la descubriesen? ¿Si descubriesen que, en realidad, nunca ha recibido mensajes raros en el blog?

Desde su punto de vista, aquello no había sido más que una mentirijilla sin mala intención. Al decir que recibía mensajes raros, todos, incluido Kensuke, se preocuparon por ella y la compadecieron. Un ama de casa que se pasa el día en su apartamento haciendo lo que le viene en gana no despierta la preocupación de nadie. Además, es una manera sutil de dar a entender que su blog es lo bastante popular y relevante en el mundo digital.

Ese tipo de pequeñas mentiras nunca salen a la luz ni hacen daño a nadie. ¿Y quién podría culparla de ello? El hecho de que no tenga *haters* era una de las cosas buenas de su blog, pero al mismo tiempo es señal inequívoca de que, en el fondo, nadie la envidia. Shōko es perfectamente consciente de que a todos les divierte leer

sobre el desastre que es su vida, sobre cómo se hincha a comida basura, pero que jamás desearían ser como ella. De hecho, lo más probable es que hasta se sientan aliviados al ver a alguien que vive peor que ellos.

Para colmo, está segura de que si tuviera *haters* y recibiera mensajes de odio de verdad lo pasaría fatal. Pero también siente que la falta de críticas o envidia es, en cierto modo, algo triste.

Recuerda aquella noche en el restaurante de sushi: Eriko llega tarde, entra en el restaurante corriendo, con el rostro cansado pero con el brillo especial de aquellos que llevan una vida plena. El cabello alborotado, la respiración agitada y el pintalabios corrido no hacen más que resaltar lo femenina que es. No se trata solo de su apariencia, Shōko es consciente, de manera visceral, de que Eriko es muy superior a ella. Se fija en que los hombres de la barra no dejan de mirarla. Es como si fuera la primera vez que entra en un restaurante de sushi barato: Eriko mira a todas partes con la elegancia y la inocencia de una princesa. Al verlo, nota una punzada de incomodidad en el pecho.

Es frente a Eriko cuando se revela lo vagas y chabacanas que son ella y su vida. Siente en ese momento un impulso: el deseo de demostrarle algo y de que se dé cuenta de que su blog es algo que despierta la envidia en otros. En cuanto menciona los mensajes, el rostro de Eriko se oscurece y la mira preocupada. Quizá sea la primera vez que una mentira suya se convierte en realidad.

Shōko siempre ha sido así. En el instituto fingía no entender una sencilla operación matemática solo para que el chico que le gustaba se la explicara y así poder pasar más tiempo con él. Ya de adulta, llamaba por la noche a alguien que le gustaba y afirmaba que alguien la estaba siguiendo por la calle, para así lograr que la invitara a su piso. No se sentía culpable. Como no era ni guapa ni destacaba en nada, necesitaba un empujoncito para entrar en el corazón de los demás. Cree que todas las personas, en mayor o menor medida, hacen lo mismo.

De repente, el móvil vibra con tanta fuerza que nota cómo le tiembla la mano. Es Satoko Hanai. Al ver el nombre, suelta un suspiro de alivio y aprieta el teléfono con fuerza contra la oreja.

–Buenos días, ¿puedes hablar ahora? *Melanie* va a organizar una degustación de un nuevo producto. ¿Estarías interesada en asistir al evento? Sería el lunes que viene en la sala de conferencias de nuestra empresa. Se trata de una sopa que vamos a lanzar…

Melanie es una revista para jóvenes amas de casa que publica la editorial Shūmeisha, en la que trabaja Satoko. Suele hacer colaboraciones con famosas blogueras amas de casa, a las que exponen a todo color en las secciones de tertulias o estilismo. A Shōko casi le parecen modelos, con el aspecto y el carisma que muestran, y no cree que ella encaje en ese entorno.

–Hola, muchas gracias por la invitación, pero me siento reacia a mostrar mi cara en un evento público.

–Ah, entiendo –dice Satoko a toda velocidad y, antes de que Shōko pueda responder nada, añade–: Entonces, ¿te interesaría participar en el grupo de probadoras? Nos ayudaría mucho contar con tu opinión sobre el producto. Además, creo que hacer amigas blogueras quizá cambie tu forma de ver las cosas. Podrás llevarte muestras a casa y un profesional hará una pequeña demostración de cocina. Es una gran oportunidad para aprender cosas nuevas que está muy bien valorada por quienes asisten.

A Shōko le sorprende la facilidad con la que ha aceptado su negativa, a pesar de que todavía no le ha confirmado si quiere seguir adelante con la publicación del libro. ¿Por qué es tan comprensiva?

–¿De veras? ¿Puedo participar solo como probadora?

–Por supuesto. Entendemos que tengas reservas a la hora de mostrar tu cara. Vivimos en tiempos difíciles. Por parte de la editorial queremos cuidar tu imagen como autora, por lo que no nos gustaría que te sintieras presionada. Si decides publicar el libro, contarás con todo nuestro apoyo.

Desde su primer encuentro, Satoko ha sido bastante insistente y eso la incomoda, pero, al oír esas palabras cargadas de sinceridad, se relaja. Así debería comportarse una editora.

De pronto, Shōko siente que puede confiar en ella.

–Oye… Hay una cosa que me gustaría comentarte. El día que nos vimos, después de que te fueras, conocí en la cafetería a una chica

que dijo ser lectora del blog y que vivía por la zona. Pero ha pasado algo raro. Yo confiaba en ella porque parecía una persona de bien, pero ahora me bombardea con correos y un día se presentó en la puerta de mi casa.

Satoko la corta con tono serio:

–Deberías tener mucho cuidado. Si quieres, puedo actuar de intermediaria. Hablo desde la experiencia: trabajo con otras blogueras como tú y, en varias ocasiones, la envidia y los celos que despiertan en sus seguidoras pueden llegar a ser muy intensos. –Deja escapar un suspiro resignado y añade–: Las mujeres pueden ser muy crueles entre ellas.

Algo se ilumina en la cabeza de Shōko al escucharla y murmura:

–¿Envidia…?

–¿Qué?

Al otro lado de la línea, se oye el suave deambular del personal de la editorial. A Shōko le viene a la mente una imagen en tonos grises, como un mar en invierno.

–Pero ella lo tiene todo: es guapa, estudió en una buena universidad, es rica, trabaja en una empresa muy importante y nació y creció en Tokio con unos padres cariñosos. No tiene motivos para envidiarme.

–Por curioso que parezca, suele ser justo ese tipo de personas que parecen tener una vida perfecta las que más complejos tienen. Por lo que me has contado, deduzco que esa mujer está soltera, ¿verdad?

Le sorprende que alguien que trabaja en el primer nivel del mundo de la comunicación diga exactamente lo mismo que su marido.

–Eh…, pero…

–¿Ah, yo? Yo estoy casada y tengo dos hijas –dice Satoko con tono deliberadamente despreocupado antes de añadir que le enviará los detalles de la degustación por correo electrónico y colgar.

Al rato, se da cuenta de que, aunque no ha aceptado explícitamente, ya está confirmada su asistencia al evento.

Vuelve en sí y se sienta en el sofá con la intención de doblar la ropa, pero enseguida se detiene. Se siente abrumada con solo doblar las toallas. ¿De verdad que es necesario colocarlas de una en

una en la estantería? ¿No bastaría con ir sacando lo que se necesite del montón de ropa? Es consciente de que, desde que volvió de su visita a casa de su padre, está más vaga. Quizá esos dos días de limpieza a fondo han consumido las ganas de molestarse en cuidar los detalles.

Si lo que dice Satoko sobre Eriko es cierto, entonces parece un asunto fácil de tratar. Pero Shōko intuye que hay algo más. Lo que subyace a esas acciones tan extremas de Eriko podría ser un grito desesperado desde lo más profundo de su corazón. Quizá lo único que quiere es que la comprendan. Quizá Eriko la aprecia de manera genuina y por eso no puede evitar interesarse por cualquier cosa que haga. Quizá sea verdad que lo único que quiere es entablar una amistad profunda y duradera con ella. Cuando lo piensa, siente frío en el pecho. Le da la impresión de que podría verse arrastrada hacia las insondables soledad y frustración de Eriko, aquello que la lleva a buscar con tanta ansia conectar con otro ser humano. Si a pesar de una vida tan privilegiada no se siente realizada, es que debe de cargar con un sufrimiento inmenso.

En ese momento, Shōko comprende que lo que la había atraído de Eriko había sido solo su estatus y su deslumbrante apariencia. Se había juntado con ella porque había creído que a su lado ella también podría llegar a brillar, a encajar en un lugar tan sofisticado como Tokio. Quería que compartiera con ella ese mundo luminoso e intelectual al que pertenece. Entiende que, en toda relación, por muy agradable que sea, llega un momento en el que las personas comparten sus penas, pero a su parecer eso debe suceder más adelante, cuando el vínculo se ha afianzado. Ahora no deseaba eso de Eriko. ¿Y quién podría culparla? ¿Cómo podría alguien culparla por no desear enfrentarse a la oscuridad de una mujer a la que apenas conoce?

De hecho, es probable que Eriko también se sienta atraída por la parte superficial que muestra en el blog. Ella quiere ser amiga de Ohyō, el ama de casa bloguera con sentido del humor, no de Shōko, la mujer que vive con un miedo constante a la sombra de su padre y que todavía sufre por culpa de su madre.

No le costaría demasiado enviarle un mensaje cargado de consideración y amabilidad a Eriko. Pero si lo hace, aunque sea solo una vez, ya no será capaz de alejarse jamás de ella. Tendrá que seguir interpretando para siempre el papel de la buena amiga. A diferencia de las relaciones entre hombres y mujeres, es difícil saber cuándo una amistad entre mujeres termina de una vez por todas. Y una vez que te enfrentas a una oscuridad como la de Eriko, no te queda más remedio que seguir con ella hasta que se sienta satisfecha.

–Qué pereza…

Esa frase que emerge de su boca es, justamente, una de las favoritas de su padre. Le resulta irónico que a ella, que tiene todo el tiempo libre del mundo, le moleste relacionarse con alguien, mientras que Eriko, que está tan ocupada, lo busque con tanto empeño. Saca del montón de ropa sin doblar una sudadera llena de bolitas y se la pone, decidida a salir a la calle. El sedoso aroma del suavizante, parecido al olor del algodón de azúcar, se eleva en el aire y, solo con eso, ya siente que es una persona decente y se perdona con facilidad a sí misma.

9

A las nueve de la noche, hay apenas un puñado de clientes dispersos por el local en la cafetería-restaurante. Eriko se acomoda en el sofá, pide un té de trigo sarraceno y se cubre las piernas con el chal de cachemir que le cubría los hombros.

Se pregunta qué está haciendo aquí mientras va retornando poco a poco a la realidad.

Su casa está a la vuelta de la esquina. Entonces, ¿por qué no regresa? Lo que tiene que hacer es volver allí, sonreír al entrar, sentarse con sus padres y preparar las cosas para mañana. No tiene ninguna garantía de que Shōko vaya a aparecer por este lugar y, aun así, dedica su valioso tiempo libre a la remota posibilidad de encontrarse con ella aquí. Se le ocurre que, tal vez, haya algo en ella que no funciona bien.

Hoy, en cuanto ha terminado la jornada laboral, ha salido corriendo a coger un tren, se ha sentado en un asiento prioritario y se ha puesto a leer la nueva entrada del *Diario de Ohyō, un ama de casa inútil* desde el móvil. Al llegar a la estación, ha ido directamente al torno automático y se ha dirigido a la cafetería-restaurante. A pesar de que tiene una montaña de tareas pendientes que completar antes de su inminente viaje a Tanzania –como revisar documentos y recopilar información–, piensa que podrá recuperar el trabajo atrasado si entra antes a trabajar. Ya van varias veces que procrastina sus tareas y sabe que está desarrollando un mal hábito.

Últimamente pasa tanto tiempo pendiente del blog que cada vez llega antes a la oficina.

> El Rey Demonio me ha dicho que hoy va a llegar tarde porque tiene una cena de trabajo. Me da mucha pereza cocinar para mí sola, así que estoy pensando en qué hacer. Ahora estoy en la sala de estudio de la biblioteca, dándole vueltas en la cabeza sin muchas ganas. Como aquí se pueden poner a cargar los portátiles y móviles, todos los días tengo que pelearme con universitarios por un enchufe. ¿Quizá debería dejarles los enchufes a esos jóvenes con un futuro prometedor? Sí, claro que sí.

No ha sacado las estadísticas, pero sabe que, cuando el marido de Shōko vuelve tarde a casa, ella casi siempre va a comer arroz gratinado a esta cafetería-restaurante o el menú de sopa y sándwich al café que está frente a la estación. Como hace apenas dos días comentó en el blog que estaba harta de la sopa y el sándwich de pollo con albahaca, considera que hay muchas posibilidades de que esta noche aparezca por aquí.

Cuando fue a la cafetería-restaurante con Shōko, le pareció que era un lugar tan brillante y agradable que le dio rabia no haber ido antes. Pero ahora que está sola, tiene la impresión de que es un local anticuado y poco vistoso. Hombres y mujeres en la treintena, que seguramente acaban de salir del trabajo, miran el móvil o toman algo con aire distraído. Aunque parecen tranquilos, dan la impresión de que están posponiendo todo lo posible la vuelta a sus casas; los rodea un aire de expectación, como si estuvieran esperando a que pasase algo interesante.

Si mira con atención, puede ver manchas en el suelo y las mesas. Un camarero de mediana edad mira a la nada por la ventana mientras se apoya contra la pared. En este silencioso local bajo las vías, uno se olvida de que está en el centro de la ciudad hasta que pasa un tren por encima. Eriko empieza a notarse intranquila, así que trata de rememorar la breve conversación que ha tenido con Maori por la mañana. Necesita aferrarse a ese breve momento para conservar la compostura, pues tiene el cuerpo tenso y la mente intranquila, la mirada siempre pendiente de la puerta.

Quizá se ha excedido, pero esta mañana se ha subido al primer tren y ha llegado a la oficina a las cinco y media. Como siempre, ha organizado los papeles de su escritorio y se ha zampado un dulce de

los que Ohyō recomienda en el blog. En ese momento, ha aparecido Maori, vestida de manera informal, y la ha sorprendido.

–Anda, ¿tan temprano y ya en la oficina? Desde luego que estás hecha de otra pasta.

Como no puede decirle que en realidad no está trabajando, se limita a sonreír un poco. Se ha levantado tan temprano con la idea de enviarle a Shōko un correo desde la oficina. Quizá, si ve que el remitente es una de las empresas más importantes de Japón, se tome el contenido más en serio. No le importa cómo, pero quiere acabar cuanto antes con esta relación estéril y unilateral. No puede soportar sentirse tan miserable durante más tiempo.

Maori saca con cuidado un móvil con funda rosa y comienza a hablar, sin que Eriko le haya preguntado nada, como si fuera una presa que se ha desbordado:

–Anoche, mientras estaba cenando con unas amigas, me di cuenta de que me había dejado el móvil en el vestuario. Sé que no es algo tan grave como para volver a la oficina, pero… como no podía dejar de pensar en ello, no conseguía dormirme. No paraba de pensar: «¿Y si me ha escrito?». Así que al final he acabado levantándome temprano para venir.

–¿Te refieres a Yasuyuki? –pregunta Eriko sin pensar.

Maori se sonroja al instante.

–Ay, ¿lo sabes? Por favor, no se lo digas a nadie.

–Claro. Los hombres como él se preocupan demasiado por su reputación. Lo sé porque mi padre también es así. Muchas veces, aunque una relación vaya bien, son los rumores los que acaban con ella. No te preocupes, no se lo diré a nadie.

–¡Sabía que se puede confiar en ti! Eres como una hermana mayor con mucha experiencia. ¡Seguro que tienes un montón de amigos! Siempre me ha dado reparo acercarme a ti, pero resulta que eres superamable. ¿Puedo venir a pedirte consejo de vez en cuando?

Maori, de apenas veintitrés años, junta sus manos blancas y regordetas y la mira con aire cándido. Hace tanto que no recibe una muestra de simpatía por parte de otra mujer que Eriko se siente inmensamente feliz. Quiere ayudarla lo antes posible. El hecho de que alguien más joven que ella la necesite y la busque, mientras que

Shōko la evita con tanta frialdad, no hace más que confirmar sus sospechas de que el problema lo tiene Shōko, no ella.

Y cuando hay algún problema, hay que corregirlo.

Alza la vista al ver que la puerta de la cafetería-restaurante se abre. Eriko no logra contener su alegría y emoción, pues se levanta de un salto y exclama:

–¡Sabía que vendrías! –Saluda con la mano a Shōko, que se ha quedado paralizada en la puerta.

Eriko finge no percatarse del rostro de incomodidad que pone Shōko, quien se acerca lentamente a ella y se sienta enfrente, en silencio. Como no dice nada, se apresura a explicarle la situación:

–Pensé que, si te esperaba aquí, acabaría por encontrarte. –Los hombros de Shōko se tensan ligeramente y aprieta los labios. Trata de suavizar la situación con una sonrisa alegre–. Como la semana que viene tengo que irme del país por temas de trabajo, quería verte antes de irme. Necesitaba decirte en persona que todo esto ha sido un malentendido.

La camarera le trae el té de trigo sarraceno. Shōko pide un café.

Por fin habla, con una voz tan baja que apenas le sale del cuerpo:

–¿Cómo sabías que iba a venir aquí?

–Ah, pues resulta que en la entrada que has subido hoy a las cuatro has dicho que tu marido tiene una cena de trabajo. Y cuando sucede esto, tú sueles venir a este sitio y te pides arroz gratinado y una copa de vino. Lo hiciste también el 20 de agosto y el 14 y el 16 de septiembre. Por eso se me ocurrió que, si hoy venía por aquí, te encontraría.

–Oye, Eriko –dice Shōko con una mirada vacilante–. ¿No ves que este comportamiento no es normal? ¿No te das cuenta?

Eriko la mira. No puede culparla de malinterpretar la situación, pero está convencida de que sus acciones son las correctas. Y tiene que hacérselo entender.

–¿Que no es normal? No, te equivocas. Te he enviado unos correos y luego te he esperado aquí para aclarar el malentendido. No habría tenido que hacer nada de eso si tú hubieras estado dispuesta a hablar las cosas conmigo.

–Suenas… suenas como una acosadora.

Su mayor miedo se hace realidad, tal como temía. Siente que le falta el aire. ¿Cómo es posible que trate de criminal a alguien como ella? Se lleva la mano al pecho, para tratar de calmar su agitada respiración, e inspira profundamente. Luego entorna los ojos y se fuerza a sonreír.

–No es eso. Yo solo quiero tener una conversación sincera contigo.

–Pero que me esperes de esta manera, que aparezcas de pronto en la puerta de mi casa… Da miedo.

–Pero solo he hecho estas cosas porque me estabas ignorando. Yo solo…

Se da cuenta de que, sin querer, ha alzado la voz. Aprieta los labios. Suena exactamente igual que la típica excusa que dan los acosadores en las series malas de televisión.

Shōko está tan empecinada en encasillarla como una acosadora que, como no ande con cuidado, acabará atrapada en el papel que le ha asignado. Así que empieza a irritarse.

–Oye, Eriko, ¿puede ser que tengas algún problema?

–¿Qué? ¿Qué quieres decir?

–Bueno, es que ha pasado bastante desde que rompiste con tu último novio, ¿no? Quizá te sientas sola…

Está tan perpleja que no sabe ni qué decir. ¿De verdad Shōko la considera parte de esos miles de mujeres dependientes de los hombres que son incapaces de estar solas?

–No tengo ningún problema. Ni siquiera pienso en mi exnovio. Y ahora mismo no necesito una pareja ni tampoco tengo ninguna prisa por casarme.

–¿De verdad? A mí me da la impresión de que no eres muy feliz… ¿No será que estás tan sola que te sientes vacía?

Esas palabras le causan tal estupor que no puede ni hablar. Le cuesta creer que Ohyō, esa mujer cuyas opiniones siempre son objetivas y serenas, haya sido capaz de decirle algo así. Menudos valores del siglo pasado. Típico de una mujer que nunca ha trabajado de verdad… El resentimiento le sube por la garganta.

–¿De qué vas? ¿Es que te crees que por estar casada eres mejor que yo?

Shōko se pone roja como un tomate y remueve nerviosa el café con la cucharilla.

–Perdón… No quería decirlo de ese modo. Me he expresado fatal. Eriko, tú eres alguien que puede con todo y eso me da cierta envidia, pero lo que estás haciendo es muy raro. Te dedicas a leer mi blog a escondidas, tratas de predecir mis movimientos y me esperas en sitios como este…

–¿Cómo que a escondidas? –la interrumpe.

–Sí, da la impresión de que estás ahí, a escondidas, cotilleando mi vida. Siento como si estuvieras invadiendo mi privacidad.

Eriko no puede evitarlo: se parte de risa.

Shōko se echa hacia atrás, como si su risa la hubiera perturbado.

No se lo puede creer. ¿Qué le está contando? ¿Por qué actúa como si su blog no fuera algo público? Escribe su vida en internet y luego va y se queja de que alguien la lea. En cuanto alguien la critica lo más mínimo, se hace la víctima y sale huyendo a refugiarse. Encima, dice que no le gustan los conflictos entre mujeres, pero actúa de manera tan condescendiente y edulcorada… Puede que ya no tenga remedio.

En ese momento toma una decisión: va a sacar a Shōko de ese lugar en el que se refugia y a obligarla a enfrentarse a la realidad.

Es lo justo: ambas deben estar en igualdad de condiciones. Si ella apenas ha podido dormir y ha sufrido tanto, tiene sentido que Shōko pase por lo mismo. Son amigas y, a veces, estas tienen que hacerse daño. Lo hace por su bien. Si no actúa, la única que va a quedar en ridículo es ella misma.

–¿Qué te hace tanta gracia?

–Me resulta divertido que siempre actúes como si fueras la protagonista de una serie, como si aquí fueras la víctima. Es tan infantil… –dice mientras se le saltan las lágrimas de la risa.

El rostro de Shōko pierde toda expresión y palidece.

Estas últimas semanas, Eriko no era capaz de entender sus sentimientos, pero ahora puede distinguir con claridad el torbellino de emociones que la estaba consumiendo. Siente la misma serenidad que cuando está en el trabajo.

Ahora lo entiende: son meras emociones humanas. Ella, que es capaz de predecir la economía africana, establecer los hábitos alimenticios de todo el país y manejar cientos de millones de yenes, es incapaz de entender los sentimientos de esta ama de casa. Conoce a Shōko mejor que nadie, ha leído su blog de pe a pa, hasta memorizarlo. Sabe qué le gusta, cómo se comporta, qué manías tiene. Y ahora es consciente de una cosa: detrás de esos textos tan despreocupados subyace debilidad e hipocresía. Se cree que es muy buena ocultando cosas, pero no es la única que tiene esa habilidad.

La voz de Shōko tiembla:

–No veo dónde está la gracia. Como vuelvas a hacer algo raro, contactaré con tu empresa y con tus padres. Eso no te vendría nada bien, ¿a que no? Así que para ya de bombardearme con correos y de acosarme. Por favor.

Molesta, Eriko frunce el ceño. ¿Por qué tiene que exagerar lo que ha ocurrido y amenazar con contárselo a todo el mundo? Ella tiene más credibilidad que Shōko; por mucho que esta hablara, nadie la creería.

Toma una profunda bocanada de aire y alza un poco la barbilla.

–Lo que te voy a decir es por tu bien, ¿vale?

–¿Qué?

–Yo no hago cosas raras. La que se está equivocando eres tú. No me extraña que te cueste hacer amigas con esa actitud. En cuanto algo no sale como tú quieres, sales corriendo, te niegas a escuchar y le echas la culpa de todo a los demás. Y siempre a otras. Como si pudieras cargarle toda la responsabilidad a ese concepto abstracto de «las otras mujeres». Pero piénsalo bien: reflexiona sobre tu vida, sobre tus relaciones rotas con tus amigas. ¿De verdad puedes mirarme a la cara y decirme que nada de lo que pasó fue culpa tuya?

Se da cuenta de que Shōko no la está mirando a los ojos y siente una ira irreprimible. Se inclina hacia delante y da una palmada cerca de su cara para obligarla a prestarle atención. El golpe seco llama la atención de uno de los camareros, que se queda mirándolas.

–¡¿Ves?! Eso es justo de lo que estoy hablando. ¡Deja de huir y piensa un poco! ¿Es que tienes el cerebro de adorno? ¡No apartes la

mirada!

Todas las personas de la cafetería-restaurante tienen la mirada clavada en su mesa, pero no le importa. Esta es la única forma en la que puede transmitirle sus sentimientos a Shōko. De hecho, hasta siente una especie de placer al enfrentarse a ella de frente y mostrarle libremente lo que siente. Nota que todo a su alrededor resplandece y cómo la sangre corre con fuerza por su cuerpo. Este estremecimiento que nace de lo más profundo de su ser le recuerda que está viva.

Shōko sigue estupefacta. Mientras, Eriko la mira fijamente y continúa hablando, todo de golpe:

–Cuando algo te sale mal, te dices que es culpa del universo o de que te tienen envidia. Pero ¿sabes qué? Ni le importas a nadie ni consigues que los demás sientan celos de ti. Dices que siempre se te ha dado mejor hacer amigos varones, pero ¿lo eran de verdad? ¿Consideras amigos a los hombres con los que te has acostado? ¿Alguna vez has tenido, sin importar si es hombre o mujer, un amigo de verdad, aunque sea uno solo? Cuando en el trabajo no lograste llevarte bien con nadie, te escudaste diciendo que las mujeres son muy malas y envidiosas, pero ¿no eras tú el problema? ¿No eras demasiado perezosa e indulgente y por eso acabaste sacando de quicio a todo el mundo sin darte cuenta? ¿No será que la más cabezona y quejica de todos eres tú? Llegabas tarde a trabajar, ¿a que sí? Y seguro que se te olvidaba responder a los mensajes importantes. Siempre les echas la culpa a otros y, cuando las cosas se ponen difíciles, sales corriendo. ¿No será ese el motivo por el que todos se alejan de ti?

Hace una pausa y se fija en que a Shōko le tiemblan los dedos sobre la taza de café. Quizá se ha pasado un poco y añade, en tono suave:

–Pero, bueno, en el fondo solo eres una bloguera. Ya está.

–¿Solo una bloguera…? –dice Shōko con el rostro torcido.

Eriko hace acopio de toda la compasión y amistad que siente por ella y elige con cuidado sus palabras, para expresar lo que siente con claridad:

–Shōko, yo creo que eres una persona increíble. Alguien que puede llegar muy lejos. No deberías estar todo el día haciendo el vago en casa. Ni conformarte con un marido tan mediocre. Pero enseguida se te sube a la cabeza recibir un poco de atención por internet. Creo que deberías recibir reconocimiento por tu trabajo, triunfar en el mundo real, y me da pena ver cómo desperdicias todo tu potencial. Me parece que te ocultas detrás de esa fachada de persona despreocupada porque en realidad eres una cobarde.

–Eres una persona horrible… –A Shōko le tiembla la voz. Tiene los ojos enrojecidos y la mira con furia–. ¿Quién te crees que eres para hablarme de esa manera?

–Te lo digo porque soy tu amiga. –A Eriko le sorprende la actitud desafiante de Shōko. Esperaba que, aunque le dijera algo duro de oír, se lo tomara con la misma calma que muestra en el blog. Esta reacción tan intensa la ha pillado completamente desprevenida–. Como soy tu amiga, te digo lo que los demás no se atreven a decirte. Lo hago por tu bien, para que puedas crecer como persona, aunque sea algo difícil de escuchar.

La mirada de Shōko se torna fría e indiferente. El silencio se alarga y Eriko empieza a sentirse incómoda. Solo quiere que le diga algo, lo que sea. Está a punto de perder la paciencia, cuando por fin se digna a responder:

–¿Que eres mi amiga? Tú y yo solo nos hemos visto cinco veces. No somos lo bastante íntimas como para decirnos las cosas sin tapujos y perdonárnoslo todo. –Una única lágrima se desliza por su mejilla. Eriko se olvida de cómo respirar–. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo nunca más.

Dicho esto, se levanta y sale de la cafetería-restaurante con paso inseguro, igual que cuando entró. Eriko mira por la ventana y ve la silueta de Shōko alejándose en la distancia, envuelta por la oscuridad. Le da la impresión de que es débil y frágil, como una niña. Se le pasa por la cabeza levantarse e ir tras ella, pero descarta la idea.

Frente a ella está el café que se ha pedido Shōko, sin tocar. Aunque le haya dicho eso, Eriko está convencida de que algún día lograrán entenderse. A fin de cuentas, ha sido Shōko la que ha

actuado de forma más cruel; que ella haya tenido que responder no es más que una triste aunque inevitable consecuencia. Todo esto no es más que una riña entre amigas. Pronto todo volverá a ser como antes.

Anota mentalmente que debe ponerse en contacto con Shōko cuando la cosa se haya enfriado un poco. Se acerca la tetera. El té de trigo sarraceno se ha quedado espeso y turbio; los granos, hinchados como cuerpos en descomposición, flotan en el colador.

10

A Shōko no le gusta Giselle, pero no conoce otra cafetería con estilo en la que pueda verse con Satoko. Este lugar está relacionado con la familia de «esa» mujer. Está empezando a cansarse de Tokio, la ciudad en la que «esa» mujer ha crecido y en la que vive. Incluso ahora, siente que está a su merced, como si estuviera en la palma de su mano. Quiere dejarlo todo atrás y huir a algún lugar lejano…

–Disculpa por llamarte tan de sopetón… Pero es que tengo mucho miedo.

Satoko mantiene la mirada en su iPad, examinando con cuidado el blog. En la sección de comentarios hay varios negativos. Es la primera vez que pasa. Shōko está convencida de que tienen que ser obra de Eriko. En cuanto los ha visto, ha llamado a Satoko a toda prisa y la editora le ha propuesto que queden para charlar.

–No puedo más. No quiero seguir con el blog… –dice conteniendo las ganas de llorar, con la mirada gacha, fija en sus descoloridos pantalones vaqueros.

–Es inevitable recibir críticas cuando una se expone en internet. Tienes que aprender a no dejar que te afecten –responde Satoko con una voz que denota que se está aguantando la risa.

Levanta la mirada del iPad, con una expresión que parece decir: «Ea, ea».

Shōko aprieta los dientes. La editora no entiende nada. Le hierve la sangre al pensar en esta mujer, que puede decir lo que le venga en gana y encima cobrar un sueldo, todo sin exponerse a críticas ni riesgos. Hasta le da la impresión de que, en cierto modo, disfruta de verla tan angustiada.

Parece que estuviera a punto de ser devorada. Sí, esta mujer lleva intentando consumirla desde el momento en que se conocieron. La editora no ha hecho más que juzgarla, preguntarse si puede usarla como un peón más en su tablero de ajedrez, si dentro de ella existe algo que pueda ayudarla a generar dinero. Lo analiza todo a la velocidad del rayo, vive en un constante cálculo. Eso es lo que refleja siempre su mirada. No tiene intención de trabajar con ella, ni de ayudarla a formarse y crecer.

Por eso, cada vez que pasa tiempo con esta mujer, acaba agotada.

No sabe cómo defenderse, cómo protegerse de que la exprima hasta la última gota. Y, desde luego, la editora no le va a decir cómo hacerlo. Si su blog fuera una actividad creativa, todo sería más sencillo. Podría considerar que las críticas van dirigidas a su obra, no a su persona. Pero su blog no es una creación artística, es su vida, expuesta ante la mirada del público, troceada y envasada en cómodos paquetes al alcance de cualquiera. Esa es la esencia de tener un blog.

Tras la pelea con Eriko ha entendido algo: cualquier crítica a su blog es, en esencia, una crítica a su propia vida. Por eso no puede limitarse a ignorar a sus *haters* sin más. Tiene que responder a cada una de las críticas. Debe crear un blog tan intachable que los obligue a arrodillarse ante su magnificencia. Cualquier otra cosa sería admitir la derrota.

El teléfono de Satoko suena. Esta se disculpa y sale del café para contestar la llamada. Con resentimiento, Shōko observa cómo sale del local, vestida con su chaqueta, claramente de marca. De repente, empieza a dolerle el estómago, como una puñalada retorcida.

Aunque ya han pasado cuatro días, sigue teniendo clavadas como espinas en el corazón las hirientes palabras de Eriko. Es la primera vez que alguien la ataca de manera tan brutal, pues ha vivido toda su vida evitando los conflictos. Le da rabia, pero hay una parte de ella que no puede evitar pensar que tiene razón: da igual lo que haga, se siente miserable y avergonzada.

No puede hablar de esto con Kensuke. Su marido es el único lugar seguro que tiene, el puerto en el que guarecerse. Mostrarle sus

facetas más vergonzosas sería como mancillar el único refugio que le queda, su hogar.

Al pensar en su casa, recuerda la conversación que tuvieron ella y Kensuke la noche anterior:

–Al menos podrías ocuparte de la colada, ya que estás todo el día en casa –dice con tono de reproche mientras hurga en la montaña de ropa limpia sin doblar que hay sobre el sofá–. No tengo ni calcetines ni calzoncillos limpios para mañana. ¿No te parece un despropósito?

El cesto de la ropa sucia está a punto de desbordarse. Shōko recuerda en ese momento que lleva varios días sin encargarse ni de las tareas del hogar más simples.

–No seas tan duro conmigo. Ya te he dicho que no he tenido tiempo. Recuerda que cuando nos casamos prometimos no discutir nunca por cosas como esta. Es solo ropa interior…

–Ya, pero… es que estás aquí todo el día. No te pido que tengas la casa como los chorros del oro o que cocines todos los días, pero al menos podrías hacer lo mínimo para que la casa estuviera habitable.

Sabe que su marido no le está pidiendo nada raro. Que es ella, no él, la que está haciendo una montaña de un grano de arena con lo de la ropa interior. Y eso es lo que le da rabia. Siente como si le estuviera echando en cara que emplee su salud mental, su tiempo y energía en algo tan banal como un blog.

No es algo que hace ni por su marido ni por sus propios sueños y esperanzas. Tampoco es que gane dinero o que haya alguien que necesite leer lo que ella escribe. ¿Escribir entradas sobre lo que sea en su blog se ha convertido en su propósito en este mundo?

Como no puede poner la lavadora del balcón a estas horas, Kensuke sale de casa para comprar un paquete de calzoncillos y calcetines en la tienda veinticuatro horas de la esquina.

–Hoy no pareces muy contenta, ¿te pasa algo?

Cuando levanta la cabeza y vuelve al presente en la cafetería, Hashimoto la está mirando, y se fija en su cuello firme y sus resplandecientes dientes blancos.

–Es increíble –continúa el chico–. Hasta tienes reuniones con una editora. Estás hecha toda una profesional.

–Qué va, qué va. Si ni siquiera he decidido aún si voy a publicar el libro.

–Por cierto, Shōko, ¿te gustaría que fuéramos al cine algún día?

–¿Qué?

Cuando inclina la cabeza, confusa, Hashimoto empieza a hablar a toda prisa, como si se hubiera puesto nervioso:

–No va con segundas intenciones ni nada raro, sé que estás casada. Solo me gustaría ir juntos al cine algún día, como amigos. Es que me parece que eres una mujer muy divertida y siempre me lo paso bien cuando hablo contigo.

Shōko piensa, con una sonrisilla discreta, que entre un hombre y una mujer no puede existir una amistad genuina. Aun así, no es malo confirmar que todavía tiene el suficiente atractivo como para despertar el interés de un chico joven. Nota cómo el peso del pecho se le aligera un poco. Cuando Satoko regresa a la mesa, tras terminar su llamada, Hashimoto y ella se separan con una mirada cómplice.

Se le pasa por la cabeza una de las frases que dijo Eriko, pero decide no pensar en eso ahora.

11

–Me da muchísima rabia ser tan vaga –dice Eriko con tono exagerado mientras inclina su martini hacia delante. Yasuyuki está sentado en el taburete de al lado. Le ha invitado porque no quiere estar sola y ha acabado arrastrándolo hasta este bar en el rascacielos Shin-Marunouchi–. No he dedicado suficiente tiempo a investigar la situación actual de Tanzania. Ahora que el viaje está a la vuelta de la esquina me doy cuenta de ello.

Tanzania, con un territorio aproximadamente 2,5 veces mayor que el de Japón, cuenta con vastas tierras agrícolas y abundantes recursos hídricos, por lo que tiene un alto potencial como mercado. Sin embargo, muchos de los que trabajan en la agricultura y la pesca no han recibido la formación suficiente y carecen de equipos y materiales adecuados, así que la productividad es baja y los ingresos, escasos. Todas esas circunstancias derivan en una pobreza sistemática. El desarrollo de la infraestructura social está atrasado y faltan instalaciones para la conservación y el procesamiento de productos.

–Por ejemplo, ¿te puedes creer que la mayoría de los pescadores de perca del Nilo aún usan canoas a remo?

–¿Ah, sí? –Yasuyuki responde sin entusiasmo alguno, mientras juguetea con la aceituna de su martini.

Eso hace que Eriko adopte un tono más cortante:

–Nosotros también deberíamos abordar los negocios BoP de manera más proactiva. Las grandes multinacionales de Europa y Estados Unidos ya están involucradas con ellos desde hace tiempo. Si nos limitamos a comprar la perca del Nilo al precio que nos digan

y a venderla cara a los fabricantes de aquí y nada más, solo estaremos repitiendo los mismos errores que Japón cometió durante el periodo de crecimiento económico de la posguerra. Tenemos que identificar sus necesidades, prever los efectos de la falta de infraestructura y, antes que nada, hacer madurar su mercado.

BoP viene del inglés *base of the pyramid*, es decir, «base de la pirámide». Describe la parte más inferior de la pirámide de ingresos mundial, que corresponde a un setenta por ciento de la población global. Los negocios dirigidos a los BoP ofrecen servicios y productos a precios bajos. Su principal ventaja es que ayudan a reducir la pobreza y al mismo tiempo producen enormes beneficios empresariales.

–¿Te acuerdas del documental ese que me recomendaste, *La pesadilla de Darwin*? Me hizo pensar bastante. Aunque he leído críticas que dicen que es un poco exagerado… Pero creo que Japón, que depende de los países en desarrollo para su alimentación, debería repensarse cómo hacer las cosas.

Se trata de un documental que retrata sin piedad cómo una única especie de pez puede destrozar un ecosistema. La perca del Nilo, tras ser introducida en el lago Victoria, devoró en poco tiempo a unas doscientas especies autóctonas, por lo que entró en la lista de las cien exóticas invasoras más dañinas del mundo. Gracias a que es un pez que se puede pescar en grandes cantidades, favoreció la industria del país, pero casi todo el producto se exportaba a Europa y no acababa en la mesa de las personas más desfavorecidas de la región. Al destruirse el ecosistema del lago, el agua se contaminó y se redujo la cantidad de peces aptos para el consumo humano. ¿El resultado? Niños desnutridos y demacrados, vestidos con harapos, que juegan con restos de percas del Nilo. Además, la prostitución de mujeres con los pilotos blancos que se encargaban del transporte de estos peces se volvió cada vez más habitual y la seguridad del país cayó en picado. No fue culpa de la perca del Nilo, ella solo luchaba por sobrevivir. Pero su introducción en un hábitat en el que nunca debió estar desencadenó muchas tragedias.

Como si no pudiera aguantar más, Yasuyuki se gira hacia ella.

–Lo que dices es verdad, pero tendríamos que reconstruir Tanzania desde cero. Nosotros nos dedicamos al comercio, no a la política.

–Bueno, sí, pero…

–Eres demasiado seria. Piensa por ejemplo en las aceitunas de nuestros martinis. Si nos paramos a pensar en quién las recogió, si era menor de edad, si se le pagó un salario justo…, no terminaríamos nunca. Esos pensamientos solo te llevan a no poder disfrutar de nada.

Hay un motivo por el que Eriko solo habla de trabajo. Aún no puede sacarse de la cabeza el rostro lloroso de Shōko que vio aquel día. La agobia continuamente el miedo a haberle hecho un daño irreparable y por eso siente la necesidad de comportarse como una persona ocupada y centrada en el trabajo.

–Eso es muy propio de ti, Yasuyuki. Lo único que te importa es que tu pequeño mundo esté bien. Por eso puedes hacerle daño a una chica tan buena como Maori sin sentir remordimiento alguno…

–¿Te ha dicho eso? –Yasuyuki suelta un suspiro exagerado y frunce el ceño–. Pero ¿qué coño le pasa? Y eso que le dije explícitamente que no le hablara a nadie de lo nuestro. Mira que le he dicho veces que como se vaya de la lengua, se acabó.

Eriko nota cómo se le atasca algo en la garganta, que parece la espina de un pescado. Quizá sea la palabra «disciplina».

Yasuyuki no ha dudado en hablar de Maori como si fuera otra más de sus posesiones. ¿Qué tiene de especial este hombre? Observa, con frialdad, la línea de su mandíbula y las arrugas de su cuello. En comparación con cuando entró a la empresa, ahora ha acumulado más grasa.

–No hables así. A esa chica le gustas. Es una crueldad que hables de ese modo de ella.

–Sus sentimientos son una carga, pesan demasiado. Yo ya no puedo seguirle el ritmo. Nuestra relación no me parece tan seria y me resulta desesperante cuando empieza a tratarme como su novio, a hacerse ilusiones y a cuidarme. Aunque también me sorprende.

–¿El qué?

–Que las empleadas temporales acudan a ti para hablar de sus problemas sentimentales.

Eriko contiene las ganas de sonreír con orgullo, apretando los labios como buenamente puede.

–¿Sí? Que sepas que suelen pedirme consejo más de lo que parece. Como durante el horario de trabajo no hablamos mucho, da la impresión contraria, pero en privado charlamos por teléfono, salimos a tomar algo y esas cosas.

Al decirlo en voz alta, siente como si fuera algo que realmente podría llegar a pasar. Quizá, si logra entablar amistad con Maori, pueda hacerlo realidad. Así no sería una mentira.

Sin embargo, aunque Maori le dijo que le gustaría pedirle consejo de vez en cuando, desde aquel día no ha dado señales de querer volver a hablar. Lo mejor será que ella misma sea quien tome la iniciativa y proponga pronto un lugar y hora para que se vean las dos a solas.

–Las relaciones entre mujeres siempre son complicadas –afirma Eriko–. De hecho, ahora mismo tengo un problemilla con una amiga.

Al principio duda, pero al final decide contarle a Yasuyuki el malentendido que ha tenido con Shōko. Le cuenta cómo se encontró de casualidad en una cafetería de su barrio a su bloguera favorita, cómo se llevaron bien desde el primer momento, se volvieron amigas íntimas y cómo Shōko, tras malinterpretar la situación, asumió que ella era la que le escribía comentarios hirientes en el blog y comenzó a evitarla.

Yasuyuki la escucha en silencio y espera a que termine de hablar.

–Lo que pasa es que ella y tú habláis idiomas distintos. Por eso no conseguís comunicaros.

–¿Qué quieres decir?

–Va a sonar duro, pero es que vuestros trasfondos y entornos son demasiado diferentes. Imagina que sois cada una de un país y te será más fácil verlo. Tú has crecido en una familia de clase media alta, eres diligente en el trabajo y solo te puedes comunicar de forma directa y franca. Ella ha crecido con padres divorciados, sin una madre, trabajó durante un breve tiempo y luego pasó a ser un ama de casa. No tiene razón al creer que tú eres rara o que hay algo

en ti que está mal, pero tampoco significa que ella sea la culpable. Es una desgracia que dos personas con vidas tan distintas se hayan encontrado.

–Es verdad…

Siente como si la venda que ha llevado puesta todo este tiempo se hubiera caído. Ahora puede ver con tranquilidad la escena del día a día que tiene ante sus ojos.

Mira a Yasuyuki fijamente, como si acabase de despertar de una pesadilla. Su respiración se vuelve más ligera y nota una sensación cálida que brota de su interior hasta la punta de los dedos de la mano y el pie.

–Ya te lo advertí, ¿no? Cuando me enseñaste el blog, te dije que si te implicabas demasiado sería un problema. En nuestro trabajo, con todo lo que viajamos de un sitio para otro, suelo preguntarme si la globalización es tan buena como dicen. Cuando alguien que ha vivido en un territorio determinado sale de su hábitat y se encuentra con otra persona de una cultura distinta, pueden darse grandes tragedias.

–Y así es como se destruyen los ecosistemas…

Entonces, ¿es ella la perca del Nilo? ¿O tal vez lo es Shōko? Dos seres vivos que jamás deberían haberse encontrado y a quienes han arrojado al mismo lago. Ahora que ambas están confusas, tal vez ocurra una tragedia impensable.

Un escalofrío le recorre la espalda. Aun así, sigue queriendo recuperar su amistad con ella.

–Contigo puedo hablar libremente, Eriko, no como con Maori… No es que me caiga mal, pero siento que somos de mundos muy distintos.

En este momento, a Eriko no le interesan lo más mínimo los problemas de Yasuyuki. Lo que quiere es que él, con su experiencia y conocimiento, la ayude a desarrollar una estrategia para recuperar en el futuro la preciosa relación que tiene con Shōko. Sus problemas son mucho más urgentes.

Yasuyuki sigue hablando:

–Maori… A primera vista aparenta ser una chica normal como cualquier otra, ¿verdad? Pero cuando sales con ella, resulta que es

mucho más pesada de lo que parece. Siempre quiere cocinar comida casera, dice que salir a comer fuera la pone nerviosa y que prefiere quedarse en casa. Pero a mí, que de repente se comporte como si fuera mi mujer no me gusta. Es demasiado.

Eriko empieza a irritarse. No tiene ni un minuto que perder en escuchar problemas de pareja. Sabe perfectamente que, aunque Yasuyuki vaya de flor en flor, revoloteando entre varias mujeres, al final se siente atraído por ella, la Madonna de su generación. Pero, entonces, ¿no debería dejarse de tanto lío y arrodillarse ante ella y susurrarle las palabras que quiere oír?

–Oye, volviendo a lo que te estaba diciendo…

–¿Perdona? ¿Tú puedes parlotear sin parar sobre tus problemas, pero yo no? –la interrumpe Yasuyuki con cara de malas pulgas.

Las alarmas de Eriko saltan inmediatamente. Yasuyuki se ha criado acostumbrado a obtener todo lo que quiere y es de los que se ponen de mal humor cuando una mujer le lleva la contraria. Pero ahora mismo no puede permitirse que este hombre se le escape de entre los dedos. Su deseo por mantenerlo junto a ella es tal que siente ganas de llorar. Quiere seguir y seguir escuchando esas palabras que validan sus emociones y experiencias, que reconocen su valor.

–¿Y si vamos a algún lugar en el que podamos hablar con más calma?

–¿Qué? Pero si mañana tenemos que levantarnos los dos muy temprano. Además, a estas horas todos los sitios están cerrados –responde mirando su reloj de pulsera con desgana, un claro indicativo de que quiere marcharse.

–Podríamos ir hasta Kanda y buscar alguna cafetería-restaurante que siga abierta. ¿Te apetece una tarta con café?

–Pero ¿qué dices? Ni que fuéramos dos chicas que pueden salir juntas sin beber alcohol. Paso.

Yasuyuki sonríe burlonamente. Es verdad: siempre que los dos quedan fuera del entorno laboral hay alcohol de por medio. A menos que haya una amistad profunda o amor, es casi imposible que un hombre y una mujer pasen tiempo juntos sobrios. No es como con

las mujeres, a las que les basta con un poco de té y tarta para pasar un buen rato.

De nuevo, el recuerdo de aquella primera vez que quedó con Shōko en la cafetería-restaurante brilla con una intensidad renovada.

Tiene la sensación de que, si se suelta del brazo de Yasuyuki, se hundirá hasta el fondo de un lago helado, hasta hincharse como un cadáver ahogado. Le resulta difícil respirar.

–Yasuyuki… Por favor, quédate conmigo –dice, rodeándole el brazo sin pensar, mientras presiona su mejilla contra él y, tras dudar un poco, también el pecho.

Sabe que, cuando una mujer toma la iniciativa, la mayoría de los hombres se quedan paralizados. Seguro que ahora él está sorprendido por la inesperada suavidad de su cuerpo bajo el jersey de cachemir. Nota cómo su mirada se desliza por su clavícula, por su cuello.

Pero también sabe que, ni con todo su atractivo, logrará retenerlo mucho tiempo. Por eso tiene que seguir atacando, golpe a golpe, para mantener su interés.

Suben al taxi frente al bar enredados el uno en el otro. Mientras mira por la ventanilla cómo las luces del rascacielos Shin-Marunouchi se alejan rápidamente, apoya con descaro la cabeza en el hombro de Yasuyuki. Confía en que el aroma que emerge de su lustroso cabello consiga el efecto deseado.

–¿Estás segura de esto? Nunca creí que precisamente tú pensaras en mí de esta manera… –susurra, como si él mismo no se hallara del todo preparado.

Entrelazan los dedos. A Eriko le molesta un poco su forma de hablar, como si estuviera perdidamente enamorada. Pero ahora mismo necesita ese vínculo, notar que es tangible. Así que asiente en silencio.

Cruzan el puente de Hijiribashi y desde la ventanilla del taxi ve trenes difuminarse en la superficie del río Kanda. De camino a la zona de los hoteles para parejas de Yushima, Eriko le envía un mensaje a su madre para decirle que va a quedarse a pasar la noche en la oficina.

De algún modo sabe que, al enviar ese mensaje, ya no puede echarse atrás.

El hotel que elige Yasuyuki es de estilo Taishō retro. El aroma a madera de la entrada promete un ambiente elegante. Hay batines como los que solían llevar las cortesanas y un baño termal al aire libre. Pero no hay tiempo para distracciones. Yasuyuki parece pensar lo mismo. En cuanto cruzan la puerta y entran en el extraño espacio carmesí, se envuelven el uno con el otro.

Hace mucho que Eriko no practica el sexo, así que le duele. El cuerpo se le contrae y las mucosas le arden. Nota un dolor sordo en la parte baja del abdomen y eso le recuerda que hace bastante que no va al ginecólogo. Debería pedir cita. Podría ir el sábado o el domingo, o quizá pedirse medio día libre e ir en un día laborable. Quiere tener hijos algún día, aunque nunca parece haber un momento adecuado para ello. Ni dentro de un año ni dentro de cinco: nada encaja. Le pone nerviosa que tantas mujeres pasen por esa experiencia natural y que ella no sea capaz de hacerlo también.

Mientras está con Yasuyuki, piensa que quizá Shōko se quede embarazada primero. Si eso ocurre, se alejará todavía más. Nunca volverán a vivir un día o una noche de chicas. Pero si Eriko también se queda embarazada…, tal vez puedan reconstruir su vínculo y convertirse en madres y amigas.

Más, más. Su voz se vuelve cada vez más alta, cada vez más atrevida. Si se limita a imitar lo que ha visto en los vídeos porno, no tiene por qué sentir vergüenza. Se agarra con fuerza a las sábanas, marca la espalda de Yasuyuki con las uñas, le muerde. El choque de los genitales, el sabor de otra persona y los sonidos de succión no son nada en comparación con el miedo de pasar otra noche sola. El sudor de Yasuyuki es mucho más pegajoso de lo que había esperado y, aunque está delgado, empieza a acumular grasa en varias zonas. Nota en la entrepierna el olor punzante de la colonia que lleva siempre.

Cuando terminan, Yasuyuki se recuesta, satisfecho.

–Vaya, ha sido increíble. Actúas de modo muy distinto a como te comportas normalmente… Dios, qué sexi eres. No puedo creerme que haya estado con Eriko Shimura. Seguro que si se lo dijera a

alguien del trabajo, no me creería. –Se ríe y le acaricia los pechos–. Oye, ¿haces este tipo de cosas muy a menudo?

–Eh…

–A mí me da igual. No hay nada malo en desfogarse de vez en cuando, siempre que no se acabe como esa ejecutiva de TEPCO.

–¿Te refieres al caso de Yasuko Watanabe? –Eriko se estremece en cuanto menciona su nombre.

Solo de pensar en ese asesinato le entran escalofríos, y más estando en el lugar en el que está.

Tiene la impresión de que Yasuyuki trata de encasillarla en ese cliché tan trillado: oficinista de día, prostituta de noche. Una idea tan vulgar que no puede ni pronunciarla en voz alta. Aunque, bueno, mejor que crea eso y no se ponga de repente a actuar como si fueran novios.

Puede que se hayan enrollado, pero no tiene intención de que sean algo más de lo que eran antes: amigos. Por mucho que él se ponga ahora en plan romanticón, ella se mantendrá firme en su decisión.

–Entonces, lo que te estaba diciendo antes de Ohyō…

–Lo siento, pero estoy muy cansado. ¿Puedes callarte un rato?

A Eriko le irrita el tono descortés con el que la trata. Encima que le ha entregado su cuerpo, ¿no puede hacer el esfuerzo de quedarse con ella hablando hasta el amanecer? ¿Acaso no son amigos?

Apenas logra contener las ganas de gritar. Ah, claro. Ella y él no pueden seguir siendo amigos. Se han acostado. «¿Consideras amigos a los hombres con los que te has acostado?». Las palabras que le dijo a Shōko la golpean como un bumerán y se le clavan en el pecho. ¿Acaba de perder a otro amigo más?

–Pasado mañana tienes que irte a Tanzania, ¿verdad? Será mejor que descanses. Mañana podemos coger el primer tren.

La voz de este hombre, que no es ni su pareja ni su amigo, que es solo un extraño, le atraviesa la espalda desnuda. Eriko ha cometido un error y ha destruido el ecosistema de sus relaciones laborales.

¡Ah, cuánto necesita a Shōko ahora mismo! Shōko, Shōko… Repite su nombre en su interior con desesperación mientras se cubre con la

sábana. Shōko y ella. Algún día descubrirá cuál de las dos es la perca del Nilo.

No le importaría que ella la devorara, pero, al mismo tiempo, es capaz de imaginarse a sí misma de esa manera con toda claridad: desnuda, nadando en un lago teñido de rojo, rodeada por trozos del cuerpo de Shōko que ella misma ha despedazado.

A su lado, Yasuyuki empieza a roncar.

Sin darse cuenta, Eriko se lleva la mano al cabello. Sobre las ásperas sábanas, resplandece el blanco bulbo de unos pocos pelos que se ha arrancado.

12

El elegante edificio de ladrillo frente a la oficina de Correos se alza en la oscuridad, resguardado por una luz anaranjada. Sí, tan solo la acompañó en bicicleta hasta aquí una vez, pero no lo ha olvidado. Son más de las nueve, así que lo más probable es que haya vuelto ya a casa, dado que su empresa no le permite hacer horas extras y que le dijo que trataba de cenar con su familia siempre que podía.

Shōko ha salido a la calle con la intención de comprar los ingredientes para preparar por fin una cena decente, pero sin apenas ser consciente de ello, ha acabado frente al edificio donde vive Eriko.

Hace unos instantes que le ha enviado un correo a Satoko:

> Como quiero publicar el libro, a partir de ahora actualizaré con más frecuencia el blog. También me estoy replanteando mostrar mi cara en una revista.

Solo de pensar en exponerse ante los ojos de un número indeterminado de mujeres, el estómago se le retuerce y las piernas le tiemblan, pero se niega a dejarse vencer. Se convertirá en un modelo para las amas de casa. Más aún, será el nuevo modelo: el ama de casa despreocupada. Conseguirá que esa nueva forma de vida se convierta en la norma en Japón. Y no dejará que nadie la vuelva a menospreciar. Nunca. Ella no es como su padre. Se hará famosa y le demostrará a esa mujer, a esa mujer que la menospreció diciendo que solo era una bloguera, lo equivocada que está.

La brisa fresca de octubre le acaricia las mejillas coloreadas por la emoción. Es una sensación agradable.

«No voy a detenerme, estoy decidida a seguir creciendo. Me niego a perder ante alguien como tú. Si quieres seguir acosándome, adelante».

El dedo de Shōko se detiene antes de darle a enviar el correo. Lo borra. Ya que le ha costado tanto esfuerzo tomar esta decisión, quiere decírselo a la cara. Aunque ir a ver por su cuenta a alguien que la está acosando… Incluso ella misma es consciente de lo absurdo que resulta. Sabe que Eriko es una mujer desequilibrada mentalmente, pero aun así apenas puede reprimir las ganas que tiene de verla. Aunque debe cortar todo tipo de lazos entre ambas, todavía se preocupa por ella. ¿Qué nombre tendrá este sentimiento? Si las cosas siguen así, no parece que vaya a encontrar la manera de calmar su corazón.

–¿Estás buscando a Eriko? Esa chica no está ahora mismo aquí.

Sobresaltada, Shōko se gira hacia la voz. Ve a una mujer vestida con ropa de deporte, seguramente alguien que vive en el edificio, quieta.

Al oír «esa chica», siente como si la arrastrasen hasta su clase del instituto. ¿De verdad es una mujer casada de treinta años? No puede evitar sentirse como esa joven mustia que iba al instituto público y que todavía vivía en casa de sus padres. Antes de que pueda mediar palabra, la mujer sigue hablando:

–Se ha ido a Tanzania o algo así.

Ahora que lo piensa, aquella noche en el restaurante de sushi, Eriko le dijo algo sobre eso. Shōko se siente desconcertada. Se suponía que si Eriko desaparecía de su vida, lo harían también todos sus problemas. Pero, en vez de alegrarse, únicamente se siente traicionada. Solo de pensar que jamás volverá a verla se le escapa toda la fuerza que tenía hace un instante. ¿Acaso necesitaba la presencia de una mujer a la que nunca podría considerar como una amiga y a la que incluso podría decirse que despreciaba?

–No pongas esa cara, solo se ha ido unos días de viaje por trabajo.

Suspira aliviada, pero, al hacerlo, se percata de que la cara de esa mujer desconocida está mucho más cerca de lo que pensaba. No le

da tiempo a retroceder y nota en la cara su aliento cálido y dulzón, como el de un bebé:

–¿En serio eres su amiga? ¿Y no sabías que se iba?

–Bueno, es que… nos conocemos desde hace poco.

–Ah, entonces no sabes nada de ella. Soy Keiko Ogasawara –dice mostrándole sus dientes amarillentos con una sonrisa burlona–. A ti te he visto mucho por la zona. Como no tengo nada que hacer, siempre estoy por aquí, merodeando, pendiente de lo que pasa. Sueles ir sola a las cafeterías-restaurante o a los sitios de comida rápida, ¿verdad? ¿Es que tú tampoco tienes nada que hacer?

La pregunta es tan directa que Shōko solo logra asentir con la cabeza.

–¿Quieres que te cuente cosas sobre Eriko? Menudo elemento es. Fuimos juntas al colegio y también al instituto. Sé todo lo que hay que saber sobre ella. ¿No te da la impresión de que es una chica un poco rara?

–Eh…

–Siempre está liadísima, pero tiene la piel y el pelo demasiado perfectos, ¿a que sí? Y seguro que de pronto ha intentado acercarse mucho a ti. Da la impresión de ser amable y tranquila, pero en cuanto pasas un poco de tiempo con ella, te entra el agobio, aunque no haya dicho nada especialmente negativo.

Casi tiene la impresión de que se va a caer al suelo del alivio. Hasta ahora, la culpa de sentirse incómoda en presencia de Eriko la había estado consumiendo. Le parecía terriblemente presuntuoso que una mujer como ella, que no es nadie, se obcecara en buscarle fallos a una persona que vive su vida con tanta dedicación.

–¿Sabes por qué?

–¿Por qué?

–Porque no hay nada en ella que sea natural. Es una chica completamente artificial, prefabricada. Está envuelta en mentiras improvisadas y mal hechas.

En la oscuridad, los ojos de Keiko brillan con intensidad. Aunque parece que está hablando con ella, lo cierto es que no mira a ningún punto en concreto. Keiko le resulta muchísimo más espeluznante que Eriko. Lo siente en lo más profundo de su ser: es mejor no

involucrarse con esta mujer. Quizá sea alguien con quien es mejor no cruzarse nunca, igual que Eriko.

Aun así, lo que más quiere ahora es seguir escuchando los trapos sucios de Eriko. El deseo es tal que nota cómo se retuerce por dentro. Estaría dispuesta a vender su alma al diablo por oírlos. Quiere arrastrar a esa mujer que tanto daño le ha hecho a su mismo nivel o incluso más abajo. Si queda demostrado que Eriko es una mentirosa, entonces sus críticas del otro día carecerán de sentido. Y si sucede eso, no tendrá que seguir dándole vueltas a esas palabras ni seguir viviendo como un animal herido.

Pero, por encima de todo, lo que predomina es el hambre. Shōko está hambrienta de interacciones con otra mujer. No importa que sea una desconocida. Siente como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que habló de verdad con alguien. Como si llevara todo este tiempo sola frente al ordenador, lanzando al vacío palabras que nadie lee.

El problema no es de Kensuke. Cuando una pareja habla, no se puede transmitir todo lo que se arrastra por dentro. Shōko considera a los hombres como una suerte de guías, como unos pilares indispensables para la vida. Cada paso que da está calculado y cumple un único propósito: no quiere que nadie la odie. Es capaz de mostrar los aspectos más desordenados de su personalidad, pero nunca los más oscuros. Sin embargo, puede que sea justo esa oscuridad la que defina quién es.

Es contradictorio, pero precisamente las necesita porque le cuesta relacionarse con otras mujeres, porque de vez en cuando las encuentra despreciables, porque comparte la misma fealdad interior que ellas. Si se comparte lo sucio y acumulado en el fondo del pecho, una logra conectar y comprender mejor a los demás. Si dos mujeres critican juntas a un enemigo común, sus respiraciones se sincronizan de manera natural y se crea entre ellas un sentimiento de camaradería, como si fueran viejas compañeras de batalla.

Es algo que sabe de manera intrínseca que es cierto, aunque no lo haya experimentado demasiado. Lo nota en los huesos. La única manera con la que sabe conectar con una mujer es criticando a otra

de su mismo sexo. Hace tanto que usa esta técnica que ni recuerda cuándo empezó a hacerlo.

Bajo la luz de las farolas, un grupo de polillas revolotea y agita sus temblorosas y desgastadas alas, polvorientas y quebradas en algunos puntos.

13

«Oye, ¿cómo conseguís meteros con tanta facilidad en el corazón de los demás?».

Esta pregunta, que lleva pensando desde el despegue, está a punto de escapársele de la boca cuando el avión da una fuerte sacudida.

Siente como si tuviera un alambre que le atraviesa el cráneo de oreja a oreja. A medida que el avión gana altura, su vida cotidiana queda más y más lejos. Los rostros de las personas que conoce, incluso las más cercanas, empiezan a volverse borrosos en su mente. De momento es una sensación que le resulta agradable.

–Ami, a ti también se te hinchan las piernas en los aviones, ¿no? ¿No quieres unas medias de compresión?

–Vaya, sí que se te reseca la piel al volar.

–¡Lo tengo todo previsto! Me he traído una bruma facial de Avène. Y también mascarillas.

–¡Eres la mejor, Fū, siempre estás preparada para todo! Ah, ¿te importaría cambiarme el asiento? Ya sabes que soy de ir mucho al baño…

Eriko vuela en clase turista. Está sentada en una fila de cinco asientos, justo en medio de un grupo de cuatro mujeres. Su presencia las divide claramente en dos mitades y la situación le resulta terriblemente incómoda. En cierto momento se le ocurrió ofrecerse a cambiarse de sitio para ponerse en alguno de los extremos de la fila, pero estaba tan abrumada por el entusiasmo y energía de las mujeres que no logró decir nada.

Los gestos de consideración mutua, los antifaces, los espráis hidratantes… Todo eso va y viene por encima de sus rodillas. Todo es alegría pura, sin una sola nube que enturbie al grupo. Rebosan un deseo voraz de disfrutar del viaje que está a punto de comenzar. Eriko nota con cada palabra que las mujeres se conocen íntimamente, saben tanto sus gustos como sus debilidades. Lo más probable es que vayan a Dubái por turismo.

Ella va mucho más lejos: hasta Mwanza, en Tanzania. Primero tiene que hacer escala en Dubái y luego cogerá un vuelo hasta el Aeropuerto Internacional Julius Nyerere, en Dar es-Salam. El objetivo de su viaje es reunirse con los *packers*, es decir, aquellos que se encargan de las operaciones relacionadas con la perca del Nilo en el lago Victoria, hacer una criba de la lista de posibles socios y concretar un contrato.

En total solo va a estar en Tanzania tres días y dos noches, pero entre el trayecto de ida y vuelta, las conexiones entre aviones y el tiempo de espera, son más de treinta horas de viaje. Quería volar lo más cómoda posible, pero quien se encargó de la compra de los billetes cometió un error y no le consiguió un asiento en clase ejecutiva. Encima, para echar sal en la herida, en su asiento no hay forma humana de conectar un cable a ningún lado, por lo que no puede usar el ordenador. Había planeado usar las horas de vuelo para investigar y preparar documentos, pero ahora sus planes están completamente arruinados.

Para su sorpresa, al estar sin internet dispone de tiempo para relajarse. Nota cómo su mente se calma por primera vez en mucho tiempo. Últimamente está pendiente de las actualizaciones del *Diario de Ohyō, un ama de casa inútil* incluso en mitad de su jornada laboral y siente picos de ansiedad cada vez que ve un correo nuevo en su bandeja de entrada.

–*May I help you? Would you like something to drink?* –le pregunta una azafata de piel del color de la miel y con profundas arrugas.

Pide un zumo de naranja y una manta.

Las azafatas blancas no suelen parecer muy jóvenes, van demasiado maquilladas y, aunque hacen bien su trabajo, casi nunca sonríen. En el fondo lo entiende: están ahí para asistir a los

pasajeros, no para lucirse. En esta cápsula suspendida entre las nubes, con el aire reseco y la obligación de trabajar de pie durante horas, posar es lo último que debería importar.

Se siente más tranquila con las azafatas japonesas. Parecen actrices: la piel inmaculada, sonrisas amables y sin rastro de cansancio a pesar de llevar todo el vuelo de pie. Piensa que a las japonesas se les exige demasiado. Han de ser bellas, jóvenes, mantener la compostura, tener un buen trabajo, sacar tiempo para sus aficiones, sonreír siempre, conservar un estilo impecable y una actitud positiva, ser empáticas y, además, conseguir la aprobación de las otras mujeres. Es absurdo.

En Occidente también son más populares las historias que exploran la amistad entre mujeres que las de romance. En las redes sociales, todas presumen de sus amigas. En las revistas hay artículos sobre cómo ganarse el apoyo de otras mujeres. La natalidad de Japón es cada vez más baja, la gente tarda más en casarse y muchas mujeres rechazan las convenciones sociales impuestas por los hombres y crean sus propias comunidades y normas.

El grupito que tiene a ambos lados debate sobre qué película ver durante el vuelo. Eriko nunca ha hecho un viaje con amigas ni ha dormido al lado de alguien que no fuera parte de su familia o un amante. Solo de pensar en mostrarse al natural, sin maquillaje, frente a otra mujer… No puede. Tendría que sentirse muy segura de sí misma para hacerlo.

Sin embargo, ninguna de estas cuatro mujeres está a la altura de Eriko, ni en aspecto físico ni en estilo de vida. Tampoco cree que sean del tipo que destaca en su trabajo. Además, aunque se comportan de manera algo infantil, seguro que tienen cerca de treinta años. ¿No se juntarán entre ellas solo porque no consiguen encontrar pareja? Se aferran las unas a las otras con desesperación para poder demostrar que tienen una identidad, que pertenecen al mundo.

Al pensar en eso, se siente mal consigo misma. ¿Por qué ella, que no es una persona nada soberbia, muestra tanta animosidad hacia estas mujeres? ¿Qué es lo que tienen que a ella le falta? ¿Empatía? ¿Gracia? ¿Saber leer las situaciones? O tal vez no le falta nada, sino

que tiene demasiado de algo. Quizá su tendencia a buscar los defectos de los demás hace que la eviten de forma natural.

La rechazan. Es cierto, siempre la han rechazado. Le pasa desde que es adolescente: todas las chicas que se le acercaban con tanto entusiasmo se mostraban distantes después de pasar una o dos horas a solas con ella. Nunca volvían a invitarla a ningún plan. No es que fueran abiertamente hostiles, solo sonreían y mantenían las distancias.

En más de una ocasión se le ocurrió que la culpa podría ser de sus padres y de su modo de criarla, pero, cuando lo pensaba bien, se daba cuenta de que siempre la habían tratado bien, le habían dado la mejor educación posible y, sobre todo, la habían querido. Su madre cocina todos los días deliciosas comidas caseras, mantiene la casa impoluta y le sigue haciendo compañía. Su padre le da cualquier cosa que pida siempre que se lo explique de manera razonable. Pero nunca la han malcriado: le han enseñado el valor del esfuerzo y la disciplina. Siempre le han insistido en que sea puntual y en lo importante que es ser educada. Gracias a ellos, ha podido integrarse en la sociedad sin pasar por momentos embarazosos. Jamás podrá demostrarles lo agradecida que está.

Solo hay una cosa que diferencia su crianza de lo «normal»: por trabajo, su padre pasó mucho tiempo fuera de casa. Aun así, cada vez que volvía de algún viaje al extranjero, le traía un montón de recuerdos. Cuando llegaban las vacaciones, su madre iba con ella al lugar al que estuviera destinado su padre en aquel momento y a Eriko le encantaba ver mundo. El día que su padre iba a volver de un viaje, su madre y ella limpiaban la casa, preparaban su comida favorita y celebraban por todo lo alto su regreso. De pequeña admiraba mucho el modo en que su padre partía hacia lo desconocido y, en parte, decidió trabajar en una empresa de comercio internacional por él. Eriko es consciente de que tiene un poco de complejo de Electra.

Ahora que lo piensa, su padre tampoco tiene muchos amigos. Cuando aún trabajaba, solía invitar con frecuencia a un empleado a casa, el que hoy es su jefe, pero un día simplemente dejó de hacerlo y ya no volvió a juntarse con nadie del trabajo. Tras jubilarse, se

pasa todo el día en casa o sale a dar breves paseos por el barrio. Pero ¿cómo alejaba un hombre de carácter tan tranquilo a la gente? No tiene sentido.

Por otro lado, su madre solía ser una mujer sociable y cercana. Cuando Eriko iba al colegio femenino, salía a cenar con otras madres, participaba con asiduidad en el AMPA y otros eventos escolares y hasta parecía llevarse bien con sus compañeras de trabajo en Giselle. Sin embargo, tras el incidente con Keiko, dejó de acercarse por el colegio, renunció a su empleo y se distanció de la madre de Keiko, con quien había tenido una relación muy cercana. Le costó, pero con el tiempo logró volver a formar un grupo y, poco después de que Eriko se graduara en el bachillerato, se unió a un club de baile para madres en el que hizo muchas amigas. Recuerda haberse sentido muy aliviada al oírlo, como si se hubiera reducido parte de la culpa con la que cargaba.

Por tanto, no puede señalar a sus padres como responsables de sus problemas.

Antes trataba de convencerse de que, por culpa de su belleza e inteligencia, despertaba la envidia de otras mujeres. Pero incluso las actrices de Hollywood, muchísimo más atractivas que ella, mencionan en las entrevistas a amigas anónimas que siempre las han apoyado en todo antes de volverse famosas. Y empresarias de éxito hablan públicamente en conferencias de otras compañeras que fueron sus hermanas de batalla durante su carrera. Es frustrante, pero la verdad es que no importa lo guapa o lista que seas, las mujeres que saben llevarse bien con otras mujeres tienen amigas.

El problema es suyo. Hay algo en ella que repele al resto de las mujeres.

Sabe perfectamente que no debería permitir que sus relaciones personales le afectasen tanto, pero no es capaz de dejar de pensar en Shōko. Todo es culpa de ese malentendido sin importancia. Creía que, con lo inteligente que es, podría solucionarlo en un periquete, pero las cosas empeoraron y acabaron distanciándose hasta que se vio obligada a contraatacar con palabras hirientes.

Y desde entonces no han vuelto a hablar. La tiene bloqueada y no puede enviarle correos ni llamarla por teléfono. Su mayor miedo se

está volviendo realidad: cuanto más lucha por acercarse a Shōko, más evidente se vuelve que esta quiere cortar todo vínculo con ella. Es la cruda realidad.

Debe olvidarse de Shōko. Debe dejar de perseguirla. Dejar que desaparezca de su vida sin causar más problemas. Es solo un ama de casa perezosa. Si deja de perseguirla, su vida volverá a ser como era, seguirá ascendiendo y progresando, pero…

Quiere creer que aquello fue real. Que aquella noche en la cafetería-restaurante, sus palabras y sus corazones conectaron de verdad. Que durante un instante perfecto fueron solo Eriko y Shōko. Que habían continuado su relación con el pie izquierdo, solo por eso no había salido bien.

Tal vez haya algún lugar en el que esa noche siga existiendo y ellas estén todavía allí, felices y charlando.

Estos pensamientos son como la pescadilla que se muerde la cola y Eriko lo sabe. Por eso se tapa con la manta hasta la nariz.

Shōko no es la única que actúa con frialdad hacia ella. Desde que se acostaron por única vez, Yasuyuki, que antes había sido un buen confidente, se ha vuelto distante. Se imaginaba que le pediría ser novios y que ella lo rechazaría de inmediato, pero al parecer él no le ha dado tanta importancia como pensaba a la noche que pasaron juntos. Eso le causa tal sensación de insatisfacción que hasta se comporta de manera sugerente cuando lo tiene cerca. Cada vez que lo hace, se deprime luego. No soporta verse a sí misma tratando de ganarse la aprobación de un hombre.

Al final, por mucha rabia que le dé, actúa de manera exagerada y teatral ante él, lo que la entristece profundamente y la deja con una sensación de vacío en el pecho. No es capaz de perdonarse por intentar seducirlo.

Encima, aunque Maori, la amante de Yasuyuki, le había dicho que quería que fueran más íntimas y le había preguntado si podía pedirle consejo de vez en cuando, no se había acercado a hablar con ella ni una sola vez desde entonces. Al final, cansada de esperar, Eriko había tomado la iniciativa y le había dicho:

–Si quieres, puedes pedirme consejo cuando quieras. ¿Cuándo estás libre?

Pero Maori se la había quedado mirando con la mirada perdida y la boca entreabierta, como si acabara de ver a un extraterrestre, y le había respondido con voz desconfiada:

–¿De qué hablas?

¿Por qué todos la tratan así, cuando ella no hace más que estar pendiente de los demás? Incluso ahora, con treinta años, le duele profundamente ver a grupos de mujeres tan unidas como las del avión. Las mira con recelo, preguntándose: ¿de verdad son tan amigas o es todo pura fachada? Una parte de ella desea, lo desea de verdad, con tanta fuerza que aprieta los dientes, que detrás de la apariencia armoniosa escondan rivalidades e intereses velados.

Solo con pensar en que haya mujeres que pueden forjar lazos genuinos que duren una o dos décadas siente cómo se hunde más en la oscuridad.

Si piensa que existe un mundo amable y armonioso al que ella no es capaz de acceder, siente ganas de tirarlo todo por la borda. Tiene ganas de echarse a llorar, de destruir todo lo que la rodea. ¿Cómo es posible que haya cosas que no pueda conseguir por mucho que se esfuerce? Nadie le ha enseñado cómo hacer amigas a los treinta. Tampoco hay ninguna guía que pueda consultar. Qué mundo tan injusto.

Quizá no sea la única que se siente así. Quizá esos que se burlan de los días de chicas una vez que se llega a cierta edad o aquellos que, sin importar su género, afirman que las mujeres son malas por naturaleza o que no existe la verdadera amistad entre ellas, comparten su mismo vacío. ¿No será que, al ver que las mujeres se divierten sin ellos, se sienten rechazados y eso los hunde en la miseria? ¿No será que, al criticar y encontrar fallos en las amistades femeninas sienten auténtico alivio y así pueden seguir viviendo con ellos mismos?

–Oiga, disculpe…

Eriko vuelve en sí y levanta la cabeza hacia la voz. Frente a ella encuentra un rostro redondo y amable. La mujer, la tal «Fū», la mira con cara de disculpa.

–Estamos molestando mucho, ¿verdad?

Eriko la observa fijamente. Una vez que bajen del avión, jamás volverá a ver a esta mujer. De pronto siente que debe aprovechar esta oportunidad única para plantearle las preguntas que la han atosigado todo este tiempo:

«Oye, ¿cómo puedo hacer amigas? ¿Cómo has conocido a estas chicas? ¿Alguna vez os peleáis? ¿No te sacan de quicio de vez en cuando? ¿Hay algún truco para que una amiga no se distancie? ¿Cómo has conseguido que te llamen con un apodo cariñoso?».

Su deseo no tiene nada de raro, simplemente anhela una relación sincera con alguien sin que esté por medio el interés romántico o el beneficio personal. Quiere abrirse, relajarse, conectar con alguien que no sea familiar suyo. Ir al cine juntas, charlar mientras toman un té, hablar de sus preocupaciones, cuidar la una de la otra, ir a su boda en el futuro y que ella asista a la suya, compartir aficiones y alegrías y hablar por teléfono hasta caer rendidas.

Lo único que desea es tener una persona, una única persona en el mundo entero, con la que poder ser así. ¿Acaso es demasiado pedir?

–No es que molestéis… –dice, mientras añade para sus adentros: «Pero deberíais ir con más cuidado con la gente a vuestro alrededor. Hay personas que, con solo veros tan felices y despreocupadas, sufren»–. Se nota que sois muy amigas, qué envidia.

Para evitar tener que seguir hablando con ellas, Eriko se pone una mascarilla hidratante y el antifaz para dormir.

14

En el *parfait* hay una espiral de nata y helado, entremezclada con un remolino de sirope de frutos rojos. La mezcla se hunde capa a capa: fruta, cereales, *mousse* de chocolate… Es un *parfait* de frutas caótico, repleto de todo tipo de ingredientes. Para Shōko, una mujer de treinta años, tomarse esto a las nueve de la noche equivaldría a tomarse una bomba de calorías que encima es mala para la salud.

Keiko no parece emocionada ni escandalizada ante el *parfait*. Con una cuchara larga, coge un poco del postre. Luego, con un gesto descuidado y carente de entusiasmo, lame con la lengua la punta de la cuchara y, como si hubiera perdido todo el interés, la deja en la mesa.

–Eriko siempre trata de agradar a los demás, ¿a que sí?

Shōko, que está sentada frente a ella con una Coca-Cola, no puede evitar tensarse al oír el nombre de Eriko.

Keiko empieza a desgarrar la servilleta en pequeños jirones.

–Siempre está con esa actitud de «¿Lo he hecho bien?» o «¿He hecho algo mal?» y te lanza miradas furtivas para ver cómo reaccionas. Cuando entramos en el instituto, ese rollo de alumna perfecta empezó a darme vergüenza ajena. No era solo que se esforzase en clase o en los deportes, parecía empeñada en sacar un diez también en relaciones sociales. No te imaginas lo insoportable y agobiante que resultaba.

En ese momento, aquel rincón de la cafetería-restaurante tan tenuemente iluminada parece encontrarse bajo un foco. Sí, ella también se ha fijado en esas miradas furtivas, en esas miradas nerviosas. La sensación de agotamiento que la abruma tras pasar un

rato con Eriko viene de ahí, de esa ansia de aprobación que chupa la energía de los demás poco a poco.

Ahora todo tiene sentido. Se da cuenta de que no es que sienta celos de Eriko o que ella sea una persona cruel. La sensación áspera que le dejan sus cumplidos se debe a esa forma cargante y forzada de buscar siempre la aprobación de los demás. Tiene la sensación de que ha merecido la pena venir hasta aquí con esta mujer desconocida solo para descubrir esto.

Keiko, que ahora está enrollando los jirones de servilleta, sigue hablando:

–Creo que fue al empezar el bachillerato. Un día, de pronto, me di cuenta de que estar con ella era asfixiante. No es una chica humilde ni torpe, simplemente quiere ser siempre la mejor en todo.

Shōko tiene tantas ganas de hablar que se revuelve en su asiento. Le da un sorbo a la Coca-Cola fría y, como no puede contenerse más, suelta todo lo que se guarda dentro:

–¡Eso es! Encima tiene esta idea de «mejor amiga» metida en la cabeza y trata de imponértela todo el rato. Y como se te ocurra desviarte un milímetro de lo que ella piensa que debe hacer una amiga, monta un drama tremendo, como si todo fuera culpa tuya.

Dentro de Shōko empieza a nacer una especie de respeto, casi admiración, por esta mujer desconocida que ha conseguido expresar con palabras la incomodidad que ella lleva sintiendo tanto tiempo. Su chándal similar a un pijama, el rostro enjuto y sin una gota de maquillaje, el pelo alborotado y sin peinar… Hasta tiene las uñas rotas y la piel seca, y se le ve algo de bigote. Todo en ella le da un aire de alguien que está por encima de cosas tan superficiales como la apariencia. Esta autoproclamada mejor amiga de Eriko con la que se ha encontrado de improviso frente al edificio de la susodicha luce todavía más desaliñada que ella, que va sin arreglar y con ropa de estar por casa. Eso es precisamente lo que le da el aire de ser alguien especial, alguien que está por encima de todo lo mundano.

¿Quizá la está idealizando demasiado? Se lo empieza a preguntar, pero como Keiko habla de nuevo, no le da tiempo a darle muchas vueltas.

–Las relaciones humanas, no solo entre mujeres, sino entre personas, no son algo ni simple ni homogéneo. Deben mantenerse mientras están en constante cambio, con tantas cosas imprevistas que son imposibles de predecir. ¿Cómo es esa frase? Ah, sí: «En lo bueno y en lo malo». No hay que ponerles nota a las cosas y no existe una amistad de diez en ningún lugar del mundo. Aunque, bueno, quizá esa manera tan extrema de ver las cosas sea una de las virtudes de Eriko. Tiene unos estándares altísimos y cree de verdad que si se esfuerza lo suficiente puede conseguir lo que se proponga. Aunque cuanto antes se dé cuenta de que su actitud puede resultar asfixiante para el resto de la gente, mejor para ella.

Menuda sorpresa. Shōko se esperaba que la insultase de manera histérica, con las peores palabrotas imaginables, no que Keiko hablase con tanta perspectiva. Pensaba que estaría completamente de su parte. No quiere saber nada de una actitud de la vida tan zen.

–Incluso desde pequeña, Eriko parecía una princesa: era inteligente, tranquila, amable, seria… En el colegio y parte del instituto, todas la admirábamos y queríamos ser como ella. Mi madre siempre nos comparaba. Ahora que soy mayor, pienso que ella también la admiraba. Solía decirme: «¿Por qué no puedes ser un poco más como Eriko?». Pero para mí no era algo malo. Era normal que, con lo maravillosa que era, mi madre quisiera una hija igual que ella. Éramos amigas de la infancia y yo estaba orgullosísima de serlo. Cuando me enteré de que quería cursar el bachillerato en un instituto privado, me puse a estudiar como una loca para poder ir al mismo que ella. Entré en la lista de espera y al final me aceptaron, así que estaba muy feliz de poder estar a su lado, de llevar el mismo uniforme, de ir juntas en tren… ¡y eso que el instituto estaba en nuestro barrio!

Shōko recuerda que Eriko le contó que no le gustaba coger el tren para ir hasta el instituto porque estaba a un tiro de piedra, que siempre había soñado con ir con alguien en la misma bicicleta. Quién sabe, puede que igual que ella y Eriko, Keiko tampoco haya cambiado nada desde la adolescencia.

–Oye, ¿en tu instituto pasó lo mismo en bachillerato? De pronto se produjo una especie de división: estaban las chicas maduras y las

que todavía eran unas crías.

Sin decir palabra, asiente. Recuerda su antiguo instituto en aquel pueblo junto al río que ya casi ha olvidado por completo. Ella fue parte de las chicas maduras. El año en que perdió la virginidad, sus compañeras de clase pasaron a parecerle, de pronto, unas niñas. En aquel entonces le bastaba con montar en la misma bicicleta que su novio para sentirse plena. No importaba que su hogar estuviera roto o que sacara malas notas, era feliz todos los días. Quizá fue en esa época cuando aprendió a tomarse las cosas con filosofía.

–Yo me hice amiga de unas chicas que entraron nuevas en bachillerato. Eran muy diferentes de mis compañeras de clase o de Eriko. Iban siempre maquilladas y tenían un brillo especial. Además, sabían mucho de chicos… Nos lo pasábamos muy bien. Íbamos al karaoke, salíamos de compras por Shibuya… Eran cosas muy sencillas, pero sentí algo que nunca había sentido antes: libertad. Por primera vez, Eriko ya no era el ideal al que aspiraba. –Keiko sigue enrollando los trocitos de servilleta sin mostrar emoción alguna en el rostro. Parece que no va a volver a tocar el *parfait*–. Desde que me mudé a ese edificio a los siete años, estuve siempre pegada a Eriko. Hubo un momento en el que empecé a desear libertad, ser capaz de ver un horizonte más amplio. A los quince entendí que en el mundo había personas y experiencias maravillosas que yo nunca había conocido o experimentado. Pero ella no soportó que me distanciara. Fue horrible. Por aquel entonces la palabra no estaba tan de moda, pero Eriko se convirtió en una verdadera acosadora.

Cuando Eriko se dio cuenta de que Keiko la estaba evitando, empezó a acosarla. Al principio se limitaba a esperarla a la salida y a la entrada del instituto, pero enseguida se envalentonó y fue más allá: se aprovechó de que la madre de Keiko confiaba en ella para entrar en su habitación sin permiso y husmear entre sus cosas.

Al final, Keiko estaba tan desesperada que se escudó en una mentira: le dijo que tenía novio y que por eso ya no tenía tiempo para estar con ella. Pero esa mentira solo lo empeoró todo.

–¿Novio? ¿Cómo que tienes novio? ¿Dónde está? ¡Si es verdad que tienes uno, preséntamelo! No te lo estarás inventando para no

quedar conmigo, ¿verdad? –gritaba Eriko con los ojos desorbitados, mientras se arrancaba pelos de la cabeza.

Parecía que algo dentro de ella se hubiera quebrado.

En ese momento, Keiko sintió auténtico terror.

–No tenía más opción que seguir mintiéndole –confiesa–. Debía decir algo, aunque fuese mentira. Así que le dije que estaba saliendo con un hombre casado, mucho mayor que yo, alguien importante, por lo que tenía que mantenerlo en secreto.

Shōko reprime las ganas de echarse las manos a la cabeza. Ya sabe hacia dónde va esto. Para Eriko, cualquier mentira, por pequeña que sea, es un acto imperdonable.

–Como no paraba de insistir, le dije que lo había conocido en un servicio de citas por teléfono, de esos en los que las mujeres jóvenes salen con hombres mayores a cambio de dinero. En aquella época estaba muy de moda, ¿sabes? La cosa es que funcionó. Eriko me dejó en paz. Pensé que eso sería todo, pero de pronto mi vida se vino abajo. ¿Sabes lo que hizo?

Después de conocer a Eriko durante un mes, no hace falta que le dé la respuesta. Conoce muy bien su *modus operandi*. Sin ser consciente, aprieta los puños. Esa mujer carece del menor sentido común. Es incapaz de diferenciar entre el comportamiento normal y el anormal. Defiende su punto de vista con firmeza, acorralando al rival con cada argumento y sin dejarle vía de escape, como si de una maniobra militar se tratase. Lo peor es que Eriko está convencida de que hace lo correcto.

–En el instituto hizo correr el rumor de que yo me acostaba con hombres a cambio de dinero. No solo se lo dijo a nuestro profesor, ¡hasta le escribió una carta al director! El profesor vino incluso a mi casa. Menudo escándalo se armó. Como Eriko era una alumna modelo muy aplicada, hasta mis padres la creyeron. Y mi padre me dio una paliza. Mira, todavía tengo la marca. –Keiko levanta la cabeza y muestra una especie de moratón en la barbilla–. Me llevó bastante tiempo, pero al final conseguí aclararlo todo. Pero, claro, nada volvió a ser como antes. Ni para ella ni para mí. A Eriko la tacharon de acosadora y nadie más del instituto quiso saber nada de ella. Hasta tuvo que ir al psiquiatra por petición del instituto. Dejó de

hablar con la gente. Y yo aprendí una lección muy valiosa: todo lo que crees tener puede venirse abajo en un instante. Tus padres pueden fallarte cuando más los necesitas y hasta tu mejor amiga puede convertirse en tu enemiga si das un paso en falso.

Durante unos segundos, Keiko mira el paisaje oscuro a través de la ventana con aire distante. Los trocitos de la servilleta están esparcidos por la mesa. El *parfait*, ya derretido por completo, se ha convertido en una masa viscosa. La mesa tiene un aspecto tan horrible y descuidado que cuando uno de los camareros pasa por su lado pone cara de asco.

–Desde entonces dejaron de importarme los estudios, los amigos o lo que la gente pensara de mí. Prácticamente dejé de ir a clase y solo me gradué porque les di pena a los profesores. Suspendí dos años seguidos el examen de ingreso a la universidad, pero al final acabé por entrar, aunque tampoco es que fuera mucho a clase. Encontré un trabajo, pero no duré demasiado y tampoco me gustaban los empleos a tiempo parcial. Entonces se me ocurrió la idea de casarme, así que fui y contraje matrimonio con mi novio de aquel entonces, pero fue un fracaso. No paraba de angustiarme y preguntarme por qué me iba tan mal en la vida. Pero hace poco por fin lo entendí: no es culpa ni de mi entorno ni de Eriko.

–Bueno, pero porque hayas fracasado una vez no significa que tengas que tirarlo todo por la borda. Puedes seguir haciendo cosas, ¿no? –interviene Shōko tímidamente.

Cuando lo hace, Keiko abre tanto los ojos que el blanco de su esclerótica parece volverse azul.

–Pero ¿por qué hay que hacer algo? ¿Qué tiene de malo no hacer nada? ¿Acaso no te pasa a ti lo mismo? Podrías vivir perfectamente del sueldo de tu marido, ¿no? ¿Es que te da miedo admitir que tu existencia no es importante? ¿O es que hay algo que quieres hacer? Yo creo que no pasa nada por no hacer nada.

La voz de Keiko, lenta y calmada, consigue que el bullicio de la cafetería-restaurante parezca algo muy lejano. De pronto, Shōko siente una epifanía: ¿por qué esta chica que tiene delante, que no es ni especialmente guapa ni talentosa, era tan importante para la Eriko de hace quince años?

–No hacer nada… –murmura Shōko para sí misma–. No hacer nada…

Una miríada de manos invisibles parece surgir de la nada para agarrarla y arrastrarla hacia lo más profundo, hacia un mundo armonioso, tranquilo y acogedor.

–No relacionarse con nadie, sin importar lo que piensen los demás, no hacer nada, dejarse llevar, como un pez en una pecera. Solo de pensarlo siento una paz increíble. Me encanta no hacer nada. Tú eres igual que yo, ¿verdad? –Keiko coge de pronto la cucharilla con mucha fuerza y la mira con los ojos entornados. Remueve el *parfait* minuciosamente–. Somos iguales. Desde que naciste, vivir te resulta una tarea agotadora. No es que seas vaga, sino que te resulta terriblemente molesto hacer algo por alguien, imaginar cosas que no ves o esforzarte para lograr lo que quieres. Yo también soy así.

–Eso no es verdad.

Shōko tiene los labios resecos. ¿Por qué se ha pedido una Coca-Cola? Casi no siente los dedos de lo fríos que los tiene.

–Te entiendo, te he visto por la ciudad. Siempre andas por sitios de comida rápida o cadenas de restaurantes. Con los ojos vacíos, sin ser capaz de ver nada.

Igual que su padre. Shōko quiere creer que él también se siente solo, pensar que quizá solo sea una persona torpe o que está satisfecho con su manera de vivir, que quizá escoge no hacer nada porque cualquier elección supone un reto abrumador. Quizá para él eso sea la felicidad. Se pregunta si no esconderá dentro de sí misma ese mismo deseo: el de no hacer nada y dejarse llevar. Sin gastar su energía en preocuparse por los demás, sin moverse, con el número imprescindible de personas a su alrededor. Eso es lo que realmente quiere.

Incluso cuando no hace nada, nota un cansancio permanente, cada vez más intenso. Quizá este sentimiento de desidia no empezó al mudarse a Tokio, sino mucho antes, tal vez desde el día en que nació. Todo le resulta pesado: los actos formales, los días especiales, recordar nombres, ser puntual, tener buena letra… Cuando empezó a trabajar, se le olvidaba lo que tenía que hacer, cometía un sinfín de

pequeños errores y era una carga para sus superiores. No es que fuera torpe, es que le resultaba insoportable vivir día tras día con tanto esfuerzo, siempre tratando de ser mejor.

Se forzó a sí misma a encajar, pero cuando por fin lo consiguió, su cuerpo colapsó. Ahora lo ve claro: su verdadero deseo es no hacer nada.

Cuando mira a los ojos a Keiko, ojos muertos como los de un pescado, nota una punzada helada en el pecho.

–Tengo… tengo que irme. Me acabo de acordar de que tengo algo que hacer.

Se levanta con torpeza y, para su sorpresa, Keiko simplemente asiente y dice:

–Claro. –Y vuelve a centrarse en darle vueltas al *parfait*.

Deja algo de dinero sobre la mesa y sale del local como si la persiguiesen. Encuentra alivio al sentir en el cuerpo el aire fresco y ligeramente cortante de octubre. Por encima de su cabeza, un tren pasa a toda velocidad y el retumbar hace que vuelva en sí. Camina más rápido y cruza a toda velocidad el paso elevado. No frena hasta que regresa a la calle comercial.

Definitivamente, Eriko es como una pestilencia envuelta en un bonito paquete. Cuanto más se aleje de ella, mejor. Como se involucre más con ella, va a acabar igual de rota y carente de propósito que Keiko. Eriko es una experta en llevar a los demás a la ruina.

Nota cómo le llega un nuevo mensaje al móvil y lo saca. Es Hashimoto, el camarero de Giselle. Ha estado posponiendo fijar su cita para ir al cine y le parece cruel seguir dándole largas. Total, no hay segundas intenciones, no pasa nada porque salga a despejarse un rato.

No pasa nada. Ella no es como Keiko. No solo cuenta con su esposo, también hay un chico joven que la desea. Y, por encima de todo, tiene su blog, sus lectores. Hay muchísimas personas que la apoyan. Mientras siga cuidando a sus lectores, no perderá el norte. Si continúan observándola, su vida no será un desperdicio. Son su piedra de toque, su refugio. Ellos la convierten en una persona decente.

Siente que por fin puede respirar con normalidad y acelera el paso. Primero, hará una parada en el supermercado, comprará verduras coloridas y frutas de temporada. Luego preparará una comida lo suficientemente bonita como para publicarla en el blog.

15

Una ráfaga de viento caluroso y sofocante le golpea con fuerza las mejillas. Sobre su cabeza, el cielo es de un color tan intenso y brillante que le duelen los ojos. El azul se pierde en el horizonte hasta fundirse con el océano Índico en una línea sin fin. Las hojas de palmera que ejercen de toldo en la terraza del café ofrecen una brisa refrescante al mecerse con suavidad. A Eriko le llaman la atención los modernos edificios blancos que ve por la ciudad. En la calle hace rato que el tráfico es denso, pero por algún motivo eso no le genera ningún estrés. Dar es-Salam, que en árabe significa «remanso de paz», es un lugar luminoso, tranquilo y apacible.

–En Tanzania no llueve mucho, pero ahora estamos en la temporada de lluvias. Es posible que chispee –comenta Naomi Akagi, la coordinadora de ventas local.

Está sentada frente a ella. Lleva cinco años viviendo en Tanzania y antes trabajaba de guía para una importante agencia de viajes, pero se acabó casando con alguien de la zona y ahora vive en un piso en la ciudad. Al parecer publicó hace tiempo una guía de viajes sobre Tanzania. Debe de tener unos treinta y tantos. Tiene la piel madura: bronceada y llena de pecas y manchas, lo que contrasta con la apariencia juvenil que le da el top que lleva, con los brazos al descubierto, y el peinado informal y despreocupado. Estudió Literatura en una universidad femenina en la que también hizo un máster.

–Me siento algo culpable, como la empresa Nakamura me ha puesto bajo su cuidado, tiene que sacar tiempo de su agenda para enseñarme la ciudad y encima el último día…

–No se preocupe, hoy en día casi todos los *packers* son empresarios indios y se apañan muy bien hablando en inglés sin que yo les haga la menor falta.

Ayer estuvieron en Mwanza, cerca del lago Victoria, e inspeccionaron más de diez fábricas. Hablaron directamente con los *packers*, les preguntaron sobre las condiciones laborales y el control de calidad. Era la primera vez que Eriko veía una perca del Nilo sin procesar. El gigantesco cuerpo resplandecía gracias a las escamas plateadas y la carne era blanca como la nieve. Hasta entonces no era consciente de que los ojos de un pez muerto pudieran ser tan hermosos.

–No pensé que las fábricas fueran a ser tan modernas. Hay cintas transportadoras como las de Occidente, detectores de trazas de metales y hasta secciones completamente automatizadas. Además, el nivel de higiene es excelente.

–¿Verdad que sí? Te cambia las ideas preconcebidas nada más verlo con tus propios ojos. La percepción que tienen los japoneses de Tanzania no se ajusta para nada a la realidad. No es culpa suya, es solo que les falta información. Tienen esa idea de que el país está plagado de enfermedades como la malaria o el cólera y de que no hay apenas nivel educativo, pero está cambiando. Las zonas urbanas son prósperas y las infraestructuras son tan buenas que hasta un extranjero se siente cómodo con ellas.

De haber tenido más tiempo, le hubiera gustado visitar también alguna de las aldeas cercanas al lago Victoria. Sabe que solo ha visto la punta del iceberg, no toda la realidad.

–Aunque, es verdad –continúa Naomi– que los trabajadores de las zonas costeras perciben salarios muy bajos y viven en unas condiciones lamentables. La economía del país va al alza, pero gran parte de la infraestructura sigue igual de anticuada. A pesar de que cada vez hay más *startups*, los bancos no ofrecen facilidades suficientes para obtener un préstamo. Pero, bueno, quiero que sepa que las posibilidades de crecimiento de Tanzania son enormes, ya que cuenta con una gran variedad de recursos naturales y talento humano. Ah, ¿pedimos algo?

Visiblemente apurada, Naomi abre un menú forrado con cuero. Es mediodía y el restaurante está abarrotado. Un único camarero se mueve de mesa en mesa con soltura. Parece que es una mujer de buen comer, pues hojea el menú con entusiasmo.

–Anda, hay tilapia. La perca del Nilo es popular en el extranjero, pero no tiene demasiado tirón dentro del país. Lo consideran un pescado insípido y poco fragante. En cambio, la tilapia, cuya población se ha visto reducida debido a la invasión de la perca del Nilo, es uno de los más consumidos. Tiene un sabor peculiar, más fuerte que otras especies. Le recomiendo que pruebe el estofado de plátano. No es el plátano dulce que estamos acostumbradas a comer, tiene más bien una textura espesa, como la de una patata. Es un plato bastante común aquí en Tanzania y lo preparan con tomates y legumbres o con arroz.

–Vaya. Me encantaría probarlo, tiene muy buena pinta. Y también me gustaría pedir la tilapia.

Naomi alza la vista, sorprendida, y la observa con detenimiento.

–No es usted la típica empresaria –dice con admiración–. Es capaz de adaptarse con facilidad al entorno. De hecho, me sorprendió que prefiriese comer en un restaurante local a ir a uno de esos sitios de lujo para ejecutivos.

En ese momento, Eriko recuerda una conversación que tuvo con Shōko en el sushi de cinta giratoria.

Shōko le dijo que no quería saber qué pescado se estaba comiendo, que lo único que le importaba era que estuviera rico. Es una opinión que, simplemente, no puede compartir.

–En Japón, tanto la tilapia como la perca del Nilo han sido en algún momento pescados fraudulentos. A la perca del Nilo la etiquetaban como lubina blanca y a la tilapia como besugo. Pero yo creo que cada pescado es único y que para conseguir todo su sabor hay que cocinarlo de manera que resalte sus características naturales. Aunque es verdad que los japoneses sienten cierto rechazo hacia los peces de agua dulce… ¿Quizá es porque nos recuerdan a los peces de estanque como las carpas? Cuando empezamos a importar mero chileno, no se vendía nada bien, pero como se parece un poco a uno de nuestros peces locales, el *mutsu*,

en cuanto le cambiamos el nombre a *mutsu* plateado todo el mundo empezó a comprarlo. Al cabo de un tiempo salió a la luz que era un pescado fraudulento y volvieron a venderlo bajo el nombre de mero. Pero, como ya se había hecho un hueco en la cocina japonesa, siguió vendiéndose sin problemas. En Japón nos importa más la etiqueta que el sabor. Si tenemos en cuenta lo mucho que dependemos de la importación de alimentos extranjeros, creo que los consumidores deberían dejar de lado sus prejuicios y animarse a probar los sabores de otras culturas. Ahora se está debatiendo sobre la inmigración y me parece que se puede aplicar el mismo razonamiento: tenemos que convivir con la diversidad y dejar de lado los prejuicios, pero, en vez de esforzarnos por cambiar, lo único que queremos es mano de obra.

–No puedo estar más de acuerdo. A mí tampoco me gusta preparar comida japonesa con productos que no son los adecuados –dice Naomi con una sonrisa mientras le pide al camarero lo que van a comer.

Eriko suspira satisfecha. Cuando hace de intermediaria por motivos laborarles, puede relacionarse sin problemas incluso con otras mujeres. Sin expectativas agobiantes, sin tensión, sin trucos, solo una simple y pura conexión. Quiere creer que esta es la versión real de sí misma, que la otra versión, la que esgrime palabras crueles o husmea en internet como un sabueso de caza, no es ella, sino una impostora.

–Me da un poco de vergüenza admitirlo, pero mi padre trabajaba también en la empresa. En mi familia nos dedicamos al comercio internacional desde hace dos generaciones, por lo que tengo una mentalidad algo rígida y conservadora.

–¿Tuvo que mudarse mucho de pequeña?

–No, a mi padre lo destinaban a varios lugares, pero mi madre y yo siempre nos quedábamos en Tokio. Tomaron esa decisión pensando en lo que sería mejor para mis estudios. La verdad es que mi madre lo pasó bastante mal, se sentía culpable y mis abuelos paternos la criticaron por no acompañarlo. Pero yo… Creo que, en cierto modo, sentía envidia de mi padre. Para mí era como un aventurero de esos que salen en los libros.

No entiende cómo es capaz de compartir algo tan personal con una mujer que apenas conoce desde hace tres días. ¿Tal vez es por la sensación de libertad que le da la brisa marina? Puede ser. El ambiente cálido y tranquilo le recuerda a Taiwán. Cuando lo destinaron allí, su padre vivía en un apartamento en el centro de Taipéi. Su madre se había ido a que le dieran un masaje, y ella y su padre fueron al mercado nocturno. Al ver la interminable hilera de luces, no pudo evitar emocionarse y gritar:

–¡Mira, es como un festival!

Su padre, con un tono de orgullo poco común en él, dijo:

–Sí que lo parece, sí. Pero no es un festival, sino un mercado que abre por la noche y en el que se puede comprar comida en puestos callejeros.

A pesar de que eran casi las nueve, una chica apenas un poco mayor que ella se movía con alegría por los puestos. En ellos se ofrecían un sinfín de opciones: platos de arroz con carne, rollitos de primavera y varios tipos de pollo con salsas que no era capaz de distinguir, todo amontonado una fila tras otra en un espacio minúsculo.

En esa ciudad no había necesidad de comer con cuchillo. Tampoco tenían la costumbre de cocinar en casa porque había muchísimos lugares de comida para llevar. Le pareció que la gente de ese lugar tenía que sentirse muy libre y ligera. Al pensar que el esfuerzo que hacía su madre todos los días preparando la comida y limpiando los platos era algo desconocido allí, tuvo la sensación de estar en otro planeta. Le emocionó descubrir que lo que se considera normal y corriente puede variar por completo al cambiar de entorno.

Le pidió a su padre que le comprara una fresa caramelizada. El azúcar caliente sabía agridulce y la fruta estaba suave. Se quemó la lengua, pero todavía ahora, bastantes años más tarde, recuerda el delicioso sabor de ese dulce.

–Siempre he querido viajar por el mundo, empaparme de otras culturas. Pienso que, si expando mis horizontes, podré encontrar la felicidad.

En ese preciso momento se da cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, ha dicho algo que le sale realmente de dentro. No

quiere renunciar a su trabajo, no solo por la estabilidad económica y el estatus social que le aporta, sino por esto. Son los momentos como este en los que todo su esfuerzo se ve recompensado y la embarga una sensación de seguridad absoluta que le calma la mente inquieta. Naomi nunca le haría daño ni la traicionaría, porque es una compañera de trabajo, y por eso Eriko se siente segura y serena. Esta vez va a demostrar que llegar a tratos comerciales con Tanzania puede ser beneficioso.

–En ese caso, luego te llevaré a Coco Beach. Hoy el mar no está demasiado agitado. Creo que la arena blanca y las palmeras te van a parecer preciosas.

Justo lo que diría una amiga.

Eriko entorna los ojos. Nunca se había imaginado que charlar despreocupadamente con otra mujer pudiera hacerla tan feliz. Pero no puede evitar pensar en lo que dijo uno de los *packers* el otro día: «Tenemos que darles mucha comida a las percas del Nilo porque si no, como son carnívoras, se devoran las unas a las otras».

Aunque Naomi y ella sean parecidas y se lleven bien, es inevitable que, con el tiempo, acaben saturadas la una de la otra y peleándose. Si llegase a relacionarse con ella fuera del ámbito laboral, lo más probable es que la cosa no saliera bien. Naomi acabaría por rechazarla y, con tal de evitarlo, la terminaría persiguiendo.

Así es ella. Es triste, pero cierto. Por tanto, decide guardar como oro en paño este momento, atesorarlo en su corazón junto al color del cielo de Tanzania.

16

En cuanto abre la puerta de casa, y antes de que su marido pueda decir «Ya he vuelto», Shōko exclama con orgullo, sin apartar la vista del plato que ha hecho:

–¡Tachán!

Kensuke entra en el salón y, al ver el plato sobre la mesa, abre los ojos de la sorpresa.

Esta noche el menú consiste en *acqua pazza* a la improvisada y *spaghetti vongole* al microondas, dos recetas que ha aprendido de Nori. Ambas son fáciles de preparar y, una vez emplatadas, se ven bastante profesionales incluso si las ha hecho alguien como ella. Sin embargo, estas recetas implican un gran coste: ha tenido que comprar hierbas y especias e ir a un supermercado *gourmet* al que normalmente no va nunca.

–¡Madre mía, qué pinta! ¿Y cómo es que has decidido hacer esto?

–¡Venga, pruébalo! Quiero saber qué te parece.

–Casi parece otra de las catas del trabajo –dice Kensuke con una sonrisa cansada. Es verdad, estos platos tienen un toque profesional–. Pero yo con un poco de arroz al té verde con ciruelas encurtidas soy feliz.

Puede que sí, pero eso ya no sirve. Ella ya no es la misma mujer de siempre.

Ayer, en la degustación de los nuevos productos para la revista *Melanie*, Shōko conoció a decenas de amas de casa. ¿Cuánto hacía que no interactuaba con tantas mujeres? Apenas había dormido la noche anterior al evento de tanto pensar en qué temas de conversación sacar. Pero cuando llegó al enorme salón de

conferencias de la editorial vio que todas las mujeres iban vestidas de manera informal y actuaban con naturalidad. La trataron como una más: con calidez y sin falsas formalidades.

«Soy muy fan de tu blog, Ohyō. Y, aunque no lo parezca, yo también soy un desastre, ¡lo mío no tiene nombre!».

Uno tras otro, había recibido cumplidos y elogios, mezclados con una pizca de autocrítica. Sabía que eran por mera cortesía, pero agradeció enormemente no sentirse agobiada ni menospreciada. Algo tan simple como una pizca de amabilidad resulta terriblemente reconfortante.

Con la que mejor se llevó fue con Nori, una bloguera muy famosa. La verdad es que, antes de conocerla en persona, le había parecido una mujer muy irritante. Siempre escribe en su blog con mucho optimismo y eso la hacía sentirse atacada a nivel personal. No solo criaba a sus hijos, también sacaba tiempo para las tareas domésticas y era la embajadora de varias marcas de productos.

Aunque Nori había alcanzado la fama y podía vivir cómodamente gracias a ello, se empeñaba en actuar como una persona normal. Shōko se había puesto negra al ver el ritmo infernal de trabajo que llevaba. Sin embargo, en persona resultó ser una mujer elegante y sencilla. Llevaba el pelo corto, a lo chico, y una camiseta ancha y fresca, lo que le daba un aspecto muy natural. De una bolsa de tela de aspecto práctico que ella misma había diseñado sacó, como por arte de magia, una agenda, una cámara y un cuaderno…

Durante la degustación, a Shōko le tocó sentarse a su lado y quedó completamente cautivada. Antes de darse cuenta, ya le estaba contando sus preocupaciones sobre mostrar la cara en internet, sobre acosadores… Y ella la escuchó, comprensiva, y le dijo:

–Si con el tiempo ves que lo del blog no es lo tuyo, siempre puedes dejarlo. Pero ahora mismo podrías aprovechar esta oportunidad tan buena y ver qué pasa, ¿no te parece?

Nori es increíble. Puede sacar lo bueno de cualquier cosa y hasta convertirlo en una idea de negocio. Y no lo hace con codicia ni con soberbia, sino con una naturalidad salpicada de toques de humor que logra que todo el mundo se lleve bien con ella.

Además, bastó con que Shōko se mostrara cercana con Nori para que Satoko, la editora, pusiera cara de acabar de comerse un limón, lo que le alegró el día. Tiene que ser entretenido ver desde un lugar seguro cómo las blogueras compiten y se atacan entre sí. Seguro que le resultó molesto ver cómo ella, alguien que en apariencia no es buena relacionándose con otras mujeres, se integraba en el grupo gracias a Nori.

Tras el evento, Satoko hizo patente su velada animosidad con un correo que rezaba:

> Veo que te has llevado muy bien con todas, ya no me vas a necesitar para nada, jajaja.

Ya sabe qué va a subir hoy al blog.

> Esta receta me la ha enseñado mi amiga Nori. No me ha llevado ni veinte minutos prepararla. ¿Será este el fin de mis días como ama de casa inútil?

En realidad, entre cortar las verduras y conseguir todos los ingredientes, le ha llevado más de cuarenta minutos cocinarlo todo, pero es el tipo de mentirijilla que está permitida en los blogs.

Saca un mantel de cuadros que no ha usado ni una sola vez desde que lo compró y va poniendo los platos encima.

De pronto suena el teléfono.

–¡Ken, cógelo, que tengo las manos ocupadas! –grita, pero el extractor ahoga su voz y su marido está cambiándose de ropa, por lo que no la oye.

No le queda otra que limpiarse las manos con un paño y coger el teléfono. Al otro lado oye la voz de Yōhei, su hermano, con una urgencia poco característica en él:

–Shō, ha pasado algo muy grave. Reimi se ha ido de verdad. Ha dejado los papeles del divorcio en la casa junto con una nota en la que pide que un abogado se encargue de todo. Papá está como ido, no sé qué hacer.

¿En serio? ¿Otra vez? Shōko se irrita nada más escucharlo. Muchas de las amas de casa blogueras admiten públicamente que, gracias a que sus padres también viven en Tokio, pueden contar

siempre con su apoyo. Su familia es todo lo contrario, es más bien una carga. No tiene parientes enfermos ni son pobres, pero nunca se han preocupado de verdad por ella. Son solo familia de nombre, no por los vínculos que tienen.

–No puedo volver ahora, vas a tener que encargarte tú, Yōhei.

–¡¿Qué?! –exclama su hermano, claramente alterado.

–Si papá estuviese mal de verdad, me habría llamado directamente, ¿no crees?

–Bueno, sí, pero… –dice Yōhei con timidez–. Ya sabes que papá no es de los que piden ayuda a los demás, por mucho que esté sufriendo o que se sienta solo. Y en estas situaciones, ¿no deberías tú, como mujer, dar un paso al frente y cuidar de él?

¿Cuántas décadas hará que existe esa mentalidad retrógrada? Shōko quiere a su hermano, con su carácter bromista, aunque débil en el fondo, pero se da cuenta de que quizá lo haya consentido demasiado. Finalmente, la ira que lleva tanto tiempo reprimiendo explota:

–¿Por qué tiene que recaer sobre las mujeres ser amables, cuidar de los demás y arreglar todo lo que está roto? ¡Hazlo tú! Da tú el paso al frente, ya que eres el que vive más cerca. ¿No ves que esa mentalidad es precisamente la que rompió a mamá y ahora ha roto a Reimi? ¿Tengo que ser yo la siguiente víctima, entonces? ¡Y una mierda! Me niego a ser una cerda que llevar al matadero. Ya me comí el otro día el marrón de la limpieza de la casa, ¿o es que ya no te acuerdas?

–Pero yo… no me llevo muy bien con papá –dice con voz temblorosa.

–¡Ni yo tampoco! No lo soporto ni conozco a nadie que lo haga. ¡Nadie! Ya está bien. Si quiere estar solo, por mí estupendo. Como si quiere convertirse en ermitaño. En fin, que ahora es tu problema, yo estoy muy ocupada con el blog.

Cuando cuelga el teléfono, su marido interviene con cautela:

–¿No crees que has sido un poco cruel? Yōhei todavía es como un adolescente. Podrías ir a visitarlos un tiempo. Además, puedes escribir el blog desde cualquier parte.

–¡No! Mi blog solo tiene sentido si lo escribo aquí, en Tokio, en esta casa, junto a ti. Tengo a muchos lectores y hasta una editora pendientes de mi blog. Soy la única que puede hacerlo.

–Vaya. Hablas como si ya fueras una escritora famosa –dice Kensuke con una leve sonrisa.

–¿A qué viene ese tonito? Para ti solo es un blog, ¿verdad? ¡No tienes ni idea de lo mucho que me esfuerzo…! –De su boca emerge una voz aguda que no parece la suya.

Kensuke frunce los labios.

Los ojos le arden. No entiende por qué está tan furiosa. ¿Cuándo se ha convertido el blog, que empezó como un pasatiempo, en una obligación? ¿Por qué su vida en pareja ahora es una cosa que cualquiera puede seguir?

Ve cómo algo dentro de su marido se cierra, igual que una puerta. Se da la vuelta sobre sí mismo y camina hacia la entrada.

–¿Adónde vas? No son horas de salir…

–A cenar fuera –responde con los zapatos ya puestos.

Confusa, corre para sujetarlo del brazo. Habla con tanta desesperación que hasta le da vergüenza:

–¿Qué? ¿Con lo que me he esforzado en hacer la cena?

Aún no ha sacado ninguna foto para el blog. Necesita un comentario ingenioso de su Rey Demonio para el blog, algo como: «¿De verdad eres mi mujer o te han cambiado por otra? Nunca pensé que prepararías algo así en casa».

Todo su plan se ha ido a pique. Ya no puede escribir una entrada que merezca la pena.

–Quizá es mejor que me vaya, así podrás escribir el blog tranquila –dice con suavidad mientras se zafa de su agarre.

Sin ni siquiera darse la vuelta para mirarla, Kensuke abre la puerta.

Cuando esta se cierra, se queda sola. ¿Qué acaba de pasar? A pesar de que se ha esforzado como nunca antes en la cocina y de que ha esperado como una buena esposa a su marido, ¿por qué han tenido un intercambio tan frío y hostil?

Recuerda aquel Hinamatsuri de su infancia en el que su padre le soltó a su madre de golpe: «Esto está asqueroso». Ella había preparado con mucho esfuerzo un banquete para toda la familia y él no se dignó ni a probarlo. No puede olvidar la cara de decepción de su madre en ese momento.

Molesta, regresa a la cocina con decisión. Coge un plato con la intención de hacerlo trizas contra el fregadero. De pronto recuerda que aún no ha sacado ninguna foto para el blog.

Se detiene de golpe.

Sin esas fotos, nada de lo que ha hecho tiene sentido.

17

Aunque su jefe le ha dicho que podía tomarse el día libre al regresar de Tanzania, Eriko llega a la oficina temprano, como siempre. Solo ha estado fuera un par de días, pero su escritorio está abarrotado de notas y documentos. Solo ordenar la mitad de todo ese lío le lleva toda la mañana.

A las siete de la tarde, en su escritorio todavía hay un montón de papeles por clasificar. No le queda otra, coge el teléfono y llama a una de las empleadas temporales, Emiko Yamamura, para que le traiga una caja de cartón pequeña donde archivar los documentos.

Mientras Eriko se arrodilla sobre la moqueta para abrir la caja, Emiko la mira, como si acabara de recordar algo:

–Ah, por cierto. Mientras estabas fuera, Yasuyuki y Maori anunciaron que se van a casar y, al parecer, Maori está embarazada.

–¿De verdad? No me había enterado de nada, ¡qué buena noticia!

–Imagino que al final dejará la empresa una vez que se case, así que estaba pensando en organizar una fiesta de despedida el mes que viene.

Cuando Emiko se marcha, y ya con el escritorio despejado, Eriko enciende el ordenador. Siente cómo le martillea el corazón en el pecho. Aunque ya casi es noviembre, se le han pegado las medias al cuerpo del sudor. Se fija en que Maori, que no suele quedarse hasta tan tarde, está en un rincón de la oficina, rodeada de las empleadas temporales, que sonríen y bromean con ella.

Esa chica siempre está rodeada de otras mujeres. ¿Se estarán riendo de ella? ¿Será objeto de burlas a sus espaldas? No tiene ninguna gracia. No siente nada por Yasuyuki y no tiene el menor

interés en casarse con nadie. Pero, entonces, ¿por qué se siente tan miserable?

La historia de ellos dos, de Maori y Yasuyuki, le recuerda a la de sus padres. Él trabajaba en el departamento de ventas de esta empresa; ella era oficinista y se quedó embarazada. Luego se casaron y su madre dejó el trabajo.

Nunca le ha importado, pero ahora, al enterarse de la futura boda entre Maori y Yasuyuki, siente como si sus padres también hubieran sido una pareja despreocupada y del montón. Qué asco. ¿No es acaso lo mismo que le pasó en el primer trimestre de bachillerato? Todos la dejan atrás.

No es que tuviera envidia de las compañeras con novio, como tampoco le llamaban la atención ni el maquillaje ni salir de noche, pero, por algún motivo, en aquellos días de instituto estaba siempre intranquila. Cuando Keiko, que había sido como una hermana para ella, le dio la espalda, se sintió tan sola que quiso morirse.

¿Es cosa suya o todo el mundo la evita? Ya no queda ni rastro de la paz que había sentido en Tanzania.

En cuanto enciende el ordenador, lo primero que hace, incluso antes de abrir el correo, es ir a la pestaña de marcadores y clicar en el blog de Ohyō. Ya no le importa leerlo durante su horario laboral.

Vaya, ya vuelve a hablar de esa mujer. Mientras ella estaba de viaje de negocios, parece ser que Ohyō asistió a una especie de evento para blogueras y ahora se junta con personas banales.

> Lo que más me gusta de Nori es que, a pesar de ser una supermamá superexitosa, se trata de alguien muy natural. Las mujeres trabajadoras suelen estar siempre muy tensas y exigirles mucho a los demás, pero Nori no es así. Estar con ella es comodísimo y te hace sentir como si fuerais mejores amigas.

¿Qué? Eriko no puede evitar pensar que el comentario sobre la mujer trabajadora va dirigido a ella. Un mensaje en clave que solo ella podría comprender. Además, ¿ahora se dedica a alabar a Nori hablando mal de otro tipo de personas? Ohyō jamás haría algo así. Y, encima, se ha atrevido a decir que es su mejor amiga. Solo con leerlo, siente como si algo le atravesase el pecho.

Esta de aquí no es Ohyō. Esta de aquí no es Shōko Maruo.

Siente cómo la ira le sube y le quema el cuello. Busca de inmediato en internet «*Ohyō, un ama de casa inútil* crítica». Sin respirar, se mete en un gran foro en el que hay varios comentarios negativos. Todos comentan su decepción con el blog con frases como: «Lo que más me gustaba era la naturalidad que tenía, pero últimamente parece un blog de ama de casa del montón» o «Me gustaba más cuando era una vaga. ¿Y ahora dice que va a sacar un libro?».

Como no es un blog demasiado famoso, no tiene muchos comentarios negativos, pero solo con leerlos, se le afloja el nudo en el estómago. Justo en ese momento encuentra un mensaje que la hace soltar un suspiro de alivio:

«No sé, yo ya no me siento identificada con ella».

Eso es exactamente lo que siente. Y no es la única que piensa eso. No está equivocada, no está sola, hay más gente que piensa como ella. Mientras ese comentario exista, sus sentimientos son válidos. Piensa en imprimir el comentario y pegarlo en su libreta.

En este mundo, lo que más importa es sentirse identificado con otra persona. No es solo ella, todas las personas desean con tal ansia sentirse identificadas con los demás que, si no lo logran, se retuercen de dolor y lloran. Pagarían lo que fuera por sentirse así. Lo que fuera. Por eso nadie puede dejar internet. Ahorra el esfuerzo mental y emocional y, en solo un par de clics, puedes trascender espacio y tiempo y sentir que encajas en un lugar, que no estás solo. Es el alcohol más embriagador que existe.

Por muy maravilloso que sea algo, si no consigue sentirse identificada, Eriko cree que no vale nada. Piensa que, si tienes la oportunidad de transmitir un mensaje, estás en la obligación de atraer a quien te escucha, de hacer que se sienta identificado con él. Una mujer que no logra eso solo hace que este mundo sea todavía más frío y despiadado.

Por eso el blog de Ohyō, que ha fallado en su misión de hacer que Eriko se sienta identificada, merece un castigo.

Justo ahora, Eriko y los demás necesitan más que nunca sentir que alguien los vea como realmente son, alguien que, en las noches

solitarias, se convierta en una luz que les diga: «Está bien ser como eres».

Ese es el deber que Dios le ha encomendado a Ohyō.

Y el deber de aquellos que reciben la luz es corregir lo que está mal.

Le parece una traición imperdonable que alguien como Shōko se junte con una mamá bloguera tan vulgar como Nori, una mujer con una audiencia tan básica como ella. Solo con imaginárselas comiendo juntas siente como si fuera a explotar de la ira. Es que es de cajón: si esas dos se hacen amigas, cualquier lectora de Shōko que no tenga amigas se sentirá fatal.

Además, si se empieza a juntar con una bloguera tan famosa, seguro que se le sube a la cabeza: «Como me veo con Nori, puedo dejar de esforzarme y decir lo que me venga en gana porque a todo el mundo le va a parecer bien». Al pensarlo, se pone todavía más furiosa. Ella clicaba el blog para leer a la Shōko que parecía no tener amigas, pero que siempre escribía algo divertido. Pero ahora va y escribe sobre comida de microondas, recetas rápidas, papel parafinado, sustitutos de la sal… Un océano de palabras hostiles que a ella no le dicen nada. ¿Por qué ya no escribe con la ligereza de antes sobre comida rápida, telebasura, libros y manga? ¿Por qué ya no escribe sobre las cosas que hacían que Eriko disfrutara?

Abre una nueva pestaña para buscar críticas sobre Nori y, como era de esperar, se topa con centenares de ellas. Encuentra de todo: insultos, amenazas, enfado porque colabora con marcas… Es demasiado. Apaga el ordenador y mira hacia los lados, para asegurarse de que nadie la está observando. Como siga así, no va a ser capaz de detenerse.

Mañana tiene una reunión importante, le queda redactar el informe del viaje, ordenar datos, hacer una presentación con imágenes del terreno… Pero, ahora mismo, solo puede pensar en Shōko. Y entonces se le ocurre una idea: ¿por qué no se queda a dormir en la oficina?

Y de pronto siente alivio. La noche se le antoja como un tiempo libre y vibrante, algo que puede alcanzar con solo estirar la mano. Ya no está en una oficina, está en su cuarto.

Aquí tiene su trabajo y acceso a internet. No tiene por qué volver a casa. Puede quedarse en la oficina para siempre: ya no tendrá que coger el tren todos los días, no volverá a llegar tarde y no estará sola los fines de semana. Se librará de muchos esfuerzos y preocupaciones que no necesita.

No importa si no tiene amigas. Mientras pueda vivir en su ecosistema natural, como hace la tilapia, ese pez del que le han hablado en Tanzania, no tendrá necesidad de sufrir o de dudar más. Desea, más que nada, encontrar algún día un lugar tranquilo y rebosante de empatía en el que pueda conectar con los demás. Un mundo perfecto. Cree que ese mundo debe estar en alguna parte.

¿Cuántas noches más como esta deben pasar antes de que alcance su ideal? A causa de su forma de ser, tiene dificultades para entablar relaciones con los demás, en especial en una sociedad tan caótica y enrevesada como la japonesa. La sociedad espera demasiado: que aceptes las diferencias entre personas, que empatices con los sentimientos de los demás, que seas independiente, guapa y, encima, abierta a nivel emocional. Para ella ha resultado siempre imposible hacer malabares con estas expectativas. No puede relacionarse con sinceridad, es algo que nunca ha sido capaz de hacer.

Queda poco para que todos sus compañeros se vayan a casa. Tiene que seguir tecleando, seguir fingiendo que trabaja sin que los demás se percaten del engaño. Una lágrima le acaricia la mejilla y cae contra el teclado.

Al verla, Eriko se sorprende y mira a su alrededor. ¿La habrá visto alguien?

No se siente especialmente triste, debe de ser que tiene los ojos resecos. Saca de un cajón una botellita de colirio fuerte y se pone una gota en cada ojo. La imagen frente a ella se distorsiona con violencia, los colores se vuelven más vivos que nunca. Tiene la sensación de que alguien la observa con detenimiento, desde el cuello descubierto hasta el inicio del escote. Pero ya le da igual. Desde que ha vuelto de Tanzania, ha descubierto que este suave cuerpo de mujer que habita puede llegar a ser terriblemente pesado.

Incluso ahora, la perca del Nilo sigue en constante evolución. Con tal de sobrevivir, no duda en devorar a sus congéneres. Nadie sabe qué tamaño máximo puede alcanzar. Una imagen clara como el día se apodera de ella: una perca del Nilo gigantesca y majestuosa de más de doce metros de largo y bellas escamas plateadas nada plácidamente en el lago Victoria, desprovisto ya de vida alguna. Solo queda ella, pero no está sola. Porque, dentro de su cuerpo, viven los cientos de miles de almas que ha devorado.

En fin, tiene que hacer que Ohyō vuelva a ser la que era antes. Para evitar que otras personas sufran como lo ha hecho ella, debe conseguir que vuelva a escribir un blog con el que sus auténticas lectoras se sientan identificadas. Es un derecho, no, un deber que tiene. No como amiga, sino como fiel lectora que la ha ayudado a llegar hasta donde está. No es su enemiga, todo lo contrario: es su seguidora más fiel. Por eso Ohyō debería hacerle caso a Eriko, no a una recién llegada como Nori. Solo alguien como ella, que la conoce bien y además entiende de negocios y de normas sociales, puede reconducirla ahora que se ha desviado del camino. Porque, en el fondo, es la única amiga de verdad que tiene Ohyō.

La oficina está completamente a oscuras, a excepción de la luz blanquecina de la pantalla del ordenador. Eriko se pasa toda la noche tecleando con entusiasmo y dedicación. Palabra tras palabra, llena la sección de comentarios del blog de Ohyō con una mezcla de críticas severas, palabras de aliento y consejos útiles.

18

¿Cuánto hace que no lee un libro? Los rayos de sol de noviembre atraviesan la ventana e iluminan la superficie de las hojas. Shōko puede discernir con claridad las asperezas y los surcos del papel. Un lugar tan silencioso le resulta casi aterrador. A pesar de la intranquilidad que le produce sentir que en el mundo solo existen ella y las letras, pasa la página, que encaja perfectamente con sus dedos, como si estuviera absorta. Le parece que el tiempo se ha vuelto denso, como un guiso que cae gota a gota con suavidad y ligereza por un colador chino.

No sabe cuánto tiempo hace que está sentada junto a la ventana de Giselle, fluorescente en mano, leyendo. De pronto mira hacia el reloj y ve que solo han pasado veinte minutos desde que entró en el local. Le sorprende que las manecillas se muevan mucho más lentas de lo que está acostumbrada. Quizá, antes de involucrarse tanto con el blog, vivía con una perspectiva diferente del tiempo. Pero ya no desea volver a ese lugar estancado.

Lee cada frase poco a poco, de arriba abajo. No es que no le guste leer, siempre le ha gustado leer ensayos de actualidad o novelas populares y también solía ir a la biblioteca por diversión. Pero últimamente pierde horas y horas frente a la brillante pantalla del móvil y se le pasa el día en un abrir y cerrar de ojos. No le quita la vista de encima ni siquiera durante las comidas. Kensuke no le dice nada. Desde esa tonta discusión que tuvieron el mes pasado siguen algo distantes. No es que estén completamente distanciados el uno del otro, pero entre ellos existe una leve barrera invisible. Pero, bueno, al fin y al cabo, su marido es una persona muy cordial,

capaz de alegrarse con sinceridad por el éxito de los demás. Seguro que pronto se le pasará. Además, no tiene motivos para quejarse.

Shōko se esfuerza cada día más en las tareas domésticas. Cocina platos sencillos pero que tienen buena pinta para subirlos al blog, mantiene la casa reluciente y no pierde ni un segundo en cosas banales. Los ingresos que percibe por la publicidad del blog no dejan de aumentar y, si acaba publicando el libro, también recibirá derechos de autor. Para Kensuke, todo esto son solo ventajas.

Sigue en contacto con Satoko, pero todavía no le ha dicho oficialmente que sí a la idea de la publicación, aunque cada día que pasa está más decidida a hacerlo. Nori le recomendó un libro sobre blogueras que contaban sus experiencias tras publicar un libro y lo pidió al instante por internet. Cada frase se le antoja como una palabra de aliento que la nutre por dentro. Tal como le dijo Nori, el cuestionario que hay al final del libro también resulta de lo más útil:

- □ ¿Te estás asegurando de que el texto sea fácil de leer, tenga buen ritmo y esté bien espaciado?
- □ ¿Has identificado qué les gusta a los lectores de tu blog?
- □ ¿Sacas las fotos con luz natural o usas otros trucos para que los platos parezcan aún más apetitosos?

Es verdad que hasta ahora no le había importado demasiado cómo la percibían los demás. ¿Quizá debería comprarse una cámara profesional? No, eso sería demasiado esfuerzo para alguien como Ohyō. Seguro que intimidaría a los lectores y haría que se sintieran mal. Lo mejor será seguir sacando fotos con el móvil, como hasta ahora, pero esforzarse un pelín más con los planos y la técnica.

Shōko siente que está llegando a un punto de inflexión: se ve a punto de evolucionar. Ya no va a ser una simple ama de casa que escribe un blog en su tiempo libre, sino una bloguera profesional. No va a poder seguir negándose a mostrar el rostro en entrevistas.

Cierra el libro que acaba de terminar y endereza la espalda. Da un largo trago a su té de hierbas, ya frío.

Ayer hizo su primera entrevista con fotos para la revista *Melanie*. Fue uno de los reportajes principales y saldrá en un artículo a doble

página titulado «La nueva estrella de los blogs. ¡Primera aparición de Ohyō, la representante de las amas de casa sin hijos!». Satoko estaba encantadísima y no dejaba de repetirle que era un trato inaudito para una bloguera sin tantos seguidores. Seguro que se había aprovechado de su buena relación con Nori, que es bastante famosa.

Cuando el nuevo número de la revista llegue a las tiendas, Shōko dejará de ser ella misma. Ya está mentalizada.

> Mi filosofía es que cada uno debe vivir a su ritmo, sin compararse con nadie. Sin preocuparse de si hace suficiente en la casa o de si es el momento de formar una familia. En mi casa, en vez de pelearnos por ver quién va a lavar los platos, preferimos salir a cenar a un bar del barrio o pedir una *pizza* y ver una peli. Es nuestra regla.

La noche antes de la entrevista, apenas pudo dormir de los nervios. Pero una vez que llegó a la sala de conferencias de la editorial, mientras un fotógrafo profesional disparaba decenas de fotos con *flash*, algo cambió dentro de ella: empezó a hablar y expresarse con libertad, como si fuera un dique que se ha desmoronado. Quizá todo lo que había conseguido desde que conoció a Nori estaba dando por fin sus frutos.

Aunque solo se han visto en persona una vez, Shōko ha aprendido mucho gracias a las entradas de su blog y a los correos que han intercambiado. Bajo esa apariencia amable, Nori esconde un ingenio frío y agudo para el *marketing*.

> Ohyō, tu encanto reside en lo sencilla y natural que eres, pero ya va siendo hora de que te distingas del resto. Recuerda que, por encima de todo, eres alguien que transmite mensajes. Si asumes ese rol, la gente te escuchará.

Durante la entrevista, sintió como si estuviera bajo un hechizo. Parecía arte de magia la manera en que, con solo elegir bien las palabras adecuadas y la manera de presentarse, era capaz de influir sobre otra persona. Lo que una sabe o tiene no importa realmente. Lo que de verdad importa es no avergonzarse de una misma.

Mientras hablaba frente a la grabadora que Satoko había preparado, Shōko se sintió libre. Aunque siempre le había pesado

llevar una vida carente de sentido, pensaba que, en secreto, a la mayoría de la gente le pasaba lo mismo. Su misión era ser la voz de las personas sin nombre, ser un soplo de aire fresco en la asfixiante vida de las amas de casa. Hacer cambiar la percepción de que, si no se logra nada en la vida, una carece de valor.

Decide confiar en sí misma, aceptarse tal y como es. Llega a la conclusión de que lo que más conmueve el corazón de los demás es ver a una persona auténtica, real. Incluso el estilo de vida de una persona vaga, si se vende con convicción, puede llegar a parecer sofisticado y deseable.

Mientras le hacían preguntas, confesó con orgullo que en su casa no iban muy bien de dinero, pero no tenía la menor intención de ponerse a trabajar, no tenía ganas todavía de ser madre y era una bloguera que no buscaba ser especial. Sabe perfectamente que sus comentarios molestarán a algunas personas, pero le resbalan las críticas. Ha tomado una decisión: va a cerrar esa puerta. Ya no va a buscar más su nombre en internet y ha quitado la sección de comentarios de su blog.

Shōko sospecha que todos los comentarios negativos que aparecieron en su blog entre la madrugada del martes y las primeras horas del miércoles son obra de una sola persona.

Todavía recuerda algunos de ellos:

> ¿Dónde está la Ohyō alegre y divertida de siempre? Pareces una bloguera ama de casa del montón: ambiciosa y soberbia. Me da pena verte así.

> Cuando leo sobre cómo te codeas con esa gente a las que nosotras nunca podremos llegar a conocer, tengo una sensación de exclusión que me consume por dentro. No es que no quiera que hagas amigas, pero me gustaría que pensases un poco más en los sentimientos de los demás. Si no tuvieras la empatía de un escorpión, llegarías mucho más lejos. Como mujer, me decepciona tu comportamiento.

Puedes lograr todo lo que te propongas. Sé que eres mucho más que esto, puedes llegar mucho más lejos. ¡Saca todo tu potencial! Es lo que tus fans queremos, de verdad.

Al principio, los mensajes tenían un tono de urgencia y dolor, pero, según avanzaba la hora de publicación y cuanto más tarde se hacía, iban adquiriendo un tono contradictorio y agresivo:

¿Es que te crees mejor que el resto? ¡No eres el ombligo del mundo!

Has traicionado a todos tus lectores, ¡exijo que te disculpes públicamente!

Solo eres otra patética mujer más manipulada por los medios de comunicación. Eres lamentable, una ignorante. Me apuesto lo que sea a que no tuviste una buena educación.

Como escribas un libro, me dedicaré a ponerle malas reseñas sin descanso. No tienes ningún talento. Nunca me has parecido interesante. Solo eres una bloguera más. Mientras este blog exista, dedicaré el resto de mi vida a perseguirte y criticarte.

Lo más curioso es que, tras desatarse una sarta de críticas histéricas, el tono agresivo cayó en picado hasta desvanecerse como un copo de nieve al entrar en contacto con la palma de la mano:

Ohyō…, contéstame, por favor. ¿Por qué ignoras a tus fans? ¿Acaso no te hemos apoyado desde el principio?

Tanto el estilo de escritura como la forma de pensar encajan perfectamente con Eriko. Pero Shōko ya no le tiene miedo, ya no puede hacerle daño. Además, la mayoría de sus lectores se pusieron de su lado y escribieron cosas como: «No dejes que esos mensajes te afecten» o «Mira que hay gente rara por ahí. No les hagas ni caso, seguro que te tienen envidia».

Ya no siente nada por Eriko, ni siquiera ira. Solo queda una fría indiferencia que la envuelve por completo. Uno de los motivos por los que sigue yendo a Giselle, un lugar que Eriko también suele frecuentar, es para demostrarse a sí misma que ya no tiene ningún poder sobre su vida. Hasta hace nada la consideraba una especie de ser divino, una diosa deslumbrante. Qué ingenua. Solo se había fijado en la superficie: el aspecto físico, la educación, el lugar de nacimiento, un buen trabajo… Nada de eso importa de verdad, no es lo que hace a una persona ser quien es.

En cuanto leyó los monólogos escritos por Eriko en la sección de comentarios, se le cayó la venda de los ojos. Es una mujer atrapada en un estatus social que no significa nada, incapaz de ver lo que importa de verdad. Por eso nunca se ha sentido plena. Por eso ansía con desesperación conectar con otra persona. Una parte de Shōko la entiende, pero ya no puede hacer nada por ella ni tampoco tiene la obligación de salvarla. A fin de cuentas, lo que Eriko ha hecho ha sido perjudicial para su trabajo.

–¿Te apetece más té?

Al alzar la cabeza se encuentra con la alegre mirada de Hashimoto. Lleva una tetera de cristal en la mano. En ella, el agua caliente infusionada con hierbas se agita con suavidad. A pesar de que ya hace frío, todavía viste una camiseta de manga corta, que le deja los brazos al aire. Al verlo, Shōko siente un cosquilleo agradable.

Tiene que admitir que ha venido a Giselle en parte porque quería volver a verlo. Como solo están ellos dos en el local, Hashimoto se apoya sobre la mesa hasta que sus rostros quedan a unos pocos centímetros de distancia. Le da la impresión de que un príncipe se ha arrodillado ante ella.

Recuerda su época de estudiante, cuando hablaba con su novio de esta manera en clase. Ninguno de los dos era demasiado popular, pero como actuaban con tanta intimidad, atraían todas las miradas. Todavía recuerda con cariño las miradas de envidia de sus compañeros.

–El otro día nos lo pasamos muy bien, ¿verdad?

La semana pasada fueron al cine juntos. No se lo ha contado todavía a Kensuke, pero tampoco pasó nada de lo que tenga que avergonzarse. Antes de casarse solía salir con amigos por ahí. Vieron una comedia extranjera, se tomaron algo en un Starbucks, cogieron un tren y luego se despidieron frente a la estación. Haber pasado una tarde divertida con un chico joven y fuerte que todavía conserva un poco del aroma inexperto de la adolescencia le devolvió una energía y una emoción que ya había olvidado.

Las cálidas horas que pasa acurrucada en el futón junto a Kensuke son irreemplazables y no tiene la menor intención de dejar a su marido. Pero cuando Hashimoto le roza el cuerpo como quien no quiere la cosa o le hace alguna broma subida de tono, Shōko recuerda, por primera vez en años, que es una mujer. Le gustaría continuar con esta relación, quedarse solo con las partes que más le gustan, como si metiera el dedo del pie en un lago sin aventurarse a sumergirse.

No le está haciendo daño a nadie ni tampoco está traicionando la confianza de nadie. Desde que se toma en serio lo del blog, todos sus días son divertidísimos. Siente cómo la satisfacción le recorre todo el cuerpo de una punta a otra, hasta llegar a la yema de los dedos. Ahora mismo tiene la sensación de que podría hacer cualquier cosa.

–No eres como las chicas de mi edad, que solo se dedican a cotillear y a darme la brasa para que encuentre un trabajo mejor. Es muy fácil estar contigo, me alegra mucho que podamos hablar con naturalidad. Es reconfortante.

Frunce ligeramente la boca, como un bebé que pide más leche.

Shōko sabe que Hashimoto tiene veinticinco años y había supuesto que era el tipo de persona a la que le basta con tener un empleo a tiempo parcial, pero resulta que no. Aparte de trabajar, estudia en una universidad de la zona y vive con sus padres.

Al parecer le quedaron varias asignaturas y ha tenido que repetir un par de años. Tiene miedo de convertirse en oficinista, así que está tratando de prolongar todo lo que puede estos años que le quedan de libertad. Cuando se lo contó, Shōko no le echó la bronca, sino que hizo todo lo contrario, como simpatiza con la causa, se

sentó con él y le ayudó a buscar maneras de hacer más divertidos sus días.

–¿Y si la próxima vez quedamos más bien tipo cita? –pregunta Hashimoto.

–¡Una cita no! Pero… podríamos ir al acuario.

Cuando aún vivía con su padre y tenía citas, solía ir al centro comercial o al acuario. Durante un momento se le aparece una imagen de su padre, piensa en cómo estará ahora que Reimi se ha ido, pero deja de pensar en él en cuanto ve sonreír a Hashimoto. Tiene la piel suave y unas leves marcas de acné le recorren la mandíbula y el cuello. Esa mezcla entre suavidad y rugosidad le parece fascinante, casi como algo sagrado. Se le ocurre que, si acariciase esa zona, quizá se despertarían unos recuerdos dulces y melancólicos que olvidó hace tiempo.

–Vale, me parece bien. Luego te escribo para confirmarlo.

Hashimoto se incorpora y se desliza con gracilidad hacia la puerta justo antes de que entren un par de clientas. Se trata de dos mujeres de mediana edad que se hablan con cariño y confianza. Una punzada de soledad golpea a Shōko, guarda el libro en el bolso y saca el móvil. Será mejor que escriba una reseña antes de que se le olvide. Seguro que esa entrada tendrá mucho éxito en el blog.

De pronto, el sonido de las manecillas del reloj de la cafetería se hace más fuerte, como si el tiempo, que parecía haberse detenido, volviera a fluir con normalidad.

19

Eriko nota un golpecito en el hombro. Cuando se gira, ve que Maori está detrás de ella.

–Buenos días, Eriko. Anda, ¿te has quedado toda la noche en la oficina? Ah, tienes algo verde en el diente. Deberías ir a quitártelo en el espejo antes de que lleguen el resto de los compañeros. ¡Qué mona, también tienes algo pegado en el moflete!

Nota cómo se ruboriza ante la risa estridente de Maori. Coge a toda velocidad un paquete de pañuelos que guarda en el escritorio y saca uno para limpiarse.

Qué mala suerte. Justo ha desayunado un cruasán de chocolate y matcha, un nuevo dulce sobre el que Shōko escribió ayer en el blog con una entrada muy alegre:

> ¡Una delicia tan caótica como sorprendente! Un trío musical de texturas que no podrían ser más diferentes: crujiente, blando y cremoso. ☆

Últimamente Shōko está más centrada en preparar comidas caseras y casi no escribe sobre comida basura. Por eso, al leerlo, se emocionó y salió corriendo a comprar tres cruasanes.

Este mes, ha pasado cinco noches aquí, en la oficina.

Con el cabello revuelto, sin maquillar, los ojos rojos e inyectados en sangre tras las gafas, Eriko se siente como un trapo al lado de Maori, que resplandece como si no fuera de este mundo. No es que sea una chica especialmente guapa, pero los primeros rayos de sol iluminan sus blancas y redondeadas mejillas y el cabello castaño la hace parecer tan limpia y formal que da la impresión de que podría congraciarse con quien quisiera con solo existir.

Desde que anunció su compromiso con Yasuyuki da la impresión de que todo a su alrededor está envuelto en una atmósfera suave y serena, como si estuviera rodeada de agua mansa que se expande en círculos concéntricos. Eriko se pregunta si ese tipo de vida, esa que ella podría haber tenido de haber tomado otras decisiones, la habría liberado de su obsesión con Ohyō. Quizá podría haber tenido una vida normal.

Mientras la observa con una mezcla de envidia y fascinación, nota cómo Maori se fija en algo que tiene a su espalda. En su mirada ve el leve brillo de una depredadora. Sobresaltada, vuelve a mirar al frente y cierra de golpe la pantalla, que tiene abierta. ¿La habrá visto? Con el corazón encogido por el miedo, le echa una mirada de soslayo a Maori. Nota cómo cada uno de sus latidos le retumba en el pecho y el cuello le empieza a temblar. Tiene la garganta tan seca que le duele tragar.

Justo estaba escribiendo críticas sobre Ohyō en un foro muy conocido. Ha sido ella quien ha creado ese hilo, dedicado en exclusiva al blog. Al principio tuvo sus reservas, pero es el único espacio que le queda para poder desahogarse: Shōko la tiene bloqueada en todas partes y hasta ha cerrado la sección de comentarios del blog.

Por muy despistada que parezca Shōko, es muy consciente de sí misma y seguro que acaba encontrando el foro. El hilo no tiene demasiados participantes, pero hay tres o cuatro personas que comparten su rechazo hacia el repentino cambio de Ohyō. Lo odian. Sin embargo, sus críticas son superficiales, carentes de inteligencia. Reflejan la típica envidia de aquellos que nunca han sido el centro de atención.

Está harta del bajo nivel intelectual de sus supuestas aliadas. Quiere cambiar su mentalidad: se ha leído el blog entero, incluso a costa de sus horas de sueño, y ha subido opiniones tan brillantes como constructivas para animar al resto de las detractoras. Es lo único que le queda, la última oportunidad que tiene de llegar a Shōko. No piensa darse por vencida hasta que sus palabras la alcancen y consigan cambiarla.

–¿Y cómo es que te has pasado otra noche en vela? ¿Es que tienes algún trabajo urgente? –pregunta Maori.

–No, no es eso…, se ha convertido en una especie de hábito.

Para escapar de la mirada inquisitiva de Maori, clava la vista en el escritorio de su jefe, justo a sus espaldas. La luz de la mañana ilumina un marco de fotos: una fotografía de él junto a su mujer e hijas. Ella solo las ha visto un par de veces, hace varios años. Como su padre había sido su jefe, antes solía ir por su casa.

Recuerda con cierta ternura que la llamaba cariñosamente Eri. No es la luz de la mañana lo que la ciega, es la sensación de que todos los demás siguen avanzando hacia delante, sin pausa. Son parte de un mundo lleno de vida y brillante, tan resplandeciente que la ciega.

No pasa la noche en la oficina solo por dar caza a Ohyō. Es verdad que cada vez está más cansada, que su productividad ha caído en picado y que tiene mucho trabajo acumulado.

Salir del trabajo, coger el tren de vuelta a casa, cenar con su familia, darse un baño, planear lo que tiene que hacer al día siguiente, dormir ocho horas, maquillarse, arreglarse y volver a coger el tren para ir al trabajo… Todo eso, que antes formaba parte de su rutina, ahora le resulta insoportablemente tedioso. Si lo elimina, de pronto disfruta de una cantidad de tiempo libre que no ha tenido desde que terminó la universidad.

Una oficina a medianoche es como una cómoda caja en la que guarecerse. Espera a que sus compañeros se marchen a casa y entonces se desmaquilla, se quita las lentes de contacto y se recoge el flequillo con un pasador. Luego baja hasta la tienda veinticuatro horas que hay frente al trabajo y compra la cena y el desayuno para el día siguiente. Casi se parece a preparar un pícnic. Se dedica a redactar propuestas, a investigar datos y, al mismo tiempo, escruta en internet cualquier cosa relacionada con Ohyō, además de escribir críticas en el foro. También se asegura de que el guardia de seguridad no la pille durante una de sus rondas. Cuando le entra sueño, se pone una alarma y se echa una siestecita en el sofá de la sala de descanso.

Por la mañana, antes de que lleguen los demás, se pone mucha base y sombra de ojos. Para disimular el olor corporal, se echa

perfume. Luego se recoge el pelo en un moño apretado y así nadie nota nada ni frunce el ceño al verla. En esa oscuridad aterciopelada, su escritorio resplandece como una isla desierta. Se siente cómoda y satisfecha en este rincón secreto que solo ella conoce, mientras aparenta normalidad en el mundo exterior. Una vez que ha probado esta libertad, le resulta casi impensable renunciar a ella.

–¿Sabes?, las empleadas temporales estamos preocupadas por ti. Si podemos ayudarte en algo, no dudes en decírnoslo. Como siempre te esfuerzas tanto… –dice Maori con tono amable, pero con un deje apenas perceptible de burla.

A Eriko le irrita esa actitud. La manera en que habla de sus amigas en cada una de sus conversaciones le resulta especialmente molesta. Es exactamente el mismo tono que tienen las entradas de Ohyō sobre Nori. Que si Nori no sé qué, que si Nori sabe hacer no sé cuántos… Maori solo es una joven sin logros, lo único que tiene es su juventud, y, aun así, actúa como si lo supiera todo.

La falta de sueño no hace más que intensificar el impulso hostil que le sube por el cuerpo como si de bilis se tratase. Cierra los ojos con fuerza y levanta la cabeza hacia Maori.

–Últimamente estás más guapa… Qué envidia –dice Eriko.

–Ay, no, no. Si soy un adefesio en comparación contigo.

–Debe de ser por la alegría de casarte. Enhorabuena.

Eriko elige sus siguientes palabras con cuidado. No quiere que luego la vean como la mala de la película. Quiere hacer como las otras mujeres y esconder el veneno de su lengua con una capa de azúcar para luego dejarlo caer sobre los confiados labios de Maori. Puede que el efecto no sea inmediato, pero se expandirá poco a poco por su organismo. No le hará el suficiente daño como para que pueda quejarse abiertamente, pero sí lo bastante como para causarle una inquietud vaga e inexplicable que la acompañará allá donde vaya. Baja la mirada y deja que sus ojos muestren algo de compasión.

–Pero la verdad es que me preocupas mucho. ¿Estás segura de que lo mejor que puedes hacer es casarte y de que Yasuyuki te hará feliz? Porque, una vez que des a luz, ya no habrá vuelta atrás. Con lo inestable que es ser trabajadora temporal, ni siquiera sabes con

seguridad si seguirás en la empresa el mes que viene. ¿No te da miedo arriesgarlo todo para casarte y tener hijos?

–¿Qué…?

El orondo rostro de Maori empieza a retorcerse poco a poco. La papada y las cejas fruncidas le otorgan una expresión de poderosa e inquietante calma.

De pronto, Eriko, aunque ha sido la que ha provocado la situación, se siente intimidada.

–¿De qué vas? ¿Me estás acosando sexualmente? Qué asco. Podría denunciarte por esto, lo sabes, ¿no? Imagínate lo mal que quedaría en tu historial tener una denuncia por haber acosado sexualmente a otra mujer.

La respuesta de Maori es tan inesperada que deja a Eriko sin palabras.

–¿Denunciarme?

–Solo podría hacerlo en un tribunal de primera instancia y por menos de doscientos mil yenes, pero incluso si intervinieran unos abogados y quedara en nada, todas las personas que te conozcan sabrán que has hecho algo malo y que has tenido que ir a juicio.

La mujer que tiene enfrente es menor que ella y su posición social es inferior a la suya. No es buena en el trabajo y seguro que ni siquiera estudió en la universidad. Aun así, en este momento le parece alguien increíblemente imponente y seguro de sí mismo.

Eriko reúne las pocas fuerzas que le quedan y trata de protegerse. Quiere mantener su reputación intacta, al menos en la oficina. No debe olvidar que es mucho más inteligente y capaz que la mujer que tiene delante; de lo contrario, le da la sensación de que su espíritu podría quebrarse en cualquier momento.

–Ah, perdona, me has malinterpretado. Como eres tan buena chica, sentí que debía decírtelo. No es que quiera ser dura contigo, te lo he dicho solo por tu bien. –Inspira hondo y mira a Maori directamente a los ojos. En ese momento recuerda con claridad el aliento caliente de Yasuyuki aquella noche, el tacto pegajoso de sus dedos sobre su cuerpo. Incluso ahora siente un estremecimiento y dolor en lo más profundo de su ser–. Yasuyuki no es tan buena persona como crees. Creo que te está poniendo los cuernos.

–¿Ah, sí? ¿Y qué? ¿Puedo irme ya, que tengo que trabajar? –responde Maori sin un ápice de expresión en el rostro.

Eriko, profundamente perpleja y herida, se queda mirando cómo vuelve a su escritorio sin titubear.

Ah… Siempre pasa lo mismo, ¿verdad? Cuando por fin encuentra un pretexto para hablar con alguien, cuando al fin lo tiene todo preparado para iniciar una conversación, acaba rechazada con frialdad.

–¡Espera! ¡No te estoy mintiendo!

Maori suelta un suspiro cansado, como si estuviera harta. Las orejas de Eriko se ponen rojas de la vergüenza. Tiene que mantener como sea su posición de superioridad.

–¡Te lo digo por tu bien!

Antes de que Maori se aleje del todo, salta hacia ella y la agarra por la muñeca.

Mientras alza la voz y agita el cabello despeinado, se da cuenta de que se está viendo a sí misma en tercera persona, como si fuera la espectadora de una serie.

¿Qué está haciendo? ¿Qué clase de papel está representando? Maori solo es una chica de veintitrés años. Es ella la que se le ha acercado sin ningún motivo y, como no ha conseguido la atención que quería, se está desmoronando emocionalmente.

¿Qué es lo quiere lograr?

No siente aprecio ni amor hacia Maori, y mucho menos hacia Yasuyuki.

No envidia que se vaya a casar ni quiere arruinar su relación.

Maori endurece la expresión: parece molesta de verdad. Frunce los labios y la fulmina con la mirada. Y, como si no pudiera soportarlo más, exclama:

–¿Qué coño quieres de mí?

Esa manera de hablar tan maleducada, algo que Eriko solo ha visto por la tele, la pilla tan desprevenida que casi se le para el corazón. En la cara de Maori percibe la expresión de un adulto que no sabe qué hacer con un bebé que no deja de lloriquear.

–Te acercas con esa cara de perrito necesitado mientras sonríes como si fueras imbécil. ¿Qué coño quieres de mí?

Eriko no es capaz de responder nada, solo puede apretar la mandíbula.

–Ah, ni tú misma lo sabes, ¿no?

Es posible, pero lo que quiere es forjar relaciones profundas con otras personas. Quiere sumergirse en las conexiones humanas y demostrarse a sí misma que existe gracias a ellas.

Ah…, ¿qué ha hecho? Es obvio que Maori no es la persona adecuada para eso.

Maori, sin su habitual sonrisa de amabilidad, se mantiene erguida con frialdad bajo la clara luz de la mañana. Su sombra, algo rechoncha, se proyecta sobre la moqueta.

Por el brillo que tiene en la mirada y su manera de hablar, Eriko comprende que ha abierto una caja de Pandora que nunca debería haber abierto.

–Me la pela si Yasuyuki sale por ahí de juerga o si me pone los cuernos. Mis padres se divorciaron cuando yo era muy pequeña, así que he visto de cerca el sufrimiento de mi madre y su esfuerzo. Para mí, el matrimonio no es algo romántico. Lo único que quiero es que mi madre se quede tranquila al saber que me voy a casar con un hombre que tiene un trabajo estable y quiere formar una familia. Me basta con que mi hermano se gradúe en el instituto sin preocupaciones. Estoy harta de vivir solo para pagar el alquiler y enviar dinero a casa, de estar siempre ansiosa por si me renuevan o no el contrato. Harta de no poder gastar más de trescientos yenes en la comida. Quiero criar a mis hijos sin preocuparme por el dinero y seguir quedando con mis amigas como si estuviera soltera. Mira, mientras las tenga a ellas, no necesito nada más. Nunca he confiado demasiado en los hombres. Mientras se encuentren bien de salud y no se metan en mis asuntos, me sirven.

A Eriko le da la sensación de que Maori es cada vez más grande. ¿Será porque tiene la vista cansada? Le parece que los escritorios, todos iguales, se extienden hasta el infinito. Todo le parece sorprendente, como si no lo hubiera visto nunca antes. Este lugar es enorme, ¿de verdad trabaja ahí?

Y se ha pasado la noche sola en este lugar desierto. ¿De verdad ha sido ella la que ha hecho eso?

Yasuyuki le dijo una vez, con tono presumido, que él y Maori pertenecían a mundos distintos, mientras que ellos dos se encontraban al mismo nivel. Ahora Eriko comprende su error: si Yasuyuki y Maori son diferentes, entonces él y ella tampoco son iguales. Ni la educación, ni el trabajo ni el entorno en el que se han criado… Nada de eso implica que dos personas sean iguales. Todas las personas son diferentes. Y este enorme espacio, esta empresa, es como una pecera gigantesca en la que alguien ha metido peces de especies distintas.

Justo por eso tendría que haber actuado con más precaución y control. Ha cometido la insensatez de abalanzarse con las manos desnudas contra alguien a quien nunca debió de contrariar. Es algo que entiende en sus propias carnes, gracias a la fuerza con la que Maori le aprieta el brazo. Nunca podría haber previsto ni el modo de atacar de esta chica ni su verdadero poder. Se ha enfrentado a algo completamente desconocido para ella.

¿Qué puede hacer? Tiene tanto miedo que le tiemblan las piernas.

–Has dicho que Yasuyuki me ha puesto los cuernos, ¿no? ¿Con quién ha sido?

–Yo… No… Lo siento…, por favor…

Eriko se retuerce con desesperación. Trata de zafarse, en vano, de la tenaza de Maori.

¿Cómo puede tener tanta fuerza? Las uñas de color azul claro, adornadas con cristalitos y brillantes, se le clavan en el brazo con tanta intensidad que siente que en cualquier momento empezará a brotar sangre. Maori viste como una señorita refinada, pero sus uñas son agresivas, una pista que revela su verdadera naturaleza.

Por dentro, Eriko suplica, como una niña pequeña, que sus padres acudan a rescatarla.

El cálido aliento de Maori, que huele a edulcorante artificial, le acaricia la oreja.

–Vaya, ¿no me digas que has sido tú? Por eso lo has afirmado con tanta seguridad, ¿verdad?

Por fin, las uñas liberan su carne. Durante un instante, el aire se vuelve frío. Maori se deja caer con todo su peso en la silla más cercana y empieza a reírse con expresión burlona. A Eriko no le da

tiempo a sentirse aliviada por haberse librado de la presa, ya que, de pronto, la mira de arriba abajo sin ningún descaro. Quiere decirle algo, pero no le sale la voz del cuerpo. No sabe qué hacer, lo único que se le ocurre es abrazarse a sí misma y agachar la cabeza.

–Conque Yasuyuki y tú… Ya veo. Bueno, eres algo popular entre los hombres de tu edad, pero… ¿sabes cómo te llamamos las empleadas temporales?

No quiere oírlo. Con solo escuchar el tono burlón de Maori siente ganas de taparse las orejas.

–«Tía plasta». «La que va de buenecita». «La vieja que aún se cree la delegada de clase». Ninguna te tiene la menor envidia. Nos molesta cómo te acercas a la gente fingiendo ser buena. Preferimos no comer antes que tener que estar en la misma mesa que tú. Me apuesto lo que sea a que no tienes amigas. «Ay, ojalá tuviera amigas. ¡Si tuviera una amiga, me sentiría realizada conmigo misma! ¡Por favor, que alguien hable conmigo!».

Maori imita su forma de hablar y moverse: sacude las caderas de un lado a otro y se lleva las manos al pecho, en señal de súplica. Es una chica popular, seguro que no es la primera vez que la imita.

Eriko nota un nudo en la garganta. Siente el cuerpo tan caliente que se le ocurre que quizá tenga fiebre. En este momento pagaría lo que fuera con tal de escapar de este lugar.

Finalmente, Maori deja caer los brazos con desgana y se vuelve hacia ella de nuevo:

–Yasuyuki es uno de esos hombres que no pueden vivir si no tienen a nadie que les lama el culo. Me da igual a quién se folle, pero solo de pensar que has sido tú me entran ganas de vomitar. Tú, que eres una metomentodo y que finges no haber roto un plato en tu vida. Pero, en realidad, todo es culpa tuya, ¿a que sí? Lo último que quieres es decepcionar a alguien, ¿no? Vas de buena persona, pero en el fondo nos desprecias por nuestra educación o por nuestro lugar de nacimiento. Mírate: tan creída, tan elegante. Que sepas que pienso que estás muy por debajo de mí. –Maori suelta un gran suspiro, cargado de exasperación–. Ahora que por fin he conseguido comprometerme, vas y me lo jodes. Voy a invitar a todo el departamento a la boda, ¿te lo ha dicho alguien? No puedo obviarte

sin más. Pero quiero que mi boda sea perfecta. ¿Tienes la más mínima idea de todo lo que tenido que aguantar para llegar hasta aquí? No sabía ni si iba a empezar el bachillerato y, aun así, he conseguido trabajar en esta empresa tan importante, aunque sea como empleada temporal. ¿Sabes cómo lo he logrado? Gracias a que siempre he tenido a un montón de personas que me apoyan y me ayudan de mil maneras distintas. Yo tengo amigas. Y confío en ellas. Así que tengo que cumplir mis sueños no solo por mí, sino también por ellas. ¿Y tú qué? ¿Qué vas a hacer tú, que no has sufrido un día en tu vida, a la que nunca le han hecho daño, que ni siquiera eres capaz de entender los sentimientos de los demás? ¿Cómo vas a compensarme? Dios, me juego el cuello a que solo estás pensando en cómo salir por piernas de aquí.

De pronto, Maori se incorpora de un salto. Coge a Eriko por los hombros con fuerza y la obliga a apoyar las manos sobre el escritorio. Al hacerlo, aprieta sin querer el teclado y el ordenador hace un ruido que no ha oído antes.

Maori no le quita la vista de encima ni por un instante. Tiene la cara tan roja que tiene un aspecto grotesco: una máscara escarlata de venas marcadas, igual que los demonios de los cuentos.

–Lo siento… Lo siento mucho, de verdad que lo siento.

Contiene las lágrimas y hace una profunda reverencia.

Maori tiene razón: más que sentirse culpable, tiene miedo. Quiere que todo esto termine cuanto antes, zanjar el asunto de manera pacífica e irse con el rabo entre las piernas. Quiere volver a su lugar seguro, desde donde puede observar a Ohyō como si nada hubiera pasado.

Pero, a pesar de eso, no puede evitar hacerle una última pregunta:

–Si… si dices que no confías en los hombres, ¿por qué es tan importante para ti la boda?

–Pues porque voy a invitar a todas mis amigas. Quiero que mis amigas del alma se lo pasen genial. Todos los amigos de Yasuyuki son hombres con dinero, de la élite, así que quiero presentárselos a ver si cazan a alguno. Uno de mis sueños es lanzarles a mis mejores

amigas un precioso ramo nupcial –responde Maori con un tono que casi roza la sinceridad.

No puede contra ella. No puede enfrentarse a esta mujer. Con los hombros caídos, Eriko inclina la cabeza y dice:

–Siento que lo hayas pasado mal por mi culpa. Haré lo que sea para compensártelo. Haré cualquier cosa con tal de que te sientas mejor.

–¿Cualquier cosa?

–Cualquier cosa.

–Entonces acuéstate con los veintitrés hombres del departamento de ventas. Con todos, menos con Yasuyuki. –Lo dice con naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo. La garganta de Eriko, seca del asombro, emite un sonido que no parece salir de ella–. Conviértete en la puta de la oficina. Tengo clavado en mi interior lo que me has hecho, como si fuera una aguja, pero si te acuestas con todos los del trabajo que van a venir a la boda, será una aguja en un pajar y no me molestará. Ni me acordaré de que ha pasado. Si te acuestas con el director y el subdirector, que lo hayas hecho también con Yasuyuki no será para tanto. Si de verdad estás dispuesta a hacer lo que sea, que sea eso. Y cada vez que te folles a uno, saca una foto a hurtadillas de prueba y mándamela al móvil.

Eriko no sabe qué decir. Ante su duda, Maori la sujeta por los hombros con más fuerza. No parece que siga enfadada. Solo da órdenes, con la serenidad y la calma de una jefa competente, sin mostrar emoción alguna.

–Te acostaste con Yasuyuki a pesar de que ni siquiera te gusta, ¿no? Entonces puedes acostarte con cualquiera, ¿verdad? ¿Qué pasa? ¿No puedes? Acabas de decir que harías lo que fuera. ¿Acaso me estabas mintiendo? ¿Te has disculpado solo para salir del paso y encima me has mentido? ¿No me vas a compensar entonces por todo el daño que me has hecho?

–No… No era mentira, pero esto es…

Las lágrimas amenazan con brotarle de los ojos. Mira a la puerta. ¿Entrará alguien? ¿Llegará alguien que pueda salvarla?

Maori da un paso y se coloca entre ella y la puerta, ocultándola de su vista. La mira fijamente, con tanta intensidad que parece que sea

capaz de verle hasta el alma. Su voz, grave y amenazante, desciende por sus oídos hasta lo más profundo de sus entrañas:

–Todas las empleadas fijas de esta empresa sois iguales: unas niñatas ricas. Toda vuestra vida ya estaba decidida desde el momento en que nacisteis. Todos los días lo noto en la carne, me lo dice el cuerpo: hay cosas que no se pueden lograr por mucho que te esfuerces. Vas de mujer independiente, pero sabes mejor que nadie que, en el momento de la verdad, nadie acudirá a rescatarte. Las tías como tú me dan asco. Eres una consentida a la que siempre le han dado todo lo que ha pedido, no has tenido que levantar un dedo en tu vida, todo siempre pagado por papaíto y mamaíta a pesar de que ya tienes edad como para valerte por ti misma. Y, aun así, estás totalmente convencida de que todo lo que tienes lo has conseguido con tu propio esfuerzo. Te crees mejor que los demás, pero no eres más que una mierda. Nosotras, las empleadas temporales, vivimos todos los días con miedo de que nos despidan, mientras que una fija como tú pierde el tiempo navegando por internet y fingiendo que trabaja. Tu padre era uno de los peces gordos de la empresa, ¿verdad? ¿Estudiaste tanto para entrar aquí solo para que papá estuviera orgulloso? ¿Te arreglas para venir a trabajar porque esperas encontrar un hombre igualito a él en la oficina? Me dan ganas de reír. De verdad, no se puede ser más patética. ¿Quieres saber por qué no tienes amigas? Porque solo eres capaz de pensar en ti misma.

No puede aguantar más.

Se echa a llorar. Ni siquiera le importa que se le caigan los mocos por la cara mientras se aferra con desesperación a las anchas caderas de Maori.

–¡Lo haré! Lo siento, yo… te juro que lo haré. Me acostaré con todos los hombres del departamento. Tendré sexo con todos ellos. De verdad que lo haré, así que, por favor, perdóname.

Se arrodilla sobre la moqueta e inclina todavía más la cabeza. Su pelo, sucio y grasiento por no habérselo lavado en días, toca ahora el suelo.

Maori la agarra del pelo con fuerza y acerca la cara a la suya hasta que sus rostros quedan apenas a unos centímetros.

–¿Lo dices en serio? Porque, como me mientas, ya sabes lo que va a pasar, ¿verdad?

Para poner punto final a la conversación, Maori le da un buen tirón. El cuero cabelludo le duele tanto que siente que le quema y la visión se le nubla. Eriko se levanta a toda prisa, coge sus cosas como si estuviera en un trance y sale corriendo de la oficina.

En el pasillo, en el ascensor, en el vestíbulo lleno de cristales del primer piso, por todo el edificio, sus compañeros de trabajo, recién llegados, la saludan. Pero ella no se detiene. Cada vez que nota la mirada de un hombre sobre su cuerpo, se siente aún más sucia.

Sale del edificio y coge un taxi. Le da la dirección de su casa y cierra los ojos con fuerza en el asiento trasero. El móvil le suena varias veces, pero lo ignora. Es la primera vez que falta al trabajo sin avisar con antelación.

«Como aquella ejecutiva de TEPCO».

No puede evitar recordar lo que le dijo Yasuyuki con tono de burla cuando se acostaron aquella noche.

Eriko había estudiado el caso de Yasuko Watanabe en una clase de Sociología de la universidad, pero no le llamó mucho la atención. Había muchas ejecutivas que se habían sentido atraídas de forma desmedida por este caso. Siempre le ha parecido que solo era una manera de hacerse las interesantes, de apropiarse del sufrimiento ajeno desde una posición privilegiada.

Una mujer con una buena carrera que entró en la misma empresa en la que había trabajado su padre, al que admiraba, que vio cómo sus sueños se rompían uno a uno y acabó como prostituta. Por aquel entonces, Eriko pensó que era una historia sacada de una telenovela barata, pero ahora le sorprende lo mucho que se parece a lo que está viviendo.

Lo más probable es que esa mujer tampoco tuviera amigas. Mientras el taxi avanza por la autopista, trata de imaginar cómo habrá sido la vida de Yasuko.

Día tras día con un único objetivo: ir al trabajo y volver a casa, sin amigas con quienes compartir las penas o las preocupaciones. Quizá ni ella misma supiera bien qué es lo que quería o qué es lo que le apenaba, y vivía cada día como si fuera invisible. Y por eso mismo

trató de demostrar que era real en los brazos de desconocidos. Una mujer sin amigas solo puede demostrar que existe acostándose con hombres.

Quizá, si tiene sexo con todos los hombres de su departamento, sentirá que está viva.

Quizá, si lo hace, descubra quién es de verdad.

Quizá así aprenda por fin cómo conectar con los demás.

Es una idea estúpida, es consciente de ello. Pero parece que es el único camino posible.

Maori no cree en el valor del amor ni en el del trabajo. Lo único que merece la pena para ella son sus amigas. Tras ver el cambio de personalidad de Maori, sus palabras adquieren de golpe mucho peso. Si lo mira desde cierto punto de vista, Maori tiene toda la razón del mundo. Ella confía en las mujeres y viceversa. Brilla con tanta intensidad que no puede apartar la vista.

Si tan solo pudiera seguirla, confiar en ella… Quizá hasta podría recuperar a Shōko.

Sea como sea, ahora mismo no quiere pensar en nada. Solo desea seguir órdenes de algo más fuerte que ella, cumplir con diligencia la tarea que se le ha encomendado.

Eriko siente que eso es lo único que desea.

Está agotada, pero no ha hecho nada.

Tiene que volver a casa y descansar. Se siente capaz de engañar a sus padres con alguna mentirijilla.

El taxi se detiene delante de su edificio. Eriko se baja, la luz del sol la ciega y llega mareada y tambaleándose hasta el rellano.

Mientras se encamina hacia el ascensor, se encuentra de sopetón con Keiko. Igual que la última vez, está apoyada contra la barandilla, fumando y con una botella de plástico en la mano. Va vestida con un chándal y le lanza una mirada cargada de apatía.

–¿Qué haces aquí? Todavía es temprano, ¿es que te has dejado algo?

–No me encontraba bien, así que me he ido… –responde evitando mirarla a los ojos.

Ahora que lo piensa, hoy tocaba la reunión mensual de estrategia comercial. También tenía una reunión con un nuevo cliente. Pero, en

su estado actual, no puede sentarse en la misma habitación y mirar a la cara a los hombres de su departamento. ¿No es eso mismo lo que le ha dicho Maori? ¿Que es tan débil que sale siempre huyendo? ¿Se está comportando como una niña mimada al irse del trabajo un día tan importante para volver corriendo a su casa?

Al pasar junto a Keiko, esta murmura:

–Deja ya de acosar a Ohyō. Y de hacer cosas raras por internet.

Eriko se gira y ve a Keiko apoyada en la barandilla, con expresión neutra, como si no hubiera dicho nada del otro mundo. Le da una calada a su cigarrillo y deja escapar el humo. Eriko siente que puede leerle la mente.

–Lo noto. Cualquiera que te conozca lo nota. Sé que tú crees que lo disimulas muy bien, pero estoy segura de que tanto en el trabajo como en tu casa se han dado cuenta de que estás rara. Esa chica que te trajo hasta la puerta en bicicleta, esa bloguera, Ohyō, ¿no? Hablé un poquito con ella. Estaba muy asustada… Asustada por tu culpa.

No quiere oír más.

Eriko eleva la voz todo lo que el cuerpo le permite en un intento de hacerla callar:

–¡Te equivocas! ¡Es todo un malentendido! ¡Es solo un malentendido!

No logra mantenerse en pie, así que se apoya contra la barandilla, justo al lado de Keiko.

Recuerda cómo, hace mucho mucho tiempo, ellas dos pasaban horas y horas charlando en el patio del colegio, en la azotea del instituto o frente al mostrador de una heladería.

No cambiaría sus horas con Keiko por nada del mundo.

Por fin, las lágrimas que amenazaban con asomar de los ojos se precipitan por las mejillas.

–Ohyō y yo… quedamos una vez en una cafetería-restaurante. Fue una noche tranquila y maravillosa, conectamos, conectamos de verdad. Fue precioso. Me dijo que teníamos que quedar más a menudo, que vivíamos cerca y que podía contarle cualquier cosa. Cuando salimos de la cafetería-restaurante, volvimos a casa juntas

en la misma bicicleta. Eso no fue mentira. Tú también lo viste, ¿verdad?

Keiko sigue fumando en silencio hasta que Eriko deja de hablar. Luego tira la colilla en la botella de plástico medio vacía que tiene en la mano. Dentro del agua, la ceniza flota lentamente y danza con suavidad hasta que se hunde como un pétalo de cerezo en el mar, y todo rescoldo queda extinto.

–Mira, lo que me acabas de decir no es nada especial. Es lo más normal del mundo.

Eriko la mira atónita.

Igual que si tuviera que explicarle una lección a una niña pequeña, Keiko comienza a hablar con calma:

–Como eres incapaz de conectar de manera normal con nadie, te tomaste una conversación corriente como si fuera algo extraordinario. Le buscaste tres pies al gato, viste cosas donde no las había y al final lo interpretaste todo de la peor manera posible. Y ya está.

–No, te equivocas. Ohyō no…

–No se rio de ti ni te llevó la contraria, ¿verdad? Asentía a todas tus palabras y te decía que lo entendía. Lo comprendo, de verdad. Pero eso no es nada especial. Es la manera en que las mujeres nos comunicamos las unas con las otras. No creo que le cayeras mal y seguramente fuera amable contigo. Pero no es nada raro, es cuestión de educación, pura cortesía.

–No…

–Qué lástima. Por más que te esfuerces, no vas a poder recuperar esa noche. Ohyō y tú ya estáis en mundos distintos y veis cosas diferentes. –Eriko se deja resbalar por la barandilla hasta hacerse una bola en el suelo. Aun así, Keiko sigue hablando–: Los recuerdos, recuerdos son. Debemos atesorarlos y dejarlos en el pasado. Incluso si todo fue una ilusión tuya, si fuiste feliz, aunque fuera solo durante un instante, mereció la pena. Yo no estuve delante, así que no lo sé, pero si esa noche conectasteis de verdad, entonces ese recuerdo es tan valioso como un diamante, ¿no crees? Y lo es precisamente porque no puedes volver atrás. Muéstrate agradecida por lo que pasó, pero no te aferres a ello como si tuviera que repetirse

constantemente. No conviertas ese momento en una exigencia continua hacia la otra persona.

Le habla con ternura, casi con el tono de una madre, como si intentara hacer que entrara en razón con cariño. Eriko se queda desconcertada, no comprende cómo Keiko ha sido capaz de saltar, en un instante, el abismo de diez años que las separa.

Eriko se agita con violencia.

Es verdad. Así es ella. Así ha sido siempre. Nunca fue buena en los deportes ni en los estudios, tampoco era popular. Pero cuando estaba con ella, era como una hermana mayor perfecta: siempre serena, sabía qué decir en todas las situaciones y era la que marcaba la moda. Siempre encontraba la manera de calmarla, por muy rígida y obstinada que fuera.

A diferencia de sus compañeras de clase, que querían tenerlo todo, Keiko había aprendido desde pequeña a reconocer sus propios límites y observaba el mundo con cierto aire de sabiduría.

Nota cómo la versión de sí misma que depende de Keiko para todo empieza a resurgir, así que se fuerza a incorporarse con la mandíbula apretada.

–¿Y qué sabrás tú? Si ni siquiera lograste entrar en una buena universidad ni tampoco eres capaz de conservar un trabajo. ¡Si ni siquiera tienes amigas! ¡Estás todo el día a la bartola, sin dar palo al agua, juzgándome! ¡Ya basta! ¡Supéralo de una vez! ¡Empieza a vivir tu vida! ¡Yo no puedo dejar atrás el instituto porque resulta que estás siempre por aquí rondando como un alma en pena!

–Típica frase que una acosadora nunca le diría a su víctima –dice Keiko con una risilla, sin parecer para nada ofendida–. Y, a pesar de que tú te has esforzado y has logrado todo eso que dices: ya sabes, entrar en la universidad, trabajar…, tampoco tienes ni una sola amiga. ¿No te resulta curioso?

Justo cuando Eriko está a punto de entrar en el ascensor, Keiko añade con voz suave:

–Lo que quiero decir es que hay cosas que no se pueden conseguir por más que te esfuerces. Las amigas, por ejemplo.

20

Shōko apenas puede contener la emoción mientras abre el gran sobre marrón que le ha enviado la editorial. Es el número especial de *Melanie*. Nori sale en la portada, junto con otras blogueras famosas, todas ellas vestidas con kimonos.

Ella sale en otra parte de la revista, en un reportaje secundario.

Nada más abrir la revista, se le escapa un suspiro de decepción. La mujer que ve en las páginas, iluminada por una luz fluorescente blanca, tiene un rostro apagado, inexpresivo y poco refinado.

–Pero si estás guapísima. Qué bien has salido, Shō. Si es que mira que siempre he dicho que eres una preciosidad –dice Kensuke desde el otro lado de la mesa tras dar un sorbo de una lata de cerveza.

A pesar de los exagerados elogios de su marido, no está satisfecha.

Se había imaginado a sí misma como mucho más esbelta. Puede que no como una mujer despampanante, pero al menos sí como una mujer refinada, de esas que tienen un *je ne sais quoi*.

El día antes de la entrevista, fue, por primera vez en mucho tiempo, a un salón de belleza. El mismo día de la entrevista, se levantó temprano para hacerse un masaje facial y maquillarse con cuidado. La camisa que lleva, junto con los pantalones estampados a la moda, los eligió tras horas de indecisión en Isetan Shinjuku.

Y aun así, en la foto parece que lleva ropa de estar por casa, de esa que no cuesta más de dos mil yenes.

¿En qué se ha equivocado?

Como no quiere dejarse arrastrar por el desánimo, trata de analizar los puntos que debe mejorar. Eso es lo que haría Nori, está

segura.

Lo ve de inmediato. Pues claro que parece sosa.

La ropa a la moda, el maquillaje, los tratamientos faciales, el corte de pelo… Todo eso forma parte de la rutina diaria de una mujer de treinta años normal.

Ella, que vive sin maquillaje y con ropa barata, no puede brillar con un simple arreglo de último minuto. Es lógico.

Tiene que cuidar más su apariencia. Antes era dependienta en una tienda de ropa muy conocida, seguro que no le cuesta nada recuperar el sentido de la moda.

Se obliga a mantener una actitud positiva: va a esforzarse. A partir de ahora será el tipo de persona que aparece en los medios. Tiene que cuidarse, no sabe quién puede estar mirándola ni cuándo.

De pronto le suena el móvil, que está sobre la mesa. Es un mensaje de Hashimoto. Parece que se ha acordado de lo de ir al acuario. Shōko sonríe.

«He comprado dos números de la revista. ¡Sales guapísima!».

Al leer ese mensaje, la decepción que ha sentido hace unos momentos se desvanece por completo.

–¿Te parece bien si salgo este sábado con una amiga? –pregunta sin levantar la vista del móvil.

–¿Una amiga? Tú… ¿tienes amigas? –dice su esposo, desconcertado.

¡Maldición! Es verdad, no tiene amigas. Piensa a toda velocidad, buscando una manera de salir del paso, y finalmente sonríe:

–Claro, la viste una vez, delante de casa. Eriko Shimura, ¿te acuerdas de ella?

–¿Esa mujer? ¿Estás segura? Tenía pinta de ser un poco acosadora… Oye, ¿y si ha sido ella la que te ha puesto esas cosas raras en el blog?

Al ver la expresión de desconfianza de su marido, tiene que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. Eriko es tan fácil de leer. Y pensar que incluso Kensuke, que por lo general es muy poco perceptivo, es capaz de detectar lo obvia que es la hostilidad de Eriko, hace que Shōko la recuerde casi con cariño.

–Ella nunca haría algo así, somos buenas amigas. Es un encanto, pero aquel día la viste algo alterada por cosas del trabajo y del amor…

–Bueno, pero ten cuidado. Las mujeres celosas dan mucho miedo…

–¿Las mujeres celosas?

–Sí, ya sabes, se ponen la zancadilla entre ellas, se apuñalan por la espalda… Es aterrador. Por eso tú me gustaste tanto, porque eres diferente: clara y directa, no haces ese tipo de cosas.

Kensuke no sabe nada.

Ella piensa que los celos no son algo intrínseco de las mujeres, sino de la raza humana. Y si se mantiene alejada de otras mujeres es precisamente porque es consciente de que tiene una inclinación natural a compararse con las demás y deprimirse. No es clara ni directa. No es nada de eso.

–De todas formas, últimamente sales muchísimo. Casi pareces otra persona. Ah, por cierto, ¿estás segura de que es buena idea dejar que tu hermano se encargue de todo lo de tu padre?

Sin decir ni una palabra, Shōko coge una lata de galletas. Son de una pastelería muy conocida de Tokio, famosas por su sabor refinado. Se las ha regalado Satoko. En realidad, a ella le gustan más las que saben a aditivos y productos químicos, con una textura crujiente y ligera, pero estas tampoco están nada mal.

No ha vuelto a tener noticias de su familia desde aquel día.

Quizá Reimi haya vuelto a casa. Puede que tanto su padre como su hermano estén perfectamente y tengan tiempo libre de sobra. Ellos no se preocupan por ella, así que ¿por qué tendría que preocuparse por ellos?

–Cambiando de tema, estoy pensando en abrirme una cuenta en Twitter. ¿Qué te parecería? Nori me dijo que mi forma de escribir es perfecta para los tuits.

–De verdad que últimamente pareces otra persona, Shō… –responde Kensuke con cierta ironía.

¿No será él el que está celoso?

Parte una galleta en dos con un sonoro crac y responde rápidamente a los mensajes de Hashimoto.

21

Eriko se apoya contra el poste de teléfono y suelta, deliberadamente, un gemido de dolor tan fuerte que varios transeúntes se giran para mirarla. Luego se deja caer hasta quedar en cuclillas, como si estuviera a punto de desplomarse.

El barrio de Shinsen tiene forma de mortero.

Le basta con inclinarse un poco para que los edificios que enmarcan el firmamento nocturno y las decenas de carteles que anuncian hoteles para parejas, apelotonados los unos contra los otros, parezcan aún más altos, como si pudieran caer y sepultarla en cualquier momento.

Quizá sea por la influencia del alcohol, pero le da la sensación de que el paisaje tiene la forma de una cara burlona que se ríe de ella con los dientes al descubierto.

Está abrumada, así que baja la vista y, a los pies del poste, ve colillas y una caca de perro reseca. Está tan seca que se ha partido por la mitad y tiene un brillo pálido.

–Oye, ¿te encuentras bien?

Nota cómo alguien apoya una palma enorme a la altura de sus riñones. El gesto no tiene nada de obsceno y le da la sensación de volver a ser una niña. Se pregunta a sí misma cómo puede romper esa barrera cálida y seca. ¿Cómo puede llegar al otro lado, a esa orilla de carne rosada y brillante, cubierta de fluidos viscosos y mucosas?

Profesores, padres, jefes… Siempre ha estado protegida por manos como esas. Quizá por eso nunca se ha atrevido a cruzar al otro lado, el lado en el que están las personas como Maori.

Al mirar hacia arriba, ve que la coronilla algo despoblada del cincuentón refleja la luz de la farola que tienen justo encima.

–Creo que… voy a vomitar –susurra.

Al hablar, el olor de su propio aliento le revuelve el estómago, como si algo vivo se retorciera dentro de ella. Un líquido caliente le empieza a subir desde lo más profundo de su ser, dando vueltas igual que un remolino subterráneo.

–¡E-espera!

Agacha el cuerpo y se encorva para asegurarse de que su jefe, claramente alterado, no pueda verla. Y entonces se mete el índice derecho hasta el fondo de la garganta.

Nota el contacto del hueso envuelto en carne húmeda. Trata de recuperar una técnica de los viejos tiempos. En aquel entonces se sintió eufórica al haber descubierto, por fin, algo sobre lo que podía ejercer un control absoluto.

Había aprendido a calcular qué comer y beber si quería acabar vomitando. Si además añadía el efecto mágico del alcohol, alcanzaba su objetivo sin dificultad.

Lo de tropezar y casi caerse al suelo nada más salir del local no había sido ninguna actuación: de verdad estaba mareada.

Cierra los ojos con fuerza.

Se imagina a sí misma, encogida, reducida a apenas cinco milímetros y dentro de su propia boca. Está sobre la superficie rugosa de la lengua, esforzándose por no caerse mientras asoma la cabeza por el hueco de la garganta.

La lengua desciende suavemente hasta el fondo, como un tobogán, y la profunda oscuridad le recuerda al túnel de la línea de Inokashira que ha visto en el paso elevado antes de entrar en el bar.

Si se resbala, se precipitará al vacío. Caerá dentro de un líquido hirviendo del que nunca podrá regresar y que digerirá hasta sus huesos.

Siente la frialdad y la sequedad de su propia piel en lo más hondo de la garganta y la calidez húmeda de la saliva en la punta del dedo. En cuanto ambas sensaciones se mezclan, el frágil equilibrio que mantenían apenas se rompe y un ardor amargo, tan caliente como el fuego, brota de su estómago.

¡Por fin! Hay una parte de ella que se siente hasta orgullosa mientras el vómito sale a chorros de su boca y se esparce por doquier.

Alza la vista hacia su jefe con una mirada cargada de falsa dulzura.

Mientras se limpia con el dorso de la mano el cálido líquido que se le escurre por la comisura de los labios, el nudo que tiene en el pecho se deshace. Casi siente alivio.

–Me he manchado la ropa. Con estas pintas, ningún taxi querrá llevarme a casa. Se me ha ocurrido que podría entrar un momentito en ese hotel de ahí, lavar y secar la ropa y luego irme. Pero no puedo entrar sola…, ¿podría acompañarme?

Su jefe, iluminado por las señales de neón, le recuerda a un árbol enorme. Sus emociones deben de estar ocultas tras ramas, nudos y hojas, y por eso no puede verlas con claridad.

–Pero ¡qué dices! Ni se te ocurra hacer eso. Voy a llamar a tus padres para que vengan a recogerte.

No va a dejar que se le escape tan rápido. Vuelve a soltar un fuerte gemido teatral mientras sacude y baja la cabeza. Sabe que su jefe está paralizado: no sabe si debe alejarse o acercarse a ayudarla.

Vacila, pero al final se aferra con fuerza a la chaqueta de él, con la mano todavía húmeda por el vómito, y se incorpora.

Impulsada por la inercia, trata de arrastrarlo hasta un hotel para parejas decorado al estilo de un resort tropical.

Ve cómo las suelas de los zapatos de su jefe se despegan del asfalto, pero enseguida se queda quieto. Aunque parece de complexión normalita, tras treinta años en el mundo de las ventas tiene un cuerpo imponente. Permanece firme en su lugar, con una determinación que parece decir: «De aquí no me mueve nadie ni con una grúa».

Entonces ella acerca sus labios húmedos a su oreja. El interior del oído está limpio, protegido por un vello suave y fino. Como no tiene una apariencia tosca y masculina, sino la de alguien bien cuidado, no siente rechazo al aproximarse a él de esta manera.

–Hay mucha gente mirando… He oído que los de la tercera sección suelen salir a beber por esta zona, estaría mal que nos

vieran, ¿no? ¿Y si empezasen a correr rumores por ahí? ¿No se pondrían tristes su mujer y la pequeña Emiko? ¿Y no afectaría esto a su posición en la empresa? Si me acompaña al hotel, le prometo que saldremos por separado.

Emplear el nombre de su hija mayor, que está a punto de empezar el bachillerato, parece surtir efecto. En el momento en que ve un atisbo de duda en su mirada, Eriko hace acopio de todas sus fuerzas, que después de vomitar son pocas, y consigue arrastrarlo hasta la entrada del hotel, cubierta de luces de neón y palmeras.

Frente a la puerta automática, de una pequeña fuente con la figurita de un ángel desnudo con un cántaro brota agua con un estruendo monstruoso.

Resignado, su jefe la sigue con pasos lentos.

Ese hombre, que aunque adopta a menudo un tono bromista, impone respeto con su actitud firme a la hora de dar órdenes, de pronto le parece absurdamente pequeño.

Ya casi tiene la impresión de que ha conseguido todo lo que quería.

En la recepción, diseñada para no ver el rostro de los clientes, dice el número de una habitación al azar. Le dan una llave transparente con forma de tubo.

Suben en el ascensor y le dedica a su jefe su sonrisa más encantadora. Paran en el tercer piso. Se adelanta y abre la puerta de la habitación.

La habitación, iluminada con una luz azulada, es un espacio pequeño en el que apenas cabe la gran cama.

Hasta hace poco, jamás habría imaginado que dentro de sí misma existiera un impulso tan destructivo. Piensa que es una suerte que no tenga en su interior un botón de esos que, si lo pulsas, destruyen el mundo. Aunque quizá sí que lo tenga. Quizá todas las personas tengan uno de esos botones. Quizá lo único que pasa es que no se ha dado cuenta.

Una vez que una es consciente de ese botón, no puede simplemente ignorarlo. La tentación de pulsarlo se convierte en imposible de resistir, mientras que el peso del mundo se va volviendo cada vez más ligero e insignificante.

Arroja el bolso al suelo y se deja caer sobre la cama. Luego mira a su jefe con toda la sensualidad de la que es capaz. Tiene que reducir, aunque sea en uno, la cuota que le ha impuesto Maori. Sin contar a Yasuyuki, hay veintitrés hombres en su departamento. La boda está cada vez más cerca y, a este ritmo, tendría que acostarse prácticamente con uno de ellos al día para lograr cumplir a tiempo el objetivo.

En la oficina, cada vez que se cruza con Maori, esta le devuelve una mirada aterradora cargada de silenciosas amenazas.

Así que fue ella la que, tras armarse de valor, invitó a su jefe a salir a tomar algo esta noche.

Hasta que entró en el instituto, él había sido casi como parte de su familia. De pequeña lo llamaba «tío» y, cuando se acercaba, él le acariciaba la cabeza con cariño y hasta habían jugado a las muñecas juntos.

También recuerda a su mujer, que ha estado muchas veces en su casa, y el momento en que su hija, Emiko, entró en el instituto. Eriko fue con su madre al centro comercial a comprarle unas zapatillas deportivas de regalo. Pero ahora no importa nada de eso. Tiene que separar esos recuerdos del presente, actuar con frialdad y no dejarse llevar por sus sentimientos o acabará fracasando.

Le dijo a su jefe que tenía que preguntarle una cosa y le pidió quedar en Shinsen. En cuanto se sentaron en una mesa privada del bar, se le pegó como una lapa.

Shinsen es el barrio perfecto para este tipo de planes: una mezcla de hoteles para parejas y restaurantes que solo conocen los más selectos. Las calles están plagadas de cuestas y una densa oscuridad parece envolver cada uno de sus rincones, como si fuera una invitación a dejarse llevar por los impulsos.

Y, sobre todo, el firmamento se ve tan lejano que casi parece que la realidad misma se desdibuje.

Su jefe no tiene ese olor grasiento tan característico de los hombres de mediana edad, sino un aroma a cítrico. El mismo olor que el bizcocho con ralladura de limón que su mujer prepara para que se lo coman todos en la sala de descanso, siempre con la excusa de que ha hecho demasiado.

Las empleadas lo picotean con desgana, hasta que pierde por completo la forma. Lo más probable es que su mujer cuidara de que su higiene y aspecto fueran lo mejores posible.

Como no desea a su jefe, puede comportarse de forma más atrevida. Sin embargo, a pesar de que lo está provocando con sutileza, este no parece interesado en lo más mínimo.

–¿No estás cansada? Quizá deberías tomarte unos días libres.

Aunque es de los que hacen chistes malos sin parar, ahora tiene una mirada de compasión que nunca le había visto.

Cuando entró en la empresa, le dijo que olvidara la relación que tenían su padre y él, y que la trataría con el mismo rigor que al resto de los empleados. Es la primera vez que la trata así, con tanta cercanía.

Y, a pesar de todo, Eriko siente el impulso irrefrenable de destruir con sus propias manos todo aquello que ha construido hasta ahora.

–Ay… Estoy tan sucia, ¿por qué no nos damos un baño juntos?

Se fuerza en no prestar atención al temblor de su voz y se ríe.

Fuera van la blusa y el cárdigan, que deja hechos una bola a sus pies. No lleva perfume, el pintaúñas está descascarillado y ni siquiera sabe qué ropa interior se ha puesto.

Al menos le consuela pensar que es mucho más joven que él. Su juventud, por sí sola, debe de ser una ventaja.

Está a punto de destruir con sus propias manos el vínculo que los une. Si sus padres se enterasen…, seguro que se desmayarían de la impresión. Siente que, si la mirada de este hombre se vuelve masculina, cargada de deseo, algo dentro de ella se quebrará y de lo roto surgirá algo nuevo.

La esperanza de que podrá reiniciar su vida, deshacerse de todo el tiempo desperdiciado en la empresa y empezar de cero le ciega la mente, igual que una luz blanca.

Y, cuando eso ocurra, por fin podrá ser de verdad una compañera para Maori.

Con esa esperanza en el corazón, mira a su jefe desde la cama. Pero él no se acerca. Se queda de pie, quieto frente a la puerta, agarrándose los codos.

–Tú… siempre has creído que basta con cumplir ciertos requisitos, como si fuera una lista, para que alguien actúe como tú quieras, ¿no es así, Eriko? Siempre has sido así, incluso de pequeña. La verdad es que siempre me perturbó verte jugar con muñecas.

El tono no es el que espera. De hecho, es sorprendentemente sereno, incluso roza lo compasivo. Lo mira a los ojos: no hay ni un asomo de deseo impuro en ellos.

Durante un momento se siente como un exhibicionista callejero, de esos que de pronto muestran alegremente los genitales a los pobres transeúntes sin que nadie quiera verlos.

No se le había pasado por la cabeza que esto podría acabar así. Estaba convencida de que, si lo intentaba, todo saldría como quería.

–Tus padres también son ese tipo de personas, así que lo entiendo. No sois malos ni me caéis mal, para nada. Siempre me habéis tratado muy bien y os lo agradezco de corazón. Cada vez que iba a vuestra casa, todo estaba impecable. Y tu madre, tan joven y guapa, preparaba una comida para chuparse los dedos. Nunca os habéis peleado, ¿verdad? Pero creo que tu padre y yo solo hemos tenido conversaciones superficiales. Y no es por ser yo, él es así con todo el mundo. Su manera de consolar, de animar, de decir cumplidos… Son como palabras sacadas de un manual de instrucciones, las típicas frases que se oyen en cualquier parte. Por eso dejé de ir a vuestra casa, porque me di cuenta de que, cuando me iba mal en el trabajo, no quería el consuelo de tu padre. Supongo que te pareces a él: no eres consciente de lo afortunada que eres y por eso eres demasiado dura con los demás. Eres incapaz de ver lo que ocurre a tu alrededor.

Eriko quiere taparse los oídos y gritar hasta quedarse sin voz. No puede soportar que la mire así, con tanta frialdad, y que encima juzgue a su familia. No puede permitir que hable mal de ellos. Algo empieza a arder en su interior lentamente. Ahora mismo siente más vergüenza que si se hubiera desnudado frente a todos sus compañeros y hubiese permitido que evaluaran su cuerpo.

De pronto, una imagen le viene a la cabeza: su padre, solo en el salón en mitad de la noche con la mirada fija en el teléfono móvil. La manera en que tiene la cabeza ligeramente inclinada le recuerda a

una niña confusa. Al rato suelta un suspiro, se quita las gafas de leer y se queda mirando la nada.

Por algún motivo, en ese momento no se atrevió a dirigirle la palabra.

¿Con quién querría hablar?

Seguro que su padre también se siente solo. Sin duda desea tener amigos que lo entiendan. No es que haya algo mal con él, solo que no hay nadie en su entorno que sea capaz de comprenderlo y acercarse.

¿Y solo porque no actuó como esperaba se cree con derecho a calumniar a su padre?

No. Es él el que tiene dependencia emocional. Por eso, a su edad, sigue siendo solo jefe de sección.

Eriko no siente deseo sexual, sino el impulso feroz y salvaje de someter a este hombre insolente. Tiene que provocarlo, conseguir que la desee. Y luego, hacerle pagar por sus palabras.

Se medio incorpora, juntando los pechos, y le rodea la cintura con los brazos. Pero por mucho que le hable con voz suave o ronca, por mucho que le pida un beso, él no hace más que apartar la mirada.

Finalmente la mira con el mismo desprecio con el que alguien contempla algo asqueroso y, en vez de usar la mano para alejarla, la empuja con el codo derecho.

Ella se tambalea y se agarra al borde de la cama. Mira a su jefe con aire de amenaza: está decidida a no dejarse vencer por esta humillación. Ya no se trata solo de su orgullo, debe someter a este hombre también por el de sus padres.

–En el fondo no confías en la gente, por eso nadie quiere acercarse a ti. Quieres que todo siga un patrón fijo y te pones a la defensiva a la mínima. ¿Cómo va a desear nadie sincerarse contigo? Y creo que también actúas así a la hora de trabajar –dice con voz cansada y exasperada.

Con esas palabras, quizá ya libre de toda vacilación, vuelve a empujarla en el hombro desnudo con el codo.

Eriko siente cómo el dolor le recorre los huesos y cae sobre la cama. Al impactar, los muelles del colchón se le clavan contra la columna.

Incluso su jefe, de quien siempre ha pensado que la apreciaba, sabe que no tiene amigas. Siente tanta rabia y vergüenza que tiene la necesidad de destrozarse el cuello con las uñas.

–¿Por qué solo yo? –logra decir en un susurro.

Al hacerlo, nota el olor a vómito que desprende.

A cada paso que da por la ciudad puede ver grupos de mujeres adultas que ríen y se divierten sin preocuparse de las miradas ajenas. Incluso las más prudentes, las que evitan presumir de sus parejas, no tienen ningún reparo en presumir en público de sus amigas.

No puede aceptar que esas mujeres ostentosas tengan una vida interior mucho más rica que la suya.

–¿Por qué te empeñas en acercarte a la gente cuando siempre te muestras a la defensiva? ¿No sería mejor estar sola? Puedes quedarte sola hasta que seas capaz de confiar en los demás, no es algo de lo que tengas que avergonzarte. Ya es hora de que madures y asumas tu responsabilidad.

Esas palabras parecen proceder de un lugar muy lejano, tanto que, ni siquiera levantando la cabeza, es capaz de ver la cara del hombre que las pronuncia. Como si estuviera incluso más arriba que el cielo estrellado del barrio de Shinsen.

Su padre nunca le ha hablado así. A él siempre le parecen bien todas sus acciones y la mira a los ojos cuando habla. Su padre solía preguntarle sobre lo que quería hacer.

El hecho de que ella, a la que han criado con tanto cariño, sufra tanto rechazo solo puede significar que hay algo profundamente mal en su interior. No quiere quedarse sola, cualquier cosa es mejor que eso. En el fondo, su mayor deseo es tener a alguien siempre a su lado, alguien que la acompañe y le dé la mano.

Qué cruel es su jefe. La única persona a la que puede imaginarse viviendo completamente sola es Keiko. Keiko, esa mujer que nunca ha dado un palo al agua ni lo va a dar, esa mujer que la abandonó. No concibe que, tras todas las vueltas que ha dado su vida, ahora ella misma esté en una situación similar a la de Keiko.

No puede aceptarlo.

¿Cómo es posible que se derrumbe solo por los comentarios de otra persona? ¿Cómo es posible que se quede deslumbrada y paralizada ante meras palabras? ¿Cómo es posible que sienta ganas de morirse por algo tan trivial?

Si no tiene a nadie que la mire y piense en ella, ¿cómo va a poder dar ni tan siquiera un solo paso hacia delante?

En la esquina, hacia donde ha desviado la mirada, hay una mancha de color vivo y un folleto pegado a la pared que reza:

Plan para chicas. ¿Habéis perdido el último tren? Apuntaos a una de nuestras actividades. Gran variedad de servicios. Bufé de postres. Lista de precios...

En la imagen, dos mujeres ríen juntas, rodeadas de frutas rojas y verdes y una torre de tortitas por la que cae una cascada de mantequilla y miel dorada.

También hay mujeres que vienen juntas a los hoteles para parejas. Incluso una habitación como esta, tan áspera y desolada, puede llenarse de risas femeninas y desbordarse de frutas y postres. No hace falta practicar sexo en un hotel para parejas. Solo la verdadera amistad entre mujeres puede arrancar de raíz el propósito de un lugar como este.

¿Cómo logran tener tanta intimidad? ¿Acaso pertenecen a una raza más afortunada de mujeres que nunca han sido traicionadas por nadie? ¿O es que, a pesar de haber sufrido, fueron capaces de reconstruir sus relaciones?

–¿Acaso usted no está también siempre a la defensiva? Siempre actúa como si fuera el padre de todos, pero ¿no me ha mirado, ni una sola vez, con ojos lascivos? ¿No ha pensado nunca que esa niña pequeña se ha convertido en una mujer con buenas curvas?

Hace acopio de todas sus fuerzas, se quita la falda y estira la mano hasta la entrepierna de su jefe. La tiene blanda y flácida, levemente tibia al tacto, pero aun así actúa como si el contacto le hubiera quemado la punta de los dedos y arquea el cuerpo de forma exagerada, teatral, con los hombros encogidos.

–Está algo más dura, ¿no? Qué patético: todo era pura palabrería. También oculta su verdadero ser, su sucia naturaleza masculina

detrás de trajes y sonrisas amables.

Siente ganas de ponerse a aplaudir y gritar de emoción. Recuerda que, de pequeña, jugaban juntos al reversi y no paraba hasta que conseguía ganarle. Ha caído en su trampa: tiene las mejillas rojas y mueve los ojos de un lado a otro, inquieto.

Tiene que hacer lo que sea para conseguir que este hombre se corra. No puede permitir que esta afrenta quede sin castigo. Le clava los dedos en el paquete y mueve la mano de arriba abajo. Nota cómo el trozo de carne flácida vuelve un poco a la vida y aprieta todavía más.

–En cuanto las personas muestran quiénes son en realidad, quedan reducidas a esto, ¿verdad? Pero ¿qué tiene de malo? Hay gente que no puede hablar con los demás sin prepararse de antemano. ¿Qué tiene de malo esforzarse por agradar, por entablar relación con los otros? Es un arrogante. Son las personas como usted, ese grupo reducido de personas que, sin esforzarse, caen bien a la gente…

Antes de poder acabar la frase, oye un clonc que retumba en lo más profundo de la cabeza y cae sobre la cama de nuevo.

Su jefe sostiene en la mano la lámpara de la mesilla. Comprende que ha debido de cogerla de improviso y la ha usado para golpearla en la frente.

Se lleva la mano al lugar del impacto y siente un calor infernal. No tardará en salirle un chichón. Quiere gritar, pero no le sale la voz del cuerpo. Si esto sigue así, acabará matándola, acabará igual que esa ejecutiva de TEPCO.

–¿Sin esforzarse? Hablas mucho de esfuerzo para ser alguien que no se ha esforzado nunca.

¿Qué? Si no hay nadie que se esfuerce más que ella. ¿Qué más puede hacer?

Con la mano en el futuro chichón, alza la cabeza, pero se le nubla la vista. Ante su pregunta muda, el jefe, que todavía no ha recuperado del todo el aliento, responde:

–No hablo de ese esfuerzo inútil y desesperado que haces por aparentar ser alguien que no eres. Me refiero al esfuerzo de confiar y hacer que las otras personas confíen en ti. Solo tienes que confiar

poco a poco en los demás, Eriko. Basta con que lo hagas poco a poco. Últimamente te comportas de manera muy rara. Vas a la oficina con unas pintas deplorables, impropias de alguien de nuestro departamento. Todos estamos preocupados por ti. Faltas a las reuniones y a las negociaciones con clientes sin ni siquiera avisar, te quedas a dormir en la oficina a pesar de que va en contra del reglamento y te dedicas a navegar por páginas de dudosa reputación. Mira, hay algo que quiero decirte desde hace tiempo: tienes que tomarte un descanso y reflexionar sobre tu comportamiento. Te voy a llevar a casa y voy a hablar con tu padre para explicarle bien la situación.

Con fuerza, la agarra de los hombros, le tira la ropa encima y, de un tirón, la obliga a incorporarse.

Como si fuera una persona con problemas para respirar, que busca oxígeno, su jefe abre de golpe la puerta de la habitación. El aire frío entra con fuerza y Eriko, presa del pánico, se viste a toda prisa con la ropa manchada de vómito.

Solo entonces se fija en que la luz del pasillo tiene una tonalidad rojiza distinta a la de la habitación. La fina línea que separa ambos espacios luce un color violáceo y difuminado. Sus zapatos de tacón, que ha dejado tirados en la entrada, apuntan en direcciones opuestas.

No sabe qué le dijo su jefe a su padre.

Sin embargo, desde que la llevó a casa en taxi a altas horas de la madrugada, su madre se niega a dejarla salir a ninguna parte.

Envuelta como si fuera una crisálida en una manta que huele a ella, pierde horas y horas frente a la pantalla del móvil. Hoy se ha despertado bien pasado el mediodía y ha estado dos horas más tumbada en la cama analizando la cuenta de Twitter de Ohyō. Trata de deducir con quién se lleva bien y con quién no a partir de las personas con las que interactúa o los productos que menciona.

> ¡Hoy he desayunado *udon* con mayonesa, pepinillos *shibazuke* y huevo escalfado! Lo he copiado de un plato que tomé en una *izayaka* del barrio. Normalmente se come como una manera de terminar la noche después de haber salido a beber, pero también entra bien por la mañana y está muy rico.

¡Mirad la colección de juguetes cutres que el Rey Demonio ha acumulado de tanto ir a restaurantes familiares!

Mi serie extranjera favorita es *Aquellos maravillosos años*, de la NHK. ¿Por qué no la sacan en DVD? ¿Será por problemas de derechos con las canciones?

La cuenta de Twitter de Ohyō, que apareció de repente la semana anterior, es el único consuelo que le queda. Tiene doscientos treinta seguidores, una cifra más que aceptable para el poco tiempo que lleva.

Últimamente, los blogs de amas de casa con aires de delegada de clase la sacan de quicio, pero las frases cortas y desenfadadas típicas de Twitter parecen encajar bien con la personalidad de Shōko. Sus palabras sueltas, sin espinas, son para ella como un oasis en el desierto.

Lleva ya cuatro días encerrada en casa.

Maori se puso en contacto con ella de inmediato:

–Lo sabía. Estaba segura de que te inventarías alguna excusa barata para cogerte una baja. Si es que lo sabía.

–Lo siento, yo…

Maori la corta tajantemente antes de que pueda terminar la frase:

–¿Por qué fuiste primero a por el jefe?

Seguramente fue porque, de los veintitrés hombres del departamento, era el que menos miedo le daba. Porque era el que más se parecía a su padre. Quizá, en el fondo, había tenido la ingenua esperanza de que la protegería con dulzura.

–Es porque se parece a tu padre, ¿verdad? ¿Pensabas que te iba a proteger?

Eriko se ve incapaz de replicar nada ante esas preguntas tan frías y directas.

–Hasta aquí has llegado, ¿no? Al final la heroína trágica no soy yo, sino tú. Siempre tienes a alguien para protegerte. Eres incapaz de vivir sin dejar que los demás solucionen tus problemas en tu lugar. No eres afortunada, en el fondo me das pena. Eres como una mascota que nunca saldrá de su jaula, como un pez decorativo que jamás verá otra cosa que no sea su pecera. Creo que Yasuyuki te va a enviar una invitación para la boda, pero ni se te ocurra venir. De

hecho, ¿por qué no te coges todo el mes de baja? No quiero ni verte por la calle.

Tras eso, Maori colgó. Llegados a este punto, debe acatar sus órdenes.

No sabe si podrá cogerse un mes entero de baja, pero por ahora no sale de casa. Quiere que al menos Maori reconozca su valor. Es consciente de que pedirle que se acueste con veintitrés hombres a modo de compensación es algo inusual, que incluso roza la locura, pero pensaba que, si lo conseguía, Maori tendría que reconocer su valor y determinación y la trataría como a un ser humano.

¿Por qué nadie quiere mirarla?

Maori no vuelve a ponerse en contacto con ella.

Un día, se arma de valor y marca su número, pero al parecer la tiene bloqueada. Tal como esperaba, tampoco puede mandarle mensajes.

Aburrida, vuelve a examinar el perfil de Twitter de Ohyō. Hay una nueva publicación y se inclina hacia delante para leerla:

> Estoy en el acuario con una amiga. La parte de debajo de las mantarrayas parece una carita sonriente, ¿verdad? Voy a subir algunas fotos.

No pasa ni un minuto antes de que empiece a llegar foto tras foto: una tortuga, una medusa luna, una estrella de mar… Y entonces ve un gran pez grisáceo, con el perfil alargado como el de un caballo. Suelta un gritito.

Es una perca del Nilo, ¿verdad? En Japón apenas hay acuarios en los que tengan este pez. Entonces eso quiere decir que puede encontrar el lugar en el que está Ohyō. Recuerda que Yasuyuki la había invitado a ver una perca del Nilo al nuevo acuario de Shinjuku.

Si sale de casa ahora mismo, tal vez pueda verla.

Se levanta de la cama, coge el teléfono y la cartera y, por primera vez en todo el día, sale de su habitación. Sus padres, que están en el salón, la miran con cara de sorpresa.

–¿Adónde vas? ¡Espera! –La voz aguda de su madre suena a sus espaldas.

Su padre, que estaba leyendo el periódico en el sofá, también se levanta. El jersey azul oscuro, elección de su madre, le combina muy bien con las canas. No conoce a ningún otro sexagenario que vaya tan arreglado como él. Pero, claro, todo es fruto del esfuerzo de su madre. Al verle las ojeras oscuras y la piel flácida alrededor de los ojos, a Eriko se le ocurre que, sin la presencia de su madre, quizá su padre sería un hombre desaliñado.

–He quedado con una amiga.

–Pero si tú… no tienes amigas. –Le sorprende ver que su madre tiene los ojos rojos. Es raro que le hable de esta forma–. Nunca has sabido cómo hacer amigas, Eriko.

Ah, sucede tal como pensaba. Ni siquiera su madre confía en ella. Empieza a entender un poco lo que le dijo su jefe aquella noche.

Su padre se queda callado de pie detrás de su madre.

–¿Por qué? Te criamos como a cualquier otra niña, ¿por qué eres incapaz de llevarte bien con los demás?

A ella también le gustaría saberlo. ¿Por qué si desea tanto estar con otras personas la acaban siempre rechazando? No es la primera vez que discuten así, ya pasó algo semejante cuando sucedió lo de Keiko. Recuerda que, en ese momento, sus padres le parecieron más viejos que nunca. Ahora, más de una década más tarde, los ojos que la miran con temor son los de una pareja de ancianos.

No quiere darles más disgustos a sus queridos padres, así que dice con calma:

–He quedado con Shōko Maruo.

–¿Y esa quién es? Escucha, cielo, si tienes tiempo libre, ¿por qué no vamos mejor a ver al doctor Nishi? ¿Qué te parece?

Siente un escalofrío al oír el nombre del psiquiatra al que la obligaron a ir con regularidad después del incidente de Keiko. Detesta su manera de hablar, como si diera por sentado que hay algún problema o secreto oculto en su familia. Solo porque no se lleva demasiado bien con otras mujeres ya la trata como si padeciera una enfermedad terrible.

Ella no tiene ningún problema. Se considera una persona objetiva y amable. Lo único que pasa es que no ha tenido la oportunidad de mostrar esas partes de sí misma a otras mujeres.

–Es una clienta de Giselle, un ama de casa que vive por el barrio, cerca de la calle comercial. Keiko también la conoce, puedes preguntarle a ella si quieres. Vuelvo enseguida.

Baja a toda prisa por la escalera y, al llegar a la calle, detiene un taxi y se sube de un salto. Como no hay apenas tráfico, llega al acuario en menos de media hora.

Compra su entrada en el vestíbulo y se adentra en la oscuridad del acuario. A pesar de que es sábado, no hay muchas familias con niños. Le suena haber leído en alguna parte que a los más pequeños no les gusta demasiado este sitio porque tiene poca variedad de especies y la tienda de recuerdos no es muy buena.

Se deja guiar por la luz azulada de las peceras y atraviesa casi a la carrera el pasillo oscuro. No tiene tiempo para detenerse a mirar los peces. Está a punto de soltar un grito cuando por fin la ve, al otro lado del tanque en el que las mantarrayas nadan con calma.

Shōko. ¿Y quién es el hombre alto y delgado que camina a su lado? Está claro que no es su marido. A Eriko le suena haberlo visto alguna vez en Giselle, ¿quizá sea uno de los camareros?

Se fija en que van cogidos de la mano y contiene la respiración. Rodea el tanque cilíndrico y, manteniendo cierta distancia, comienza a seguirlos. Parece que se dirigen hacia el área de peces de agua dulce, donde hay menos gente.

Shōko se detiene justo delante del tanque de percas del Nilo. Dentro, moviéndose con un vaivén lento, hay dos ejemplares de casi dos metros de envergadura. Sus cuerpos, cubiertos de preciosas escamas plateadas, cambian de color con cada coletazo: pasan del púrpura al gris, para luego tornarse del color de la plata más pálida. Los ojos rojos, grandes y brillantes, no dejan entrever emoción alguna, pero transmiten tal severidad que da la sensación de que las percas pueden verlo todo. Del dorso a la boca hay una elegante curva, los labios gruesos, el ondear elegante de la gran aleta caudal en forma de abanico…

Durante unos instantes, Eriko se queda profundamente fascinada por la imagen que tiene delante.

¿Y si…? ¿Podría ser?

Con un nuevo sentimiento de esperanza en el pecho, observa el perfil azulado de Shōko a través del cristal, como si estuviera sumergida en el agua. Quizá está pensando en ella ahora mismo. Quizá se está acordando de su amiga, la que trabaja de comercial en una empresa, la que le había hablado con orgullo de que se iba a encargar de la importación de percas del Nilo.

Shōko sonríe ligeramente y se dispone a susurrarle algo al oído a su acompañante. Él se echa a reír y, de pronto, le roba un beso.

Ocurre tan de sopetón que Shōko se tensa al principio, pero enseguida rodea con sus delgados brazos el cuello del hombre. Es como si una presa se hubiera roto: ambos empiezan a devorarse con avidez.

–Señorita, por favor, no saque fotos con *flash*.

Una empleada del acuario le dice eso al mismo tiempo que un pececillo, seguramente futuro alimento de las percas del Nilo, sale nadando a toda velocidad. Eriko se da cuenta de que tiene el *flash* del móvil activado. Ni siquiera es consciente de haberlo hecho, pero ha sacado varias fotos de Shōko y su acompañante.

¿Por qué ha fotografiado algo así?

Con la mirada perdida mira las imágenes que acaba de sacar. Quizá sea por la impresión que da, pero la empleada se aleja de ella con gesto resignado.

Cuando levanta la cabeza, ve que Shōko la está mirando con cara de confusión.

¡La ha mirado! ¡Por fin la ha mirado! Eriko siente ganas de saltar de la inmensa alegría que le produce. Ha pasado mucho desde la última vez que sus miradas se cruzaron. Hasta ahora, solo podía imaginarse la vida y los sentimientos de Shōko a través de internet, e incluso había empezado a dudar de la realidad de su existencia.

Esos ojos rasgados. Ese cuerpo etéreo, el suave movimiento de los huesos bajo la camiseta. La ha echado tanto de menos… ¿Alguna vez ha necesitado tanto a otra persona en toda su vida?

–Ah, ¿es una amiga tuya? Entonces será mejor que me vaya. Te espero fuera.

El joven, visiblemente nervioso, se aparta de Shōko de inmediato y prácticamente sale corriendo del acuario. Es un hombre

insignificante que no resulta digno de ella.

Eriko se acerca sonriéndole con cariño.

–Vi tu tuit y pensé: «¿Y si está aún por aquí?». Así que vine corriendo. Tienes que ir con más cuidado con esas cosas, cualquiera podría saber dónde estás si lo pones *online*. Y no vayas a pensar que soy una acosadora, ¿eh? Porque es culpa tuya por subir tan a la ligera tu ubicación.

Como no quiere que Shōko se asuste, habla atropelladamente y con tono alegre.

Esta no responde, se queda mirándola en silencio con la cara pálida.

Al ver la expresión en su rostro, se le ocurre una idea. Desbloquea el teléfono y abre la galería de imágenes. Le enseña las fotos con gesto de orgullo.

–Sería malo si estás fotos se difundieran, ¿verdad? Ya eres toda una celebridad, hasta has salido en una revista. Perderías a tus fans y tu marido…, bueno, no creo que se quedase de brazos cruzados.

–¿Por qué… por qué has sacado esas fotos? ¿Me estás chantajeando? –dice al fin.

Solo con haber conseguido que Shōko hable, se siente eufórica. De pronto ha conseguido un inesperado as bajo la manga que le concede poder absoluto sobre ella.

–No se lo diré a nadie, pero solo con una condición.

No pierde ni un segundo y, con las dos manos, agarra a Shōko del brazo. Ha adelgazado bastante desde la última vez que se vieron. A pesar de que lleva una gabardina de cuadros barata y unos vaqueros pitillo, hay algo en su porte que parece más refinado. Pero esta no es la verdadera Ohyō.

Eriko está decidida a recuperarla, cueste lo que cueste.

Quizá tiene que hacer lo que le dijo su jefe: empezar a confiar en otros poco a poco. Podría probar, por ejemplo, a decir lo que piensa de verdad, a no amedrentarse cuando ve un cambio de expresión en su interlocutor y a escuchar lo que tenga que decir.

Puede que no lo entienda, pero tiene que tratar de imaginar qué están sintiendo. Quizá la empatía no llegue de inmediato, pero

puede esforzarse, dedicar tiempo a comprender los sentimientos ajenos y, así, poder convivir con los demás.

Imposible.

Es un esfuerzo vacío, sin rumbo fijo. No puede hacerlo. ¿No es algo tan ridículo como tratar de buscar diamantes entre la grava?

Decide que va a dejarse de pasos intermedios y llegar, de un plumazo, a la confianza total y absoluta. Va a asegurarse, de una vez por todas, de que nunca más la traicionen. Solo así podrá convertirse en una persona normal.

–Quiero que empecemos de cero y que seamos mejores amigas. Prométeme, aquí y ahora, que nunca me odiarás, ni me ignorarás ni me alejarás de tu vida. Si me lo prometes, te juro que no tendrás que preocuparte nunca más por mí. Si sé que puedo estar contigo sin tener miedo de ser yo misma, de verdad que seré tu mejor amiga. Te lo juro.

Siente ganas de llorar al ver la expresión de terror de Shōko. «Por favor», suplica en silencio, «no pongas esa cara, no abras la boca sin decir nada, con esa mirada vacía, igual que los ojos de un pez».

Las dos son víctimas. Son dos almas descarriadas que se han caído de la telaraña de meticulosas reglas que es la sociedad femenina japonesa.

Mira al techo. Ellas no pueden hacer como el resto de las mujeres y caminar de puntillas, como bailarinas, sobre ese fino hilo que se extiende hacia el infinito, por encima de la superficie del agua. En este lugar oscuro y silencioso, en el fondo de este lago, no les queda más remedio que darse la mano y apoyarse la una en la otra.

Eriko no tiene a nadie más que a Shōko, y viceversa. Están solas.

–Es verdad…, mi auténtico yo no es así.

«Venga, quita esa cara de espanto. No seas como Keiko», suplica Eriko mentalmente.

Recuerda aquel año, cuando tenía quince. Va sola al instituto. Mientras se sujeta de la cinta de agarre del tren, ve que en el vagón de al lado está Keiko, rodeada de su nuevo grupo de amigas.

Le hace un pequeño gesto con la mano, pero ella la ignora.

Rodeada de sus amigas, Keiko sonríe de una manera que Eriko nunca ha visto. Parece que está plena, en paz, como si saborease

cada instante de la vida.

La quiere. Desea llevarse bien con ella, pero cuanto más se esfuerza, más la rechaza y más miedo le produce.

Eriko vuelve a sentir la misma ansiedad que entonces y vacila, pero se fuerza a recomponerse.

La primera regla que debe instaurar ahora que son mejores amigas es prohibirle poner esa cara de terror. Como ahora tiene un secreto suyo, piensa obligarla a aceptar todas sus condiciones. Aunque sean dos personas que se han quedado fuera de las normas del mundo, necesitarán reglas si van a tener una relación.

Debe asumir la responsabilidad de llevar a Shōko a buen puerto para que no vaya por el mal camino. La barquita en la que están ambas puede naufragar en cualquier momento o llegar a tierra firme, y todo depende de sus decisiones.

¡Qué frágil y delicada, pero adorable, que es su barquita!

Quiere estirar la mano y agarrarse a la barca, clavar los dientes en la madera crujiente y comérsela entera bocado a bocado. Y aunque en el proceso tenga que devorar a una versión en miniatura de sí misma, no le importa. Seguro que está deliciosa.

Quiere comerse esta relación y fundirse con ella hasta convertirse en una única cosa. Así nunca más tendrá que correr a ciegas ni que volver a sentirse atormentada, acosada por las dudas, o luchando por tomar una bocanada de aire al sentir que se asfixia.

Su querida mejor amiga está bañada por la luz cerúlea, y el vaivén del agua de los tanques y los labios no dejan de temblar.

Ahora que está a solas con su amiga en lo más profundo y ondulante del fondo acuático, piensa que le encantaría quitarse la ropa, desnudarla a ella también y lanzarse las dos juntas a nadar en el agua. Nadar sin ninguna cosa que la oprima, sin adornos, enredada en el cuerpo de alguien que nunca la va a traicionar, como si fuera un baile. Sentir en la piel solo el contacto del agua fría mientras viajan juntas, sin rumbo.

Hace mucho que anhela un momento dulce y pleno con una amiga, sin problemas laborales, familiares o de hombres.

Respira con tranquilidad. Por primera vez no hay ni rastro de irritación en sus sentimientos. Guarda muchas heridas en su interior,

pero en este instante siente que podría perdonar todo el daño que le han hecho.

A pesar de las apariencias, Shōko es, en el fondo, una mujer con un lado delicado. Quizá tendría que haber sido más indulgente con ella.

Dentro del acuario, las dos percas del Nilo se cruzan. Sin mirarse a los ojos, pasan la una junto a la otra con tanta destreza que Eriko contiene un suspiro, tan cerca que casi da la impresión de que se han rozado.

Parece que entre ellas existe un acuerdo tácito.

Eriko piensa que, sin lugar a dudas, esas dos percas del Nilo son mucho más hábiles que ellas a la hora de manejar las distancias con los demás.

22

Bajo los tubos fluorescentes cuya luz muestra implacable hasta el último detalle, desfilan en la cinta transportadora plato tras plato: sushi con huevas descoloridas, melones cubiertos con jamón serrano reseco y trozos de atún que empiezan a tornarse morados.

La última vez que estuvo aquí con Shōko fue en septiembre.

Aquella noche, como el sushi iba demasiado rápido, se puso nerviosa al pensar que quizá no lograría atrapar el plato antes de que se le escapara. Pero ahora le da la impresión de que la cinta avanza con lentitud, como si alguien hubiera cambiado la velocidad para adaptarse a su ritmo.

Se imagina que, en alguna parte, existe una torre de control que la observa y cuida desde la distancia. Estira el brazo y coge sin esfuerzo un plato de *engawa*. Le basta con este gesto para sentir que puede convertirse en el tipo de mujer que vive sin esfuerzo en el mundo, de esas que tararean las canciones pop que han oído en la radio mientras mueven los hombros al son de la música.

Moja el *engawa* en salsa de soja y se lo lleva a la boca. No tiene el sabor a lenguado o platija al que está acostumbrada. Con cada bocado, la grasa fría se expande por sus papilas gustativas y la molla, como si se negase a dejarse masticar sin oponer resistencia, se retuerce entre sus dientes firme y chiclosa.

¿Será esta la fuerza del *ohyō*, ese pez que, tras pescarlo, hay que rematar con un tiro de escopeta? Quizá no es el *engawa* al que está acostumbrada, pero este tiene el encanto de un bocadito sabroso.

Desde muy pequeña su madre le prohibió comer sucedáneos y comida basura: ni dulces baratos repletos de colorantes ni

hamburguesas cuya carne fuera de dudosa procedencia y que sus compañeros de clase engullían con cara de felicidad.

–Esas porquerías no son buenas para el cuerpo –le decía su madre–. Aunque sean prácticas, es mejor la comida lo más natural posible, preparada con ingredientes de verdad.

Así la habían educado.

Pero precisamente por ser falsos, esos colores artificiales siempre le han parecido deslumbrantes. Ahora que ya es adulta, piensa que es hora de disfrutar de los productos baratos de los supermercados veinticuatro horas y de la comida rápida.

Quizá la razón por la que nunca ha podido hacer amigas sea porque su madre siempre estaba controlándole la alimentación y la había criado solo con comida buena para el organismo. Al menos le gustaría poder echarle la culpa a su madre.

Por fin ha obtenido un plato con sabor a Shōko. Siente como si el mundo se hubiera desplegado ante sus ojos de golpe y está a punto de ponerse a gritar.

Está animada, así que decide probar a ser sociable con uno de los empleados. Se prepara mentalmente y, mientras se limpia las manos con una toallita húmeda, dice con tono alegre y familiar:

–¡Guau, qué rico! Y todo este sabor por solo noventa y ocho yenes… Sí que lo dais todo en este restaurante, ¿no?

–Ah… Pues muchas gracias –responde el cocinero al otro lado de la cinta, un hombre de unos cincuenta años que parpadea sorprendido.

–El *nigiri* está justo en su punto. Con unas manos como esas, ¿no te has planteado abrir tu propio restaurante?

A su lado, una pareja empieza a cuchichear y el cocinero le dedica una sonrisa ambigua.

Justo cuando empieza a sentir una punzada de inseguridad, oye el sonido de la puerta automática a sus espaldas. Junto a la ráfaga de brisa nocturna el aroma a suavizante con olor a algodón de azúcar le roza la punta de la nariz.

Sonríe sin ser consciente y se le ilumina la cara. Abraza por los hombros a su mejor amiga, que se ha sentado a su lado.

Hoy Shōko lleva un cárdigan largo y unos bombachos, así que tiene casi un aire de chico.

–¡Mira que eres tardona, has llegado casi dos minutos tarde!

–Lo siento… –Shōko, con el rostro apagado, inclina la cabeza a modo de saludo.

Esa actitud apocada le quita el buen humor y la cabrea. Y eso que es la primera vez que se ven desde que hicieron su juramento de amistad en el acuario.

Eriko decide dar uso a la habilidad que acaba de dominar: echa una cucharadita de té en polvo en un pequeño tazón y pulsa un botón en la barra para que salga agua caliente. Con esmero, coloca el tazón delante de Shōko, que vuelve a inclinar la cabeza y la espalda.

–¿Y qué tal?, ¿qué has hecho hoy? Como no actualizas el blog desde ayer me tenías preocupada.

–Pues nada…, limpiar la casa, airear el futón…

–¡Qué me dices! ¿Dónde quedó Ohyō, el ama de casa inútil? Si pareces una esposa de manual, ya te digo que yo soy mil veces más desastre que tú –dice con una carcajada.

Hoy ha dormido hasta pasadas las doce, luego ha estado un rato tumbada en la cama con el móvil y, tras comer lo que su madre ha cocinado, se ha dado cuenta de que no tiene nada que hacer. Hasta se ha echado la siesta para acortar las horas que le quedaban hasta la cena.

Ha vuelto a ser consciente de que no le gusta no hacer nada. Cuando se pone a leer un libro, le irrita ver las líneas de palabras inmóviles y le entran ganas de estamparlo contra la pared. Nada le sirve de sustento a menos que atrape y capte su atención desde el primer momento.

–Oye, ¿no vas a actualizar el blog? ¿Por qué te has tomado dos días libres? Como sigas así, te arriesgas a que no quieran publicarte el libro.

Por todo el local retumba el atronador anuncio de que van a poner en la cinta una gran cantidad de *gunkan* de *nakaochi*. Shōko espera a que el cocinero termine su enérgico aviso y murmura:

–Estoy pensando en tomarme un descanso del blog, últimamente no tengo muchas ganas de escribir.

Eso Eriko ya lo sabe, no hace falta que lo diga dos veces.

Últimamente escribe de forma rígida, sin la espontaneidad y naturalidad que la caracterizaba antes. Su tono se ha vuelto indistinguible del resto de los blogs de amas de casa que solo quieren quedar bien y decirles a otras lo que tienen que hacer.

Seguro que desde que se ha vuelto un poco más famosa le puede la presión.

Desea que recupere ese encanto ingenuo que tenía la Ohyō de antes, la naturalidad sin colorantes artificiales que liberaba el alma de sus lectores.

–En ese caso, ¿te gustaría que yo lo actualizara por ti?

Mientras coge otro *engawa*, da voz al plan que lleva armando en su cabeza desde hace tiempo.

Le parece una idea tan maravillosa que no puede evitar sonreír.

Shōko se queda boquiabierta.

–No te preocupes, no cambiaré el tono, el ritmo ni la elección de palabras. Cuando se trata de tu blog, soy la que mejor lo entiende, así que imitarte será pan comido. Será idéntico a como lo escribirías tú. Mira, ¿qué te parece si escribo una entrada y tú la revisas? Y, claro, si no te gusta, lo dejo *ipso facto*.

–Eh… Pues… No sé yo…

–Antes tenías razón, Ohyō, no estás en tu mejor momento. Lo mejor que puedes hacer es descansar una temporada. Siempre puedes contar conmigo cuando tengas un problema, ¿es que no están para eso las amigas?

Mientras habla, siente como una dulce calidez le recorre el cuerpo.

Siempre ha soñado con ser alguien así, una de esas mujeres que ayudan a las otras, que las guían con la ternura de una hermana mayor.

Desde pequeña ha querido convertirse en esa versión de sí misma.

Ahora mismo todo es perfecto. Bueno, todo salvo el hecho de que Shōko aún no ha dicho que sí y se ha quedado mirando confusa su tazón de té de bolsita.

Sus días en la empresa le parecen ahora algo de una vida pasada. Incluso cuando cerraba grandes acuerdos comerciales y sus jefes y compañeros la elogiaban nunca se permitía sentirse orgullosa de sí misma.

Sentía que, en el fondo, no era más que un hombre con falda, una persona sin una sola amiga en el mundo. Todo le parecía vacío y carente de significado, como si le hubieran negado la parte más sabrosa y compleja de la vida.

Coge un plato de tortilla recién hecha y lo coloca frente a Shōko. Sabe, gracias al blog, que es uno de sus platos favoritos. No le da las gracias y sigue con la mirada perdida en la cinta transportadora. El vapor brillante de la tortilla se disipa poco a poco.

Como al menos ha conseguido sonsacarle la contraseña del blog, Eriko se permite sentirse momentáneamente satisfecha.

–Bueno, lo dicho: puedes apoyarte en mí siempre que quieras. Ahora mismo estoy de baja laboral y me gustaría alargarla un mes más. ¿Te puedes creer que llevo ocho años trabajando sin parar, sin ver nada del mundo exterior? Como mi padre fue alguien importante en la empresa, supongo que me darán un poco de margen. Estoy pensando en usar el tiempo para sacarme alguna certificación, ir a alguna clase de algo o simplemente dar vueltas por ahí. Oye, ¿y si nos apuntamos juntas a la misma clase? O mejor aún, ¿y si hacemos un viaje juntas? Siempre he querido ir de viaje con una amiga. ¿Te gustaría ir a Hong Kong? ¿O mejor a Hawái? También podemos ir a algún sitio que esté más cerca como Hakone o Atami, todo me parece bien.

–¿Un viaje? Nunca he ido de viaje con otra mujer…

Luego dice algo en un tono tan bajo que Eriko es incapaz de entenderla.

Se le ocurre que quizá sea el momento justo para presionarla un poco y se inclina hacia ella.

El estómago se le encoge con un sonido agudo, como si el trozo de pescado crudo que se acaba de comer hubiera cobrado vida de pronto y estuviera nadando dentro de su barriga, dando coletazos y salpicando hasta formar un mar revuelto, grandes olas que vienen y van.

Ahora solo le queda dejarse llevar por la corriente.

–Yo tampoco. Justo por eso deberíamos ir juntas, ¿no crees? Si fuéramos las dos sería divertidísimo. Oye, ¿te has montado alguna vez en el Romancecar?

Un tren de lujo con asientos dobles que no están separados por reposabrazos… Nada la haría más feliz que montar en el Romancecar con Ohyō.

–Pues no, pero…

–Me lo imaginaba. Tu marido y tú sois más de quedaros en casa, ¿no? ¿Y si vamos a Hakone? Ahora en pleno otoño los árboles estarán preciosos. ¿Y si vamos la semana que viene dos días y una noche, de miércoles a jueves?

Tal como esperaba, Shōko vuelve a poner cara de confusión. No le sorprende. Sabe que ha cruzado de sopetón un muro que, entre mujeres normales, tardaría meses en derrumbarse. Es normal que no se muestre entusiasmada ante la idea, así que contiene el impulso de desanimarse. Debe seguir montada en la ola del momento.

No va a pensar en las palabras de su jefe.

Tras mucho reflexionar ha llegado a la conclusión de que lo que ellas dos necesitan no es tiempo ni palabras, sino una serie de reglas claras: verse tres veces por semana, hacer un viaje juntas o mandarse al menos cinco mensajes al día.

Lo único que puede hacer es coger los sentimientos de las dos, aunque cada una mire en una dirección opuesta, verterlos en el molde de lo que la mayoría considera «la intimidad» y prensarlo hasta que quede perfectamente compacto, igual que una terrina.

Por experiencia, Eriko sabe que, si una se atreve a encajar en el molde, casi todo sale bien. Está convencida de que, si logran superar esta etapa incómoda y torpe, lo que les espera al otro lado es un mundo apacible y pleno que ninguna de las dos ha experimentado antes.

Shōko sigue sin decir nada. Da la impresión de que se muere de ganas de salir corriendo del restaurante, pero que se queda quieta para no contrariarla.

Por desgracia, Eriko sabe de buena tinta que, cuanto menos competente es una persona, más miedo tiene a encajar en un molde. Es algo que comprobó en sus años de estudiante y también en el mundo laboral. Cuando entró a trabajar, quienes se resistían a seguir el manual de instrucciones y querían a toda costa imponer su individualidad nunca lograban nada y acababan renunciando enseguida. En cambio, aquellos que valoraban las normas, como ella y Yasuyuki, eran los primeros en aprender y aplicar los métodos de los veteranos. Solo entonces, tras un periodo de adaptación, eran capaces de ejercer su individualidad sin problemas.

Uno de los moldes que existe es el del matrimonio.

Por ejemplo, sus padres no se aman con pasión ni están unidos por una confianza absoluta, pero, por el mero hecho de estar protegidos por el molde del matrimonio y a fuerza de pasar juntos día tras día, se ha formado entre ellos cierto tipo de vínculo afectivo.

Entonces, ¿por qué no puede haber un molde igual entre dos mujeres?

Shōko sigue sin decir nada. Tiene el cuerpo tenso y le tiemblan ligeramente las pestañas, como si estuviera usando toda su fuerza en tratar de leerle el pensamiento.

Eriko, que se ha vuelto mucho más astuta en todo este tiempo, opta por usar un tono cálido y meloso, como la mantequilla derretida:

–Entonces, ¿te parece bien dos días y una noche? Como no trabajas, tienes tiempo libre de sobra, ¿verdad? Yo me encargo de reservar el Romancecar y el hotel. Podemos ir a un balneario en Hakone, ¿no suena maravilloso?

–Pues… tendría que preguntarle a Kensuke, es todo tan de improviso…

–Si quieres ir a algún lugar en concreto, dímelo. A mí me encantaría ir al museo Pola, siempre me ha gustado mucho el arte impresionista.

Por primera vez trata de mostrar cierta consideración hacia Shōko, todo con el fin de que se sienta lo más cómoda posible y que le diga lo que piensa sin miedo. Recuerda que, cuando alguien del trabajo

invitaba a Maori a comer, esta nunca decía que le parecía bien lo que fuera, sino que siempre expresaba con claridad lo que le apetecía.

Está muy orgullosa de sus propios progresos. En el fondo, cree que estaría bien preguntarle a Maori su opinión al respecto, pero como no tiene la certeza de estar haciendo o diciendo lo correcto, no se le quita la tensión de estar avanzando a tientas, como si caminara en la oscuridad solo guiada por su mano palpando la pared.

¿Qué haría Maori en su lugar? Seguramente nada, porque alguien como ella, que tiene tantísimas amigas, nunca se vería en una situación como esta. Y, si llegara a preguntarle, lo más probable es que solo le soltara insultos y palabras despectivas y cargadas de odio.

Se le ha ocurrido lo de ir a Hakone porque se llega en más o menos una hora y media con el Romancecar. Como Shōko es ama de casa, no cree que tenga demasiado dinero para viajes, por lo que lo más seguro es empezar con un destino que esté cerca.

A ella no le importaría cubrir todos los gastos, pero, como son amigas, lo mejor es que vayan a medias. Por internet ha encontrado un *ryōkan*, una de esas posadas tradicionales que tienen aguas termales, que, por menos de diez mil yenes la noche, incluye también el desayuno.

Seguro que una escapada con aguas termales reduce la distancia entre las dos. En el valle de Ōwakudani la tensión y los malentendidos se disolverán con el agua cristalina y el vapor. Estarán la una junto a la otra desnudas, sin maquillaje, y hablarán sin reservas mientras se ponen mascarillas tras el baño.

Quiere que Shōko vea lo torpe que es y su tendencia a esforzarse demasiado. También quiere conocerla mejor.

Serán días plenos, sin problemas de sexo ni jerarquías, algo que deberían haber experimentado en algún momento de sus vidas de forma natural. Si estira la mano, casi siente que puede rozarlo con los dedos. Por fin lo ha alcanzado, no puede permitirse fracasar ahora.

Si quiere ser capaz de relajarse en el futuro, ahora mismo no puede bajar la guardia ni un segundo.

Shōko, con la cabeza gacha, sigue sin abrir la boca. No tiene más opción que decir que sí, no le queda otra salida. Ser consciente de eso es suficiente para que Eriko mantenga la calma.

Al ver un nuevo plato en la cinta, Eriko se endereza. Le viene a la memoria un producto que, hasta hace apenas unas semanas, había sido responsabilidad suya: uno para el que pensaba a diario métodos de promoción, por el que había viajado al extranjero para inspeccionar los lugares de procesamiento y para el que se había asegurado de crear canales de venta en Japón.

–Antes muchos pescados que se comercializaban con el nombre de «lubina japonesa» eran en realidad perca del Nilo. De hecho, este restaurante fue uno de nuestros clientes. Tú fuiste a ese acuario porque querías ver percas del Nilo, ¿verdad? Porque es el pez con el que yo trabajo, ¿a que sí? No hay demasiados acuarios que lo tengan…

–¿Perca del Nilo? No sé de qué me estás hablando, lo siento…

Al oír la palabra «acuario», Shōko se pone nerviosa y gira la cabeza.

Esa expresión, la misma que puso Keiko hace mucho tiempo, agita la superficie serena de su corazón. La lengua se le seca de golpe y nota un dolor punzante en el interior de la nariz y detrás de los ojos.

¿Por qué Shōko no muestra interés en ella por mucho que lo desee? Al menos podría admirarla por trabajar con productos exóticos y hacer operaciones comerciales importantes. Quizá en una situación como esta ni tan siquiera serviría tener firmado un contrato.

Esta indiferencia tan abrumadora de Shōko hacia los demás… Quizá desde el momento en que se sintió atraída por una persona así ya había perdido.

Movida por un impulso desesperado, coge el plato de lubina japonesa y lo coloca, con brusquedad, frente a su amiga. Ella, con cara triste, lo aparta un poco.

–No me sientan muy bien las cosas crudas. Perdón, es que tengo el estómago algo revuelto. De verdad que lo siento.

Es verdad, desde que entró en el restaurante Shōko no ha probado bocado, se ha limitado a dar sorbitos a su té. Y, ahora que

se fija bien, no tiene buen aspecto. Como buena amiga que es, tendría que haberse dado cuenta de inmediato.

Arrepentida por su falta de consideración, le da una palmadita en el hombro y, aunque apenas hace fuerza, el delgado cuerpo de Shōko se inclina hacia delante con fuerza.

–Lo siento, si te encuentras muy mal puedo ir a tu casa y encargarme de limpiar, cocinar y cuidarte. De verdad, pídeme lo que sea.

–No, no. Mejor no. Me sentiría culpable si te pidiera eso. Gracias, en serio, pero no hace falta. Lo siento.

Al ver cómo agita las manos delante de la cara, casi con pavor, Eriko siente otra punzada de dolor.

–A partir de ahora está prohibido decir «lo siento». ¡Has perdido un punto! Te disculpas demasiado, así que prométeme que vas a dejar de decirlo. Tienes que volver a ser tan despreocupada como antes. Ya que hemos hecho el esfuerzo de vernos, no quiero que el encuentro sea aburrido.

Shōko abre la boca, quizá a punto de disculparse de nuevo, pero se lo piensa dos veces y cierra la boca con una sonrisa forzada.

–Bueno, seguro que después de un par de días en las aguas termales te quedas como nueva. Últimamente te esfuerzas demasiado. ¡Y no te olvides de dejarte tiempo libre la semana que viene para el viaje!

No es cierto que Shōko se esfuerce demasiado. En realidad, es el tipo de persona que tiene una falta de ambición apabullante. Eriko se da cuenta de que su sonrisa está cargada de un desprecio oculto. Le frustra mucho que su mejor amiga no actúe como ella quiere.

A fin de cuentas, ella solo está de baja de manera temporal en el trabajo. Aunque se siente un poco culpable por haber dejado a sus compañeros en la estacada, también está tranquila porque sabe que serán capaces de arreglárselas sin ella, igual que ella ha hecho cuando alguien se ha cogido una baja por depresión.

No son iguales en ese aspecto. En cuanto recupere su verdadera forma de ser y estabilice su relación con Shōko, piensa volver enseguida a su vida de antes. Después del trabajo quedarán para tomar algo y los fines de semana irán a comer a los bufés de los

hoteles o de excursión. Le basta con tener una amistad así para poder concentrarse más que nunca en el trabajo. Ya no tendrá que fingir que no está sola durante las comidas en la oficina ni esforzarse por llevarse bien con las demás mujeres de la empresa. Porque, al final del día, siempre la tendrá a ella, a su mejor amiga.

Como la conversación no fluye y Shōko sigue con mala cara, su encuentro termina mucho antes de lo que tenía previsto. Eriko se ha comido unos veinte platos; Shōko, apenas un par.

Mientras van caminando por el paso elevado, una bicicleta, con dos chicas encima, una delante y otra en la parte de atrás, pasa junto a ellas. Sus risas, que rebotan como un puñado de canicas, la ondulación de sus faldas escolares y su aroma dulce, a sandía, se disuelven con la brisa nocturna.

–Mira, ¡van las dos en la misma bici! –dice sin poder apartar la vista de las blancas piernas que asoman bajo la falda plisada de la chica que va erguida en la parte de atrás.

Cogida del delgado brazo de Shōko, sigue con la mirada la bicicleta hasta que se pierde en la distancia. De pronto tiene la sensación de que va a estar sola el resto de su vida.

Es un pensamiento absurdo. ¿Cómo se le va a ocurrir algo así cuando tiene a su mejor amiga tan cerca? En busca de consuelo, se apoya en Shōko y dice con dulzura:

–Aquella noche que quedamos en la cafetería-restaurante volvimos juntas a casa en la misma bici, ¿verdad?

–Eh, sí, creo que sí.

–Quiero volver a montar en bici contigo, Ohyō. Oye, prométemelo. Prométeme que la próxima vez que nos veamos, iremos juntas en bici. Venga, ¡prométemelo, prométemelo!

Se separan frente al edificio de Eriko.

Ve cómo la silueta de Shōko se desvanece en la oscuridad y reza para que se dé la vuelta y la mire, pero esa espalda, tan delgada que se le marcan los huesos bajo la ropa, se limita a alejarse poco a poco.

Abre la puerta y entra en el vestíbulo. Como siempre, Keiko está ahí, apoyada en la barandilla de la escalera, con un cigarrillo en la boca. Molesta, Eriko hace como que no la ve.

–¿Aún no te has reincorporado al trabajo? ¿Qué haces entonces por las noches, Eriko?

–No tienes por qué preocuparte. A partir de ahora voy a salir todos los días con Shōko. Ya hemos aclarado nuestro pequeño malentendido. Sí, así es, ahora todos los días van a ser un día de chicas. Vamos a ir de viaje, a hacer cosas juntas… Hasta me ha prometido que iríamos juntas a Hakone. Por fin estoy recuperando la juventud que me robaste.

Con el pecho henchido de orgullo, Eriko piensa que esta es su venganza. Gracias a su esfuerzo y perseverancia, por fin ha conseguido una amiga que jamás la traicionará. Keiko debe estar muriéndose de la rabia. Bien. Se lo merece. Que sienta toda la miseria y soledad que ella ha sentido desde los quince años.

–Vaya, qué inesperado. ¿Es que has encontrado alguna cosa con lo que chantajearla o algo así?

El comentario la pilla tan desprevenida que no sabe qué contestar. Para que no vea su desconcierto, clava la mirada en una farola lejana, más allá de la espalda de Keiko, cuya luz se desdibuja contra la oscuridad.

Keiko sigue hablando:

–Bueno, da igual. Pero tendrías que preocuparte un poco más por ti misma. Ahora mismo estás mucho peor que yo.

Pero ¿de qué va esta mujer desempleada, que va por ahí sin maquillaje y vestida de pies a cabeza en chándal? Mientras piensa eso, pasa rápidamente por delante de Keiko con los hombros encogidos.

–Mucho día de chicas por aquí y día de chicas por allá, pero ya no eres ninguna cría. Cualquier estudiante de secundaria que te vea pensará que eres toda una señora.

¿Cuándo fue la última vez que fue a la peluquería? Ese repentino pensamiento se desvanece rápidamente, mezclado con el olor a frío del invierno. Una brisa helada, con un ligero aroma a muérdago, igual que en la misa de Navidad del instituto, le acaricia el cabello.

Si aún es capaz de recordar con tanta nitidez recuerdos de su adolescencia, es que sigue siendo una chica.

No se ha dado cuenta, pero diciembre está ya a la vuelta de la esquina.

23

Ni cuando cierra los ojos puede olvidar su cara. Le encantaría poder mudarse de esta ciudad, pero… Si al menos tuviera ingresos propios, si tuviera suficientes ahorros como para mudarse sin depender de su marido… Y si encima no estuvieran de alquiler, no tendría que aguantar está sensación de estar atrapada en una jaula oxidada.

¿En qué momento se le ocurrió dejar el trabajo? No. ¿En qué momento se le ocurrió involucrarse con alguien como Eriko?

Con ganas de tirarse de los pelos, da una violenta vuelta en la cama. Está deprimida desde anoche: no ha cocinado nada y lleva todo el día arrebujada bajo las sábanas. Su marido, preocupado y como si quisiera disipar la tensión acumulada durante estas semanas, la ha cuidado con esmero, igual que un devoto hermano mayor.

–¿Estás bien, Shōko? Últimamente trabajas demasiado en el blog y también sales mucho… Tómate un descanso, ¿vale?

Hasta le ha llevado la comida a la cama: arroz *congee* con ciruela encurtida picada y huevo batido. Se nota que es casero, pues tiene un sabor dulce y claro.

Le da un sorbo al caldo del arroz y el sabor suave y reconfortante le despeja la cabeza. Por primera vez en su vida siente vergüenza por haber dependido siempre de la comida rápida y de las recetas hechas en cinco minutos. Se avergüenza de su pereza, de sus ganas de ahorrar tiempo y dinero, de no querer manchar un plato para no tener que fregarlo. Comprende que una comida preparada con cuidado llega directamente al corazón.

Cierra los ojos y le viene a la cabeza la conversación que han tenido esta mañana:

–Últimamente estoy de un humor de perros, ¿verdad? Desde que abrieron ese supermercado enorme hemos perdido clientes, los objetivos de ventas son cada vez más duros y los empleados a tiempo parcial en los que tanto confiábamos han ido renunciando uno tras otro… Cada día el trabajo es más difícil. La verdad es que, al ver cómo cada vez te iba mejor, sentí mucha presión. Pero ¿sabes qué? Me alegra que haya más personas, además de mí, que aprecien lo increíble que eres. Me ha hecho darme cuenta de que yo también tengo que esforzarme. Si juego bien mis cartas, puede que me asignen al departamento de ventas de la oficina central.

Con el rostro cada vez más rechoncho e iluminado por una sonrisa, le ha pasado una toallita caliente por el cuerpo y la ha ayudado a ponerse el pijama, a pesar de que le ha dicho que no era necesario. El vapor y la humedad le han impregnado desde los muslos a la corva. Shōko ha sentido vergüenza, pues hace tiempo que no se depila, y se ha abrazado a sí misma, pero no ha parecido que su marido se diese cuenta.

Mientras ella seguía tumbada en la cama, sin intención de levantarse, Kensuke se ha marchado a trabajar como todas las mañanas.

Con la vista fija en el techo, Shōko piensa vagamente en que, si lo pierde, nunca volverá a tener tal intimidad con nadie que no sea de su familia. Con Hashimoto, que está en sus años más atractivos, sería imposible. Y, si por algún milagro pudiera acercarse tanto a él, sabe que alcanzar tal grado de intimidad requeriría muchísimo tiempo.

No ha sido capaz de decirle que se va de viaje con Eriko. Si lo supiera, ¿se asustaría mucho? Seguro que le rogaría que no fuera.

¿Cómo puede explicarle, sin que suene falso, que todo ha sido un malentendido, que Eriko no está loca y que, de hecho, ahora se han convertido en amigas del alma?

No se le ocurre nada.

Y, lo más importante, ¿cómo es que no se ha dado cuenta antes de los sentimientos y del cambio en su marido? ¿Cómo ha podido

traicionar de esta manera a su atento y considerado Kensuke?

Avergonzada, llena de desprecio hacia sí misma y, en definitiva, sintiéndose completamente miserable, se hace una bola y aprieta los dientes con tanta fuerza que rechinan. No es mejor que su padre, que hizo daño a su madre una y otra vez.

Y no solo le ha hecho daño: ha manchado de manera irreparable la cálida vida íntima que les pertenece solo a ellos dos. Con solo recordar el mensaje que le envió Hashimoto anoche le sube el ácido del estómago:

> Oye, ¿esa mujer rara que estaba en el acuario no es la hija de una de las amigas de la dueña de Giselle? Sería un follón si va y cuenta que nos vio, ¿no? Nunca se sabe quién se puede ir de la lengua. Me imagino que tampoco querrás que tu marido se entere, así que ¿y si dejamos de vernos un tiempo?

¡Será cobarde!

Aunque ya habían acordado que dejarían de verse sin ningún drama ni problema, no se siente aliviada, más bien todo lo contrario: la rabia la consume por dentro. Vuelve a leer el mensaje y, acto seguido, estampa el móvil contra la pared. El teléfono cae y rebota contra la cama con fuerza.

¿Por qué él puede irse de rositas mientras ella está cada vez más acorralada por sus acciones? No puede negar que tenía hambre, hambre de que otro hombre que no fuera su marido la deseara. Y que era consciente de que un lío así no iba a durar mucho. Sea o no sea correspondido, este tipo de cosas desaparecen igual que la marea en la bajamar.

Nunca pensó que una minucia así, un tonteo inocente que ni siquiera puede clasificarse como engaño le fuera a salir tan caro. Por un besito de nada, por un instante de debilidad, ha permitido que Eriko Shimura tenga algo con lo que chantajearla y, así, ha perdido su libertad y su voluntad.

Ahora no puede hacer nada sin obtener antes el permiso de Eriko.

Es peor que ser una mascota arrastrada contra su voluntad por la correa de su dueña. Y como encima es una mujer inestable, capaz

de explotar en cualquier momento por cualquier cosa, no le queda más remedio que acatar todas y cada una de sus órdenes.

Incluso ahora siente como si Eriko la estuviera observando desde algún lugar y le resulta imposible relajarse. Apenas ha dormido desde el día del acuario y le cuesta un mundo que la comida le baje por la garganta.

Al final, ha cedido y va a tener que ir a Hakone. A pesar de que nunca han pasado más de dos horas seguidas, ahora tiene que ir y bañarse con ella y dormir juntas bajo el mismo techo. Nunca ha hecho nada así con otra mujer y no le apetece hacerlo con Eriko.

Solo con saber que no tiene más remedio que ir se le tapona la nariz y un pitido agudo le retumba en la parte de atrás de la cabeza.

Desde el día en que Eriko se presentó de improviso en el portal de su casa, su marido habla de ella con desconfianza. Podría mentir y decir que va a visitar a su familia, pero conociéndola a ella, seguro que narra hasta el mínimo detalle del viaje usando su nuevo poder sobre el blog. Tiene que pensar cuanto antes una excusa convincente.

¿Cómo ha llegado a este punto? Le aterra confesarle la verdad a Kensuke, no solo por revelarle que le ha sido infiel, sino también por exponer ante sus ojos lo superficial y egocéntrica que ha sido. Siempre ha querido mostrarse ante él como una mujer alegre y directa, no como este ser viscoso que es en realidad.

Le entran ganas de fumar, algo que estaba evitando, y al final se incorpora. Va hasta el salón con pasos pesados, prácticamente arrastrándose, y saca del fondo de la estantería un paquete de Camel y un mechero. Enciende un cigarrillo y, mientras disfruta del dulce aroma, se recuesta en el sofá.

Fumar apenas le calma el ánimo desgarrado. Observa cómo se mece la ropa del tendedero del edificio de enfrente. En la calle alguien grita, parece ser un vendedor ambulante de boniatos asados. A través de la cortina, el cielo, claro y difuminado, se extiende hasta el infinito y un rayo de sol le cae justo en el ombligo.

Como ha descuidado mucho la limpieza de la casa, en las esquinas hay montoncitos de polvo y pelos. El aire está muy seco, quizá va siendo hora de que compre un humidificador.

En definitiva, es una mañana corriente, de esas que hasta hace poco le parecían las más normales del mundo. Es irónico, pero, gracias a que Eriko la ha suplantado en el blog y ya no tiene que actualizarlo, ha podido recuperar la calma y la tranquilidad de antes.

No es que le pagasen por escribir, el blog no es ninguna obligación. Tampoco ha firmado ningún contrato con la editora. Quizá, al ver que no muestra señales de seguir adelante con la propuesta del libro, Satoko ha decidido darla por perdida. Quizá por eso sus mensajes son cada vez más parcos.

Si el blog le interesa tan poco, entonces, ¿por qué se ha esforzado tanto?

Al principio solo era un pasatiempo tonto, pero entrada a entrada empezó a sentir un hambre voraz, un cosquilleo incesante, como si fuera una drogadicta, incapaz de centrarse en lo que tiene delante.

Todo lo que veía, todo lo que hacía: solo le interesaba si luego podía publicarlo en el blog.

Hace un rato le ha echado un ojo a la entrada que subió Eriko ayer. Ha logrado imitar a la perfección su elección de palabras y hasta la manera de sacar las fotos.

> Hoy fui a un sushi de cinta giratoria con mi mejor amiga, que vive cerquísima. Me encanta el *engawa* de noventa y ocho yenes, ¡es mi favorito! No hay nada como beber té y comer algo de postre mientras charlamos de todo y nada. En estos sitios siempre hay algún plato nuevo que llama la atención, como las berenjenas con mayonesa y atún . Creo que por eso me gustan más que los sitios de sushi caros.

Resulta muy típico de Eriko escribir algo como «mi mejor amiga» sin ningún tipo de pudor. Y aun así, si alguien se preguntara si lo ha escrito la propia Shōko, seguro que creería a pies juntillas que sí. Así de bien conseguido está.

Le duele un poco el pecho al ver que su manera de escribir y de expresarse se puede imitar con tanta facilidad, pero es algo que ya tiene asumido.

Piensa eso desde que salió por primera vez en esa revista para amas de casa: quizá lo mejor sea dejarle el asunto del blog a Eriko y retirarse.

Hace tiempo que no le produce ningún sentimiento de apego, solo frialdad. Le sorprende no sentir ni la más mínima morriña. Si parece que fuera ayer cuando estaba tan obsesionada con el blog que no podía pensar en nada más.

En el fondo, lo más importante es recuperar su paz lo antes posible.

Todavía tumbada en el sofá, enciende un segundo cigarrillo. Mientras observa cómo el humo se alza en espirales, está a punto de echarse a llorar al recordar la plenitud y la seguridad con la que ha vivido. Sin tener miedo, protegida por su marido, disfrutando de la vida. Pensaba que no había lugar para ella ni en su pueblo natal ni en su trabajo, que vivía a la deriva, pero la verdad es que tenía en las manos todo lo que siempre había querido: un lugar en el que respirar tranquila, una familia a la que poder abrirle su corazón y con la que compartir todo.

El salón que tiene delante no está impecable ni perfectamente ordenado, pero no es un lugar abandonado por sus habitantes: hay montones de mangas y revistas que les gustan a su marido y a ella, una bolsa de gominolas a medio comer cerrada con una pinza… Aquí no hay nada que le dé miedo. Puede que no haya emoción alguna, pero tampoco hay tensión ni decepción. ¿Acaso no es eso lo que ha añorado desde su más tierna infancia?

Eriko se equivoca. No es una mujer perezosa: ha perseguido lo que quería y lo ha obtenido. No tiene por qué dejarse arrastrar por las palabras de una extraña. ¿Por qué ha menospreciado tanto su propia forma de vivir? Sin darse cuenta, había empezado a importarle más la opinión de los demás que la suya propia.

Se había obsesionado con contarle al mundo pensamientos y sentimientos que debería haberse guardado en su interior solo para recibir la aprobación de unos desconocidos, y su vida en pareja ha ido decayendo como el paso del verano al otoño.

Que la acepten otras mujeres, publicar un libro, cambiar la forma de ser de las amas de casa, ser alguien relevante… Todo eso le da lo mismo ahora.

En el fondo, nunca le ha importado de verdad. Lo más importante para ella es el tiempo que pasa con Kensuke. Y solo ha comprendido

su valor después de haberlo perdido.

Se da la vuelta sobre sí misma y nota cómo el arroz se revuelve como el oleaje en su interior. Tiene que conseguir, sea como sea, que Eriko borre las fotos del beso. Cortar toda relación con ella y volver a vivir como antes.

Pero… ¿por dónde empezar?

Se le ocurren varias ideas, pero enseguida le empieza a temblar el cuello y nota un dolor de cabeza incipiente. Suspira. Bajo su espalda, el muelle del sofá vibra.

Por más que trate de pensar en un plan, se siente perdida, como en un laberinto. No ve la manera de salir de él. Al final, todas las opciones le dan demasiada pereza. Una vez que está tumbada, hasta incorporarse es un fastidio. Si la vida pudiese vivirse sin esfuerzo, nunca habría acabado así.

Así está la cosa: no tiene ni la astucia ni la fuerza de voluntad suficientes para hacer nada. Tal vez, si se limita a seguirle la corriente a Eriko, al menos la cosa no vaya a peor.

Sea como sea, ya no hay nada que pueda hacer. Sonríe un poco y mira el edificio de enfrente a través de la cortina. No tiene que pensar, solo limitarse a obedecer, a esperar instrucciones. Ya no tiene ni que escribir el blog. Puede mantener su vida con Kensuke igual que hasta ahora. En cierto modo, quizá sea hasta algo cómodo para ella. Solo debe seguirle la corriente y sacarle la lengua en secreto, igual que hacía con sus profesores cuando era estudiante.

Recuerda lo que le dijo Keiko sobre no hacer nada. En ese momento, aunque fue solo durante un segundo, sintió una profunda admiración por esa mujer que se dedica a flotar en el vacío.

Una mujer que no espera nada del mundo y de la que tampoco se puede esperar nada… Es casi un ídolo. Ahora Shōko tiene una presencia mucho más tenue que Keiko: no tiene absolutamente nada que decir.

Si esto la lleva a desaparecer, a volverse invisible, pues que así sea.

A pesar de que la ventana, que tiene marcas viejas de gotas de lluvia y que lleva tiempo sin limpiar, está cerrada a cal y canto, siente como si estuviera entrando corriente. El viento de finales de

otoño, frío y dulce, parece querer conducirla, con inocencia, hasta lo alto del cielo para que jueguen juntos. Así pues, no le queda más remedio que dejarse envolver por él como si fuese una hoja seca. Es una sensación muy parecida a convertirse en el propio viento, fusionarse con él y dejarse mecer a la deriva es casi lo mismo que quedarse quieta sin hacer nada.

Ahora solo le queda encomendar su destino al viento y a las olas.

El vendedor ambulante de boniatos ya ha llegado frente a su edificio. Su voz es cada vez más nítida, más y más fuerte… De pronto, el sonido se corta de golpe, como si hubiera caído el filo de una guillotina.

24

Todos los días, el Romancecar atraviesa con descaro la ciudad, impasible ante el sol y el viento, y sigue su ruta. Da igual en qué parte de Tokio se esté, si se presta atención, se pueden ver por el rabillo del ojo los vagones blancos y azules del tren, como pinceladas rápidas sobre un lienzo. Es una imagen a la que está acostumbrada desde niña, así que nunca se le ha ocurrido, ni a ella ni a sus padres, montarse en él por diversión.

Recuerda haberse subido en el Romancecar solo una vez, en un viaje familiar que hicieron cuando iba todavía a la guardería, pero tanto el interior del tren como el paisaje que se veía desde él están borrosos en su memoria. Ni siquiera está segura de si su destino fue Hakone.

Ahora, sentada junto a Shōko en unos asientos en el primer vagón, este paisaje cotidiano le parece surrealista, como si de pronto pudiera adentrarse en el cuadro de un imitador de Matisse que tiene en casa y caminar por él. Es más surrealista que el hecho de haber ido con su jefe a un hotel para parejas o haberse tomarse unos días libres del trabajo; tiene la sensación de estar saliéndose de su vida tal como la conoce y de que, si sigue así, no va a poder dar marcha atrás.

Ha cruzado la línea y, una vez traspasada, ya no puede volver atrás. ¿Quizá por fin está tratando de convertirse en alguien que no es?

En la parte delantera del tren hay una luna semicircular curvada. Desde el cristal, las vías parecen estar muy cerca y van apareciendo y desapareciendo con cada metro recorrido. Le da la impresión de

que se le van a incrustar en el cuerpo, así que se lleva la mano al estómago instintivamente.

Los asientos son cómodos, tanto como los de la clase ejecutiva de los aviones. Por la ventanilla ve un supermercado y una bolera: están a punto de pasar por su barrio.

De pronto, siente ganas de dar media vuelta. Quiere regresar a casa, envolverse en esa manta que huele a ella, saber que está con sus padres y esperar a que su madre prepare la comida. Quiere volver a ese refugio que ha mantenido desde joven.

¿Por qué se siente así? No entenderlo la pone nerviosa. Le da miedo y temer algo así le resulta absurdo. ¿Cómo va a tener miedo de algo que ha deseado tanto?

Rápidamente, se obliga a animarse, porque sabe que, si se deja arrastrar por la ansiedad, acabará metida en un pozo del que no podrá escapar y eso es lo último que quiere que pase.

Ya ha viajado un montón de veces por trabajo y ahora ni siquiera va muy lejos, solo a la prefectura de al lado. Entonces, ¿por qué está tan nerviosa y se siente tan insegura?

Lo más probable es que sea por tener a otra persona a su lado.

Dirige la mirada hacia Shōko, que se apoya contra la ventanilla. Huele a suavizante mezclado con algo cálido, como la ropa tras secarse al sol. El aroma viene de la ajada y desgastada camiseta que lleva puesta. Su aspecto suave y usado cuenta en secreto una historia de vida doméstica que Eriko ignora. Seguramente su marido huela igual.

Ese aire despreocupado y hogareño que la envuelve por completo despierta en ella envidia y repulsión. Incluso se ha planteado acostarse con el tal Kensuke solo para convertirlo en algo más que comparten.

«Voy a irme de viaje con una amiga, no os preocupéis».

Ni siquiera puede describir la satisfacción que sintió al contárselo a sus padres.

En el fondo, lo peor de no tener amigas es no poder decirles cosas como esa a sus padres. Más que el hecho en sí de estar sola, lo que le preocupa es que piensen que nadie la quiere.

Su madre, que con cada año que pasa tiene los párpados más finos y cada vez se le transparenta más el ojo por detrás, esbozó una sonrisa forzada y su padre endureció el gesto al oírlo.

Llena de pasión, Eriko encendió el ordenador y les habló sobre el blog de Ohyō, su autora, y lo bien que se llevaban. Fue una presentación en toda regla, igual que las que hacía para el trabajo.

Tras casi una hora de exposición, su padre le preguntó, enfatizando cada una de las palabras:

–¿Confías en ella? ¿Es una persona de la que te puedas fiar de verdad? Te recuerdo que ahora mismo estás de baja laboral, por lo que ya estás causando molestias y preocupando a muchas personas. Si haces alguna locura, traicionarás a todas las personas que confían en ti.

Estuvo a punto de espetarle: «¿Acaso tienes tú alguien en quien confiar?», pero se mordió la lengua. Hace mucho que se pregunta por qué su padre no tiene amigos, pero, por más que le da vueltas, no encuentra respuesta.

Su padre es callado, amable y paciente. No es exactamente el hombre ideal que describió Maori, pero, a diferencia de la mayoría de sus compañeros de clase, que, al llegar a la adolescencia, empezaron a despreciar a sus padres, ella nunca tuvo esa fase. Siempre que hablan, siente que le comprende y no hay nada desagradable en su piel reseca y su cabello cano.

Se consuela pensando que, quizá por ser poco masculino, no encajó bien con la brutalidad y la hombría de la empresa. Sí, debe de ser eso. No es que lo odien, es solo que no encaja en ese ambiente de machitos.

Es imposible que su padre cargue con atributos tan ridículos, miserables e inexplicables como los suyos. Solo con imaginárselo, siente una vergüenza y una ira inexplicables, como si el suelo se desmoronase bajo sus pies.

¿Y si esta manera de ser que tanto la atormenta es algo heredado?

Si se para a pensarlo, tiene ganas de no volver a verlo nunca más y escapar de casa. ¿Quiere de verdad a su padre? Su hogar es el

último bastión seguro que le queda. No puede permitirse, bajo ningún concepto, perderlo.

Aunque al principio sus padres se mostraron recelosos ante la idea, cuando les explicó que iba a viajar con una mujer tan importante que hasta le han ofrecido publicar un libro y les facilitó los datos del alojamiento y el itinerario, accedieron, a regañadientes, a permitir que se fuera.

Con tanto preparativo, los últimos días se le han pasado volando. Lleva tanto tiempo soñando con esto… Entonces, ¿por qué está tan tensa y tiene la garganta tan seca que parece yeso? ¿Por qué?

Le da un trago al sake a temperatura ambiente que ha comprado en Shinjuku, la primera estación del recorrido, e intenta grabarse en la memoria el perfil de Shōko: las puntas cortas del cabello se pegan contra la ventanilla debido a la electricidad estática y forman ondulaciones curvas y huecas, como un nido de pájaros. Es capaz de distinguir con claridad las motas de polvo que reposan sobre sus pestañas, la textura de la piel, de color mantequilla, y hasta la fina capa de vello que le cubre el rostro.

No es una mujer excepcionalmente guapa, pero aun así no puede quitarle los ojos de encima.

Aunque no tiene mucha influencia sobre su entorno y su visión del mundo parece limitada, el corazón de Shōko siempre apunta hacia un lugar lejano, inalcanzable. La fragilidad de su ser, la delicadeza que la rodea, como si fuera a echarse a volar en cualquier momento, ejercen sobre Eriko una atracción irresistible.

Si pudiera, le gustaría meterse dentro de su cabeza y acompañarla a los lugares lejanos que visita en sus pensamientos. Quizá los hombres con los que ha estado la han mirado con los mismos sentimientos que ella ahora.

Pero ahora Shōko no puede huir. Los ha vencido a todos: al chico joven del acuario, a su marido y a todos los demás. Por fin ha logrado crear un mundo solo para ellas en el que nadie más puede entrar.

Oye el ruido del tren mientras enumera mentalmente todas las cosas que ha logrado gracias a su propio esfuerzo.

Para empezar, ahora mismo va de viaje a Hakone con su mejor amiga. Ante la mirada de cualquier espectador, son dos mujeres que comparten una estrecha amistad. Han quedado en la estación del barrio y luego se han dirigido juntas a Shinjuku para subirse en el Romancecar que ha reservado con antelación. Están sentadas juntas, listas para ir a unas aguas termales y pasar tiempo de calidad la una con la otra. Por fin ha alcanzado este privilegio exclusivo de las mujeres adultas.

Sí, el esfuerzo siempre tiene recompensa. Los malentendidos pueden arreglarse.

Borra de su cabeza la tristeza y la ansiedad de hace un momento. Debe borrarlas.

Tras repetirse varias veces «Bórralas, bórralas» en silencio, se inclina de golpe hasta quedar a pocos centímetros de la cara de Shōko.

–¡Mira, mira! ¡Casi hemos llegado a nuestro barrio!

–Ah, sí –responde sin mucho interés, y la mira como si fuera la primera vez que la ve.

Bajo la luz del sol, el tono de sus ojos parece tenue y descolorido. Lleva las cejas sin perfilar, poco definidas. Quizá esta sea también la primera vez que Eriko la ve bajo la luz del día.

Últimamente, el aura de Shōko ha cambiado un poco. No es algo que sepa cómo explicar con palabras, pero le recuerda a un niño pequeño que todavía no sabe hablar. No le molesta que se haya vuelto más dócil, pero ya no tiene nada de carácter y deja que tome ella todas las decisiones.

Es un viaje entre amigas, lo ideal sería que mostrase algo más de entusiasmo. Recuerda que aquella primera noche, cuando se conocieron, había visto inteligencia, agudeza y chispa.

¿Quizá Shōko nota su impaciencia?

Mientras cavila, le pregunta de pronto:

–Oye, Eriko, tú siempre has vivido en el mismo barrio, ¿verdad? ¿No has pensado nunca en irte?

Resulta raro que sea ella la que inicie la conversación, pero es algo estupendo: dos mujeres en el Romancecar, una charla íntima y, de postre, su destino: unas aguas termales. Su euforia es tal que

está a punto de perder el control. Se dice a sí misma: «Calma, calma» y sonríe como si estuviera pensando la respuesta.

–Bueno, supongo que cuando me case acabaré por mudarme, pero la verdad es que en el fondo me gusta el ambiente que hay.

No es una mentira ni una exageración, sino un sentimiento puro y sincero. Claro que a veces le entran ganas de mandarlo todo a freir espárragos e irse a algún lugar completamente desconocido, pero no tiene ninguna razón de peso para marcharse. Además, está convencida de que, si se fuera de su barrio, buscaría mudarse a un sitio parecido.

–Ah. Yo, en cambio, quise irme de casa de mis padres lo antes posible. Odiaba tanto mi pueblo como a mi familia. Sobre todo odio a mi padre.

La mirada de Shōko se posa sobre el barrio en el que Eriko ha vivido tanto tiempo: más allá de las vías se extienden a lo lejos el supermercado de confianza, su colegio y la calle comercial.

Es el mismo paisaje de siempre, pero, visto desde este nuevo ángulo, resulta aún más entrañable.

Sin duda, este es el momento que tanto ha aguardado. Está tan feliz que se le escapa un sonido extraño por la garganta. Por fin Shōko, con algo de emoción, ha decidido hablar por voluntad propia de su infancia.

A partir de ahora, su relación mejorará. El corazón le late con fuerza en el pecho, pues presiente que pronto podrá saborear el verdadero placer de un viaje como este.

–Ah, claro. Sí, esto… Me gustaría saber más de lo que comentas. Quiero decir, ¿cómo es tu padre?

–Posee terrenos en el campo, unos apartamentos y un aparcamiento frente a la estación. Y también un trozo de montaña, una que ocupa casi todo el pueblo.

–¡No sabía que eras una niña rica!

Descubrir que Shōko ha nacido en un hogar acomodado la sorprende mucho y, además, le produce una alegría inmensa. Por fin comprende por qué, a pesar de ser tan dejada, es una persona refinada: una nunca pierde del todo la elegancia con la que la criaron.

–Aunque, claro, la tierra no vale nada, está demasiado apartada de todo. Y, encima, mi padre no se da cuenta de que las cosas ya no son como antes. Me parece que no nos queda casi nada del patrimonio familiar. No es que sea mala persona, pero le trae sin cuidado todo lo que le rodea. Es como… Su comportamiento no tiene el menor sentido: de pronto va y te grita como si fuera un mafioso, pero normalmente es una persona tranquila, de sonrisa fácil, que no expresa sus opiniones y no sabe relacionarse con la gente. Le gusta emborracharse, jugar a las máquinas tragaperras y salir a Dios sabe dónde. Ya ni siquiera soy capaz de distinguir cuándo está de buen o de mal humor. No sé si me estoy explicando bien. Es solo que… no me gusta estar con él. No es mala persona, pero cuando estamos juntos estoy muy tensa. Y no soy solo yo, le pasa a toda mi familia. Desde que mi madre se fue, ni mi hermano mayor ni mi hermano pequeño quieren pasar tiempo en casa. Me parece que su nueva mujer también se ha ido… No sé qué va a ser de mi padre ahora.

Eriko nunca ha oído hablar de un padre tan raro. Si le hubiera dicho que no tenían dinero o que era un hombre violento, todavía podría entenderlo. Pero un hombre tan ambiguo que no se puede clasificar como bueno o malo es algo que está más allá de su comprensión. Y no quiere que Shōko se dé cuenta de que no lo entiende.

Le da miedo que la malinterprete y piense que se está burlando de su familia o, peor, que descubra la poca experiencia que tiene en este campo. Incluso empieza a enfadarse con ella por tener ese trasfondo incomprensible, y con su padre, por propiciarlo.

Piensa bien sus palabras para que no puedan hacerle daño a su amiga y dice:

–Creo que deberías hacer de tripas corazón. A fin de cuentas, es tu padre, el que te dio la vida. Tendrías que armarte de valor y hablar las cosas con él. Recuerda que hay gente que lo pasa peor que tú. ¿Por qué no le pones ganas y tratas de solucionarlo sin culpar a nadie?

Es lo que piensa de verdad. Gracias a que se armó de valor, pudo aclarar el malentendido con Shōko y reconciliarse con ella. Ha dado

una respuesta mucho más sincera que limitarse a fingir que la entiende y, en silencio, se siente muy satisfecha consigo misma.

Decide colocar la guinda sobre el pastel y terminar su monólogo con una última frase de sabiduría:

–Dile lo que sientes, sin mentiras ni artificios.

Shōko la mira fijamente a los ojos y, enseguida, gira la cabeza.

–Tienes razón. Sé que me falta ponerle ganas. Créeme: lo sé desde hace tiempo. Es que, cuando estoy frente a él, no sé cómo hacerlo. No sé lo que es correcto ni tampoco se me ocurre nada que quiera decirle.

–Pero… eso suena un poco triste, ¿no?

Está desconcertada, siente como si la hubieran rechazado. Como no sabe qué cara poner, se decanta por una especie de sonrisa forzada. Sigue igual de perdida, pero, por algún motivo, que Shōko haya admitido sus fallos abiertamente le hace pensar que se han alejado.

Con cierta incomodidad, su amiga sonríe a modo de respuesta y vuelve a clavar la mirada en la ventanilla.

Ya han dejado atrás el barrio y ahora se ven muchos árboles, seguramente sea un parque, y el andén de una estación cuyo nombre solo le suena de manera vaga.

–Oye, puedes contarme más cosas si quieres. Me gustaría saber más sobre tu familia.

–Lo siento, no tengo mucho más que contar. Es… todo lo que hay que decir de mi padre, de verdad. No hay nada más, se acabó.

Cierra los ojos, una expresión que parece gritar: «No me sigas hablando». Las pestañas proyectan una sombra sobre sus mejillas.

De nuevo siente ganas de romper el cristal de la ventanilla a puñetazos y saltar del tren en marcha. No soporta sentirse rechazada. ¿Qué es lo que ha hecho mal?

Repasa mentalmente todo lo que acaba de decir, pero no encuentra nada que le parezca un error garrafal. De hecho, hasta tiene la impresión de que sus palabras han sido demasiado simples, rozando la trivialidad. Ha sido comprensiva y no ha dicho nada raro. Su única intención era mantener el ambiente cercano y amistoso. No

quiere que el viaje se vaya a pique, sobre todo después de lo que le ha costado prepararlo.

Ahora mismo no puede dejarse arrastrar por la aspereza de sus emociones. Con esfuerzo, piensa en algún tema de conversación agradable.

–¿Sabes que en el museo Pola venden una caja de galletas decorada con los *Nenúfares* de Monet? Quiero comprar una sí o sí. ¿Has pensado algún lugar al que te gustaría ir?

–No quiero ir a ningún sitio en concreto. Me basta con meterme en las aguas termales y quedarme ahí sin hacer nada… Iré contigo a donde quieras. ¿Te importaría despertarme cuando lleguemos?

Y, sin decir nada más, cierra los ojos. Aunque es evidente que solo finge dormir, por algún motivo desconocido no se atreve a sacudirle el hombro y reprochárselo.

A pesar de que lleva las riendas de la relación y de que tiene la baza del chantaje, siente algo de envidia de que Shōko sea capaz de seguir yendo a la suya.

Aunque quizá, en el fondo, lo que siente es alivio.

Mira al frente, reclina el asiento y deja escapar un pequeño suspiro. Como Shōko le vuelva a hablar de su familia, no va a saber qué decir. Nunca ha conocido a nadie que tenga un entorno familiar tan complejo, por lo que no sabe cómo reaccionar.

O quizá sí que ha conocido a gente con familias complicadas, pero nunca se lo han confesado.

No ha tenido amigas cuyos padres se hayan divorciado.

No ha tenido amigas con discapacidad.

No ha tenido amigas con hijos.

No ha tenido amigas extranjeras.

No ha tenido amigas que no sean heterosexuales.

Jamás ha compartido sus sentimientos con alguien de un entorno diferente al suyo.

Es capaz de procesar la pobreza en Tanzania como un dato y sacar conclusiones al respecto, pero en cuanto tiene que lidiar con experiencias vitales distintas a la suya, se le nubla la mente. ¿Cómo va a ofrecerles un punto de vista valioso si ella misma tiene que lidiar con sus propios problemas y fracasos?

Cada vez que intenta disipar ese cúmulo de nubes mental y seguir adelante, recuerda a la Keiko de aquel día. Recuerda cómo le cortó el paso, cómo la miró, igual que se mira a un desconocido, con los ojos muy abiertos y llenos de miedo.

Y cómo la rechazó con todas sus fuerzas.

No puede superarlo.

Le asusta pensar que su percepción de la situación pueda ser distinta a la realidad. ¿Y si asusta o hiere a otras personas? Solo con imaginarlo, se queda completamente paralizada.

Precisamente por eso necesita a Ohyō, alguien que consigue hacerla empatizar. No quiere a esta Ohyō inescrutable, sino recuperar a su versión cercana y amable. Quiere hacer las paces con el mundo.

El tren pasa por una estación parecida a la de su barrio, aunque nunca ha estado por esta zona. Hay un cartel de la misma cadena de supermercados, un andén con la misma estructura. Le encantaría poder leerles la mente a los demás para entender los sentimientos de aquellos que viven de manera distinta a la suya.

Si tuviera ese poder, no habría tenido que reservar los primeros asientos del Romancecar, bueno, más bien no habría tenido que irse de viaje con una completa desconocida.

25

Lo primero en lo que piensa en cuanto pone un pie en la estación de Hakone es que huele igual que la montaña de detrás de su casa. El aire es frío y el cielo que se vislumbra por encima del techo del andén, a pesar de estar cubierto de nubes, da la sensación de estar despejado.

Es el mismo olor que recuerda del jardín de su casa: el aroma dulce y húmedo que aparece cuando los montones de hojas caídas se humedecen y se pudren en silencio.

Aunque expresase esta observación en voz alta, la mujer que la acompaña, nacida y criada en la ciudad, no la entendería.

Su padre es dueño de la montaña más grande de su pueblo natal. Al pie de ella hay un bosque de bambú, igual que en los cuentos, y, en primavera, un tío suyo que vivía cerca iba a recoger brotes de bambú.

A sus hermanos y a ella les gustaba más el arroz con brotes de bambú de su madre cuando estaba frío que recién hecho, pues así se intensificaba el sabor. Las ciruelas encurtidas, machacadas y envueltas en hojas de bambú eran el plato favorito de su padre. A ella le parecía que eran demasiado ácidas y tampoco le gustaba el olor a verde de los brotes de bambú crudos. Su padre nunca permitía que probases un plato sin más: una vez que dabas el primer bocado, estabas obligado a terminártelo entero, hasta la última gota del ácido jugo de las ciruelas.

Su padre dejaba que su madre se encargase de todo lo relacionado con las tareas domésticas y con la educación de los niños, pero cuando se trataba de los platos especiales que cocinaba

muy de vez en cuando por capricho, se convertía en un sargento y vigilaba con la seriedad de un carcelero que comiesen de manera apropiada y se lo terminaran todo. Daba miedo.

Las únicas comidas que preparaba su padre tenían muchos carbohidratos y estaban excesivamente saladas, tanto que llegaban a adormecer la lengua.

–¿Qué te parece si, antes de nada, comemos algo en el restaurante de *soba* frente a la estación? He leído en una guía que es bastante famoso y hacen los fideos a mano –dice Eriko con la expresión de alguien que busca conseguir el favor de la otra persona.

Ya no siente ni rechazo ni asco hacia ella.

Desde que le ha contado sus problemas familiares y ella le ha soltado un sermón con aires de superioridad, se ha quitado un peso de encima. Quizá hasta ese momento todavía guardaba la leve esperanza de que algún día podrían entenderse.

Pero Eriko, que ha crecido sin que le falte nada, ha liquidado de un plumazo sus problemas y los ha catalogado como una simple debilidad por su parte.

Le ha hecho más daño del que pensaba, pero, gracias al dolor que le ha causado, por fin puede resignarse: da igual lo que diga, Eriko no la va a entender ni tiene intención de hacerlo.

Puede sobrellevar eso si deja de pensar en ella como un ser humano. La cosa que la acompaña es una muñeca hinchable o algo por el estilo. De hecho, ahora que lo piensa, con sus facciones perfectas y su conducta extrema y repetitiva, casi parece una autómata.

Entonces, puede imaginarse que ha venido de viaje sola y disfrutarlo. De pronto, el paisaje que la rodea se vuelve sorprendentemente nítido.

Qué gracioso pensar que la única persona capaz de pasar tantas horas seguidas con una mujer como Eriko sea solo alguien como ella, poco exigente y a la que le sobra el tiempo.

Es difícil encontrar a una persona así una vez que pasas los treinta, ni aunque la busques aposta.

Quizá tiene tendencia a obsesionarse por mujeres como Keiko y ella, que viven la vida con dejadez y a la deriva. Quizá se acerca a este tipo de personas para forzarlas a convertirse en sus reflejos. En ese caso, ¿no sería mejor buscar desde el minuto uno a alguien igual que ella, quisquillosa, soberbia y perteneciente a la élite?

Le saca varias fotos al Romancecar detenido en el amplio andén. Tras pasar por el control se ponen a mirar, sin demasiado interés, las tiendas de recuerdos del interior de la estación.

A Shōko no le disgusta nada ver y probar cosas nuevas en un lugar en el que no ha estado antes, pero le molestan los preparativos: reservar los billetes de tren, hacer la maleta…, y por eso no suele irse de viaje. Kensuke es igual, así que, desde su luna de miel en Taiwán, no han hecho ninguna otra escapada.

De hecho, bien pensado, casi debería dar las gracias por que la hayan sacado de casa a la fuerza.

Coge un tarro de verduras de montaña en conserva de una vitrina refrigerada y mira el precio, aunque no siente un especial deseo de comprarlo. Durante un viaje con el colegio adquirió algo similar para llevarlo como recuerdo a su familia. Le sigue pareciendo igual de caro que en aquel entonces.

–¿Te lo vas a comprar?

Eriko se inclina y le echa un vistazo al producto. Desde que han llegado a Hakone, sus gestos son cada vez más infantiles y teatrales.

Por aquí todo bien. Lo único que Eriko está tan entusiasmada que resulta algo agotador.

Antes de bajarse del tren, ya le había enviado tres mensajes a Kensuke. En ellos le había explicado que la actitud rara de Eriko se debe a una ligera neurosis producto de una ruptura y de la sobrecarga de trabajo, pero que en el fondo es una persona amable y tranquila. Le había dicho que, como es una persona torpe socialmente hablando, siempre le ha costado hacer amigas y por eso se ha emocionado tanto al conocerla. Además, le había dejado caer que la propia madre de Eriko le había rogado que acompañase a su hija al viaje.

Kensuke no estaba muy convencido de la idea, pero tras mucho insistir, y aunque estaba preocupado, acabó cediendo con la condición de que le escribiera con frecuencia.

Shōko está cada vez más segura de que, si consigue que Eriko mantenga la boca cerrada, lo ocurrido con Hashimoto nunca llegará a oídos de su marido. Para bien o para mal, es una de esas personas que nunca se cuestionan las cosas y aceptan lo que tienen delante sin indagar más allá. Es imposible que pueda desenmarañar la oscura sombra que se ha instalado en su vida de pareja.

Nada más salir de la estación, se abre ante ellas una amplia avenida por la que discurren dos calles comerciales paralelas que se extienden hasta donde alcanza la vista, repletas de restaurantes y tiendas de artesanía. El local de *soba* artesanal que Eriko ha encontrado en la guía de viajes debe de estar por alguna parte.

Al abrir la oscura puerta de madera, desgastada por el paso de los años, la envuelve el cálido aroma a caldo de bonito. Se sientan junto a la pared. Ojea el menú y enseguida sus ojos van directamente a su plato favorito: *soba* con arenque. Eriko, en cambio, le da vueltas y más vueltas hasta que al final se decanta por una de las especialidades del restaurante: *tenseiro*, una combinación de *soba* frío con caldo aparte y tempura.

Poco a poco, el parloteo incesante de Eriko se vuelve más lejano, hasta disolverse como el vapor de los platos recién servidos.

«Quizá esto sea lo normal», piensa mientras deshace el arenque con los palillos y se lleva un trocito a la boca junto con algunos fideos. ¿Acaso no pasa lo mismo con otras mujeres que parecen ser muy amigas? ¿No se escucharán en realidad solo a medias? ¿No asentirán con desgana cuando la otra habla de un tema que ni les va ni les viene mientras dejan que los minutos se alarguen sin establecer una verdadera conexión?

Dentro del restaurante hay sobre todo parejas de mujeres ya mayores o grupitos de mujeres. ¿Serán también amas de casa? ¿Quizá compañeras de trabajo que tienen un día libre entre semana? No hay ni una sola mesa en la que haya un hombre junto a una mujer.

Ahora que lo piensa, Hashimoto dijo algo por el estilo. Le comentó que incluso en Disneyland hay cada vez más grupos de mujeres que parejas. En aquel momento no le dio mucha importancia, pero ¿con quién habrá ido al parque de atracciones?

¿Es la envidia la que habla por ella o esos grupitos de mujeres parecen cada vez más seguras de sí mismas y hablan más fuerte? Hasta la mayoría de las blogueras presumen todo el rato de sus amigas, como si su valor se basara en el hecho de tenerlas. Se entregan a ellas con devoción ciega, como si fueran una guerra librada de otra manera.

Pero ¿para qué? ¿Para no estar solas? ¿Para proclamar a los cuatro vientos que son capaces de compartir sus sentimientos con otras personas? ¿Para aparentar ante la sociedad y ante su propio escrutinio que su vida tiene significado?

Todo el mundo sabe que es raro que una relación de pareja funcione e, incluso cuando sale bien, acabas atrapado en la rutina. Entonces, ¿quizá lo hacen para mantener la ilusión de que la amistad entre mujeres puede mantenerse tan brillante como el primer día, que puede soportar el paso del tiempo y relucir por toda la eternidad?

De todos esos días de chicas que se celebran cada día en el mundo, ¿en cuántos hay de verdad un lazo sincero entre quienes asisten a ellos?

Shōko sabe de buena tinta lo fácil que es fingir ese aire de intimidad y, quizá por eso, le cuesta creer que haya verdadera amistad ahí.

En fin, sea como sea, el *soba* con arenque está de muerte, justo en el punto perfecto de cocción. Encima es barato y no huele a pescado.

El hotel al que van a ir ahora lo eligió Eriko tras investigar mucho: se ha esforzado en encontrar el mejor dentro de un rango de precio que se adapte a su ajustado presupuesto. Ya ni le parece algo por lo que sentirse agradecida o molesta.

Le da un sorbo al caldo caliente, dulce y salado al mismo tiempo. La garganta y el pecho le tiemblan ligeramente, todo su cuerpo se alegra al recibir este sabor.

Es capaz de mantener la calma con toda naturalidad y eso la desconcierta un poco. Reprime un eructo con olor a pescado.

Durante el viaje, a medida que los edificios eran cada vez más bajos y el verde ganaba presencia en el paisaje que veían por la ventanilla, notó cómo su relación con la mujer que la acompaña se volvía cada vez más confusa. Por un momento casi llegó a creer que no estaba allí por un chantaje, sino porque son amigas de verdad y que viajan juntas, por voluntad propia, en ese tren bamboleante.

¿Y si en el fondo le da exactamente igual quién esté a su lado?

Con Hashimoto, con su marido, con cualquiera de los hombres con los que ha estado antes… No importa quién, siempre encuentra la manera de vivir de manera tranquila, sin cambiar su propia esencia. Incluso junto a una mujer tan estrambótica como Eriko puede respirar con calma y analizar las cosas con la cabeza fría. Nadie puede alterarle el ritmo, así que no importa con quién esté.

Y, entonces, ¿no será precisamente por eso por lo que todos acaban alejándose de ella?

Para desterrar ese pensamiento intrusivo, espolvorea una buena cantidad de *shichimi tōgarashi* sobre los fideos que le quedan.

Al menos su marido no es así. A él no va a perderlo.

Puede que tenga sus cosillas, pero no es una persona tan rara y solitaria como para que la gente frunza el ceño al cruzarse con ella. Al menos en comparación con la mujer que tiene al lado, ella es mucho más aceptable y razonable.

–Ay, no. ¿Y ahora qué? Se me ha olvidado sacar una foto al *soba* con arenque para el blog…

Al levantar la cabeza ve a Eriko con el teléfono en la mano y cara de disculpa. En su lado de la mesa está el *tenseiro*, todavía intacto; en el suyo, al mirar hacia abajo, ve un cuenco casi vacío.

–No importa, yo ya estoy llena. Usa la foto que quede mejor.

–Pero entonces va a parecer que ha sido Ohyō la que se ha comido el *tenseiro*… Y sería mentira.

Eriko ladea la cabeza con gesto obstinado y el ceño fruncido, como si fuera incapaz de plantearse hacer algo así.

Esta mujer… seguro que no ha hecho trampas ni una sola vez, ni es de las que deja nunca nada a medias ni tampoco se permite

vaguear.

–No importa, también me gusta el *tenseiro*. Puedes decir que me lo he comido yo.

En cuanto pronuncia esto, Eriko asiente y empieza a colocarlo todo cuidadosamente: mueve los palillos, los cuencos, las colas de los langostinos en tempura… Con cara seria, saca el móvil y hace varias fotos. Al mirarla, Shōko siente cierta ternura y casi le parece entrañable.

Parece que el *soba* con arenque le ha calmado los nervios. Como no cree que haya manera de que la situación mejore, al menos va a intentar mantener una conversación. Piensa en algún tema que le pueda gustar a Eriko, pero enseguida tiene la sensación de chocar con el techo: no tiene ni idea de qué decir. No conoce ni sus gustos ni sus aficiones. De hecho, no sabe nada de ella.

–Oye, Eriko, ¿ves la tele? Yo estoy enganchada a esa serie que echan los jueves a las diez.

Es una comedia romántica muy alocada que protagoniza una actriz joven muy famosa. La trama es muy simple: la hija caprichosa y arrogante de una familia adinerada tiene que, por ciertas circunstancias, fingir que está casada con el hijo de uno de los empleados de su padre. Aunque no es gran cosa, la química entre los dos actores principales y el sentido de la moda de la protagonista hacen que tanto ella como Kensuke esperen con ganas el episodio semanal.

Eriko, que por fin ha terminado de sacar las fotos y mira satisfecha la galería de imágenes, levanta la cabeza de pronto, muy sonriente.

–¿Esa serie? Como la recomendaste en el blog vi un par de capítulos, pero…

–¿No te gustó?

Eriko sonríe con cierta incomodidad.

–No es que no me gustase, solo que no logro sentirme identificada con la protagonista.

–¿A qué te refieres?

–Pues que, si no logro sentirme identificada con los personajes, no puedo disfrutar de la serie.

El comentario la desconcierta. Nunca se ha parado a pensar tan profundamente en una serie tonta y las palabras de Eriko se le antojan como un extraño caramelo que no sabe cómo deshacer en la boca.

De repente, Eriko empieza a hablar con fluidez, con mucho más ánimo que antes:

–Es que… ¿cómo me voy a identificar con una chica tan joven, guapa y caprichosa? Imposible. Encima no hay manera de justificar vivir con un hombre al que no quieres o planear un falso secuestro. Desde luego es alguien de moral dudosa. No soporto a ese tipo de chicas a las que no les importa causar problemas a toda la gente de su alrededor, me repelen físicamente, de verdad que sí. En fin, que no puedo empatizar nada con la serie. Para empezar, ¿no te parece extraño que…?

Es como si se hubiera roto una presa: empieza a hablar y hablar sin pausa. No queda ni un hueco para que ella pueda intervenir. Al parecer, Eriko no juzga las cosas como entretenidas o aburridas. Shōko siente que se acaba de dar de bruces con otra nueva faceta complicada y desconocida de esta mujer y el peso hasta ahora cálido que tiene en el estómago se vuelve incómodo de repente.

Parece que, incluso para la ficción, Eriko lo juzga todo con su propia vara de medir. Examina cada detalle con rigor, como si fuera parte de su trabajo, y no lo puede disfrutar a menos que alcance cierto estándar que considera apropiado. A Shōko no le importa que no estén de acuerdo, lo único que quería era compartir impresiones, tantear qué les gusta y qué no a cada una, pero, sin comerlo ni beberlo, esto se ha convertido en un monólogo que escudriña al detalle cada una de las acciones de la protagonista de la serie.

Con un carácter así, es lógico que se haya aferrado tanto a su blog. Incluso cuando el tono cambió, en vez de distanciarse, solo se volvió todavía más insistente. Para Eriko, las diferencias de valores no son algo normal, sino una amenaza, algo que la condena a la soledad y que debe corregir a toda costa.

Incluso ahora, seguro que está juzgándola.

Qué agobio. De pronto, su intento de acercarse a ella le parece ridículo: esta mujer solo ve lo que quiere. Pues que se pase el resto

de su vida con su punto de vista sin hablar con nadie. Quizá nació sin la necesidad de tener amigas, pero la única que no es consciente de esto es ella misma. Puede que, si alguien se lo dijera, hasta supondría un alivio para Eriko.

–¿A ti sí te gustan esas telenovelas tan tontas? ¿Eres capaz de perdonar a una mujer tan mimada? Vaya, no me lo esperaba, me quedo muerta.

Dicho esto, Eriko pone una cara de sorpresa exagerada y se arrima hacia ella para darle un empujoncito en el hombro.

Ella solo quiere zanjar de una vez por todas el tema, pero está claro que Eriko está cada vez más animada. Con alegría, hace como si estrangulara o le diera una bofetada a alguien invisible. Con el gesto, golpea con el codo el bote de *shichimi tōgarashi*, lo tira y un aroma cítrico inunda el aire.

Eriko se encoge y lo recoge todo rápidamente mientras echa una mirada de soslayo a la mesa de al lado. Allí, cuatro mujeres de mediana edad comen *soba* y ríen a carcajadas, sin prestarle la más mínima atención.

Enseguida deja de mirarlas y continúa despedazando la serie.

Un sudor frío le recorre la frente. Le da la sensación de que acaba de ver algo que no debería haber visto. Seguramente para Eriko lo de tirar el bote no es más que un arrebato en medio de una animada charla entre amigas sobre una serie de televisión, un momento de entusiasmo en el que ha perdido la compostura. Seguro que piensa que, visto desde fuera, parecen dos amigas íntimas muy felices.

Pero Shōko se ha dado cuenta de que lo que Eriko busca no es amistad, sino parecer una persona que tiene amigas.

–Ya veo. Entonces, para ti, lo más importante es sentirte identificada.

–Claro, ¿acaso no lo es para todo el mundo? ¿Es que te parece raro?

–No, no me parece raro, pero… ¿por qué empezaste a leer mi blog? Al fin y al cabo, tú y yo somos completamente diferentes –dice sin pensar, mientras mira su cuenco vacío.

Eriko, como si acabara de recordar que todavía tiene comida en su plato, coge la tempura fría con los palillos y le da un mordisco.

–¿Qué dices? Claro que nos parecemos, tú y yo somos iguales. Puede que nuestros gustos y personalidades no se parezcan, pero somos iguales en lo que realmente importa. Por eso pensé que podríamos ser amigas. Quizá tú no seas consciente, pero somos el mismo tipo de persona. Me di cuenta de ello nada más leer tu blog. Siempre he pensado que, si nos apoyáramos la una en la otra, formaríamos un dúo invencible.

–¿Un dúo invencible? –Desconcertada, repite las últimas palabras que ha oído–. ¿Es que quieres luchar contra algún tipo de organización del mal o algo así?

–Sí, quiero luchar –responde con absoluta seriedad tras sorber algunos fideos de *soba*–. Quiero que charlemos, que nos divirtamos haciendo cosas juntas y que recarguemos energía. Y luego quiero que luchemos juntas contra algo enorme.

–¿El qué?

–Quizá podamos luchar contra las cosas que nos hacen competir.

–¿Las… cosas que nos hacen competir?

No entiende a qué se refiere y ladea la cabeza, confusa.

Eriko coge los palillos con ambas manos y los deja sobre la mesa con suavidad.

–No sucede solo en el lago Victoria, los ecosistemas y los paisajes acuáticos de Japón también se han visto afectados por especies invasoras. Cuando los sueltan por ahí, esos animales se ven obligados a competir por el alimento, el refugio o la reproducción. Y la competición no termina hasta que una de las especies se marchita y desaparece. ¿El resultado? Nacen verdaderos monstruos. Las especies invasoras, en realidad, se ven obligadas a competir por culpa de los humanos. No es que quieran luchar, es solo que las han puesto en esa tesitura. Deberían darnos pena estos pobres monstruos. Pues con nosotras ocurre exactamente lo mismo: existen desde hace muchísimo estos juicios preconcebidos de que las mujeres no pueden llevarse bien entre sí, de que siempre se apuñalan por la espalda, de que las consume la envidia, de que lo único que hacemos es ponernos la zancadilla… Desde que entré a

trabajar, los hombres de mi sección me lo han estado repitiendo una y otra vez. Sin darme cuenta, empecé a creérmelo y me empeñé en ser diferente al resto de las mujeres. Quería volverme fuerte, desapegada, alguien racional que no se mete en líos. Y todo para que los hombres me respetasen y me tratasen como una igual. Pero ahora pienso: ¿por qué intenté acabar con mi verdadera forma de ser? Al final, estos prejuicios no son reales, son mentiras inventadas por los hombres porque sienten envidia de la intimidad de las relaciones entre mujeres. Y también tienen parte de culpa las mujeres que se creen estos prejuicios. Es verdad que hay personas que se alegran al vernos competir y pelear entre nosotras; que, por alguna razón, sienten alivio y hasta alegría y se reafirman así en sus creencias. Que si estás casada o no, que si eres guapa o no, que si tienes hijos o no… Las mujeres pelean por cosas tan nimias como esas y parece que nunca logran coexistir pacíficamente. Pero no es porque nosotras lo queramos, es culpa de la sociedad, que nos impone esos criterios y nos fuerza a competir a todas horas.

De pronto, Shōko recuerda el rostro de Kensuke y lo que dijo: «¿Acaso no sabes que las mujeres pueden ser muy rencorosas y aterradoras?». No fue hasta que lo dijo cuando las acciones de Eriko le habían empezado a dar miedo, no fue hasta que lo oyó cuando comenzó a alejarse de ella. Ahora que lo piensa, quizá si no hubiera cortado su relación con ella tan de sopetón, Eriko no habría perdido tanto el control sobre sí misma.

Luego le viene a la cabeza el comportamiento de Satoko Hanai, la editora. Esa expresión en la cara, casi de diversión, al hablar, sin el menor peligro, de las complejas relaciones de las blogueras con hijos. ¿No fue precisamente ella, con sus comentarios, la que propició que compitieran entre sí? En un principio, esas blogueras no eran más que aficionadas, pero al final acaban comparándose las unas con las otras porque Satoko no deja de darles voz y presentarlas al escrutinio público. Fue ella quien, tras descubrirlas, creó una sección en la revista que permite comparar de un vistazo quién es más guapa y popular. Y, además, seguro que aviva las rivalidades entre ellas con palabras envenenadas que susurra con sutileza en el oído.

Cuando trabajaba en la tienda de ropa, el ambiente era tenso, enrarecido. No era solo cosa de las cifras de ventas, el desencadenante fue el descarado favoritismo de la encargada y la actitud del personal masculino, que se dedicaba a ponerles nota como si estuvieran en una especie de *ranking*.

Eriko piensa y, poco a poco, sigue hablando. Hasta podría decirse que tiene la expresión de una mujer lúcida:

–Creo que los hombres tienen miedo a que las mujeres se unan. Les asusta imaginar que pueda existir un lugar en el que el sexo y la fuerza carezcan de relevancia y que, además, esté fuera de su alcance. Les asusta pensar que las mujeres puedan sentir plenitud al confiar las unas en las otras. Les aterra dejar de recibir su cariño. Porque entonces sentirán que su manera de hacer las cosas pierde valor: ¿qué sentido tiene usar la fuerza para solucionar todos los problemas, arrastrar el odio y la soledad y no atreverse a salir del camino trazado, igual que una vía de tren?

Aunque lo que Eriko dice es bastante abstracto, Shōko, para su sorpresa, lo entiende con claridad. Hasta le parecen argumentos convincentes. Si lo piensa bien, incluso puede decir que ella misma ha elegido vivir como vive para evitar las competencias orquestadas de las que está hablando Eriko. Entiende también que, si las mujeres quieren abandonar esta competición absurda, tienen que entenderse las unas a las otras y apoyarse entre sí.

Sin embargo, aunque es capaz de comprenderlo en abstracto, no puede tenderle la mano a la mujer que tiene delante. Lo cierto es que no recuerda haberse sentido cómoda junto a otra mujer ni una sola vez en su vida y ni siquiera se lo pasa bien con Eriko. Se siente mucho más a gusto con los hombres. No hay nada que la tranquilice más que estar junto a Kensuke. A fin de cuentas, una persona tan vacía como ella solo puede amar a quien la proteja. No puede construir relaciones de igual a igual.

Además, una parte de ella se resiste de manera instintiva, ¿por qué va a dejarse arrastrar a una lucha como esa? Lo que en realidad quiere es algo muy distinto: una relación tranquila y sin tensiones, un trato apacible con una mujer nacida en Tokio y valores muy distintos a los suyos.

No necesita un alma gemela, solo alguien que le dé chispa a su vida cotidiana. No quiere pelearse, ni con los hombres ni con nadie.

Siente ganas de ver a Kensuke. Si hubieran venido juntos a este sitio, se habría relajado y habría disfrutado mucho.

–Vaya, ¡sí que estás concienciada con estos temas! –dice con una risita deliberadamente ligera.

Eriko, claramente dolida, se calla y se dedica a sorber fideos. Lo más probable es que la haya decepcionado. Y eso está bien, pues no es lo bastante fuerte como para ser su compañera en esta lucha.

Se deja caer en silencio en su pequeño mundo rodeado de oscuridad y espera a que Eriko termine de comer.

Salen del restaurante de *soba* y se dirigen hacia un gran hotel al lado del río. No se han dado cuenta, pero el día ya se está convirtiendo en noche. Como pidió salir más tarde de Tokio para reducir las horas que tendrían que estar juntas, ya ha pasado un cuarto del viaje. Por un lado se siente aliviada; por otro le resulta dolorosamente vacío que, ya que está en Hakone, no le quede otra alternativa que dejar pasar el tiempo de esta manera.

Todo es culpa suya.

Mientras se siga diciendo lo mismo una y otra vez, perderá su energía y su juventud sin superar sus problemas.

Entonces, un deseo titánico la golpea: quiere tener un hijo.

Tener un hijo con Kensuke y venir los tres a un lugar como este. Traer al mundo un niño o una niña todavía con la piel suave, con el futuro intacto, sin heridas ni fracasos, y disfrutar junto a su marido de cómo reacciona con chispas en los ojos ante todo lo que descubre.

Ya no le da miedo la dureza de criar a un hijo. Siente que su misión es proporcionarle a ese niño todo lo que a ella le ha faltado: unos padres que se quieran y un hogar que sea un remanso de paz.

Si tuviera un hijo, podría olvidar lo insignificante que es.

Por primera vez se da cuenta de lo profundamente harta que está de sí misma.

Shōko se inclina sobre el puente que lleva al hotel y mira al río. Es capaz de distinguir con claridad hasta las piedrecillas del fondo.

Mientras sigue con la mirada el movimiento del agua, recuerda el río que divide en dos su pueblo.

Tal vez sea como ha dicho Eriko, incluso en aguas tan serenas y cristalinas se libra una feroz lucha por la supervivencia.

A su lado, Eriko se inclina de pronto hacia delante y toma una foto de la superficie del río. El estridente resplandor del *flash* le impide concentrarse en el paisaje. Al ver cómo trata de convertir todo lo que se cruza en su camino en material para el blog, se siente cada vez más molesta.

Ahora que lo piensa, ¿quizá su marido sintió lo mismo? Solo de pensarlo se llena de rabia y vergüenza. Quizá es hasta positivo que esta mujer se haya hecho con el control del blog. Es mejor dejarle esas cosas a Eriko mientras ella se dedica a reforzar y volver todavía más sólida su vida con Kensuke.

Quiere que este viaje acabe ya.

Finalmente llegan al hotel. El vestíbulo es un espacio abierto enorme que permite alzar la cabeza y vislumbrar hasta el séptimo piso. Recorren la amplia entrada cubierta por una alfombra roja y espera a que Eriko se acerque a la recepción. Luego, una de las empleadas las conduce hasta un ascensor de cristal a rebosar de pequeñas luces y suben hasta el tercer piso, en el que se encuentra su habitación.

El exterior del hotel es de estilo occidental y moderno, pero el interior es más anticuado. En la mesa a ras del suelo de tatami hay unos dulces *manju* típicos de los lugares de aguas termales. En una esquina, sobre un adorable *yukata* con un llamativo estampado de mariposas, reposa un kit de cuidado facial con loción y tónico, todo sujeto con un coletero a juego. Al ser un sitio tan económico, seguramente la mayoría de los clientes sean estudiantes.

A pesar de lo espaciosa que es la habitación, Shōko siente una presión asfixiante al quedarse a solas con Eriko. El silencio es insoportable, como si con un poquito de esfuerzo pudiese escucharse claramente hasta la respiración de la otra.

–Bueno, ¿qué te parece si primero vamos a las aguas termales? Seguro que a esta hora no hay nadie –dice Eriko en cuanto deja el equipaje con voz repentinamente animada.

–¿Te importa si paso de lo del baño?

Pronuncia las palabras que lleva mucho tiempo preparando para este momento. No quiere desnudarse ni ver desnuda a esta mujer.

–¿Qué? ¿Es que no te quieres bañar conmigo? No puede ser. ¡No me puedo creer que hayas venido hasta Hakone y no quieras meterte en las aguas termales!

Al verla tan nerviosa, está a punto de soltar una carcajada. Con lo inteligente que parece y, en cuanto surge algo que no ha planeado, cae en un pánico ridículo.

Quizá si se riese más de ella y luego pudiera contarle las anécdotas a otra persona, no le resultaría tan desagradable estar las dos juntas. Se imagina un nuevo blog, *Diario de observación de la oficinista torpe E-ko*, y cómo en él le contaría a todo el mundo con tono divertido cada gesto y metedura de pata de esta mujer. Al menos así, todo esto no sería en vano.

–Es que yo daba por hecho que nos íbamos a bañar juntas –continúa Eriko–. Lo tengo planeado desde el principio. Tengo muchas cosas pensadas para hoy…

–Lo siento, estoy con la regla –la interrumpe con un tono que no deja espacio para réplicas.

Por supuesto, es mentira.

–Entonces ponte un tampón, me he traído algunos por si las moscas.

Sonríe involuntariamente, aunque lo que quiere hacer es rechazar la oferta que le acaba de entrar por los oídos.

–Lo siento, es que los tampones me dan mal rollo. Nunca me han gustado, perdón.

–¿No usas tampones? Eso es muy raro.

Eriko hincha las mejillas como si estuviera a punto de echarse a llorar.

En ese momento siente un miedo irracional, como si en cualquier momento Eriko pudiera tirarla contra el suelo y ponerle un tampón a la fuerza. La figura que antes le ha parecido delicada y esbelta se alza ahora frente a ella con una fuerza sobrecogedora, irradiando calor de forma amenazante, igual que un volcán a punto de entrar en erupción. Quizá no sean solo imaginaciones suyas: desde que la

conoce, Eriko siempre le ha parecido más grande de lo que realmente es.

–Es que… duele.

–¡No duele! ¡No me vengas con remilgos, que eres una mujer casada! ¡Ya no eres una adolescente, deja de comportarte como una cría!

La risa aguda de Eriko chirría como la tiza contra la pizarra. Saca de su bolso Boston una caja de tampones y la levanta bien alto.

El gesto le recuerda a la danza ancestral de alguna tribu en lo más profundo de la selva tropical: un baile de las sacerdotisas devotas a los dioses hecho para intimidar y espantar a los intrusos.

–Hoy en día son mucho más fáciles de usar. ¿Quieres que te enseñe cómo ponértelo?

Shōko la mira atónita. ¿Acaso esta mujer está loca? Le cuesta creer que sea la misma persona que hace un rato hablaba de la importancia del mundo femenino lejos del sexo y la fuerza bruta. Es como un tapiz tejido tanto con hilos de inteligencia como de absoluta necedad.

–No, no hace falta. Ya me lo pongo sola. Venga, vamos a las aguas termales.

Decide darle lo que quiere para calmarla y acepta con resignación un tampón.

Huye al baño de inmediato, cierra con llave y comprueba varias veces que la puerta no se abre. Tira el tampón directamente a la papelera y se sienta en el retrete con la cabeza entre las manos durante un buen rato.

Al salir, ve cómo Eriko la está esperando frente a la puerta y se fuerza a sonreír:

–Gracias, no me ha dolido nada.

Ambas cogen sus *yukata* y salen de la habitación. Van hasta el vestíbulo, bajan las escaleras hasta el sótano y apartan con la mano la cortinilla que reza baño de mujeres y da acceso a las aguas termales.

–¡Si solo estamos nosotras! ¡Qué suerte, tenemos aguas termales privadas! –dice Eriko nada más entrar, tras asegurarse de que no haya zapatillas de nadie más en el pequeño vestíbulo.

Al entrar en el vestuario, empieza a desvestirse con vigor.

Al levantar el jersey, Shōko ve un vientre completamente blanco que reluce junto a la grasa acumulada cerca del ombligo. Sobresaltada, aparta la mirada de inmediato.

En un abrir y cerrar de ojos, Eriko se desnuda por completo y desaparece por la puerta corredera de cristal que lleva a la piscina de agua termal.

Shōko no se quita ni una sola prenda hasta que Eriko se marcha.

A menos que se cuelgue un hilo en la entrepierna, se va a notar que no lleva ningún tampón, así que camina con los muslos bien juntos y rozando rodilla con rodilla. La presión le aprieta suavemente los genitales y le frota el clítoris. La cara interna de sus muslos se estremece con un cosquilleo agradable. Solo con eso ya siente como si la mano invisible de Eriko la estuviera humillando sexualmente.

Desliza la puerta corredera de cristal y el vapor la envuelve por completo. Tal como ha dicho, no hay nadie más en el gran baño. De espaldas, Eriko se restriega con fuerza el cuerpo.

Una pared entera de ventanales deja ver la línea montañosa del exterior. El techo es alto y la piscina, colmada de agua cristalina, espaciosa.

Se sienta en un taburete y se echa agua caliente por los hombros. Detrás de ella se oye un gran chof y unas gotas de agua ardiente le salpican la espalda. Cuando se da la vuelta, comprende que Eriko acaba de zambullirse en la piscina, pues a su alrededor se forman círculos concéntricos que se expanden por toda la superficie.

–¡Qué gusto! –exclama con los ojos entornados mientras se pone a nadar a braza.

El rostro que asoma entre el agua es de pura felicidad, pero la manera en que el cabello mojado se le pega a la cara de forma desordenada, cómo dobla las piernas en un ángulo grotesco, cómo abre las nalgas de par en par, dejando ondear el vello púbico…

Shōko está a punto de desmayarse.

–No deberías nadar aquí, podría entrar alguien.

Está tan impactada que no consigue decir nada más. ¿De verdad esta mujer ha estudiado en una universidad de prestigio y trabaja para una gran empresa?

Con lo estricta que es siempre con los demás, con esa manía que tiene de decir todo el rato que nadie se esfuerza lo suficiente y, en cuanto no hay testigos, va y actúa como le da la real gana. ¿Qué le ocurre?

–¿Qué más da? No pasa nada si no hay nadie más –replica sin darle la más mínima importancia.

–No lo digo por eso. Ya tenemos una edad y en las aguas termales no se puede nadar.

Su propia vehemencia al hablar la sorprende. ¿De dónde ha salido?

¿Cómo puede lograr que esta mujer entienda lo que quiere decir? Es una sensación tan incomprensible que resulta absurda y desagradable. No quiere que le dé estos sustos. ¿Cómo puede transmitirle algo tan obvio?

–Como somos las mejores amigas, aunque estemos las dos, es como si solo fuéramos una persona. ¿Nunca has pensado en lo bien que te sentirías al nadar desnuda y libre? ¿No has pensado en salir del acuario en el que vives? –Ahora empieza a nadar de espaldas y sus preguntas se alzan hasta el techo. El vello púbico resplandece con una miríada de gotas. Tiene los pezones alargados, del color del café con leche–. Nadar desnuda es maravilloso. No te imaginas lo liberador que resulta. Te hace ser consciente de lo mucho que tenemos que reprimirnos todos los días.

Ese cuerpo desnudo, mortalmente blanco, que flota sobre el agua como un espárrago no es nada erótico. Todo lo contrario: provoca escalofríos.

Shōko está convencida de que ni un adolescente virgen o un viejo pervertido podrían llegar a excitarse al ver a Eriko. Es como si una niña hubiese crecido repentinamente y sobre su cuerpo blando y sin forma hubieran brotado de pronto pechos y vello púbico. Es una imagen inquietante.

Es una niña. Esta persona no es una mujer adulta.

Seguro que se ha puesto a nadar porque le apetecía, con eso le basta para actuar.

Contiene las palabras que se le atoran en la garganta y se sumerge despacio en un rincón de la piscina, encogida sobre sí

misma, como si se estuviera resguardando de algo.

No es que no entienda lo que Eriko dice, pero no puede seguir comportándose como una cría. Quizá en Tokio sean más indulgentes con la edad, pero en las zonas rurales a los treinta se es una mujer hecha y derecha y te llaman «señora» por la calle. ¿Sus padres la han mimado tanto que se le ha olvidado la edad que tiene? ¿O actúa así porque todavía no ha superado el trauma de su primer fracaso en una relación? ¿Por qué no entiende que dejarse llevar así por el instinto resulta extraño y perturbador para los demás? Si al menos lo hiciera sola sería otra cosa, pero ¿por qué la tiene que arrastrar a ella?

Eso es: la arrastra. Lo que Eriko busca es alguien que la acompañe, alguien a quien arrastrar a su mundo de locura. Por eso nadie quiere estar con ella.

Como siga relacionándose con esta mujer, no le cabe duda de que ella también va a acabar majareta. Justo cuando ha logrado escapar de su padre va y le cae encima alguien como Eriko.

De pronto, Eriko se desliza por el agua hasta ella. Se pega a su costado y le examina la piel con la mirada.

–Tienes los codos y los talones muy bonitos. Son suaves y lisos como los de una niña. ¿Te haces algo especial?

–Pues la verdad es que no.

Es incapaz de percibir la suavidad o el aroma del agua termal, atributos de los que se enorgullecía el hotel. Lo único en lo que puede pensar es en apartarla de un empujón y huir de allí cuanto antes.

–Es como si no se te formaran rugosidades…

De hecho, ni siquiera de adolescente había tenido granos o puntos negros en la nariz. Tampoco se le acumula apenas cera en los oídos. A veces eso le hace sentirse anodina. Recuerda que, de pequeña, se entretenía limpiándole a su padre las orejas o sacándole los puntos negros.

¿Cuándo dejó de tocar a su padre? ¿Y cuándo dejó él de tocarla a ella?

–Siempre he sido así.

–A mí, en cambio, como se me olvide echarme crema un día, se me pone la piel más áspera que una piedra. Qué envidia. Mira, toca, ¿a que parece de hombre?

Dentro del agua, Eriko le coge la mano y la lleva hasta su codo. No le da la impresión de que esté especialmente áspero a pesar de que tiene la piel arrugada. Lo único que siente es malestar por verse forzada a representar el papel de la chica en esta especie de falso romance.

Como quiere cambiar de tema, eleva aposta la voz y dice:

–¿Y cómo son tus padres, Eriko?

Se le ocurre que, si logra que le cuente algún drama doméstico o alguna de las heridas de su infancia, quizá consiga entenderla un poco mejor.

–Pues son muy estrictos con las normas y la disciplina, pero los quiero muchísimo. –Tiene las mejillas sonrojadas y en este momento hasta parece mona–. Mi madre habla por los codos, pero es de carácter algo débil. Mi padre es más bien callado, tanto que a veces ni te das cuenta de si está o no en casa. Supongo que como matrimonio son más o menos compatibles. Diría que me llevo mejor con mi padre. A veces nos quedamos hablando horas sobre el trabajo y cosas del estilo. Ah, y mi madre es buenísima en la cocina, todo lo que hace está para chuparse los dedos. Fue gracias al apoyo de ambos por lo que pude esforzarme tanto en los estudios. ¿Te gustaría venir a conocerlos algún día?

Durante un instante está a punto de decir que sí. Le surge de manera natural la idea de que quizá no sería una pérdida de tiempo echarle un vistazo a ese hogar. Además, está convencida de que no estará tan desolado como la casa de su padre. Seguro que allí todo está limpio y ordenado, y el aire debe de oler a algo agradable. Se imagina a sí misma siendo recibida con los brazos abiertos, con un pastel casero sobre la mesa, acompañado de té de color ambarino.

Eriko no puede imaginarse una vida como la suya: que toda su calma se esfume de golpe y se le forme un nudo en el estómago nada más ver las luces de casa en la oscuridad de la calle.

No logra comprenderla. Si Eriko es contradictoria, también lo son sus propios sentimientos hacia ella, que oscilan de un extremo a otro

como el péndulo de un reloj.

A veces piensa con cariño que Eriko no es más que una niña criada con mucho cariño y esfuerzo. No puede burlarse, de ninguna manera, de eso. También piensa que sus padres deben de ser unas personas sensatas y buenas. Lo más probable es que estén preocupados por la inestabilidad mental de su hija y seguro que ahora mismo se están preguntando si se lo está pasando bien de viaje con su amiga.

Justo cuando se relaja y piensa que esta mujer es simplemente alguien extremadamente torpe a nivel social y empieza a sentir compasión de ella, se acuerda del oscuro vacío que se extiende en el interior de Eriko. Puede que, en mayor o menor medida, sea la misma sensación de hambre y carencia que todo el mundo lleva dentro de sí. Lo único que la diferencia del resto de la gente es que no ha encontrado una manera de lidiar con ello y ha dejado que ese vacío crezca y crezca hasta consumirla por completo.

El pecho le pesa con angustia al pensar que, en cualquier instante, ella o cualquier persona del mundo pueden convertirse en alguien como Eriko. Entonces, la compasión desaparece de su interior y la reemplaza un sentimiento abrumador de molestia, de querer alejarse de todo. No quiere ser consciente de que, en el fondo, los seres humanos son criaturas ridículas y miserables.

Ya basta. No quiere seguir cavilando. Pensar que todo es culpa de Eriko la vuelve arrogante, pero al mismo tiempo le proporciona alivio.

Se frota con fuerza los brazos y los muslos, como para impregnarse del agua caliente. En ese instante comprende una cosa sobre su padre: ese estilo de vida tan descuidado y absurdo que lleva se debe a que ha renunciado a toda responsabilidad. Pase lo que pase, siempre puede achacar todos sus problemas al abandono de su familia.

El resto de las personas detectaron al instante esa actitud indulgente y por eso nadie se acerca a él.

¿Cómo es exactamente la cara de su padre?

Ya casi no logra recordarla. Tampoco sabe cuánto tiempo lleva sin verlo.

¿Por qué tiene que estar desnuda al lado de una mujer con la que no comparte ningún tipo de vínculo?

¿Quién es ella en realidad? ¿Quién es Shōko?

Recuerda al fin por qué odia tanto viajar: no es porque le dé pereza preparar las maletas o coger un tren, es porque, sin darse cuenta, su propia existencia se torna difusa, hasta que termina por desvanecerse.

Aburrida por el silencio, Eriko vuelve a nadar.

26

El sonido del río no cesa. ¿Acaso no va a poder dormir hasta que lo ignore o se resigne a aceptarlo?

En la oscuridad, el rostro dormido de Shōko, que parece no tener cejas, resulta simple, una cara humana pero sin espíritu propio. No es como una máscara de *noh*, sino más bien como el rostro falso de la parte inferior de las mantarrayas o como una sábana arrugada que, vista desde cierto ángulo, parece una cara.

¿Cómo puede esta mujer relajarse tanto delante de los demás? La habilidad de Shōko para quedarse dormida al instante, aunque haya cambiado de cama o tenga a alguien al lado, le da mucha envidia.

Eriko, a quien por lo general le cuesta conciliar el sueño, lleva ya tres horas en el futón con los ojos abiertos. Se ha dejado llevar y ha acabado poniéndose el *yukata* del hotel, a pesar de que la tela es de mala calidad. Las sábanas son demasiado ásperas y rígidas, la almohada es demasiado alta… Todo la hace sentir incómoda.

Finalmente, se incorpora sin levantarse del todo.

Comprueba la hora en el móvil, que ha dejado junto a la almohada, y suelta un suspiro al pensar en todo el tiempo que ha perdido en cosas inútiles.

Ahora entiende lo que significa estar con alguien las veinticuatro horas del día: no puede hacer nada a su manera.

Aunque cuando todavía tenía novio viajaron juntos un par de veces y no le supuso ningún problema. Fueron al extranjero y, como él se había tomado la molestia de planificarlo todo con mucha antelación (qué visitar, dónde comer…), pudo desenvolverse sin alterar su ritmo normal.

Por las noches, gracias al sexo, acababan durmiéndose casi al mismo tiempo.

A excepción de esas fiestas de pijamas que celebraba con Keiko en el colegio, nunca ha pasado tanto tiempo seguido junto a una mujer de su misma edad y mucho menos había compartido la cama.

Cuando volvieron del baño, la cena estaba ya servida en la habitación. Había una gran variedad de platos, sobre todo con verduras de montaña y setas de temporada, y, por el precio que han pagado, le pareció más que satisfactorio. Pero Shōko apenas tocó la comida.

Le insistió en que salieran a explorar el hotel, a dar un paseo nocturno por la zona de las aguas termales, pero no dejaba de decir que los dolores de la regla eran demasiado fuertes. Se puso un viejo chándal, se metió en el futón y cerró los ojos enseguida.

Así que, al final, ni siquiera ha podido ver ni la mitad de las cosas que quería.

¿Por qué se ha obsesionado con una mujer tan normal y que carece de un mundo interior rico? ¿Por qué tiene que ser precisamente ella?

No dice ni adónde quiere ir ni qué le gustaría ver. Por mucho que se esfuerce por preparar un plan elaborado, no le dedica ni una palabra de agradecimiento. Se limita a seguirla con aire aburrido, arrastrando los pies y sin reaccionar ante lo que come.

Se pasa todo el rato analizando su estado de ánimo y se siente como una guía turística o casi como una criada.

Ni siquiera parecía impresionada por las aguas termales.

Cuando ha sacado el tema del museo al que van a ir mañana, solo le ha respondido con un escueto «ajá». No es que Shōko sea una persona brusca, pero tiene los sentidos apagados, extraordinariamente embotados ante todo estímulo.

Adora su manera de escribir, tan elusiva. En comparación con otras blogueras, Ohyō no dice demasiado y, justo por eso, da la impresión de esconder entre sus palabras algo digno de ser escuchado, un mundo interior complejo y rico.

Pero ahora comprende la verdad: esta mujer no tiene nada que decir.

Las cosas que le interesan a Shōko son inusualmente pocas. Su campo de visión es de apenas unos metros y, encima, nublado, y no muestra curiosidad alguna por nada del exterior.

No puede decir que todo sea culpa suya, claro está. Seguro que ni su entorno familiar ni su educación fueron los adecuados para desarrollar la sensibilidad.

Solo de pensar que no ha sido capaz de darse cuenta de esto antes, cuando solo tras intercambiar dos o tres palabras se ha puesto eufórica, le invade una vergüenza tan profunda que le produce escalofríos.

Después de estar todo el día tensa, sigue sintiendo el cuerpo completamente rígido y no puede dejar de pensar en si ha cometido algún error.

En busca de consuelo, piensa en el frigorífico de su casa. Quiere sacar un cartón de leche de dentro, servir el líquido en una taza y añadirle miel y unas gotitas de ron. Calentar la bebida un minuto y medio en el microondas y bebérsela de un trago.

Este anhelo por volver cuanto antes a casa es el mismo que sentía de adolescente cuando en la escuela hacían algún viaje de estudios.

Pensaba que, si se iba de viaje con una amiga, se aligeraría el peso con el que carga. Había creído de verdad que, entre las charlas con Shōko, el paisaje distinto y la deliciosa comida de la zona, lograría escapar del círculo vicioso de sus pensamientos normales y se convertiría en la Eriko completa y sana que debería ser.

Pero lo que ha ocurrido ha sido justo lo contrario: se siente más acorralada que nunca, como si no parasen de restregarle por la cara sus carencias como ser humano.

Quiere cambiar. Quiere cambiar con tanta fuerza que siente ganas de echarse a llorar.

Quiere convertirse en alguien capaz de relacionarse con los demás, una persona compasiva, de las que se adaptan con naturalidad a cualquier sitio, de las que pueden entregarse en cuerpo y alma a aquello que las hace felices y con una salud mental estable.

Eso es lo que anhela todos los días desde que tiene uso de razón.

Siempre ha creído que, si se esfuerza, el resto de las cosas vendrán solas.

Y, aun así, ni los exámenes, ni el trabajo, ni los fracasos y éxitos profesionales, ni el amor ni el sexo… Nada de eso ha logrado cambiarla. No hace más que acumular conocimientos, pero no puede dejar atrás a su yo de hace quince años, su yo del día en que Keiko la abandonó.

Esto está mal. No puede ser.

Las personas cambian gracias a sus experiencias. Que algo tan trivial, algo que le puede pasar a cualquiera en su adolescencia, siga influyendo tanto en su vida… Eriko está convencida de que, dentro de ella, hay algo que está roto.

Ahora mismo, mientras piensa en esto, la aterra saber que las células de su cuerpo están muriéndose. Envejecer sin haber madurado, sin haber logrado nada, le produce un terror tan visceral que se encoge sobre sí misma.

¿Y si se pasa el resto de su vida sin poder cambiar nada de nada?

¿Puede ser que no consiga madurar porque continúa viviendo en la ciudad en la que ha pasado su infancia y juventud, porque aún vive con sus padres? ¿Será porque no ha experimentado sentirse sola de noche ni los desengaños y las asperezas de la vida en solitario, como sí han hecho Shōko y Maori?

Le vuelve a la mente el paisaje de la ventanilla del tren, moviéndose en dirección opuesta a la dirección de su trayecto diario al trabajo. A su edad, pensar en empezar de cero en un sitio nuevo le parece igual que si alguien le ordenara crear un jardín en mitad del desierto: una tarea abrumadora.

Empezar de cero en un nuevo trabajo sin el apoyo de su padre, vivir sin la ayuda de su madre. Estar sola en un lugar donde su pasado no importe. Solo de pensarlo se da cuenta de que ya no es joven, que se le da mal relacionarse con otros y que, en el fondo, tiene poco autocontrol.

Sabe perfectamente que se permite juzgar de manera inmisericorde a aquellos que no se esfuerzan porque ella cuenta con un respaldo y una posición privilegiados.

Aunque lograse plantar un jardín en un paraje sin agua ni vegetación, ¿quién lo iba a ver?

Lo que quiere es cambiar su forma de ser sin modificar nada del entorno que la rodea. Cambiar de entorno sería como escupir a lo que ha sido su vida hasta ahora: sus decisiones laborales, su educación, el conflicto con Keiko e, incluso remontándose más atrás, el tiempo que pasó de pequeña con su madre y hasta el matrimonio de sus padres.

Le da miedo pensar que, en alguno de esos momentos, pueda estar la causa de su fracaso como persona. Le aterra reconocer que ha desperdiciado la mayor parte de su vida.

No, lo mejor será cambiarse a sí misma y seguir viviendo en el mismo sitio.

Tiene la sensación de que, con solo pasar tiempo con Shōko, sus deseos pueden hacerse realidad.

Shōko, esta mujer de fuera de Tokio que aparece de pronto en la ciudad, es el símbolo de un mundo desconocido. De hecho, hoy ha sido la primera vez que ha podido ser ella misma delante de otra mujer desde lo de Keiko. Han hablado de sus respectivas infancias, se han entusiasmado charlando de sus series de televisión favoritas y hasta han ido juntas a bañarse desnudas a las aguas termales.

Por muy fría y pasota que sea Shōko, Eriko tiene el deber de anclarla al mundo y enseñarle a tener sentido común y ambición. Gracias a su apoyo triunfará como bloguera y publicará su libro. Ella, por su parte, volverá al trabajo, pero sin el ritmo criminal que llevaba antes, y se reservará las tardes y los fines de semana para ser la compañera y el apoyo de Shōko.

Ese ha sido siempre su sueño: dar y recibir.

Si se complementan entre las dos, ambas crecerán como personas. Podrán convertirse en un dúo invencible.

El sueño que ha tejido en su mente con tanto cuidado no tiene grietas ni contradicciones por ninguna parte. Es el «vivieron felices y comieron perdices» que solo ella y Shōko pueden construir.

Y si esto es tan bueno para Shōko, ¿por qué no se mueve como Eriko quiere? ¿Por qué, a pesar de todo lo que prevé y pronostica, acaba siempre luchando sola?

Tiene los ojos anegados por las lágrimas y, como le preocupa levantarse por la mañana con ellos hinchados, sale de la cama, va hasta el lavabo, moja una toallita en agua caliente, la escurre y se la coloca sobre los párpados para que absorba la sal. Solo entonces vuelve a acostarse.

Aunque está de vacaciones, tiene la rutina del trabajo bien arraigada: siempre está pensando en qué viene después, incapaz de disfrutar del momento. Es incapaz de entregarse por completo al presente, de devorarlo sin pensar en nada más.

En la penumbra del cuarto de estilo japonés clásico, la idea de que la mujer que duerme a su lado jamás será capaz de entenderla resuena con tanta fuerza como el murmullo constante del río.

27

Shōko piensa que las fotos que saca Eriko se parecen a las de las postales: encuadre perfectamente calculado, y colores y luz ajustados con esmero. Tanto la montaña como el río dan la impresión de estar tan frescos que, con solo ver las fotos, siente con claridad el aire helado y la comida parece todavía más apetitosa.

Y, justo por ser tan perfectas, no dejan huella alguna.

Los paisajes que Eriko ve no son los mismos que ve ella. Seguro que se ha propuesto extraer hasta la última gota de satisfacción del viaje, grabarse cada detalle en la carne y abrir los ojos de par en par para no perderse nada.

Ella no.

En realidad, solo ha ido hasta allí porque Eriko la ha obligado a hacerlo y, ya durante el viaje, se ha limitado a seguirla a regañadientes.

Incluso los objetivos que se había marcado durante el viaje eran artificiales: en el fondo, lo único que quería era relajarse y dedicarse a no hacer nada en un pueblo de aguas termales.

Es algo muy simple, pero no lo ha entendido hasta leer las nuevas entradas del blog.

Ahora, desde el salón de su casa, mira las entradas del viaje del blog de Ohyō como si fueran la historia de una desconocida:

> Me he ido a Hakone dos días y una noche con mi mejor amiga, mi vecina de barrio. ¡Qué excursión tan divertida y llena de charlas animadas!  El Romancecar, las aguas termales y conversaciones que no terminan nunca… Al final del día, no importa la edad, el tiempo que se pasa con las amigas es algo insustituible.

De lo que ella más recuerda del viaje, comer en el restaurante de *soba*, apenas dice nada. En cambio, dedica un montón de párrafos al museo Pola, al que ni siquiera fue. Ha descrito las obras impresionistas con tanta pasión que parece que se le ha olvidado que la autora es Ohyō.

Comprueba el número de visitas y ve que ha alcanzado un mínimo histórico. Tiene sentido, a nadie que le guste el arte se le ocurriría leer su blog.

En esta prosa tan limpia y alegre, tan luminosa, por contradictorio que parezca, no puede evitar oír los gritos de sufrimiento de Eriko. Seguramente sea una mujer destinada a estar sola el resto de su vida. Gracias a su percepción alterada de la realidad, gracias a que solo ve lo que quiere ver, está condenada a que la rechacen una y otra vez aquellos que la rodean.

No quiere terminar así. Menos mal que no es como Eriko. Con este pensamiento, suelta un suspiro de alivio y enciende un cigarrillo. En la otra mano lleva un café instantáneo y, de acompañamiento, tomará unas galletas de caramelo que le sobraron a Kensuke de las muestras del trabajo y una manzana.

Desde el baño se oyen sonidos de chapoteo, señal de que su marido está en la bañera.

La cena, arroz al vapor con sardinas en aceite, ciruelas encurtidas, sopa de miso con cerdo y verduras y espinacas hervidas con sala de soja, ha sido, para ser obra suya, muy elaborada. Hasta ha terminado ya de fregar los platos.

No es que se mate a trabajar, pero, en comparación con antes, se esfuerza mucho más en las tareas domésticas.

El sentimiento de desolación que la había asolado durante el viaje se ha desvanecido por completo.

Entorna los ojos y se estira. Sabe que pronto tendrá que volver a quedar con Eriko por el barrio y, quizá por eso, este instante le parece un descanso y cada rincón de su casa le gusta todavía más que antes.

Hasta tiene la punta de los dedos calentita, como si estuviera envuelta por completo y protegida por una manta. Su castillo es

modesto, es verdad, pero es suyo, lo ha construido con sus propias manos y no piensa perderlo por nada del mundo.

El segundo día del viaje, nada más despertar, le dijo a Eriko que tenía unos cólicos menstruales terribles y que quería volver antes a casa. Había decidido que no iba a pasar ni un segundo más con ella.

Al principio, Eriko se mostró muy preocupada y se ofreció a quedarse en el hotel con ella y cuidarla, pero cuando la vio hecha una bola, con los ojos llorosos y gimiendo de dolor, acabó por ceder y le permitió volver a Tokio.

–¿Estás segura de que vas a estar bien? Envíame un mensaje en cuanto llegues a casa, ¿vale?

Eriko le repitió lo mismo varias veces hasta que llegaron a la estación de Hakone. Pero no se ofreció ni una sola vez a acompañarla de vuelta a Tokio, al parecer no estaba dispuesta a renunciar al viaje. Claro está que si la hubiera acompañado también habría sido un fastidio, pero es justo por cosas como esa por lo que le parece que Eriko no tiene amigas: se desvive por mostrar que se preocupa por la otra, pero, a la hora de la verdad, no cumple con sus promesas.

Justo antes de que las puertas del tren se cerraran, Eriko se llevó las manos a la boca y las colocó como si fuera un megáfono:

–¡El viaje debe continuar, aunque lo termine solo yo! Si no, no tendré nada que escribir en el blog. ¿A que ha sido buena idea que vinieras conmigo? ¡No te olvides de descansar, que yo me encargo de Hakone!

Mientras veía cómo la figura de Eriko se alejaba cada vez más, se le ocurrió que quizá ella también quería estar sola. Cuando finalmente esa figura de bolso blanco que se despedía con un saludo militar desapareció de su vista, se permitió soltar un suspiro de alivio.

Le encantaría sacar a Eriko de su vida de una vez por todas, pero sabe que no tiene ni la más mínima posibilidad contra ella: si se enfrentaran, es más peleona e inteligente. Lo mejor que puede hacer es intentar que pierda el interés hasta que se vaya por voluntad propia.

Sí, eso es lo que debe hacer.

El cigarrillo casi se le cae de la boca. Si fuera Nori…, si pudiera contar con la ayuda de Nori, con lo inteligente que es y todo lo que sabe de la vida, quizá ella la podría sacar de este berenjenal.

Al pensar en ese rostro ovalado y que da confianza, recuerda cómo le dijo que la llamase si tenía cualquier problema y le hierve la sangre de la impaciencia.

Acerca la botella vacía que usa de cenicero y tira al interior el cigarrillo. Abre la bandeja de entrada de su correo electrónico y, sin pensarlo, empieza a teclear frenéticamente:

> Estimada Nori:
>
> ¿Cómo está? Siento mucho molestarla cuando debe de estar tan ocupada, pero tengo un problemilla. ¿Sería posible que nos viésemos en persona para contarle los detalles? Esa fan tan rara de la que le hablé me está amenazando y hasta me ha robado la cuenta del blog…

De pronto, la puerta del baño se abre y un olor a sales de baño florales, un *souvenir* que compró en Hakone, le acaricia la nariz. Apurada, guarda el borrador y cierra de golpe el portátil.

Kensuke entra en el salón con el torso desnudo, la frente perlada de sudor y la piel aún húmeda y enrojecida.

–Oye, ¿no te parece que he engordado un montón? –dice con una sonrisa mientras se da una palmadita en el estómago hinchado–. Parece que estoy embarazado.

Shōko se ríe.

–Pues sí, ya va siendo hora de que tengamos un bebé. –Pone una voz tan dulce que le da hasta vergüenza y rodea con los brazos la barriga de su marido.

La carne es suave y agradable, apoya y aparta la cara una y otra vez.

–Sí, habría que ir pensando en eso… Aunque no lo veo muy claro, sobre todo por el tema económico.

Cada vez que pronuncia una palabra, en lo más profundo de su estómago se nota un retumbar rítmico que le resulta muy gracioso.

–Me pondré a trabajar. Hasta que tengamos un hijo puedo buscar un empleo a tiempo parcial de lo que sea. No me importa ponerme a

lavar platos, limpiar o cualquier otra cosa.

No tiene ninguna habilidad especial ni nada a lo que aferrarse, pero justamente por eso es polifacética y puede hacer lo que sea. Al pensarlo así, siente como si el mundo se abriese ante sus ojos.

–¿Y lo de publicar el libro?

–Hum… Me lo estoy replanteando. Hay blogueras que lo cuentan todo sobre la vida de sus hijos y eso no me gusta. Si voy a ser madre, quizá sea el momento de dejar el blog.

–Qué pena, con lo popular que eres últimamente. Pero creo que tienes razón. A mí tampoco me gustaría ser uno de esos padres que exponen la vida de sus hijos en internet. No hace falta que lo dejes de golpe, puedes escribir solo cuando te apetezca y pensar con la editora cuál es el mejor camino que puedes seguir a partir de ahora. Oye, Shō, últimamente te noto menos irritada. Es… algo bueno.

Esa forma de ser de su marido, en la que siempre ofrece alternativas, maneras de que la otra persona no se sienta acorralada, le parece reconfortante. Sin pensarlo, le coge la cara con las dos manos y le estampa un beso en los labios. Kensuke la rodea con los brazos. Ya no la desea con la misma urgencia de antes, pero siempre responde cuando ella lo busca.

Para Shōko, Kensuke es al mismo tiempo su padre, su hermano y su único amigo. El beso, hace tanto que no se besan, sabe al arroz con sardinas y ciruela encurtida. ¿Cuándo se besaron por última vez?

En ese momento recuerda de repente la cara de Hashimoto. Recuerda el acuario, aquel intercambio de saliva y la sensación de terror cuando Eriko apareció de pronto.

Reprime un grito y se aparta del pecho de su marido.

–Perdón, es… es que estoy cansada.

–Pero si has sido tú la que me ha besado primero –dice mientras se separa, con las mejillas hinchadas del disgusto.

Trata de convencerse a sí misma de que debe mantener todo eso en secreto, dejarlo atrás. Antes de salir con Kensuke tuvo un par de aventuras, pero borró las pruebas del delito, se lavó las manos y continuó adelante con su relación como si nada.

Pero Kensuke no es como los demás. Es su pilar, su única familia, la única persona de la que no puede separarse nunca. No puede

justificar no contarle sus secretos.

–Oye, Kensuke…

La boca se le seca. Su marido se gira hacia ella mientras se rasca el cuello con expresión interrogativa. En ese instante siente ganas de soltarlo todo: confesarle la aventura con Hashimoto, contarle que Eriko la está amenazando. Quiere que luchen juntos, no desea ocultarle más su lado oscuro.

Hace acopio de todas sus fuerzas y se traga las palabras que amenazan con escapar de su garganta. Quiere entregarse por completo a su marido, desaparecer en él hasta perder su propia forma. ¿Acaso alguien como ella, una persona sin ningún lugar al que volver, no tiene derecho a hacerlo?

No. Es un pensamiento egoísta, infantil. Se lo repite una y otra vez. Sus impulsos no son razonables. Quizá haya pasado tanto tiempo con esa mujer que se ha contagiado de su locura.

–No, perdona, no es nada.

La que ha manchado su tranquila relación ha sido ella. Es irreversible: esa pequeña mácula se extenderá más y más hasta que cubra su hogar por completo. Su único refugio terminará por convertirse, algún día, en lo mismo que la casa de su padre: una caja vacía e inservible.

De pronto siente como si el techo se le cayese encima.

Kensuke se encoge de hombros y, arrastrando los pies con paso pesado, va hasta la cocina, abre el frigorífico y saca una lata de *chūhai*.

28

–¿Qué pasa? No has comido nada. –Su voz suena tan áspera que le cuesta reconocerla como propia. La confusión que siente, lejos de calmarla, no hace más que avivar su ira y su tono se vuelve todavía más acusador–: ¿Es que todavía te encuentras mal de la barriga? Tuviste que irte antes del viaje para descansar y encima no te ha servido de nada. Siempre he pensado que se te da mal cuidar de ti misma, ¿no crees?

Han quedado, tal como acordaron, en la misma cafetería-restaurante a la que fueron hace tiempo. Eriko ha llegado ilusionada, convencida de que hoy podrían recrear la atmósfera de aquella noche, pero la expresión apagada de Shōko, la misma que pone siempre, le resulta insoportable. Incluso la anodina música de fondo o el falso cuadro de Kandinsky colgado en la pared de detrás, repleto de colores vulgares, le parecen, de pronto, intolerables.

–Lo siento…

–¡Ya te he dicho que no tienes permitido decir eso! –Sin darse cuenta, grita y se echa hacia delante con rabia.

Golpea con el brazo la copa del *parfait*, que se tambalea y cae. Por suerte, ya se ha comido casi todo el *parfait* de frutas, aunque el helado derretido del fondo se derrama sobre la mesa y da forma a un continente blanco con aroma a vainilla.

Mientras coge un montón de servilletas de papel y restriega la mancha con fuerza, Shōko suelta de pronto:

–El blog ha bajado en el *ranking* de popularidad, ¿verdad?

Del susto deja de limpiar. Las servilletas, empapadas de helado, están hinchadas y pesadas. Lleva ya una semana escribiendo el blog

en nombre de Ohyō. Considera que reproduce su estilo característico con fidelidad, pero no hace más que bajar puestos en el *ranking* de blogs de amas de casa y hoy, por fin, ha dejado de aparecer en él.

Hasta entonces, desde su posición de lectora, le resultaba fácil lanzar críticas implacables, pero ahora que está en el lugar de la escritora, ha descubierto con horror lo difícil que resulta crear algo original. Cada vez que trata de escribir algo, se pone a pensar si el tema no estará ya muy trillado o si suena lo bastante a Ohyō. Y los textos, tras decenas de correcciones, acababan siendo insulsos y corrientes, del tipo que su yo lectora habría despachado con un «más de lo mismo».

–No es culpa tuya, Eriko, no te preocupes. Es solo que la gente se está cansando de mí, nada más –dice sin parecer triste. Saca un cigarrillo, lo enciende, se lo lleva a la boca y, apenas lo roza con los labios, lo aparta y lo deja en el borde del cenicero con un rápido movimiento de dedos–. Al principio, lo que los enganchaba era lo desordenada que era mi vida, supongo que eso les daría algo de tranquilidad. Pero al final soy conservadora, no tengo una personalidad fuerte, de esas que nunca se salen del camino establecido. No soy emocionante y leerme se vuelve aburrido. Y ya se han cansado.

–Entonces, lo que tenemos que hacer es inventar juntas algo para que no se aburran.

–No, si nos inventamos algo ya no será un blog. Quizá haya llegado la hora de dejarlo –dice como si hablase de algo que no le concierne.

Eriko no da crédito a lo que oye. ¿Cómo puede esta mujer no tener ningún tipo de obsesión o apego? Le resulta intolerable, sí, pero al mismo tiempo siente unos celos que le abrasan todo el cuerpo. ¡Qué fácil sería su vida si pudiera soltar, así como así, todo lo que no le convence de ella!

–¿Te has vuelto loca? ¿Cómo que vas a dejar el blog?

–No sé… Creo que ya está bien. Al principio era un pasatiempo, pero poco a poco me fue consumiendo y la verdad es que al final ha sido todo muy confuso. No llego a acostumbrarme a esta sensación

de que un montón de gente invisible me está devorando, simplemente no es lo mío.

Claro, así son todas las amas de casa.

Está a punto de chasquear la lengua, irritada, y darle una patada a la silla. Exponer al mundo una obra sobre su vida… Es natural que quieran consumirla, que se desgaste, que duela, que a veces den ganas de morirse de vergüenza y soledad. Eso es lo que significa vivir en sociedad y trabajar. ¿Cómo podría arrancarle de raíz tanto remilgo? Quizá si la tira contra el suelo y le aprieta el cuello lo justo y necesario, sin que llegue a perder el conocimiento, se arrepienta y recapacite. Piensa que una acción así estaría justificada, porque ella es la representante de todos los lectores del blog y, además, la ha estado apoyando desde el primer momento.

Con rabia se aprieta con fuerza la cara interna de los muslos.

–¿De qué vas? ¿Es que eres imbécil? ¿No te parece que es un desperdicio? Que un blog se vaya a convertir en un libro es algo rarísimo, la mayoría de la gente no lo consigue. ¡Te estás comportando como una niña mimada! ¿No crees que parar ahora es una falta de respeto hacia todos los lectores que te han apoyado?

–No me importa actuar como una niña mimada. Me da igual no ser una buena adulta, no tengo ninguna necesidad de ser lo que otras personas esperan de mí. ¿Por qué tendría que importarme? No pienso ir a ninguna parte y mis lectores, a fin de cuentas, son personas que leen sobre mi vida gratis para matar el rato. Nunca los he visto, no sé cómo son sus caras. ¿Y cómo me han apoyado exactamente? Aunque estuviera en un aprieto, no harían nada por mí. No me importan.

Es la primera vez que dice tantas palabras seguidas, sin prisa pero sin pausa.

Eriko se queda muda. Shōko alza la cabeza y la mira por fin a los ojos:

–En realidad, nunca me han importado el resto de las personas. No entiendo cómo se sienten, sobre todo las mujeres. Quizá por eso nunca he tenido amigas. Pero ¿sabes qué? Hace poco me he dado cuenta de que lo único que me importa de verdad en esta vida es mi marido. Ya no quiero seguir vendiendo trozos de mi intimidad…

Aunque sereno, su tono transmite una voluntad inquebrantable.

Para Eriko, es como si le cerraran una puerta en la cara de un portazo y se muerde el labio. Quiere escupir frases hirientes que hagan sentirse incómoda a Shōko, algo como: «¿Qué le ves a ese hombre tan vulgar, pobre y con barriga?». Pero sabe que, por mucho que lo insulte y desprecie, no es capaz de cortar el lazo que la une con su marido.

Shōko, que tiene la certeza del amor de Kensuke, le parece más lejana que el horizonte ahora mismo. Ella, en cambio, por más que sea capaz de leer las necesidades de los hombres, responder a sus expectativas y de que encima tiene posibles y un buen rendimiento laboral, es incapaz de conquistar ni a uno solo. Para ella, no existe nadie más que Shōko, pero el objeto de su deseo cuenta con alguien que, sin lugar a dudas, estará siempre a su lado. Le parece que se trata de una traición imperdonable.

–¡No eres quién para decir eso! Una mujer que se besuquea en público con un chico más joven… ¡No me vengas ahora con el rollo de la buena esposa!

Con un gesto brusco, arruga las servilletas manchadas de helado y las embute con fuerza en la copa de cristal. Luego fulmina a Shōko con la mirada.

Ella apenas cambia la expresión, pero responde con voz temblorosa:

–Sí, tienes razón. Sé que lo que digo suena ridículo, pero creo que cada persona tiene un lugar al que pertenece, ¿sabes? Y me parece un desperdicio que alguien con tanto talento como tú pierda el tiempo en un blog sin importancia… Oye, ¿vas a volver al trabajo? ¿No te preocupa estar demasiado tiempo de baja y perder el puesto?

–¡¿Estás menospreciando nuestro blog?! –exclama con los ojos llorosos.

Sabe que tiene razón: en el trabajo la pueden reemplazar en cualquier momento. Incluso cuando un empleado está deprimido y renuncia a su empleo, la empresa sigue funcionando como si nada. Es algo que le hace mucho daño, la deja tan agotada que le cuesta

hasta levantarse de la cama. Por eso piensa que, al menos para su amiga, debe ser alguien irreemplazable.

Ya no se trata solo de Shōko. Sin el blog nunca se hubieran conocido. El blog es, en cierto modo, la historia de las dos, como una hija que comparten. Y ahora quiere enterrarla a la ligera, como si no importara lo más mínimo. Le parece imperdonable.

¿Por qué, por mucho que hable, Shōko sigue sin entenderla?

–Nuestro… –empieza a decir Shōko. Luego, se interrumpe y coge aire–: Eriko, tú ya no te sientes identificada conmigo, ¿verdad? Y para ti, todo aquello con lo que no puedas empatizar se convierte en algo malo. Entonces olvídate de esto. Déjame en paz y dedica todo el tiempo que pierdes conmigo a otra cosa.

La voz de Shōko es fría. Eriko está harta y esa actitud, la de querer alejarse de su vida, aunque quede como la mala de la película, es exactamente la misma que adoptan los hombres cuando quieren dar por terminada una relación.

Solo quiere evitar, sea como sea, que esto acabe. Siente calor en los ojos y en la parte interna de la nariz; cuando abre la boca, un dolor agudo le atraviesa la garganta:

–Ah, ya veo… No sabes la suerte que tienes. La suerte de haber crecido con un entorno familiar difícil, de no tener estudios ni un trabajo importante. Puedes echarle la culpa de todo a tu entorno o a tus padres y, encima, tienes un sitio lejano al que llamar hogar. Todo eso es una suerte. Yo, en cambio, no tengo nada de eso. Todo es culpa mía y estoy obligada a vivir mientras cargo con mi vergüenza. Qué fácil que es tu vida al poder culpar a los demás…

Parpadea para contener las lágrimas que amenazan con desbordarse y saca el teléfono del bolsillo de su vestido de felpa. Sabe perfectamente que sus palabras son una forma de discriminación y prejuicio que alguien con una educación como la suya jamás debería pronunciar.

Shōko tiene razón: ya no consigue sentirse identificada con ella. Lo que antes podía descifrar, ahora, por mucho que trate de agarrarlo, se le escapa como el aire entre los dedos. ¿Cómo puede acortar esta distancia que las separa? Tiene que haber alguna solución, está segura de que tiene que haberla, pero, por más que

fuerza la vista, no ve la luz al final del túnel que están recorriendo ahora.

Empieza a faltarle el aire. Igual que una persona de puntillas en el fondo de una piscina, araña el agua en un intento de salir a la superficie. Abre la galería, selecciona las fotos que sacó en el acuario y, sin miramientos, se las planta a Shōko a la altura de los ojos.

–Míralas bien: se nota claramente que eres tú. No me costaría nada publicarlas en tu blog, así que no te rebeles ni me lleves la contraria. Debes obedecerme en todo, así que, pase lo que pase, el blog debe continuar. Tenemos que conseguir volver a estar en lo más alto del *ranking*, porque eres mi…

Está a punto de decir «mejor amiga», pero se muerde la lengua. La contradicción de sus palabras se ha convertido en un cuchillo afilado contra su garganta. ¿No es acaso la amistad un vínculo entre personas en el que se puede hablar con libertad y sin miedo? ¿No es justo esa relación cálida y abierta lo que ha deseado todo este tiempo?

La mujer que está delante de ella tiene exactamente la misma mirada que Keiko aquel día: en sus ojos no ve nada más que miedo y la plegaria silenciosa de poder salir indemne de esta situación cuanto antes.

Eriko trata de recomponerse, fuerza una sonrisa y entorna los ojos. Se obliga a sonar lo más calmada y dulce posible, pero las mejillas se le mueven involuntariamente con pequeños espasmos.

–Perdóname si he sido demasiado dura, pero es que me preocupo por ti. Todo lo que hago es por tu bien…

Deja la frase a medias porque le parece que suena falsa. Recuerda que fueron esas mismas palabras las que desataron la furia de Maori Takasugi. Creía que estaba hablando con todo el cuidado del mundo para no quedar como la mala de la película y, sin embargo, la fulminó con la mirada y la insultó hasta hacerla llorar. El doloroso recuerdo de aquel momento la golpea con fuerza.

Hay tantas cosas que las mujeres no se pueden decir entre ellas… A pesar de que por fin ha conseguido una amiga que no va a traicionarla, sigue encerrada en un espacio frío y asfixiante.

La conversación va muriendo y, al cabo de unos treinta minutos, las dos salen del restaurante en silencio. La brisa nocturna está tan helada que corta la piel.

Sin embargo, al ver una bicicleta de hombre atada a la barandilla, el malestar de Eriko desaparece de un plumazo.

–¡Ah! ¡Te has acordado! ¡Te has acordado de que prometiste llevarme en bici!

Shōko se sube dócil como un corderito al sillín y ella, llena de ilusión, se sienta en la parte trasera y le rodea la cintura con los brazos. Durante un momento piensa que quizá todo haya sido un malentendido.

–¡Adelante! –exclama con alegría.

Igual que la última vez, le sorprende la delgadez de la cintura de Shōko: parece incluso más frágil que antes. La brisa es más seca y está más oscuro, pero todo lo demás es exactamente igual a aquel día. Casi parece un milagro. Entre sus brazos, el cuerpo de Shōko se eleva y desciende suavemente.

La bicicleta, bamboleándose de un lado a otro, inicia la marcha con lentitud. No hay ni rastro de la sensación de velocidad que sintió la primera vez, solo un avance a trompicones en medio del aire estancado.

–¿No puedes ir más rápido? La última vez lo hiciste mejor. ¿Por qué no lo haces como la última vez? ¿Lo estás intentando siquiera? Venga, pedalea con ganas.

Aquella vez, las luces de las tiendas veinticuatro horas y de los restaurantes se transformaron en cintas de luz que se deslizaban veloces a su alrededor. El viento, agradable, le revolvía el pelo y le daba forma de globo a su falda.

Ahora, Eriko se dedica a señalarle una a una a Shōko las cosas en las que puede mejorar. Si no se lo dice, no lo va a entender, así que no le queda más remedio que hablar.

A modo de respuesta, Shōko se levanta un poco del sillín. ¿Por qué pedalea de pie si el camino es llano hasta donde alcanza la vista? Se fija en que la nuca le brilla por el sudor. Desde lo alto, los trenes las adelantan una y otra vez sin piedad.

–¿De verdad que estás pedaleando? Es que aquella vez fue mucho más…

Para animarla, le da un empujoncito por la espalda y la bicicleta se sacude violentamente de un lado a otro.

Shōko consigue apoyar la punta del pie en el suelo y no caerse, pero Eriko pierde el equilibro y sale despedida. El paisaje se tuerce y el firmamento nocturno da la vuelta. De pronto, todo lo que alcanza a ver es una carretera de asfalto llena de baches.

Se golpea con fuerza en la cadera y las rodillas, y un pitido agudo le resuena en lo más profundo de la cabeza. Suelta un gemido de dolor y está a punto de echarse a llorar.

Al llevarse la mano a la rodilla, descubre que tiene la piel hecha jirones, como si le hubieran pasado un rallador, y sangra tanto que es capaz de ver el rojo incluso en la penumbra. La última vez que se cayó de una manera tan aparatosa fue en primaria.

Shōko deja la bicicleta a un lado y, con aire temeroso, se arrodilla a su lado y le toca suavemente el hombro.

–Lo siento…, ¿te has hecho daño?

–¡Cierra la boca! ¡Te he dicho que dejes de disculparte!

Pierde los estribos y aparta de un manotazo la mano de Shōko.

Esta se cae al suelo de golpe. Menuda exagerada. Aun así, le tiende enseguida la mano para ayudarla a levantarse, pero su amiga se cubre todo el cuerpo con los brazos.

Contiene la respiración. Shōko cierra los párpados con fuerza y permanece encogida sobre sí misma, casi en posición fetal, protegiéndose con los brazos para evitar que se acerque más.

Y, entonces, oye una voz desde lo alto. Una pareja las mira y se ríe entre dientes lo suficientemente alto como para que los oigan:

–¿Y esas viejas?

–Yo qué sé, quizá sean lesbianas.

En ese momento se da cuenta de que en el cristal apagado de la inmobiliaria de enfrente se refleja su silueta. En la oscuridad, la superficie pulida del cristal se ha convertido en un espejo que le muestra la verdad.

Ahora lo entiende todo.

No es que Shōko esté más delgada, es ella la que ha engordado.

No es que Shōko pedalease mal, es su peso el que le impide avanzar.

La figura de al lado de la delicada y frágil Shōko no es otra que una mujer corpulenta, con greñas en vez de pelo y envuelta en capas de grasa.

Es una imagen que no tiene nada que ver con la versión de Eriko Shimura que guarda en su mente. Se queda mirando con atención a la mujer y esta, desde el cristal, le devuelve la mirada.

Cuando se lleva la mano a la mejilla, aquella horrible mujer posa también su mano blanca y regordeta sobre la suya.

¿Cuándo ha ganado tanto peso? ¿En qué momento ha dejado de preocuparse por su aspecto? ¿Desde que está de baja?

No, puede que fuera incluso antes, cuando se obsesionó con el blog de Ohyō y apenas volvía a su casa.

Ahora le cuadran muchas cosas: el que los demás hayan empezado a tratarla de forma distinta se debe, sin duda, a esto.

Últimamente casi no se mira al espejo.

Claro está que tampoco va al gimnasio y, de hecho, apenas sale de su habitación. Las comidas caseras de su madre no la sacian, así que devora panecillos dulces y fideos instantáneos de la despensa uno tras otro.

Nota como unas hormigas le trepan por las pantorrillas y ni siquiera así aparta la mirada de su reflejo. Recuerda aquellos días de su infancia cuando Keiko y ella seguían las filas de hormigas. Cuando encontraban el agujero del hormiguero, metían palos de bambú dentro o vertían agua. Qué juego más cruel…

De esa manera infantil había probado la sensación de tener en sus manos el destino de otros seres vivos. Recuerda cómo se estremeció de placer.

No ha cambiado nada desde entonces.

Shōko sigue abrazada a sí misma, temblando y con pequeños espasmos que le recorren el cuerpo.

¿Por qué no le ha dicho nada? La pregunta se le atasca en la garganta. ¿Por qué no le advirtió de lo que pasaba? Si hasta se han bañado juntas en aguas termales.

«¿Puede ser que hayas engordado? ¿Has pensado en hacer dieta?».

Cosas tan normales que una amiga diría sin pensárselo dos veces, entonces, ¿por qué esta mujer no se lo ha dicho?

¿Es porque tiene miedo? O quizá esta mujer… Quizá no se haya dado cuenta de los cambios en su cuerpo.

La idea hace que se le baje la sangre a los pies.

Quizá, como mucho, pensó que había algo diferente en ella. Y ya está.

Es posible que sea eso. A fin de cuentas, Shōko siente una indiferencia terrible hacia los demás.

Por fin lo entiende: por mucho que lo desee, ya no puede hacerse amiga de esta mujer. Ya le ha dicho que no es una acosadora ni alguien de quien tener miedo, sino una persona que está a su lado… Ha jugado todas sus bazas, no ha escatimado en esfuerzos para transmitir sus mensajes una y otra vez, pero cuanto más lo intenta, más desaparece la calidez entre ellas.

Y seguramente obtenga el mismo resultado en el futuro por más que lo siga intentando. La distancia entre las dos nunca se va a acortar, porque la Eriko de aquel entonces y la Eriko de ahora no son la misma persona. La figura que refleja el cristal es la prueba fehaciente de ello.

Tal como dijo Keiko, Shōko también ha cambiado. Esas dos mujeres que quedaron una noche en una cafetería-restaurante solo existen ya en sus recuerdos. Nunca recuperarán el frescor de esa conexión que sintieron al ir montadas en la misma bicicleta.

–Ahora lo entiendo. No te necesito –dice con brusquedad mientras saca el móvil. Abre las fotos del acuario, se las enseña a Shōko y, tras un instante de vacilación, pulsa el botón de eliminar–. ¿Ves? Borradas. Puedes estar tranquila, las voy a borrar también de la papelera y no tengo ninguna copia en mi ordenador.

Shōko, con los ojos llenos de lágrimas, sigue con atención cada uno de sus gestos. Finalmente baja con cautela las manos hasta las rodillas y pregunta:

–¿De verdad… de verdad vas a liberarme?

En su rostro hay un atisbo de esperanza. Es la primera vez que la mira con una expresión tan radiante. Solo con verla, el pecho le duele, como si no pudiese respirar bien.

–Haz lo que te dé la gana. Vuelve a los brazos de ese hombre tuyo tan aburrido si quieres. Al fin y al cabo, tú y yo somos criaturas condenadas a no tener nunca una amiga de verdad.

Se levanta de golpe, se sacude la falda del vestido y echa a andar. Al pensar que nunca volverá a encontrarse con esa mujer, el paisaje se emborrona y las lágrimas se deslizan por sus mejillas. Debe volver a enfrentarse a su vida de soledad.

La carretera de asfalto se extiende sin compasión, llevándola de vuelta al lugar en el que ha nacido y crecido.

–Muchas gracias.

A sus espaldas, oye por última vez la voz llorosa de Shōko.

Bajo el paso elevado, la oscuridad es tan densa que casi parece otro mundo. Aprieta los dientes y jura no mirar atrás. Firme, sigue su camino mientras pisa con fuerza sobre el asfalto.

En los cristales iluminados de un tren que pasa a su lado le parece ver a una chica con el uniforme de su antiguo instituto.

29

El tren bala no para en la prefectura en la que nació. Tiene que bajarse en la gran estación de la prefectura de al lado, enlazar con un tren de una línea privada y, tras casi una hora de viaje, llegará por fin a la estación más cercana a su casa.

Lleva mucho rato bamboleándose junto al tren, pero, a pesar de que apenas ha pegado ojo en los últimos días, no tiene nada de sueño. Tampoco tiene ganas de contemplar el paisaje, ni apetito como para comer nada de lo que sirven en el tren. Ni siquiera tiene ganas de ponerse a leer.

Se limita a perder el tiempo con el móvil. Los párpados le pesan y le duele la cabeza del cansancio. Tiene la piel reseca y siente comezón. Al lamerse los labios agrietados, nota el sabor salado de la piel en carne viva.

Al final se dedica a leer y releer sus mejores entradas del blog, aquellas que escribió en sus días de gloria, junto con los mensajes que recibió por aquel entonces. Y no solo eso, también se sumerge en el blog y el Twitter de Nori mientras trata de imaginar dónde estará ahora y qué estará haciendo.

¡Qué radiante es su vida cotidiana! Entre las líneas de las entradas le parece oler el dulce aroma de un pastel en el horno y oír las risas de sus amigas.

Su conciencia se aleja de las montañas y los campos de cultivo que ve por la ventanilla, y alza el vuelo para revolotear junto a Nori.

Antes de llegar a la estación lee una vez más el correo guardado en Borradores. Esta vez sí que lo va a enviar.

Querida Nori:

Perdona que te escriba tanto.

Sé que estás ocupada y quizá pienses que soy una pesada, pero es que no se me ocurre nadie más a quien poder acudir. Por motivos personales he decidido volver a casa de mis padres, y quizá mi marido y yo nos divorciemos. Estoy tan mal que ni siquiera soy capaz de actualizar el blog. Me gustaría muchísimo escuchar tu opinión al respecto, sea la que sea.

Ahora mismo, eres la única persona en la que puedo confiar.

Lee y relee el texto varias veces y le da vergüenza lo patética y lastimera que suena, pero también piensa que, si no esgrime la verdad como si fuera un arma, será incapaz de conmover el corazón de una persona tan brillante como Nori.

Se arma de valor y pulsa el botón de enviar antes de llegar a su destino.

Ha aprendido, por experiencia en sus propias carnes, que la vida real es más importante que la vida en internet, pero solo cuando se tiene a alguien con quien compartirla. No solo ha perdido a Kensuke, tampoco tiene noticias de Satoko ni de Nori. Está completamente sola. Ha vuelto al punto de partida.

Nada más bajar del tren, dos chicas con el uniforme de su antiguo instituto suben al vagón casi vacío.

Atraviesa el torno de la estación. Aunque es, en teoría, una estación bastante grande para la zona, ya que conecta con el edificio en el que está el ayuntamiento, la biblioteca y un supermercado, al verla de nuevo después de tanto tiempo le parece un cobertizo desangelado. No puede comprender cómo hubo un momento en el que toda su vida cotidiana podía colmarse en este edificio.

Un olor fuerte a encurtidos de la zona flota en el aire. Un puñado de jóvenes sin nada que hacer están apoyados contra la pared y observan distraídamente a la gente que cruza los tornos.

Nada más salir, saca el móvil y llama a casa, pero el teléfono suena o suena sin que nadie conteste. Molesta, chasquea la lengua y vuelve a guardarlo en el bolsillo.

Hace tiempo que no consigue contactar con el teléfono fijo de su casa.

Su padre no tiene móvil, así que no hay otra forma de comunicarse con él. Desde pequeña está acostumbrada a que desaparezca de casa sin previo aviso, por lo que trata de no darle demasiada importancia. Seguro que está por ahí de copas o, quién sabe, quizá se haya reconciliado con Reimi y los dos estén dando una vuelta por el pueblo.

Si lo piensa, cree que es mejor que su padre esté solo a que alguien tenga que convivir día tras día con un hombre que sonríe sin mostrar nunca sus verdaderas intenciones.

Pero no tiene otro lugar al que ir.

No ha tocado lo que ha ganado con la publicidad del blog todavía, así que puede irse a vivir a la habitación de un hotel durante un tiempo, pero ahora que no sabe qué rumbo va a tomar su vida, no puede permitirse despilfarrar el dinero.

El cielo blanco y nublado se deshace con el tinte rojizo de las hojas otoñales. El aire está frío y se arrepiente de no haberse traído ropa de más abrigo. Apenas tiene ropa en casa de su padre, así que, si tiene que comprar algo, tendrá que ir al centro comercial que está a dos estaciones de distancia.

No es como en Setagaya, donde puede vivir sin necesidad de salir del barrio.

Vuelve a pensar que el olor de su tierra natal es igual al aroma dulzón de Hakone. Le resulta increíble que aquel viaje con esa mujer fuera hace apenas unos días. Es la primera vez que su vida da un giro tan brusco en tan poco tiempo.

«¿Qué dices, Shōko? ¿Que vas a volver a casa ahora? ¿Papá? Ni idea, hace tiempo que no lo veo, supongo que aparecerá por casa en algún momento».

Antes de salir de Tokio llamó a su hermano, y eso fue lo que le dijo. Yōhei vive con una mujer en el pueblo y estuvo increíblemente frío con ella. Quizá todavía le guarda rencor por haberse negado a hacer nada la última vez que habló con ella en busca de ayuda.

Avanza lentamente por la ancha carretera y ya se arrepiente de haber vuelto. Al menos le gustaría poder mantener una conversación sincera con alguien que esté en sus cabales.

¡Cómo lamenta su decisión!

Uno tras otro, varios camiones la adelantan. En uno de ellos ve el logotipo de una famosa empresa de productos lácteos. Y, al verlo, siente que no puede dar ni un solo paso más.

Eriko borró todas las fotos con las que la chantajeaba delante de sus propios ojos y la dejó en paz de golpe. Más que alegría, solo se sintió desconcertada ante aquel milagro que le cayó del cielo.

Todavía no comprende qué hizo cambiar de opinión a esa mujer, pero estaba segura de que si mantenía la boca cerrada, todo se resolvería solo. Volvería a la normalidad, a su vida en pareja de siempre.

Y entonces…, ¿por qué hizo aquello?

Esa misma noche, al volver a casa de la cafetería-restaurante, la poseyó un impulso inexplicable. Al verse de pronto liberada de toda atadura, su cuerpo se expandió con una ligereza extraña y de pronto el mundo le pareció más nítido y deslumbrante que nunca. La invadió una sensación de euforia indescriptible.

Había afrontado la situación con calma, con la cabeza fría, y acababa de escapar de ella sin ayuda de nadie. Quería contárselo a alguien. Pensó que ya no había nada que temer, que por fin había alcanzado la meta que llevaba persiguiendo treinta años.

Impulsada por esa energía, le confesó a Kensuke no solo el chantaje de Eriko, sino también lo del beso con Hashimoto.

Al principio su marido se rio, como si todo fuera una broma absurda. Pero cuando le mostró los mensajes que había intercambiado con Hashimoto, se le ensombreció el rostro.

Se disculpó una y otra vez de todo corazón.

Ahora que había comprendido que lo más valioso de su vida era su matrimonio con Kensuke, le pareció una cobardía lavarse las manos y volver a su lado como si nada. Es consciente de que confesar la verdad fue un arrebato necio, pero en aquel momento creía de verdad que esa era la única manera de expiar su pecado.

Sentía que, mientras le ocultara algo a Kensuke, nunca podrían ser una familia de verdad. Y si su marido la perdonaba, entonces todo volvería a ser como antes y los cimientos de su relación serían todavía más firmes. Todavía conserva algo de esa esperanza tan optimista y convincente.

–Lo siento. No puedo seguir viviendo contigo.

Eso fue lo que Kensuke dijo con la cabeza gacha y los hombros temblorosos. No podía alcanzar a verle los ojos, pero sospechaba que estaba llorando. Tenía las comisuras rojas, como si brotase sangre de ellos.

Entendió al instante que no tenía derecho a tratar de justificarse, ni a perder los papeles ni a pedir que fuera indulgente con ella. Tras esas palabras, Kensuke se quedó en silencio, quieto. Nunca lo había visto así.

–Entonces… supongo que lo mejor será que me vaya a casa de mi padre, ¿verdad? Además, tú tienes el trabajo más cerca de aquí, Ken… Kensuke –logró balbucear esas palabras, incapaz de soportar durante más tiempo el silencio.

Todavía piensa, en su fuero interno, que con el tiempo las cosas se calmarán. Además, ya llevaba tiempo preguntándose cómo estaría la casa de su padre.

Lo que más le pesa es, sin lugar a dudas, saber que ha herido a su marido de forma tan brutal.

Nunca se ha peleado con nadie. Hizo la maleta de inmediato y pasó la noche en un cibercafé del barrio.

Por supuesto que no esperaba que Kensuke se lo fuera a tomar a risa y la perdonara, pero nunca se habría imaginado que su confesión fuera a crear una herida tan profunda. No se le había pasado por la cabeza ni una sola vez la posibilidad de que ese hombre que siempre se tomaba todo con resignación fuera a rechazarla.

Desde ese día, Kensuke no ha vuelto a ponerse en contacto con ella. Ignora tanto sus llamadas como sus mensajes. ¿Estará comiendo bien? ¿Seguirá yendo al trabajo?

De pronto no puede dejar de preocuparse por su marido, algo a lo que nunca le había prestado atención antes. Con cada hora que pasa, cree cada vez menos que sea cuestión de tiempo que la perdone.

Al parecer, antes de salir con ella, Kensuke tenía poca experiencia con las mujeres. Aunque a primera vista parece una persona

despreocupada, posee un lado casi puritano respecto a las relaciones sexuales. ¿Y si le pide el divorcio? La posibilidad es tan real que se queda sin respiración.

¿En qué momento pensó que era buena idea contárselo?

Lo único que tiene claro es que no pudo evitarlo.

Atraviesa la calle comercial llena de persianas bajadas y camina junto a los campos de arroz. Este lugar que ha odiado desde pequeña sigue teniendo la misma atmósfera estancada de siempre.

No es un sitio para quedarse. Tiene que hacer todo lo posible para arreglar su situación y volver cuanto antes a Tokio. Mientras piensa en esto, pisa con más fuerza contra el suelo.

A lo lejos ve el logotipo de una cadena de supermercados tan famosa que se encuentra por todo el país y respira aliviada.

–¿Eh? ¿Shōko? ¡Anda, Shōko!

Al oír esa voz clara y alegre, mira a su alrededor sobresaltada.

Se encuentra con la mirada de una joven que cierra con fuerza la puerta trasera de un coche blanco. Lleva el cabello castaño recogido en un moño del que se escapan mechones sueltos, una chaqueta acolchada morada y las delgadas piernas enfundadas en unas mallas con estampado floral.

–Soy yo, Miwa, ¿te acuerdas de mí? ¿Has vuelto a casa? Cielos, ¿cuántos años han pasado ya?

Shōko reconoce enseguida ese cuerpo menudo y grácil con una naricilla respingona y desafiante. Al verla, se le escapa un «ah». Es la única hija de su tío, su prima, que vive a unos diez kilómetros.

Su tío es funcionario y, gracias a un permiso, puede trabajar también de agricultor. Es algo reservado, pero cien veces más sensato que su padre, y la única persona de la familia con la que se puede contar en caso de necesidad.

Con su prima, cuatro años menor que ella, había compartido muchas cosas de pequeña: hacían juntas los deberes e incluso se habían bañado en la misma bañera. Cuando entró en el instituto, se fueron distanciando de manera natural, pero recuerda bien lo mucho que su tía los ayudó cuando su madre se marchó de casa con aquel hombre. Nunca ha tenido la oportunidad de agradecérselo como es debido.

–Estás hecha toda una mujer, Miwa… No te había reconocido. Sí, he decidido quedarme por aquí una temporada. Aunque todavía no sé cuánto tiempo –responde con miedo a que su prima le haga más preguntas.

Por suerte, el carácter despreocupado de Miwa no ha cambiado con los años: habla con ligereza, como si todo le pareciese divertido.

–Vale. ¿Y tu padre cómo está? ¿Está bien? Hace tiempo que no lo veo. Recuerdo que de pequeña me trataba como a una princesa. Yo también he vuelto al pueblo con mi hijo, ya sabes, por lo del divorcio… Oye, ¿por qué no quedamos un día de estos?

No sabe qué responder. Entonces se fija en que hay un niño pequeño en el asiento del acompañante del coche. Está absorto con su Nintendo DS, pero al notar que lo miran, inclina la cabeza a modo de saludo y continúa enseguida con su juego.

En su mente, Miwa tiene la misma edad que el niño y eso la desconcierta. De manera instintiva, pasa la mano por la carrocería del coche, pero como hace tiempo que nadie lo lava, se le mancha ligeramente la punta de los dedos. Ella no tiene hijos, ni siquiera ha conseguido sacarse el carné de conducir.

–¿Y si vamos a comer algún día? Aunque lo único que hay es una cafetería-restaurante al otro lado de la estación.

Es la misma cadena del sitio al que fue con Eriko. En cierto modo, su pueblo no es tan distinto a Tokio. Nota cómo la presión que le agarrota el pecho empieza poco a poco a disminuir. No está exiliada en una isla remota. Su marido y ella solo se están dando un tiempo. Hasta puede tomárselo como una oportunidad para replantearse la relación.

Agradece de todo corazón la sonrisa honesta de Miwa. Con toda naturalidad intercambian sus direcciones de correo electrónico. En el móvil de su prima ve un llaverito con el mismo personaje que aparece en la pantalla de la Nintendo DS.

–Gracias, estoy deseando que nos veamos –dice con sinceridad.

Hace mucho que no mantiene una conversación normal con alguien que no sea su marido o Eriko.

Descubre entonces que lo único que necesita para sentirse aliviada es ver a una amiga de su infancia, a alguien en una

situación parecida a la suya y que vive lo bastante cerca como para verse siempre que quieran.

Con un paso más ligero de lo que esperaba, llega enseguida a casa de su padre.

–Ya estoy en casa –murmura para sí misma al entrar.

La puerta corredera no está cerrada con llave y su voz resuena.

Nada más decirlo, le suena falso. Sabe que «casa» no es una palabra apropiada para ella en este lugar.

Un olor rancio flota en el aire y frunce el ceño. Como siempre, las ventanas con rieles están rotas, abiertas de par en par.

Ya se lo esperaba y, aun así, apenas cruza la entrada, ver tanta suciedad hace que se le revuelvan las entrañas. No tiene nada que ver con la última vez que estuvo aquí. Su padre ha destrozado la casa con furia violenta, como si tratase de vengarse de la fría familia que lo ha abandonado.

El tejado está cubierto de bolsas de basura orgánica y por el suelo hay tantas botellas de alcohol que, como baje la guardia, podría tropezarse con una de ellas sin darse siquiera cuenta.

Al subir al salón, descubre bolas de polvo reposando con tranquilidad sobre los tatamis. Las flores del altar budista están marchitas; el agua del jarrón, putrefacta y oscura. En la cocina, los platos sucios se amontonan en el fregadero y, al abrir la arrocera, una nube blanquecina y escamosa la ataca con violencia.

¿Cómo puede vivir así su padre?

Los ceniceros contienen tantas colillas que se han desbordado y las paredes están amarillentas por el humo y la nicotina. No hay duda: esta vez Reimi ha cortado con su padre de una vez por todas.

De pronto, un mal presentimiento la asalta: ¿Y si su padre está empezando a tener demencia? Y, hablando de él, ¿dónde demonios se ha metido?

En circunstancias normales, lo apropiado sería llamar a la policía, pero la retiene el miedo al qué dirán. En un lugar como este, un rumorcito de nada puede arruinarte la vida.

Tiene la piel irritada y le pica tanto que podría rascarse hasta sangrar. ¿Por dónde puede empezar? Lo primero sería arreglar las ventanas con rieles, pero en cuanto se le ocurre la idea, se deja caer

sobre el suelo de tatami. Las bolas de pelusa se la tragan como si hubiera caído sobre un cojín mullido. No sabe por dónde empezar a luchar contra este caos.

En primer lugar, ¿por qué tiene que enfrentarse a esto sola? Está claro que necesita ayuda, pero ¿de quién?

A toda prisa, una cucaracha corre por los envases vacíos de ramen instantáneo.

Piensa en su padre, solo en esta casa enorme, esperando una llamada de su familia que nunca llega. La soledad insoportable que debe de haber sentido se abalanza ahora sin piedad sobre ella con tanta fuerza que no puede ni incorporarse.

¿Será que se está dejando arrastrar por el rencor y la maldición con los que carga su padre? Ese es su mayor miedo.

Si se queda aquí quieta, tirada entre las pelusas y la mugre a la espera de que Kensuke la llame y su padre vuelva, tarde o temprano va a acabar convertida en parte de la suciedad y la casa terminará por consumirla.

Tal vez, desde que nació, su destino haya sido ese. A pesar de todo lo que ha luchado, al final ha vuelto a este lugar. No puede enfrentarse a una fuerza así.

No sabe cuánto tiempo lleva despatarrada sobre el tatami cuando, de pronto, por la rendija que hay entre las puertas correderas, le parece atisbar una cabeza humana.

–¿Papá?

Se agarra a un pilar para incorporarse, da unos pasos hacia delante y abre una de las puertas.

Tendido boca abajo allí, está su padre. Reconoce de inmediato el chándal gris descolorido y la nuca, con el pelo revuelto y salpicado de canas. Cada una de sus extremidades apunta hacia una dirección distinta, lo que le da aspecto de esvástica torcida y, alrededor de la cara y la cadera, hay algo húmedo.

El cuerpo de su padre le parece increíblemente pequeño. No está asustada ni sorprendida. Se acerca y le sacude el hombro con suavidad: está rígido y congelado. El tacto de la tela del chándal desgastado le parece idéntico al que ella misma usa casi todos los días.

Está muerto. Menos mal.

Lo primero que siente es una sensación de libertad tan intensa que tiene la impresión de que la niebla que le impedía ver todo este tiempo se ha despejado de golpe y al fin puede ver que, más allá, hay un prado soleado y extenso. El impulso de gritar de alegría le sube por la garganta.

Por fin. Este es el mejor final posible, tanto para su padre como para todos los demás. Ha muerto sin molestar a nadie, aferrado a su casa como si ambos fueran un único ser.

La bruja mala del oeste ha muerto. Recuerda que cuando murió Margaret Thatcher, una canción de *El mago de Oz* (*Ding-Dong! The Witch is Dead*) que celebraba su muerte llegó al número uno de las listas de canciones más escuchadas en el Reino Unido. Ahora los entiende: solo con saber que Thatcher seguía con vida seguro que les ardía el pecho de rabia.

Su padre ha muerto. La bruja mala del oeste ha muerto. Por fin es libre.

Alza los brazos y se fija de inmediato en que, en la yema de los dedos, los mismos con los que acaba de tocar a su padre, brotan unas densas ampollas traslúcidas.

30

Ya casi por la tarde, su madre llama a la puerta con los ojos rojos de tanto llorar.

–Ha venido alguien del trabajo.

No tiene compañeros de trabajo con los que pueda decir que tiene confianza. Con la cara hinchada también de llorar, levanta la cabeza y se incorpora de la cama con dificultad. ¿Quizá sea su jefe? Después de la vergüenza que ha pasado, ya no le importa su aspecto físico.

Encima del chándal que usa de pijama se pone una chaqueta gruesa de punto, se recoge el pelo a toda prisa con un coletero y, mientras aplasta a cada paso envases de ramen instantáneo y bolsas de *snacks*, va hacia la entrada.

Allí, con un abrigo de buena calidad en la mano y aire de incomodidad, está nada más y nada menos que Yasuyuki.

–¿Salimos a hablar fuera?

Presionada por la mirada de sus padres, insta a Yasuyuki a salir al rellano.

A mediodía, su madre le llevó a la habitación un plato de arroz integral con verduras, crema de tocino y col china y ensalada de algas *hijiki*. Los colores de los platos eran agradables y el menú, muy equilibrado, pero, nada más verlo, sintió una opresión en el pecho.

–No me apetece comer eso, mejor voy a comprar algo al súper –dijo dándole la espalda.

Entonces, su madre explotó al fin:

–¡Ya está bien! ¿Hasta cuándo piensas seguir haciéndome daño? No soy tu sirvienta ni la de tu padre. ¡No soy un personaje de relleno en vuestra vida de pareja!

Entre sollozos, lanzó la bandeja contra una de las paredes de la habitación. La crema anaranjada, color que seguramente provenía de las verduras troceadas, salpicó la colcha y las cortinas.

Eriko no se había imaginado ni una sola vez en toda su vida que vería a su madre así. Siempre había pensado que era la más sociable de la casa, la que le abría la puerta al mundo, una mujer satisfecha que no necesitaba apoyo.

Pareja. Si lo piensa bien, su padre y ella parecen una pareja. La pareja más equilibrada de todas las que existen.

–¿Qué he hecho para que me trates así? ¿Sabes todo lo que he tenido que sacrificar por tu culpa? ¡A mí también me hubiera gustado trabajar y no ser un ama de casa!

Incluso su padre, que rara vez intervenía en estos temas, abrazó a su madre y murmuró con los ojos llorosos:

–Eriko…, ¿por qué no puedes comportarte como una adulta? ¿En qué hemos fallado? Pensaba que te habíamos querido más que nadie, que te habíamos dado todo…

No podía responder, pues ni ella misma sabía la respuesta.

Fue entonces cuando se encerró en su cuarto y empezó a llorar a moco tendido. Su madre no tenía la culpa de nada. Por supuesto, su padre tampoco. Les está muy agradecida a los dos. En ese caso, ¿por qué les hace tanto daño solo con quedarse a su lado?

Le gustaría ser una hija de la que pudieran sentirse orgullosos. Una chica querida por todos, rodeada de amigos y que nunca diera a sus padres motivos para preocuparse.

–Cuánto tiempo, Eriko. Oye, ¿has engordado?

Mientras caminan juntos, Yasuyuki la recorre de arriba abajo con la mirada con una curiosidad casi infantil. Como es verdad, no se enfada y sigue andando sin más, con la mirada al frente.

Lo guía hasta un parquecito alargado que hay frente al edificio. Una pila de neumáticos, columpios, una zona de barras de las que colgarse… ¿Cuántos años han pasado desde la última vez que estuvo jugando aquí? Cuando estaba en el colegio solía venir con

Keiko y se quedaban hasta que anochecía. Todavía recuerda aquella vez que se cayó desde lo alto de la montaña de neumáticos, se rasgó la falda y se echó a llorar como una magdalena.

Ahora hay muchos menos niños jugando en el parque que cuando era pequeña.

Se sientan en un banco de madera.

–No he engordado, este es mi verdadero cuerpo. Lo que pasa es que hasta ahora me contenía mucho. –Nunca ha tenido una buena relación con la comida. En la universidad, cuando salía con su primer novio, se obsesionó tanto con las dietas que hasta cogió la costumbre de provocarse el vómito. En cuanto lo dice en voz alta, se da cuenta de que es la primera vez que habla del tema con alguien que no sea de su familia–. Ah, ya ha sido la boda, ¿verdad? Enhorabuena.

–No, la hemos retrasado un poco. He oído que le contaste a Maori… aquello.

Por un instante no sabe a qué se refiere. Todo le parece tan lejano ya… Haberse acostado con este hombre le parece algo que ha visto en una película, no un hecho que sucediera en su vida.

–Ah, eso. Lo siento mucho, aquel día no era yo misma.

–Ya, pues tendrás que asumir la responsabilidad. Aunque, bueno, no eres la única con la que le he puesto los cuernos a Maori. Parece que ella ya lo da por hecho, así que en el fondo me da igual. –Yasuyuki se ríe suavemente y mira al suelo. Entrelaza las manos y, como si estuviera buscando qué decir, empieza a juguetear con los pulgares. Eriko, que siempre lo ha considerado un maniático de la limpieza, se fija de pronto en que tiene los puños de la camisa manchados y una barba incipiente le cubre el rostro–. Nunca imaginé que Maori pudiera ser una mujer tan complicada, pero, cuantos más preparativos para la boda hace, más sensación me da de que prefiere a sus amigas antes que a mí… Todas las noches sale con ellas con la excusa de que tienen que hablar de cosas de la ceremonia y casi nunca quiere pasar tiempo conmigo. Últimamente ni cocina. Se deja la piel pensando dónde debe sentarse cada invitado o qué regalos debemos dar como recuerdo de la boda, pero a la hora de pensar en la luna de miel, pierde las ganas de planificar.

Lo que quiero decir es que… a veces me da la impresión de que, en vez de quererme, lo que realmente busca es alcanzar una seguridad para poder seguir pasando tiempo con sus amigas. Y eso… pues me da un poco de miedo.

Lo dice con voz dulce, casi lacrimosa, y con cara de perrito abandonado.

¿Y ahora se da cuenta? Eriko está harta y lo mira con desprecio. Acaba de comprender que solo ha venido a hablar con ella para recuperar algo de orgullo. Va a ver a una mujer con la que se ha acostado para desahogarse y, si se da el caso, volver a tener sexo con ella y sentirse así por encima de Maori. Se trata solo de eso. Pero al encontrarse con ella convertida en una sombra de sí misma, irreconocible y destrozada, se ha quedado sin plan y sin saber qué hacer.

Yasuyuki le dedica una sonrisa forzada que roza la desesperación y deja entrever sus dientes blancos. La mira con cierto resentimiento y dice:

–Joder, es que las mujeres dan muchísimo miedo, ¿no? ¡Son todas unas rencorosas! ¡El mayor enemigo de una mujer es otra mujer! –exclama casi gritando.

No solo otra mujer… Parece que Yasuyuki, que se cuida siempre de no involucrarse en ningún asunto, ansía de manera visceral las fricciones y los choques entre las mujeres mientras exige, como si fuera un derecho que le corresponde solo por haber nacido, que le presten atención y sean tiernas con él.

A ojos de Eriko, él también está, en cierto modo, roto. No es que sea malvado, es solo que sus padres lo han criado sin que le falte de nada y, precisamente por eso, desea recibir, por encima de todo, ese mismo amor incondicional del resto de las personas.

Igual que ella, Yasuyuki se ahoga bajo la presión de tener que actuar siempre como se espera de él.

Un altavoz anuncia que ya son las cinco de la tarde y los niños abandonan poco a poco el parque. La melodía es la misma que sonaba en su infancia: *Yūyake koyake*.

–Ah, por cierto, antes de que se me olvide, el jefe me pidió que te dijera una cosa. ¿Te acuerdas de Naomi, la coordinadora de ventas

en Tanzania?

Se le viene a la mente la piel tostada por el sol y esa sonrisa sencilla. Asiente y Yasuyuki se levanta sin mostrar el menor interés.

–Pues cuando se enteró de que estabas de baja, se preocupó mucho. No sabía que te llevases tan bien con ella.

Los breves momentos que pasó con Naomi Akagi se le antojan ya casi como un espejismo. Por eso precisamente, descubrir que estaba preocupada por ella la emociona mucho. Por un instante, la playa y el mar azul de Dar es-Salam vuelven a su memoria, pero enseguida el recuerdo se desvanece en un crepúsculo teñido por el humo de los tubos de escape.

31

Nada más sonar el tono de llamada, Shōko pulsa el botón de contestar. Es un número desconocido, pero solo de pensar que al otro lado puede haber alguien que conozca basta para que responda de inmediato.

Sale corriendo de la habitación privada y, sin titubear, se dirige a toda prisa hacia una de las tres zonas del hospital en las que sabe que se puede hablar por teléfono. Por el camino se cruza con una enfermera que no esconde su mueca de desaprobación.

Ahora depende del móvil lo mismo o incluso más que cuando era una bloguera famosa. Este aparatito ya no es un objeto: es la prueba de que está viva, su único salvavidas en la tormenta.

Apenas han pasado un par de días desde que llegó a casa de su padre, pero tiene la impresión de que hubieran sido años, como si la hubiesen abandonado a su suerte en una isla desierta. Los días en Tokio, su matrimonio, el blog que había atraído tantas miradas…, todo le parecen las vivencias de otra persona.

Tal vez es porque lleva tiempo sin decir ni una palabra o quizá porque la calefacción del hospital está demasiado alta para los pacientes, pero la garganta se le seca enseguida. Tiene la piel tan reseca que ni siquiera la crema Nivea que se aplica a pegotes lo puede remediar.

En la salita hay un árbol de plástico decorado. El titileo de las luces blancas acentúa aún más su ansiedad. Apenas quedan dos semanas para Navidad.

–¿Diga? –responde con demasiada urgencia.

Percibe como su interlocutor se queda desconcertado al otro extremo de la línea.

No le importa si es Kensuke, Nori, Hashimoto o incluso Satoko. Da igual quién sea, mientras hayan compartido aunque sea un solo momento de su vida. Lo único que necesita es que, a través del intercambio de palabras, le recuerden que ella, Shōko, sigue existiendo en este mundo.

Una voz de chica joven le informa con timidez que habla en nombre de la biblioteca a la que suele ir en Tokio y que el libro que reservó hace tiempo ya está disponible.

Su decepción es tan grande que no logra articular palabra, la lengua se le hunde, flácida, en el fondo de la boca.

–La reserva se cancelará si no lo recoge al cabo de una semana.

¿Una semana? ¿Va a resolver todo esto en solo una semana? ¿Va a poder volver a Tokio, recuperar su vida con Kensuke y acercarse a la biblioteca a sacar libros como antes? Apenas cinco días atrás, era algo que hacía de forma natural, algo cotidiano, pero ahora le parece inalcanzable, demasiado lejano para poder lograrlo.

Entonces, ¿cuánto tiempo va a necesitar? Solo de pensarlo, tiene ganas de dejarlo todo y salir corriendo, huir a un lugar en el que nadie la conozca.

–Disculpe…, ¿podría cancelar la reserva? Perdón por las molestias. –Con un hilillo de voz, consigue a duras penas pronunciar estas palabras.

Cuelga y siente ganas de gritar y desplomarse ahí mismo. Fuerza a su cuerpo a obedecer sus órdenes y da con torpeza media vuelta. El camino le resulta extrañamente corto y tiene la impresión de que la interminable hilera de montañas que ve por la ventana se cierne sobre ella.

Le resulta insoportable volver a la habitación en la que la espera su padre. Incluso tras haber llegado tan lejos, sigue sin querer enfrentarse a él. En el aire todavía quedan restos del olor a cerdo agridulce del almuerzo, servido hace apenas una hora. Al olerlo, se le oprime el pecho.

Su padre no ha muerto.

Al parecer, cuando ella llegó a casa, apenas había pasado una hora desde que se había desplomado. No estaba muerto, pero se había caído al suelo debido a los primeros síntomas de un infarto cerebral: entumecimiento y mareos. Cuando llamó a la ambulancia, lo trasladaron al hospital más importante de la zona.

Rebuscó por los armarios de su casa hasta dar con una libreta con números de teléfono y, por primera vez en muchos años, marcó el de la casa de su tío. No se veían desde que se graduó de la universidad, pero todavía recuerda aquel pelo teñido de color extraño para disimular las canas.

El médico le dijo que había tenido suerte, que lo había encontrado justo a tiempo y que casi era un milagro. Se lo repitió una y otra y otra vez, alabando su buena fortuna.

Hasta su tío le dijo que había hecho el mayor gesto de amor que una hija puede concederle a su padre.

Pero ella no está convencida de que lo que ha hecho sea realmente bueno.

Nada más recobrar el conocimiento, su padre empezó a gritar palabras sin sentido y a forcejear. Desde que lo trasladaron de la unidad de cuidados intensivos a una habitación privada, lo mantienen atado de pies y manos a la cama.

Abre la puerta corredera y entra en la habitación. Su padre, tumbado y conectado a una bolsa de suero, le clava la mirada nada más poner un pie dentro de la sala. Enmarcados en ese rostro colorado y envejecido por el alcohol, sus ojos marrones parecen hundidos y, al mismo tiempo, anormalmente vivos y abiertos, como si fuera alguna criatura del folclore inglés.

–Rōko… qué… –Todavía le cuesta articular las palabras.

–Era una llamada, solo eso.

Chasquea la lengua con un murmullo ininteligible y cierra los ojos. Brazos y piernas se agitan inquietos y las correas que lo sujetan resuenan.

¿Sera esto también un síntoma de infarto cerebral? O quizá lo único que pasa es que su padre tampoco sabe ya de qué hablar con su propia hija.

Tiene la bata del hospital abierta. Del pañal asoman un par de muslos, espinillas y tobillos delgados, pálidos y con tan poco vello que casi parecen las piernas de una mujer. Las plantas de los pies, iluminadas por la luz blanca de los tubos fluorescentes, están tan ásperas que es imposible no quedarse mirándolas. Es más que evidente que ha estado años andando descalzo, rozando los pies contra tatamis desgastados. La piel se ha endurecido y está cubierta de una capa gruesa de queratina ocre, como si fuera una costra.

No siente lástima.

Se sienta en el taburete que hay junto a la cama. Su padre solo parece estar tranquilo cuando están los dos a solas, pues en cuanto ve a una enfermera, desata un torrente de insultos soeces y comentarios sexistas casi ininteligibles, ya que apenas puede hablar.

Es un hombre al que no reconoce, pero que en el fondo sabe que es su padre.

Un hombre inculto, tosco, incapaz de mantener una conversación normal con nadie. Un hombre que, en cuanto se le lleva un poco la contraria, no sabe hacer otra cosa que alzar la voz, amenazar y escupir insultos. Cada vez que en el rostro del personal sanitario aparece una mueca de desprecio imposible de disimular, Shōko siente alivio. Se siente reivindicada: no es la única a la que le resulta insoportable.

Pero la manera en que mira a su padre, con esa expresión de lejanía, como si lo estuviera viendo en tercera persona, hace que los médicos la traten con cierto recelo.

Al ver en persona cómo su padre abusa de las enfermeras jóvenes, resuelve por fin un misterio: este hombre da por sentado que, ya sean familia o unas desconocidas, las mujeres siempre cederán primero y actuarán de la forma que a él le convenga.

La mentalidad de su generación lo ha convertido en una persona arrogante. Desde que recuperó la conciencia no le ha dado ni las gracias ni ha mostrado la menor consideración por el hecho de que haya dejado Tokio para cuidar de él. Lo único que dice, terco como una mula, es: «¡Quiero volver a casa!».

Esa actitud, esa seguridad de que a él y solo a él se le deben perdonar todas las cosas…, le recuerda demasiado a la forma en que

se ha comportado con Kensuke. Piensa en una cosa que oyó hace años: cómo sus abuelos, ya fallecidos, consentían tanto a su padre, el hijo mayor, que le compraban todo lo que quería y le dejaban no ir a clase siempre que le daba la gana.

Según ha oído, dejó la universidad y se dedicaba a dar vueltas en el coche de sus padres y a pasárselo bien. ¿La respuesta a estas «hazañas»? Risas cómplices e indulgentes por parte de su entorno. Hasta él mismo le ha contado estas historias de juventud con aire de orgullo.

Claro que, desde joven, tenía su futuro escrito: estaba atado a la casa y a las propiedades y obligado a cuidar a sus padres hasta el final de sus vidas… Seguro que su padre había acumulado sus propios resentimientos. Quizá por eso se había entregado por completo a vivir sin control dentro del pequeño espacio que era su jaula.

Y aun así… Shōko piensa que este hombre debería haber muerto solo, sin que nadie lo encontrara a tiempo y fundiéndose con la casa. Tendría que haber llegado más tarde, aunque fuera solo un par de horas. No. No tendría que haber vuelto nunca. Se arrepiente de cada uno de sus pasos y decisiones.

¿Por qué no consigue separarse de él? ¿Por qué siempre está atrapada?

–¿Por qué…? Dime, ¿por qué lo has desperdiciado todo? –le pregunta a su padre, ya casi dormido y con la respiración tranquila, con un murmullo.

Para pagar los gastos del hospital, tuvo que rebuscar en un cajón desordenado hasta dar con la libreta bancaria. Cuando fue al banco a comprobar la cantidad que había, se quedó pasmada al ver el poco dinero que quedaba. Entonces decidió consultar con el asesor fiscal y judicial de confianza de la familia, un hombre con el que su padre trataba desde hacía décadas. Así ha descubierto el desastroso modo de vida que lleva su padre desde hace años.

Hace tiempo que lo dejó con Reimi: el divorcio está formalizado y ella ha vuelto a casa de sus padres en Niigata. En el fondo, lo más sorprendente de todo fue descubrir que el asesor de su padre, un

señor sexagenario en el que su padre había depositado tanto dinero y esperanzas, no tenía todavía la licencia.

No es difícil imaginar que la mayor parte del dinero se ha gastado en noches de juerga y alcohol, algo que su tío le había dejado caer hace años en alguna ocasión.

Cuando habló con su tío del asunto económico, sugirió casi sin pensarlo:

–Entonces… no nos queda otra que vender el monte de detrás de casa.

Las espesas cejas de su tío, como las de un *shiba inu*, se arquearon de golpe:

–¿Venderlo? Decirlo es muy fácil, pero ¿a quién se lo vas a vender? Es un monte tan apartado que será complicado encontrar a alguien que lo quiera comprar. Hoy en día, incluso las fábricas y los pueblos dormitorio de las empresas se construyen en lugares con mejor acceso.

Su voz era tranquila, pero dejaba entrever una irritación silenciosa, dirigida a todos los que habían huido y se habían desentendido de los problemas de la familia.

El recuerdo de aquel hombre atento y protector de su infancia está ahora sepultado por arrugas y cansancio.

Había dado por supuesto que su tío y su familia la acompañarían durante la hospitalización, que se turnarían para ayudar con lo que hiciera falta. Sin embargo, tras esa primera visita, no ha vuelto a tener noticias suyas, ni de su tía ni de Miwa. Ninguno de ellos se ha dignado siquiera a llamarla por teléfono.

«Me quedaría más tranquilo si estuvieses una temporada por aquí. Pero, de todas formas, se recuperará pronto, ¿no? Yo también me pasaré de vez en cuando a echar un vistazo. Si necesitas algo, dímelo».

Eso es lo que dijo su hermano pequeño, con voz neutra y sin emoción, la única vez que vino a visitar a su padre. Desde entonces no ha vuelto a aparecer.

No hay ni una sola persona que se preocupe de verdad por la salud de su padre. Shōko no puede evitar pensar que, tarde o

temprano, ella correrá el mismo destino: acabará sola y abandonada.

El médico le ha advertido que, aunque el infarto cerebral fue leve, lo más duro vendrá tras el alta. Hay una montaña de tareas para el que tenga que cargar con su padre: cuidarlo todo el día, controlarle la dieta, acompañarlo a rehabilitación…

Visto lo visto, empieza a pensar que no es casualidad que se haya quedado con su padre: es un castigo divino, un camino trazado por los dioses del que no puede desviarse. No hay nadie en el mundo que la necesite y, aunque quiera huir, no tiene adonde ir. No tiene la energía para alejarse de su padre ni el dinero para irse a vivir sola a Tokio.

Sabe que han sido sus propias acciones las que han roto su matrimonio, no es nadie para criticar a los demás, pero ¿de verdad se merece un castigo tan cruel?

Trata de recordar algún momento de calidez junto a su padre, pero ni por esas consigue despertar algo de amor. Por más que busque y rebusque, lo único que quiere es que se muera ya de una vez. Quizá hasta él es consciente de sus sentimientos. A veces, en su mirada, capta destellos de miedo y sumisión.

¿Quizá no tiene amigas por ser tan cruel?

¿O es precisamente por ser hija de este hombre que ella también se ha vuelto cruel?

Quiere tener amigas.

Quiere hablar con alguien.

Lo desea con desesperación. Necesita, tanto como respirar, la presencia de alguien con quien reírse de esta situación, que la alumbre con un chiste o un comentario trivial. Ya ni siquiera exige un alma gemela, le basta con alguien con quien pueda distraerse viendo estúpidos programas de televisión o hablando de comida. Hasta piensa que podría soportar las cansinas conversaciones de Eriko.

Solo quiere sentir el contacto de otra persona, confirmar gracias a otro ser humano el contorno de su propia existencia.

¿Por qué Miwa no ha ido a verla ni una sola vez?

No quiere creer que esa sonrisa fuera una mentira.

¿Qué pasó con la promesa de volver a verse?

¿Y Nori? ¿Acaso la ha olvidado ya? Nunca respondió a ninguno de sus correos. ¿Será que los demás la ven como una desconocida? ¿Y si, en el fondo, ni siquiera existe en este mundo?

Por favor, que alguien se acuerde de ella. La soledad es insoportable… ¿Cómo pueden ser tan frías con ella?

La amargura le llena poco a poco el cuerpo, cada movimiento se torna más y más pesado.

De pronto, como si acabara de despertar de una pesadilla, su padre suelta un chillido agudo y breve, casi como el de un niño, y abre los ojos.

32

Saca una toallita húmeda con alcohol. La fresca humedad penetra sin piedad los surcos de las huellas dactilares. Lo primero que ha hecho ha sido tratar de recuperar un viejo hábito: limpiar a fondo su escritorio. Da la vuelta al teclado y quita con cuidado las virutas de goma que se han quedado atrapadas entre lo más profundo de las teclas.

Tenía miedo de todo el trabajo que se habría acumulado en su ausencia, pero como el jefe se ha encargado de repartirlo entre todos, apenas encuentra dos montoncitos de circulares y correspondencia. La oficina, que lleva sin pisar más de tres semanas, se le antoja ahora fría, con el techo más bajo y mucho más estrecha que antes.

Desde que ha puesto un pie dentro, no deja de repetirse que no tiene nada que temer, que es solo un lugar.

Ya casi no le afectan las miradas, que siente como puñales en la piel desde todos los rincones, ni los susurros quedos, que escucha por encima de los escritorios. Aun así, hay momentos en los que la asaltan las dudas, no sabe hasta dónde se han extendido los rumores y tiene ganas de dejarse caer de bruces contra la mesa. Pero entonces respira hondo y se centra en el trabajo.

Mientras se sumerja en su propio mundo, los demás dejan de importarle. No tiene otro modo de protegerse, de sobrevivir a las horas de trabajo en este lugar.

Está convencida de que, si consigue acudir a la oficina como si no hubiera pasado nada, podrá recuperar a su antiguo yo. Así que tranquilizó a sus preocupados padres, se armó de valor para salir de

casa, se dio un baño, se recogió el pelo con una coleta, se puso BB *Cream* y, por primera vez en mucho tiempo, se arregló las cejas. Luego se puso un jersey holgado y un abrigo que le había comprado su madre. La ropa de antes ya no le va bien.

Tras tanto tiempo, el viaje en tren la ha dejado exhausta: no está acostumbrada a ir espachurrada contra la multitud o a marearse, así que ha llegado al trabajo destrozada. Aun así, está decidida a recuperar como sea el ritmo de vida que llevaba antes de conocer a Shōko.

Su jefe, que aquella noche en Shinsen se había mostrado brusco con ella, se comporta ahora de manera sorprendentemente amable. Antes del inicio de la jornada, la citó en su despacho y no dejó de parlotear, como si quisiera evitar que ella hablase:

–¿De verdad te encuentras bien? No tienes que volver de inmediato a asumir todas tus responsabilidades. Puedes empezar viniendo solo unos días e ir aumentando las horas poco a poco. Incluso podemos intentar cambiarte de puesto si crees que lo necesitas.

Le resulta increíble pensar que alguna vez ha barajado la posibilidad de acostarse con él. En ese momento había querido tocar, aunque fuera solo por un instante, el torrente de magma que creía que había en este ser humano más allá de su relación superficial. Pero lo único que ha logrado es un trato más superficial, una máscara incluso más hueca. El jefe le había sonreído con firmeza, como si quisiera decir sin palabras: «Ni se te ocurra volver a pasarte de la raya». Las arrugas de la cara le hundían aún más el rostro.

La ha ayudado porque es la hija de su antiguo jefe, nada más. Detrás de esa sonrisa están su mujer e hijas. Es una persona que tiene algo que proteger y por eso puede cerrar sus emociones todo lo que quiera. Por eso mismo, a Eriko le parece cada vez más lejano.

Responde a un sinfín de correos, abre cartas con su nombre y las horas se le pasan en un suspiro. Tal como su jefe le ha dicho, la gestión de la perca del Nilo se ha transferido a Tashiro, un compañero tres años mayor que ella del departamento de al lado.

Cuando va a hablar con él, le informa del estado de las cosas con frialdad glacial:

–Ah, lo de la planta de Tanzania, ¿verdad? Por ahora hemos puesto en pausa el proyecto. Siento que, después de que hiciera el esfuerzo de viajar hasta allí, todo haya quedado en nada, pero el *packer* con el que casi teníamos cerrado el trato se echó atrás a última hora. La verdad es que la propuesta en sí era demasiado optimista. Con esa inversión en equipos íbamos a tardar años en recuperar el dinero. Además, el asunto de los bloqueos del transporte tampoco estaba solucionado, ¿no?

Mientras le entrega unos documentos, Tashiro le explica que el mercado de importación de pescado africano está condenado a disminuir con cada año que pase.

Eriko se muerde la lengua y regresa a paso lento a su escritorio. Si hubiera analizado la situación con ojo crítico, quizá no habría sido tan irresponsable de enviar la propuesta a medio hacer. Tal vez las cosas no hubieran acabado así.

Las caras de Naomi, que tanto la ayudó en Tanzania, del director de la planta y de los trabajadores le vienen a la cabeza una tras otra. Por culpa de ella, seguro que alguno pierde su trabajo. Por encima de todo, vuelve a sentir lástima por la perca del Nilo.

Ahora en el lago Victoria, con su ecosistema roto, proliferarán de forma masiva algas y plancton, lo que contaminará el agua. Ese pez, obligado por el hambre a competir ferozmente por su supervivencia, luchará a ciegas, devorará a otras especies sin piedad y, justo por eso, perderá poco a poco el lugar al que pertenece realmente.

Al levantar la cabeza ve que ya son más de las dos. Como no tiene ganas de salir a la calle, decide ir a probar suerte en la cafetería del edificio, un lugar en el que no ha puesto un pie desde sus primeros años en la empresa.

Nada más incorporarse, nota por el rabillo del ojo cómo varios hombres se echan hacia atrás de forma exagerada mientras sonríen con sorna.

Una vez pasada la hora punta, la cafetería está casi desierta. Compra en la máquina un tique para el menú A: pescado blanco frito con salsa de tomate, arroz, sopa de miso, ensalada de patatas y

guiso de algas *hijiki*. Con la bandeja en la mano recoge uno a uno los platitos que necesita de la vitrina acristalada y se sienta junto a la ventana.

El sabor no es para tirar cohetes, pero tampoco puede decir que esté mal, sobre todo si tiene en cuenta el precio. Agradece tener algo caliente que llevarse a la boca sin necesidad de salir a la calle. Por poco que sea, se nota que alguien ha puesto esmero en este menú. Quizá tendría que haber bajado más a la cafetería.

El pescado blanco cubierto por un rebozado grueso parece ser bacalao negro.

Antes odiaba que la viesen comer sola, prefería tomar algo del supermercado y fingir que estaba ocupada frente al ordenador o, si tenía tiempo, ir a un restaurante lo bastante lejano como para no cruzarse con nadie de la empresa.

No tener ni un solo amigo en el trabajo, su aspecto, que todas sus acciones sean la comidilla de las malas lenguas… Ya casi ni le importa. Lo que dicen es verdad, no tiene necesidad de negarlo. Aunque por fuera pueda dar la impresión de ser una persona de las que encaja, lo cierto es que siempre ha sido alguien con quien la gente guarda las distancias.

Lo único que encuentra verdaderamente insoportable es saber que su conducta ha tirado por la borda todo el prestigio de su padre. Por eso trata al menos de no descuidar demasiado su apariencia ni cometer ningún error garrafal. Con calma y sin prisa, no le queda otra que volver a aprender a nadar en este sitio.

El pescado frito, quizá por estar recalentado, le resultado pesado en el estómago. No quiere beberse el refresco frío del menú porque ha oído que endurece la grasa, así que, por primera vez en meses, se dirige a la sala de descanso y se sirve una taza de té *hōjicha* ya muy aguado. Se lo bebe de pie, de un solo trago, y el calor se extiende desde su garganta hasta el resto del cuerpo, como si deshiciera la tensión acumulada en las últimas horas.

Entonces se da cuenta de que en la mesa auxiliar cerca de la pared hay una bolsa de palitos de boniato caramelizados sujeta con una pinza. Encima, en la pizarrita blanca, hay un mensaje que dice:

Este finde he estado en Kawagoe. ¡No os cortéis y coged unos pocos! Pensé que eran saludables, pero luego me di cuenta de que tienen muchísimas calorías. ¡Como me los coma yo sola, voy a engordar todavía más! 

Maori

Las letras, redondeadas y ligeramente inclinadas hacia la derecha van acompañadas del dibujito de un cerdito. Alrededor de la nota, hay varios mensajes con diferentes letras:

Gracias por el detalle, Maori. ¡Ánimo con toda la preparación de la boda!

¡Pero si no estás gorda!

Están riquísimos y supercrujientes, ¡gracias!

Sin darse cuenta, sonríe y estira la mano. La tinta de los mensajes se emborrona con el roce de sus dedos hasta convertirse en una mancha de color azul oscuro. Incluso dentro de la empresa, todavía queda algo vivo en este rincón, algo de sangre que palpita. Estos triviales mensajitos son tan radiantes que casi le resultan cegadores.

Kawagoe… Entonces, seguro que ha estado en casa de los padres de Yasuyuki. Aunque la boda se haya retrasado un poco, su relación sigue su curso sin problema, rodeada del apoyo de todos. Menos mal que no se tomó en serio lo que le dijo Yasuyuki. Aunque diga que no está enamorada, esa manera de atar cabos, de no perder ni un segundo y hacer que todo avance tal como quiere le parece algo muy propio de Maori.

De pronto, alguien se abalanza sobre ella por la espalda. Solo con su presencia, sabe perfectamente quién es sin necesidad de darse la vuelta.

–¡Suéltame, no me toques! –Se retuerce con todas sus fuerzas, pero Yasuyuki parece tomarse su reacción como mera timidez–. La cosa va bien con Maori, ¿no? Si la llevaste incluso a casa de tus padres… ¡Suéltame antes de que venga alguien!

Trata de contorsionar el cuerpo para mirar hacia la pizarra blanca, pero los brazos que la rodean por la espalda la aprisionan con más fuerza. Quiere gritar, pero le da miedo que alguien venga corriendo. Esos brazos, que hace un tiempo podían abrazarle la cintura sin problema, ahora apenas alcanzan a rodearla.

–No pasa nada, a mí no me importa que estés gorda. Sigues dentro de lo aceptable. No tienes por qué sentirte inferior. Yo… creo que te comprendo, creo que incluso te quiero. Esta mañana, tras verte por primera vez en tanto tiempo, era incapaz de quitarte los ojos de encima.

Gira el cuello y lo mira cara a cara. De lejos, Yasuyuki parece tan elegante como siempre; de cerca, en cambio, se nota lo áspera que tiene la piel y lo mal que le huele el aliento.

Frunce el ceño con todas sus fuerzas: quiere dejar claro que lo encuentra despreciable.

–Has comido sola, ¿a que sí? No tienes amigas y el resto de las mujeres te detesta… Y, a pesar de eso, creo que me gustas de verdad. En el fondo eres orgullosa, pero tratas de entender las emociones de las mujeres y enseguida te rechazan. Eso es lo que más me gusta de ti. No sé, me pareces adorable. Cuando estoy contigo me siento en paz.

La presa de Yasuyuki es tan fuerte que acaba por dejar de oponer resistencia. Qué más da, si, total, ya se han visto desnudos una vez, cualquier intento de resistencia le parece un gasto inútil de energía.

De pronto, un escalofrío le recorre la espalda, comprende que no es la primera vez que siente esto: le ha sucedido en mayor o menor medida con todos los hombres con los que ha estado y que luego la han dejado. Todos tenían motivos muy parecidos a Yasuyuki para querer estar con ella. Claro, de lo contrario, ¿quién querría acostarse con una mujer que tiene el corazón tan cerrado?

Cuando ven su incapacidad para unirse al resto de las mujeres, siempre rezagada, quieta, los hombres se hinchan con una mezcla

de superioridad y paternalismo de poca monta. Quizá, como en el fondo saben que ellos también son incapaces de adentrarse en ese territorio inexpugnable, se permiten odiar con la conciencia tranquila.

–Ya no puedo más, quiero escapar de las garras de esa mujer. Créeme cuando te digo que he aguantado lo inaguantable. Estoy al límite: no me quedan fuerzas físicas ni mentales. Su madre no dejó de presionarme hasta que, a regañadientes, accedí al matrimonio, pero ha sido un error. Desde entonces, Maori está cada vez más… –La voz se le quiebra hasta convertirse en un sollozo ronco y bajo.

No es solo Maori, piensa Eriko. Él también se volvió loco hace tiempo. Mira que dejarse acorralar hasta este punto y no darse cuenta, mira que negarse a ver las cosas y encima seguir esperando, como si fuera su derecho divino, que las mujeres lo cuiden y lo consientan…

–Maori es tan mediocre como parece. Lo único que la mantiene es estar rodeada de sus amigas. Se aferra a ellas como a un clavo ardiendo. Esta semana no ha cocinado ni un solo día, me ha dejado completamente tirado y todas las tardes se va por ahí con sus amigas de «día de chicas». Que si se va aquí con las damas de honor, que si se va allá… Es absurdo. Parece muy segura de sí misma, pero en el fondo le aterra que la comparen con los demás.

–No da esa impresión para nada…

–Piensa bien en sus cualidades: no es guapa y creo que no ha acabado ni el bachillerato. La crio su madre sola y viene de una familia pobre, no es lista y con cada día que pasa se nota cada vez más que ya no es joven. Por eso necesita estar rodeada de mujeres, para aferrarse a algo, a lo que sea. No quiere admitir que ya es una mujer adulta, prefiere seguir creyendo que sigue siendo una chica con toda la vida por delante. Por eso no para de dar la brasa con sus días de chicas. No es porque las quiera tanto como dice.

–¿Ah, sí? Pues a mí me da la impresión de que sí que se preocupa por ellas…

Dice la verdad. En la pizarra, frente a ella, está el mensaje de Maori. Aunque tenga un temperamento oculto, le parece que ser capaz de traer un detalle para sus compañeros de trabajo y dejar

una nota graciosa dice mucho de ella. Cuando fue a Hakone, ¿se acordó de las mujeres de la oficina? ¿Ha tenido el detalle, aunque sea una sola vez, de comprar algo para dejarlo en la sala de descanso? Y eso que viaja bastante a menudo por trabajo y ha tenido un sinfín de oportunidades para hacerlo…, pero nunca lo ha hecho.

–Te equivocas. Las mujeres nunca pueden llegar a querer a otra de verdad, nunca podrán ser amigas de verdad. ¿Hasta cuándo piensas seguir siendo una niñita inocente? Eres demasiado cándida, demasiado natural… Pero eso es justo lo que adoro de ti –susurra suavemente en su oído con una voz que casi parece tierna.

A Eriko se le erizan todos y cada uno de los poros del cuerpo. Por fin, Yasuyuki le libera el brazo, pero, en vez de soltarla del todo, le agarra el hombro con delicadeza fingida.

–Lo que pasa es que, como Maori es inferior, se sienten seguras a su lado. Esos vínculos forjados a base de almuerzos y tés no valen nada. Las mujeres son crueles e increíblemente retorcidas. Qué pena me da, no sabe que es el hazmerreír de…

No llega a terminar la frase. Un ligero olor como a metal llena el aire y, acto seguido, Eriko nota algo rojo, con la anchura de una cinta, que se desliza por su pecho. Proviene de la mano derecha de Yasuyuki, la misma que tiene apoyada sobre su hombro. Allí, clavado en la superficie de esa mano inusualmente blanca hay un reluciente palito de boniato.

La imagen es tan absurda que sonríe incrédula.

Maori se ha colocado detrás de ellos sin que se dieran cuenta y, en silencio, ha arrancado de cuajo el palito de boniato y se lo ha clavado a Yasuyuki.

Yasuyuki lanza un grito ronco que parece más bien un aullido y aparta a Eriko de un empujón para luego encogerse de dolor y desplomarse en el suelo. De entre los dedos de su mano izquierda, con la que intenta detener la hemorragia, mana la sangre a borbotones dejando manchitas desperdigadas por doquier.

–¡Tenemos que llevarlo al médico!

Pero en cuanto dice estas palabras, nota que su cuerpo, recién liberado de la presa, no tiene la menor intención de moverse.

Solo tiene clara una cosa: nunca más permitirá que un hombre vuelva a tocarla sin su consentimiento.

–Tranquila, no pasa nada –responde Maori sin alterarse mientras le da un puntapié en la cintura a él con sus zapatos de oficinista.

De los tres, es evidente que ella es la más fuerte, la que sabe cómo encajar mejor en la sociedad.

–¿Y si se muere…? ¿Qué hacemos entonces?

Maori, a la que hace mucho tiempo que no ve, parece robusta, con aire ya de madre experta, e irradia una autoridad tranquilizadora. Se le ocurre que, si Yasuyuki se muere, quizá no sea mala idea ayudarla a deshacerse del cuerpo y huir juntas.

–Tranquila, he tenido cuidado de no darle en ningún punto vital. Es la única manera de que un imbécil como él entienda las cosas. Si no lo educo yo desde cero, sus víctimas seguirán multiplicándose –replica con una naturalidad casi fuera de lugar.

Se echa hacia atrás el brillante pelo negro. Ha vuelto a teñírselo de oscuro.

En el suelo, Yasuyuki tiembla con violencia. Tiene algo parecido a una costra en el cuello, ¿quizá sea un mordisco de Maori?

–Pero si haces algo como esto en el trabajo, pueden despedirte. No se sabe quién puede estar mirando…

–¿Perdona? ¿Me vas a venir tú, la loca del coño, a darme lecciones a mí? Vale, si nos descubren, diré que fuiste tú. A mí no me quieren mucho en la oficina, pero a ti te detestan. Y ahora que te has puesto gorda y fea ni siquiera cuentas con el apoyo de los hombres. Eso es lo que más odio de los tíos: en cuanto una mujer no cumple con los estándares, pierden todo tipo de compasión hacia ella –exclama mientras alza como si fuera un trofeo el palito de boniato cubierto de sangre de su prometido y se ríe de una manera que da escalofríos.

Contagiada por ella, Eriko no puede evitar sonreír con sumisión, casi como si estuviera suplicando. A sus pies, los gemidos de dolor de Yasuyuki comienzan a perder relevancia. Lo que le llama la atención, en cambio, es el orondo vientre de Maori. Cómo le gustaría estar ahí dentro.

Aunque no se parecen en nada, de pronto Yasuyuki y Maori sustituyen a la imagen que tiene de sus padres de jóvenes: un niño

rico del departamento de ventas y una empleada a tiempo parcial que, tras derrotar a todas sus rivales, se ha asegurado la boda y poder dejar la empresa. Quizá si estos dos envejecen juntos, acaben convirtiéndose en una pareja igual a ellos.

Entonces, ¿por qué no renacer como su hija? Podría empezar su vida desde cero en un hogar parecido al suyo, pero esta vez entendería mejor a sus nuevos padres. Aprendería de Maori el arte de hacer amigas y llevaría todos los días a alguna compañera de clase a casa. Maori, sonriente y campechana, las recibiría con galletas del supermercado. Hasta podría presumir ante sus amigas de lo divertida que es su madre.

Desde el suelo, una voz temblorosa la devuelve a la realidad:

–¿Esta es la amistad entre mujeres de la que presumes? Todo el día dale que te pego con que si tus amigas tal y cual. ¿Es que eres lesbiana? Me das asco. Si de verdad creyeses en la amistad, si tuvieras un vínculo irrompible con alguien, no andarías por ahí insultando a la gente ni maltratando a tu prometido. Estás rota y vacía. Y lo sabes.

–Ah, ¿mis amigas? –Maori resopla y, sin vacilar ni un instante, hunde la punta de su zapato en el costado de Yasuyuki–. ¿De verdad crees que tengo tantas amigas por ser buena persona y que Eriko no tiene ninguna porque es mala? Mi obsesión con el dinero, mi violencia…, eso no tiene nada que ver con que tenga amigas, con que cuidemos las unas de las otras o con que viva en paz. ¿Cómo puedes ser tan ingenuo? Es que no te enteras de nada, ¿verdad?

Entorna los ojos y se inclina hasta quedar cara a cara con Yasuyuki, aún contraído de dolor.

–¿Qué pasa? ¿Es que esperas que las amistades entre mujeres hagan milagros? Odias a las mujeres. Eres incapaz de vivir sin mirarlas por encima del hombro y aun así… ¿anhelas esa cosa de los vínculos irrompibles que sale en los libros y pelis? Te has montado un castillo en el aire: un paraíso lleno de pajaritos, florecitas y mujeres angelicales. Y en cuanto aparece un solo sentimiento negativo, lo señalas con el dedo y te regodeas mientras dices: «Si ya lo sabía yo, el mayor enemigo de una mujer es otra mujer. Si ya sabía yo que los hombres somos mejores». Y aplaudes y das

volteretas de pura alegría. ¿Qué eres, un crío, pedazo de gilipollas? –Lo agarra del pelo con fuerza y le inclina la cabeza hacia atrás. Yasuyuki empieza a toser con violencia–. Eres patético. El que no es capaz de comportarse como un adulto eres tú, no yo. Ya va siendo hora de que dejes de ser el niñito mimado de mamá. ¿O es que crees que todos tienen que cuidarte siempre por tu cara bonita? Antes de ponerte a criticar a los demás, preocúpate de lo malo que eres en la cama, picha corta. Vamos, levántate, ¡venga! Dime: ¿acaso hay una sola relación en este mundo que no sea frágil? Da igual si es entre mujeres, entre hombres o entre mujeres y hombres. No importa. Las relaciones humanas cambian de forma, se llenan de odio, se desgastan… Solo con paciencia y esfuerzo se consigue que sigan adelante. ¿Crees que basta con una sola relación para sentirse lleno? ¿O que sin hacer nada los problemas se solucionan y todo sale bien? ¿Es que eres imbécil? Te han consentido tanto que no te quedan tornillos en la cabeza. Y encima tienes la poca vergüenza de decirlo tú, que no tienes ni un solo amigo. ¿Sabes lo que dicen de ti los otros hombres de la oficina cuando no estás delante?

–Joder…, las mujeres dan muchísimo miedo… Os odio… ¡Ay! Por favor…, llamad a una ambulancia…

Al final, Yasuyuki se pone a llorar como un niño pequeño. Maori agarra una bayeta húmeda del fregadero y se la tira sin miramientos. La tela mojada le golpea el cuerpo como un látigo y salpica agua por todas partes antes de caer al suelo.

–Y parece que estás condenado a casarte con la mujer más temible de todas. ¿Crees que voy a dejar escapar así como así la oportunidad de mejorar mi vida de un salto? Como se te ocurra abandonar a una mujer embarazada antes de la boda, ten por seguro que la empresa te va a destinar al rincón más olvidado y perdido que tengan.

Con lo inteligente y astuta que es, Maori es perfectamente capaz de valerse por sí sola en el mundo y, sin embargo, solo sabe vivir aferrada a este hombre. A Eriko le parece estúpido, incluso patético. Y, por mucho que Yasuyuki desprecie a las mujeres, por mucho que las odie, solo Maori, envuelta en su maternidad y con su forma de imponer respeto, puede estar a su lado.

–Anda, vete.

Le hace muy feliz que Maori por fin se acuerde de que existe. No puede moverse hasta que no le dé permiso y, aunque ya lo tiene, no quiere irse de aquí. A pesar de toda la tensión, ahora mismo la sala de descanso es un lugar vivo, con un corazón que late y sangre corriendo. No hay máscaras ni artificios, solo el calor de personas vivas. El moho rancio del fregadero y el olor a hierro que emana Yasuyuki le resultan, de algún motivo inexplicable, muy agradables.

Maori mordisquea los palitos de boniato con naturalidad, como si no hubiera pasado nada. Parece una ardillita monísima.

–No vuelvas a la oficina. Ve y presenta tu dimisión ahora mismo. Me he dado cuenta de que te detesto. Hoy solo verte ahí sentada en el escritorio me ha revuelto el estómago. Nos pasa a todos: tu sola presencia hace que el ambiente se vuelva sofocante y asfixiante. Solo con mirarte siento dolor y estoy segura de que no soy la única a la que le pasa. No es que te odiemos, ¿sabes? Es que, al mirarte, parece que nos restregaran por la cara nuestros fallos más vergonzosos y por eso resulta insoportable estar contigo. Esa es la razón por la que eres incapaz de hacer amigas, ¿verdad?

–Pero…

No puede rendirse. No puede abandonar su sueño de obtener reconocimiento en la antigua empresa de su padre, de convertirse en una hija de la que pudiera estar orgulloso. No puede renunciar a cambiar ella sola, sin cambiar a los demás. Lo único que pasa es que todavía no ha encontrado la manera de lograrlo.

Maori, rápida como el rayo, parece leerle el pensamiento.

–Dios, ¿de verdad te crees que si te quedas quieta en el mismo sitio con los dientes apretados vas a crecer? Ya va siendo hora de que cambies de pecera. Olvida lo que te han enseñado tus queridos papis, porque, a pesar de todo el tiempo que has estado esforzándote, no te ha salido nada bien. Por eso tienes que irte de aquí.

De pronto le mete en la boca un palito de boniato a medio comer. La punta afilada casi se le clava en la garganta como un cuchillo y la muerde rápidamente. Crac. Un crujido seco le retumba en el oído. El sabor dulce del palito se extiende por sus papilas gustativas, le

recuerda a los boniatos que hacía con su madre y Keiko de pequeña. Igual de dulce que cuando lamía con la punta de la lengua la crema dulce y caliente que se quedaba en la espátula de madera después de hacer algún postre.

Con lágrimas en los ojos se le escapa sin querer un: «Está buenísimo». Maori tuerce los labios y pone esa sonrisa despectiva tan suya.

A sus pies, el charco de sangre parece un poco más grande que antes.

33

Son las ocho y veinte, casi la hora de ir al hospital. Como el autobús pasa solo una vez cada hora, si lo pierde no tendrá otro remedio que quedarse esperando mientras mira el monte de detrás de su casa. Así ha sido siempre su vida y seguramente así seguirá: no puede elegir nada por sí misma.

Justo cuando creía que se había librado del control de Eriko, va y vuelve a caer en las garras de su padre. Como hace tiempo que él no paga las facturas de la luz y el agua, lo único que puede usar para calentarse en la vieja casa es una estufa de gasolina. Las ventanas con rieles ya no cierran y la puerta de cristal es tan fina que le da la impresión de que el aire helado la atraviesa sin esfuerzo. El viento que le roza las mejillas es tan frío que le duelen hasta los huesos. El futón, lleno de polvo, pesado y con un olor acre a naftalina se encuentra en unas condiciones penosas, pero aun así no quiere levantarse de él.

Queda poco para que acabe el año. Como no quiere mirar la habitación, repleta de cosas de cuando estaba en el instituto, clava la vista en el techo de madera veteada. ¿Qué estará haciendo Kensuke ahora? Le envía sin falta dos correos al día, pero todavía no ha recibido respuesta a ninguno. Seguro que está ocupado con las rebajas de fin de año y preparando los productos para el Año Nuevo. ¿Echará en falta su ayuda? No, seguro que todo sigue como siempre. A fin de cuentas, casi no hacía nada como ama de casa.

Desde que se casó, no ha preparado ni una sola vez el *osechi*, la comida típica de Año Nuevo, ni ha hecho la limpieza general que corresponde a esas fechas. Las únicas tradiciones que tenían

Kensuke y ella eran ver el festival de música *Kōhaku Uta Gassen* el 31 de diciembre, comer *soba* del listo en tres minutos y, cuando terminaban la temporada de Año Nuevo en el trabajo de Kensuke, ir a visitar a su familia. Solo con esas cosas tan simples le bastaba para sentir, con tranquilidad, que se cerraba un ciclo y empezaba otro nuevo.

A pesar de que todo eso solo ha sido posible gracias a que Kensuke estaba a su lado, le escuecen los ojos.

La víspera y los primeros días del nuevo año que pasaba en la casa de su familia estaban siempre cargados de tensión. Todo estaba limpio y reluciente y en la mesa siempre había manjares que llevarse a la boca. Aun así, en aquel entonces, lo único que deseaba era que las vacaciones terminaran cuanto antes para poder volver a encontrarse con su novio. No quería ver cómo su madre se mataba a trabajar como una esclava por su padre y sus hermanos.

Su padre fingía estar absorto en la televisión, pero en realidad estaba siempre vigilando lo que hacía su madre y le lanzaba de vez en cuando miradas afiladas como cuchillos. Una vez, cuando toda la familia iba a ir a ver las campanadas en un templo del barrio, su madre no aparecía por ningún lado. Shōko fue a buscarla y la halló tirada en el suelo, sollozando.

Cuando llegaba el Año Nuevo e invitaban a parientes a casa, su padre se convertía de pronto en una persona tan encantadora que hasta resultaba cómico. Era una visión muy inquietante. Era el mismo hombre que estaba pendiente de cada detalle, que se fijaba en cómo su madre cortaba las verduras o escurría el trapo. ¿Cómo puede ser que en apenas quince años se haya convertido en alguien al que todo le resulta indiferente? ¿Qué es lo que busca en realidad? ¿En qué quiere convertirse? ¿Qué es lo que quiere lograr?

Desde que va al hospital a ver a su padre no tiene más remedio que dormir en casa. Aunque apenas ayuda en la rehabilitación o la limpieza, ya que se limita a mirar desde la barrera cómo lo hacen las enfermeras, se siente agotada a todas horas, tanto física como mentalmente. Le resulta penoso estirar la mano y tocar, por primera vez en mucho tiempo, la piel marchita de su padre. La actitud de él se vuelve más arrogante con cada día que pasa y cada vez que ve

cómo las enfermeras ponen cara de desagrado de forma involuntaria, se le encoge el estómago.

Por fin se levanta de la cama.

No tiene fuerzas para ponerse a limpiar. El primer día casi se echa a llorar al pensar que tenía que dormir en un sitio tan sucio y frío, pero no hay ni un solo hotel cápsula ni un cibercafé abierto las veinticuatro horas en la zona. Se ducha en el hospital, compra en el súper una cerveza y algo de comer, sin fijarse siquiera en qué, y luego vuelve a la casa a toda prisa y se encierra hasta la mañana siguiente en su cuarto, acompañada solo por una linterna y la estufa de gasolina. Cierra la puerta corredera con fuerza, en un intento de no ver el estado del resto de las habitaciones. Trata de no pensar que, al otro lado de la pared, hay un enjambre de insectos que reptan y carcomen la casa y los restos de comida que siguen pudriéndose.

Se esconde bajo el futón y se dedica a mirar el móvil, que carga a escondidas en el hospital, con un cigarrillo en la mano, hasta que el sueño la vence. Su única distracción es seguir la vida de Nori, escribirle correos explicándole su situación y comprobar cada media hora si le ha respondido.

Según ha leído en el blog, Nori y su familia ya han decorado la casa para Navidad y hornean galletas casi todos los días. Su hija mayor, que está estudiando para los exámenes de ingreso, está algo resfriada, así que se asegura de darle vitaminas y dejarla descansar mucho. Ha acordado una colaboración con un supermercado y venden un arroz gratinado hecho con su receta, pero solo en Tokio. Por lo que ha visto en las fotos, tiene una pinta estupenda. Durante las vacaciones se irá con su familia de viaje a Nueva York.

Qué habilidad para aprovechar el tiempo y encima ganar dinero. Al compararse con su amiga, no puede evitar hundirse cada vez más en los lugares más oscuros de su mente. Si Nori viniese a ayudarla a poner orden a la casa…, si pudiera escucharla y darle consejos… Seguro que entonces se liberaría de todo este estrés.

Quiere verla de todo corazón. Y es toda esa emoción la que ha volcado en sus correos.

Está previsto que le den el alta a su padre la semana que viene. Para entonces debe tener la casa lista para poder cuidarlo, pero simplemente no encuentra las fuerzas para ponerse a ello. No sabe ni por dónde empezar. Qué ganas tiene de fumarse un cigarrillo… Los tres paquetes de Camel que compró ayer están ya vacíos. Los Mevius, los favoritos de su padre, son demasiado fuertes, pero la verdad es que ahora mismo le sirve cualquier cosa con tal de meterse algo de nicotina en el cuerpo.

Si la memoria no le falla, los Mevius están guardados en un cajón de la alacena junto con los sellos y las libretas bancarias. Trata de evitar entrar en otras habitaciones todo lo posible, pero no tiene fuerzas para arreglarse y salir sin dar antes una calada, así que, todavía envuelta en el futón, decide por fin salir de su cuarto.

Aunque lleva calcetines, el pasillo está tan frío que casi da un salto de la impresión. La débil penumbra queda interrumpida por la luz de la mañana y en los haces de luz danzan motas de polvo. Quizá sea porque en su cabeza todo es mucho más aterrador o porque lo está viendo casi a oscuras, pero lo cierto es que, a pesar de que hay basura por todos lados, el interior de la casa no parece tan sucio como pensaba.

Tras tirar varias veces con fuerza del cajón de la alacena, logra sacarlo y luego vuelca su contenido en el suelo. Aparecen cartas sin abrir, documentos relacionados con los terrenos y hasta cuatro llaves distintas. Por mucho que rebusca, no encuentra el tabaco, pero sí que da con una bolsa zip con medicamentos.

Se queda mirando durante un buen rato el blíster de pastillas azules.

Cuando espabila, va hasta el altar budista y coloca boca abajo la foto de sus abuelos. Coge el jarrón y tira al suelo el agua estancada. Una vez hecho eso, nota cómo su humor mejora bastante. Baja hasta el gélido jardín interior encharcado y enjuaga una y otra vez el jarrón en el fregadero. Lo llena con agua limpia que está tan fría que le corta la piel de las manos, vuelve al altar y lo deja allí sin mucho cuidado. Unas gotas salpican y mojan el portarretratos de sus abuelos.

Con la bolsa zip en la mano, vuelve a su cuarto y busca en el móvil «viagra». Compara una y otra vez las imágenes de internet con el medicamento que tiene delante. ¿Debería decírselo al médico? Mientras piensa en eso, se viste con la misma ropa del día anterior, se enfunda en un plumífero desgastado que usaba en el instituto y sale al fin de la casa.

Aunque el cielo está despejado, el aire está tan frío que se le entumecen los dedos. Ya está aclimatada al olor entre dulzón y podrido de la montaña, así que no le produce la menor impresión. Camina por el sendero entre los campos de arroz sin cruzarse con un alma y sube al autobús, que ha llegado justo a la hora.

¿Podría ser que estas pastillas le provocasen el infarto cerebral? ¿Las usaría mientras estaba con Reimi? ¿Con alguna prostituta? Da igual con quién fuera. El hospital de tres plantas que ve por la ventanilla del autobús le parece la encarnación de su padre, que la espera allí dentro.

Solo pensar que en el interior de aquel hombre existen los mismos deseos carnales que en ella misma le hace sentir todavía más rechazo hacia él. Es incapaz de intimar con nadie y, aun así, ansía con desesperación el calor de otro ser humano. No quiere mover un dedo por los demás, pero sí que alguien reciba la ardiente energía que lleva dentro. El hecho de que su padre haya usado estas pastillas, incluso a su edad, para satisfacer sus deseos egoístas le parece imperdonable.

Desea huir, desaparecer y perderse en cualquier lugar. No quiere ver a su padre. De nuevo es consciente de lo mucho que lo detesta.

Implacable, el autobús llega a la parada con el nombre del hospital. Al abrirse la puerta, sale escupida junto con algunos ancianos. Igual que siempre, entra en el hospital por la puerta de visitas y urgencias.

Sube en el ascensor hasta la tercera planta y, cuando está a punto de dejar atrás la sala de espera acristalada, se detiene.

–Ken… –El nombre de su marido se escapa de entre sus labios resecos. Es la primera vez que oye su propia voz en más de diez horas.

El hombre regordete que está sentado frente al televisor levanta la mano y se acerca a ella. Hace dos semanas que no ve a su marido y no está ni demacrado ni desaliñado: sigue teniendo el mismo rostro redondeado y terso de siempre. Aunque solo lleva puesto un forro polar de Uniqlo, desprende un aire de fuerza.

No es como su padre, que es incapaz de vivir sin una mujer. Es autosuficiente, no depende de los demás. Por eso precisamente se enamoró de él, ahora le resulta evidente. Se avergüenza de su propio aspecto, más desaliñado que nunca.

Quiere echarse a llorar en sus brazos, pero la sonrisa amable de atención al cliente con la que la recibe frena su impulso.

Se sientan en el sofá frente a las máquinas expendedoras de la sala de espera. Las lucecitas de un árbol de Navidad barato titilan en un rincón.

–He venido en un bus nocturno. Ya he visitado a tu padre. No nos veíamos desde la boda, pero todavía se acuerda de mí. Está más animado de lo que pensaba. Estaba preocupado, así que quería verte al menos una vez antes de que terminase el año.

–¿Y dónde te vas a quedar hoy?

Seguro que ella tiene cara de desesperación.

Kensuke aparta la mirada con suavidad, sin crueldad.

–Voy a volver ahora mismo en el tren bala a Tokio. Quiero estar en el trabajo a mediodía, ya sabes, como es fin de año…

Lo mira de soslayo y, tras un instante, llega abatida a la siguiente conclusión: ha venido a verla solo como amigo. Recuerda que es el tipo de persona que se acerca a echar una mano siempre que un conocido tiene problemas familiares. Sabe que no tiene sentido hacerse ilusiones, así que trata de recomponerse.

Con tono furioso y descarado, le suelta sin remordimientos ni contemplaciones todo lo que ha sufrido estos días, sin escatimar en insultos hacia su padre y este pueblo que se niega a seguir adelante. Cuando Kensuke le dedica una sonrisa torcida, se emociona y, con un gesto enérgico, le muestra la bolsa zip.

–Mira, ¿no te parece ridículo? Nada más y nada menos que viagra. Si es que no tiene vergüenza, y eso que ya es lo bastante mayor

para no estar buscando líos de faldas. Aunque yo tampoco soy quién para hablar…

Quiere que su última frase sea una broma cargada de autocrítica, pero, nada más decirla, Kensuke deja de sonreír y cierra la boca de golpe.

–Bueno…, deberías comentárselo al médico. No sé mucho del tema, pero seguro que le han desestabilizado la tensión…

Con parsimonia mete la mano en la mochila y saca del monedero, un regalo de ella, un blíster con cinco pastillas idénticas que tiene en la bolsa zip.

Es tan inesperado que Shōko se queda sin palabras.

–¿Qué es eso?

–Quedé hace tiempo con unos amigos y me las dieron de broma. No sé, nunca llegué a tirarlas.

–Pero, Ken, no tienes edad para estas cosas, todavía eres joven…

Trata de quitarle hierro al asunto, pero se da cuenta de que su marido lo dice totalmente en serio.

–En realidad, no tengo derecho a reprocharte lo de la infidelidad…

–Ah, claro. Estabas preparado por si surgía algo con otra mujer. Tiene sentido.

Quiere reírse, pero la boca no le responde. Nunca se le había pasado por la cabeza que Kensuke pudiera estar con otra. Solo con pensarlo siente una soledad todavía más honda.

No tiene a nadie en el mundo al que pueda aferrarse, nadie en quien confiar.

Cuando tu pareja te traiciona, eso significa que no puedes volver a confiar no solo en ella, sino en nada de lo que te rodea. Su culpa se vuelve aún más pesada.

En medio de la calma de la sala de espera iluminada por la luz de la mañana, las palabras de Kensuke resuenan con claridad:

–No, no es eso. Nunca he querido estar con nadie más, pero, no sé… Para un hombre como yo que está entrando en la mediana edad es una especie de amuleto.

–¿A qué te refieres?

–Pues eso, a un amuleto. Pensaba que el blog era eso para ti. Algo a lo que te aferras con todas tus fuerzas para poder seguir

siendo tú mismo. Por eso nunca te dije nada, por mucho miedo que sintiera al ver cómo te estaba absorbiendo.

Kensuke compra un café de la máquina expendedora, abre la lata y le da un sorbo. Ella lo observa sin perderse ni el más mínimo gesto. A pesar de todo el tiempo que han pasado juntos, nunca ha sido capaz de ver de verdad a este hombre.

–Envejecer da miedo, ¿no crees? Cada mañana siento que soy menos hombre. Sobre todo porque no soy como tú, Shō, alguien capaz de desplegar sus alas y volar hasta nuevos horizontes. Si nos divorciáramos ahora, yo no podría encontrar a otra persona, pero tú sí. No es que sea infeliz, pero resulta duro ver cómo tus opciones se van reduciendo. Lo mejor sería poder elegir de entre todas las posibilidades una que te permita tener una vida estable y lograr mantenerla, pero casi nadie lo consigue.

Al principio habían sido simplemente una empleada a tiempo parcial y su jefe, buenos compañeros de trabajo. Aunque tardó mucho en empezar a verlo como una posible pareja, las horas que pasaban juntos, esas conversaciones en las que podía hablar de todo, le resultaban imprescindibles porque no tenía amigos. Solían compartir momentos así, sentados uno al lado de otro en el almacén del trabajo con algo de beber en la mano.

Cuando se dio cuenta de que Kensuke era así de amable con todo el mundo, nació en ella el deseo irrefrenable de tenerlo solo para sí misma, así que hizo uso de sus artimañas de siempre para atraparlo y hacerlo suyo.

¿Qué habría pasado si hubieran seguido siendo solo compañeros de trabajo? Tal vez su relación habría sido más sana, más ligera, puede que hasta mejor que la de su matrimonio. Si hubiera logrado establecer un vínculo con alguien más, no habría sentido la necesidad imperiosa y desesperada de encerrarlo en un lugar estrecho en el que solo ella pudiera tenerlo. Quizá cada uno habría podido vivir rodeado de todas sus opciones, unidos por un suave vínculo.

–Creo que más o menos entiendo lo que se te pasó por la cabeza y lo que intentabas hacer –dice Kensuke–. No es que estuvieras enamorada de ese hombre ni quisieras abandonarme por él. Solo

querías sentir que aún tenías opciones… En fin, sea como sea, no pienses tan mal de tu padre, ¿vale? Hazlo por mí.

Su marido se levanta. La cintura, tapada por un vaquero y carnosa como la de una mujer, le queda a la altura de los ojos. Shōko desea abrazarla, frotar la cara con todas sus fuerzas contra ella. Se muere por sentir de nuevo la calidez que irradia.

–Esto… yo…

No se atreve a pedirle que le dé otra oportunidad. No quiere volver a ver su cara de incomodidad y tampoco puede soportar la idea de que la rechace.

–Bueno, cuídate. Perdón por no haber podido ayudar mucho.

–No, gracias por venir.

Se ofrece a acompañarlo hasta el autobús, pero él la detiene y se marcha de la sala de espera. Al subir al ascensor, levanta una mano como gesto de despedida y desaparece de su vista.

Con la sensación de estar soñando, no le quita la mirada de encima, incluso cuando las puertas de cristal del ascensor ya se han cerrado. Acaricia suavemente el sofá, todavía algo hundido, en el que estaba sentado. Aún está caliente.

Por primera vez desde que ha llegado aquí, se le escapa una lágrima.

Si la situación hubiera sido al revés, ella no se habría atrevido a visitar a la familia de Kensuke. Le gustaría que él supiera que, a diferencia de ella, tiene todas las posibilidades habidas y por haber. Pero ¿cómo podría transmitirle algo así?

Nota cómo alguien la mira y alza la cabeza. Se seca las lágrimas a toda prisa, saca el móvil del bolsillo y finge estar completamente absorta. Entonces lo ve: una llamada perdida de hace pocos minutos de Satoko Hanai. Solo es una llamada, pero ya es un acontecimiento increíble.

Sale corriendo hasta la zona en la que hay cobertura y se lleva el móvil al oído con entusiasmo. Es mejor hablar con quien sea que seguir llorando sola.

–Buenos días, soy Satoko. Hace mucho que no hablamos.

Ah, esa voz tan ronca, ese tono tan ágil y directo. Había llegado a despreciarla porque siempre era tan impecable que no dejaba

traslucir lo que había en su interior. Pero ahora que es su única conexión con la sociedad, se siente en las nubes solo con oír su voz.

–¡Cuánto tiempo! Perdón por no haberlo cogido antes, me llamas por lo de la publicación del libro, ¿verdad? Lo haré. Por favor, déjame hacerlo, necesito trabajo y el blog… Bueno, ahora mismo estoy en casa de mi padre y me resulta complicado actualizarlo, pero…

Está tan contenta de hablar con alguien que no sea de su familia que podría seguir hablando sin parar.

Pero Satoko la corta en seco:

–No, hoy no te he llamado por temas de trabajo… Quería pedirte que dejaras de enviarle correos a la señorita Noriko Ikeda.

–¿Noriko Ikeda? ¿Y esa quién es?

Como el nombre no le suena de nada, le sale una voz cargada de sorpresa.

–¿No lo sabes? Es el verdadero nombre de Nori.

Siente ganas de echarse a reír. ¿Cómo puede Nori tener un nombre real tan normal y corriente? Una famosa a la que invitan a la inauguración de una cafetería especializada en tortitas en Omotesando, alguien que ha sido elegido como la cara de un centro comercial de *outlets* enorme… Y en realidad se llama Noriko Ikeda.

–El caso es que le has enviado tal cantidad de correos que la señorita Ikeda está desconcertada. Estaba especialmente sorprendida por el que ha recibido esta mañana.

Pero si no ha hecho más que escribir, con toda la sinceridad del mundo, lo bonito que sería pasar las navidades junto a Nori y su familia. ¿Qué hay de desconcertante en eso?

–Pero, no… Es un malentendido: somos amigas… –trata de replicarle, pero Satoko vuelve a cortarla de golpe, sin dejarle margen para defenderse.

–Por lo que tengo entendido, ahora mismo estás en casa de tu padre, ¿verdad? Entonces supongo que tu situación familiar debe de ser complicada. Creo que estás agotada emocionalmente, así que, míralo por el lado positivo y aprovecha este tiempo para descansar. Ah, por cierto, te transferiré de inmediato el dinero de la última entrevista y charla. Además, si me lo permites, te añadiré un

pequeño extra como muestra de apoyo. Bien, entonces, ya me pondré en contacto contigo cuando llegue la ocasión.

Tiene la sensación de que hace énfasis en el «me pondré en contacto contigo».

Satoko cuelga.

Se queda mirando el móvil durante un rato hasta que sus piernas ceden y se deja caer sobre ellas. Una extraña risa empieza a brotar de lo más profundo de su ser.

Qué absurdo. Qué gracioso. Resulta que Nori la considera una acosadora. Es como si… como si…

Como si se hubiera convertido en Eriko Shimura.

Ahora entiende la serie de actos incomprensibles de esa aterradora mujer. Lo más probable es que estuviera buscando con desesperación algo a lo que aferrarse para seguir con vida y, por casualidad, se topó con ella.

Le resulta increíble pensar que ella, que está atrapada en este lugar alejado de la mano de Dios, que vive sola con su padre, pueda sentirse igual que Eriko, que vive en pleno centro de Tokio sin que le falte de nada. Entonces, ¿ni siquiera teniéndolo todo ni viviendo en un lugar perfecto puede una salvarse?

Las personas se pierden a sí mismas hasta este extremo cuando no tienen a lo que abrirles el corazón. Se deja de pensar en cómo percibirán los demás sus acciones, ya no son conscientes de sí mismos.

De hecho, ella misma sigue sin comprender del todo hasta qué punto ha afectado a Nori con sus acciones. Si se pusiera a revisar sus mensajes uno por uno, seguramente acabaría viendo a una Eriko en sus palabras.

¡Qué ridículo le resulta que la odien y la quieran mantener alejada! Suelta una carcajada y ya es incapaz de contener la risa. Una mujer de mediana edad con pijama la mira con ojos llenos de compasión. Su cara, pálida y de facciones suaves, le recuerda ligeramente a la de su tía.

En ese preciso instante, su cerebro piensa con una velocidad atípica. Activa una facultad que nunca antes ha usado: la de tener en cuenta las circunstancias de los demás.

¿Por qué su tío, con lo servicial que es, y Miwa, que fue tan amable con ella, no le han echado una mano? ¿Por qué su tía no ha venido ni un solo día a visitar a su padre?

Sin más, coge el móvil. Al cabo de un rato suena al otro lado la voz seca de su tío:

–Ah, Shō, ¿qué pasa?

–Oye, yo… –Al otro lado, nota un suspiro cansado que refuerza aún más su suposición–. Quería saber si la tía se encuentra mal.

Durante un segundo le parece que la respiración de su tío le acaricia el oído. Oye cómo traga saliva.

–Sí… Perdona, no me atrevía a contártelo con todo por lo que estás pasando ya. –Un grito silencioso se le escapa de la garganta. Siente cómo el nudo que tenía en ella se deshace de golpe–. La verdad es que lleva en cama desde el año pasado, por culpa de los bronquios. Miwa también lo está pasando mal, porque se dedica a cuidarla a tiempo completo y apenas puede salir de casa. Y eso que tiene un niño pequeño… Me parece que uno de los motivos del divorcio fue que se pelearon por el tema de cuidar a su madre. Pobrecita, lo está pasando fatal…

El día que se cruzó con Miwa, su prima no dejó entrever ni una pizca de su sufrimiento. Así que esa invitación de volverse a ver no había sido más que mera cortesía, igual que cuando Nori le dijo que podía escribirle para lo que fuera.

Y va y ella se lo toma al pie de la letra, esperando con ansia a que su prima diera el primer paso. No tiene derecho a burlarse de Eriko. Ahora entiende por qué la ha tratado con tanta crueldad: porque son demasiado parecidas. Esa manera torpe y patética de no saber medir las distancias con los demás y dar pasos en falso… Verse a sí misma de este modo le resulta doloroso.

–Oye…, ¿podría ir a visitaros un día de estos?

Todo este tiempo ha estado enfadada porque Miwa no se ponía en contacto con ella y no se le ha pasado ni una vez por la cabeza que quizá tuviera motivos para no poder salir de casa. Quiere ayudarla con lo que pueda. Por primera vez en su vida siente ganas de ayudar a otra persona de manera sincera. Ahora mismo, Miwa necesita más

que nadie compañía y consuelo. De hecho, lo que más le preocupa es el estado de salud de su tía.

–Claro. Gracias, seguro que Miwa y tu tía se alegrarán muchísimo. Como no ven a nadie, el ambiente en casa está enrarecido. Pero… ¿no tienes ahora mucho lío con todo lo de tu padre? No hace falta que te exijas de más.

–No te preocupes, de verdad que quiero veros.

Tras colgar, va a la máquina expendedora, mete unas monedas y compra el mismo café en lata que Kensuke. Coge el móvil de nuevo y marca un número de su lista de contactos. Debe de estar ocupado, pues salta el contestador automático.

Se obliga a hablar lo más rápido posible, tiene que decir su mensaje antes de que se corte:

–¿Has llegado ya a la estación? Oye, Ken, yo siempre he tenido miedo de vivir sin dejar huella. Sé que no es excusa, pero, cuando ese chico mostró interés por mí, me tranquilizó pensar que no estaba del todo acabada. Me pasó lo mismo cuando el blog empezó a tener éxito. Quería dejar marca, constancia de que estoy viva. Es como has dicho: quería sentir que todavía tenía posibilidades. Pero al haber puesto mi valor en lo que los demás piensan, he perdido lo más importante. Ken, tú no eres así y eso es lo que más me gusta de ti. Por eso me siento en paz cuando estoy contigo. Yo… yo no voy a buscar a nadie más. Sé que suena oportunista, pero… –Tiene la lengua tan seca que no le salen las palabras. Le da un sorbo al café y consigue que su voz salga clara, nítida–: Quiero que empecemos de cero, Ken. Quiero esforzarme y dar todo lo que tengo para convertirme en alguien que, con solo estar a tu lado, te haga sentir que el mundo es amplio y está lleno de posibilidades.

Cuelga y parpadea lentamente. Se fija en el suelo lleno de arañazos, en los pacientes con batas conectados a goteros, en las bombillas ocultas por el cristal esmerilado. En todo lo que ve busca con desesperación algún rayo de esperanza.

Pero no encuentra nada.

A pesar de que lo ha dicho, a pesar de que ha transmitido su mensaje, es muy probable que Kensuke y ella no vuelvan a estar

juntos nunca. E incluso si llega a recuperar lo que ha perdido, tendrá que recorrer antes un camino interminable.

Pero ya no piensa dar marcha atrás. El día no ha hecho más que empezar, no tiene más remedio que ir a la habitación de su padre.

Se levanta, se acaba de un trago lo que queda de café y aplasta la lata con la mano antes de tirarla a la papelera. Ya se le ha calentado el cuerpo.

De pronto se da cuenta, sin saber muy bien cómo ha pasado, de que pensar en quedarse a solas con su padre en la misma habitación, algo que le ha dado miedo durante tanto tiempo, ya no le resulta tan aterrador.

34

De pequeña, cuando Keiko se subía en el lado opuesto del balancín y de pronto el suyo se elevaba, o cuando se impulsaba con todas sus fuerzas en el columpio hasta que sus pies llegaban a lo más alto, el edificio en el que vivían las dos aparecía de pronto en su campo de visión y, al verlo, sentía calma.

Aunque estuviera jugando con su amiga, el lugar en el que estaba más a gusto seguía siendo, sin lugar a dudas, al lado de sus padres.

Ahora le basta con sentarse en un banco del parque para poder ver el edificio, ya que derrumbaron el bloque de apartamentos que lo tapaba para construir allí un aparcamiento.

–¿No has pensado nunca en mudarte?

–Lo pensé muchas veces, pero no era una decisión que pudiera tomar sola. Fue tu padre el que, pensando en el trabajo y la hipoteca, decidió que siguiéramos viviendo aquí. Yo me limité a obedecer.

Encima, un cielo blanco, frío y silencioso las cubre. El año está a punto de terminar. El viento de invierno intensifica la sensibilidad de todos los rincones de su cuerpo y resulta hasta agradable. Hace mucho que no sale a pasear así con su madre.

Sigue yendo al trabajo como siempre, pero, aunque no ha cometido errores, solo le asignan tareas administrativas. Gracias a eso, ya no llega al fin de semana tan agotada y puede disfrutar esos días con calma, como hace ahora.

Desde la pelea de hace unos días, su madre se muestra distante, pero ha sido ella la que ha dado el primer paso y la ha invitado a salir a pasear. Con la luz natural se le marcan más las arrugas y las

manchas de la cara. No queda rastro de juventud. Los ojos caídos de expresión bondadosa, las comisuras de los labios inclinadas hacia abajo, como en un gesto de resignación perpetuo… Eriko vuelve a pensar que en realidad no se parece en nada a su madre.

–Yo sabía desde el principio que tu padre era demasiado para mí. Entre tantas compañeras de trabajo logré abrirme camino y quedarme a su lado. Fue un matrimonio forzado, como si hubiera tenido que estirarme demasiado, exigirme de más y aplastar una parte de mí para conseguirlo.

Ah, es Maori. Todo este tiempo, su madre ha sido Maori. Quizá se obsesionó con ella porque le recordaba a su madre.

Se humedece los labios resecos y chasquea la lengua:

–Cuando naciste, sentí que tú encajabas mucho mejor con tu padre que yo. Por eso quise concederte todos tus deseos y pensé que mi razón de ser era apoyarte. Pero, incluso ahora, me das un poco de miedo. Quizá porque eres la persona en la que me hubiera gustado convertirme…

–¿Incluso con lo gorda que estoy? –dice sin pensar.

–Claro que sí. Pase lo que pase, siempre serás hermosa. –Sonríe y posa su mano helada sobre la de ella. Parece comprender todos los pensamientos que la acosan–. Todo es culpa mía. Me convertí en vuestra esclava y nunca dije lo que pensaba de verdad. No es culpa vuestra: fui yo la que eligió ser así. Quería contemplar la imagen de un padre ideal junto a su hija perfecta. La verdad es que no me llevaba muy bien con tu abuelo, ¿sabes? Por eso siempre he envidiado a las niñas que tienen buena relación con su padre. Y tú no conoces su lado oscuro. No, claro que no. Porque hice lo imposible por interponerme entre ambos y que no lo vieras nunca. Y al final acabaste creyendo que todas las mujeres eran como yo…

Aunque el tono de su madre es calmado, nota una distancia como nunca antes. No es frialdad, sino un gesto cargado de consideración: está tratando de dejarla ir con delicadeza.

En ese momento, Eriko cree comprender, aunque sea un poco, por qué se ha convertido en quien es. Ni siquiera ha sido capaz de ver los verdaderos sentimientos de su madre, la mujer más cercana a

ella. Tal vez no tiene amigas no por cómo la han criado sus padres, sino porque nunca ha intentado imaginar cómo se sentían.

Piensa en su padre. Tal como ha dicho, para ella es un hombre sereno y reflexivo, pero en realidad ha sido una figura ausente la mayor parte de su vida. Da igual cuánto se descontrole su propia hija, él se limita a mirarla con aire preocupado, pero la que se atreve siempre a dar la cara es su madre. Quizá tampoco haya sido capaz de entenderlo nunca.

–Mamá…, ¿no has pensado nunca en irte de casa?

–Muchas veces, pero la madre de Keiko siempre ha hecho que me quede.

–¿Qué?

Está pasmada y la mira fijamente. De pronto, muchos misterios sin respuesta se resuelven. Con razón Keiko parece saber siempre tanto de su vida.

–Nunca te lo he dicho, pero, cuando voy a su casa, le cuento todo lo que me preocupa. Y Keiko suele estar también por ahí.

Tras la sorpresa inicial llega el sentimiento de traición. Entiende que su madre también necesita una amiga, pero solo con pensar que ha hablado a sus espaldas de sus fracasos y fallos como persona siente una vergüenza insoportable.

Al hablar, está segura de que suena como una niña en medio de una rabieta:

–¿De verdad Keiko y su madre pueden entender cómo te sientes? Seguro que ni siquiera me has perdonado…

–Puede que no me entendieran del todo, pero solo con tener delante a alguien con quien no tuviera que guardar secretos ni aparentar nada y que me escuchara en silencio… Solo con eso me basta para sentirme a salvo. La casa de Keiko se convirtió en mi refugio.

¿De verdad resulta suficiente con que alguien se limite a escuchar en silencio? ¿Está bien incluso si no te entienden? Tiene muchas preguntas, pero decide guardárselas para ella misma. No serviría de nada. Solo una mujer dulce y querida por todos como su madre podría lograr algo así. Quizá no sea asunto suyo.

–Yo… de verdad que no consigo entender los sentimientos de los demás. Siempre me equivoco, siempre los acabo malinterpretando. Y ni siquiera puedo fingir que los comprendo. ¿Qué se supone que debo hacer?

Le da vergüenza. Por más que fuerce la voz, todo lo que consigue emitir es un sonido débil. Es la primera vez que se siente así con su madre. Ya no es una niña pequeña, así que, entonces, ¿por qué sigue sin ser capaz de distinguir qué camino debe tomar?

–Comprender los sentimientos de los demás es muy difícil. Pero, Eriko, una mujer que lo entiende todo sin que se le diga nada, que sonríe siempre y que se mueve sin que otros se lo pidan antes, tal como hago yo…, en realidad no existe. Eso es lo que tendría que haberte enseñado: los amigos no son como la familia.

El viento se vuelve todavía más frío. En algún momento de su vida se ha convencido de que la amistad es algo superior a la familia. Pero, si lo piensa bien, si ni siquiera ha logrado comprender a sus padres, ¿cómo va a conseguir entablar un vínculo que esté por encima de este? Quizá, mientras no pueda hacerse amiga de verdad de la persona que tiene delante, de su madre, no hará ninguna amiga.

Y puede que, para lograr este objetivo, lo que necesite sea algo de distancia.

En la entrada del parque aparecen cinco niñas pequeñas, enredadas las unas con las otras. Dos de ellas le suenan de algo, así que deduce que deben de ser hijas de alguno de sus vecinos.

Se abalanzan sobre la caja de arena y se ponen a luchar como si estuvieran en un combate de sumo, sin que les importe mancharse las faldas. Sus risas agudas retumban contra el cielo blanco al tiempo que una nubecilla de polvo se levanta y se acerca hasta donde están sentadas su madre y ella. Asustados por el jaleo, un grupo de cuervos que merodean alrededor de un cubo de basura alzan el vuelo.

A su lado, su madre tose varias veces.

35

Una polilla enorme se ha posado tras el vidrio esmerilado de la ventana. Las alas marrones, salpicadas de manchas violáceas, le recuerdan mucho a una polilla que vio una vez mientras se bañaba con su madre.

Al asustarse, su madre la tranquilizó, pero no hizo ademán de espantarla.

–Seguro que el monte es aburrido y solitario, y por eso ha venido a verte, Shō –dijo entre risas mientras le enjabonaba la espalda con la mano.

El agua de su tierra natal parece adaptarse a las mil maravillas a su piel. La luz de la mañana ilumina todo el baño y el agua, resplandeciente y suave, se mece contra su cuerpo sin oponer resistencia.

Gracias a que ha pagado de una vez por todas las facturas pendientes, por fin dispone de gas y electricidad. Estira las piernas y los brazos con placer.

Ha hecho falta una limpieza a fondo con lejía y frotar con cepillo un sitio tan helado como un frigorífico para dejar presentable este baño cubierto de moho, pero ha valido la pena. Con solo sumergirse en el agua caliente, nota cómo desaparece el cansancio acumulado de estos últimos días.

Después del baño se mira en el espejo y se da cuenta de que tiene la zona de alrededor de los ojos y de la boca resecas. No le extraña, últimamente todo lo que hace para cuidarse la piel es echarse a la fuerza pegotes de crema Nivea y rociarse con la colonia que se ha traído de casa.

Se seca el pelo con el secador, se viste con toda la ropa que puede y se tapa la cabeza con un gorro de lana. Con ambas manos coge una bolsa pesadísima llena de latas y botellas de alcohol vacías que ha dejado en un rincón y sale de casa. Hoy toca sacar la basura no combustible.

Camina junto a los campos de arroz y tira las latas y botellas en sus respectivos contenedores. Para desentumecer el cuello rígido, mueve la cabeza de un lado a otro. Está empezando a sacar poco a poco toda la basura acumulada en la casa. No es algo que pueda resolver de una sola tacada, pero cada vez que saca un montón de basura se le insufla algo de confianza en sí misma: quizá no sea tan vaga como piensa.

Justo en ese momento, el autobús llega a la parada. Se acerca a toda prisa y el conductor, un hombre ya entrado en años, no arranca hasta que ella sube. Lo saluda con una inclinación de cabeza y, como siempre, se acomoda en el asiento que está detrás de él.

Por la ventanilla desfila lentamente la montaña de detrás de su casa. Cada día le sigue pareciendo un túnel sin salida, pero al menos ahora hay, en el horizonte, una luz a la que dirigirse.

Desde la última vez que se vieron, Kensuke solo le ha escrito un correo:

> Oye, ¿cuánto llevan en el congelador los fideos de *udon*? Aún se pueden comer sin problema, ¿no?

El mensaje no tenía nada de especial, pero le dio tanta alegría leerlo que se le calentó todo el cuerpo.

Esta noche ha quedado en ir a casa de su tío y piensa llevar también a Yōhei. Su hermano, lento y poco considerado, es incapaz de negarse a hacer algo si se le habla con firmeza. Cuantos más aliados, mejor.

Hoy verá a Miwa por primera vez desde aquel día y, sobre todo, después de diez años, volverá a ver la cara de su tía. Hasta ahora no era consciente de que el simple hecho de tener una cita ineludible hace que camines con la espalda más erguida.

Como de costumbre en la ruta del autobús, el hospital aparece suavemente a lo lejos.

Anoche le confesó a su padre por qué Kensuke y ella ya no están juntos, pero no recibió ni una pizca de compasión paternal; él solo se limitó a decir:

–Entonces, ¿por qué no vuelves a casa? En el campo se está muy bien.

Durante un instante fue incapaz de negar del todo que su padre sí que quería a su familia, aunque fuera a su manera. A veces piensa que el fallo tiene que estar en ella, por ser incapaz de darse cuenta. Sigue escudriñando cada gesto y expresión trivial con desesperación, solo para decepcionarse una y otra vez.

La triste realidad es que las personas no pueden leer la mente. Es imposible sacar algo de alguien que se niega a decir nada.

Hoy ha decidido, y no por primera vez, que va a mostrarle definitivamente toda la tristeza y la rabia que ha estado tragándose. A fin de cuentas, pasado mañana le dan el alta a su padre.

No hay nada más arrogante que quedarse quieto sin hacer nada y creer que el resto de las personas te entenderán sin necesidad de que te esfuerces. Tal vez solo ella pueda mostrarle a su padre cuánto daño y confusión puede causar una comunicación deficiente. Ya no puede seguir escudándose en que tiene miedo o le da vergüenza.

Aprieta con fuerza el botón de parada que hay sobre el asiento, se baja una parada antes y entra en una droguería. Como acaban de abrir, no hay ni un solo cliente a la vista. En la sección de cosmética, apenas un pequeño rincón en la inmensa tienda, busca loción, tónico y mascarilla facial.

El motivo por el que ha evitado comprar estos productos es, seguramente, porque le da miedo sentir que se está asentando en este lugar. Aunque sean baratos, al echarlos uno a uno en la cesta su ánimo bota de alegría como una bola del millón.

Es una sensación que había olvidado por completo. Efectivamente, gastar dinero con libertad, aunque sea una cantidad pequeña, le produce muchísimo placer.

Se fija en un cartel escrito a mano que dice: ¡dile adiós a la piel muerta en invierno! En la estantería hay limas, piedras pómez, cepillos de callos y cremas para los pies. De pronto piensa en dejar bonitos los pies de su padre. Limar la piel muerta, recortar y arreglar las uñas ennegrecidas y hasta hacerle la pedicura.

El pensamiento, tan ridículo que parece una broma, la hace sonreír convencida de que es una buena idea. De todos modos no tiene otra cosa que hacer en el hospital, así que lo mejor que puede hacer es buscar maneras con las que entretenerse, aunque sea solo un ratito. Como su cuerpo no acumula apenas suciedad, hasta siente algo de envidia de la que colma los pies de su padre. Solo con imaginarse limando la piel muerta y los callos de los pies amarillentos le empieza a salivar la boca y los dedos le tiemblan con expectación.

Echa en la cesta varios productos para el cuidado de los pies y se dirige a la caja.

Como se ha bajado una parada antes, llega al hospital casi media hora más tarde de lo normal. Su padre no dice nada, pero su rostro deja entrever una ligera expresión de reproche.

–Buenos días, papá. Oye, sobre lo que hablamos ayer…

Con gesto exageradamente inocente, rozando lo cómico, su padre inclina la cabeza.

Podría dejarlo pasar sin decir nada, como hace siempre. No tiene motivo para convertir esto en una pelea.

Sin embargo, reúne todas sus fuerzas y se deja caer en el taburete de al lado de la cama. Incluso ahora, hurgar en el corazón de este hombre le sigue pareciendo aterrador.

–No voy a volver a casa porque, a decir verdad, no quiero hacerlo.

Los ojos de su padre, de color marrón claro como el caramelo, parecen querer tragársela entera.

Le da miedo.

Por instinto lleva la mano hasta los pies de su padre. Los tobillos, tan finos que parecen a punto de quebrarse, ya no son los de un hombre. Da las gracias por poder poner las manos sobre ellos, ya que así no tiene que mirarle a la cara.

Con una toalla caliente que le ha pedido a una enfermera, se pone a limpiarlos con esmero. Luego saca de la bolsa una crema para ablandar la piel muerta y se la unta con firmeza. La planta del pie es aún más dura de lo que había esperado, tan helada que no parece parte de un ser humano.

–Seguro que, por tu silencio, piensas que es natural que cuide de ti.

–Yo nunca he dicho eso.

Siempre le ha resultado insoportable la brusquedad de su padre al hablar. Al pensar que no va a cambiar ni aunque esté a punto de morirse, siente, por primera vez en su vida, lástima por él. Quizá deba considerarse afortunada: a diferencia de su padre, ella aún puede cambiar.

Mientras masajea con fuerza los pies, sigue hablando:

–En casa no nos queda dinero. Y yo tampoco tengo ninguno. Así que no hay más remedio que vender la casa y el monte. Sé que es el lugar que siempre has protegido, pero no podemos aguantar más así. Ni siquiera sé si encontraremos un comprador aunque los pongamos en venta. Solo sé que, si logramos venderlos, supondrá un alivio, y que tenemos que conseguir dinero, aunque sea solo un poco.

Hace mucho que ese sitio dejó de ser una casa. Tendrían que haberse deshecho de él hace mucho.

Separa los dedos de los pies y unta crema en el nuevo espacio. Solo con mover las manos puede soportar la incomodidad de este silencio que se extiende entre los dos. Aunque no diga nada, está enfrentándose a su padre sin dejar que la humille y mientras mantiene la calma en su interior.

Se le ocurre que quizá le gustaría dedicarse a un trabajo artesanal en el que no tuviera que mezclarse mucho con la gente. ¿Será posible aprender un oficio a su edad?

–Por muy desgraciado y solo que te sientas, papá, no es culpa mía. Tampoco es culpa de mamá, de Yōhei o de nuestro otro hermano. No te estoy echando nada en cara, a mí me pasa lo mismo: aunque ahora mismo sea infeliz y lo haya perdido todo, sé que no es culpa tuya.

Extiende la toalla bajo los pies, coge la lima y la lleva hasta el talón derecho. Nada más rozarlo, se desprenden escamas de piel que forman montoncitos de polvo blanco. Casi resulta divertido.

No tiene valor para abandonar del todo a su padre, pero tampoco para aceptarlo tal como es. Le da miedo. Le aterra este hombre que ondea su miseria como un estandarte con el fin de maldecir a los demás.

De no ser porque tiene en la mano esta pequeña lima, habría salido corriendo.

No deja de repetirse, una y otra vez, con desesperación: «De tobillos para abajo no es mi padre. Es otra cosa. Algo sin vida ni alma».

–La culpa es solo tuya, papá. Por haber rehuido de todo, por darle importancia solo al alcohol y a las relaciones pasajeras, por querer solo divertirte y que te mimaran. La culpa es tuya. Parece que tus actos no tienen sentido, pero en el fondo solo son una manera de buscar atención, ¿verdad? Nunca supiste cómo expresarlo en voz alta ni cómo enriquecer tu vida cotidiana, ni tampoco te esforzaste por cambiar la situación en la que te encontrabas. No hiciste nada. Decir que todo te da pereza es lo mismo que decir que lo único que te importa eres tú mismo, que no estás dispuesto a dedicarle ni un minuto de tu tiempo a otra persona. Pero, aun así, gracias. Gracias por enseñarme que, si alguien se empeña en vivir como lo haces tú, termina de esta forma. Solo con eso ya has cumplido tu deber como padre. Yo ya no puedo hacer nada por ti, no tengo el poder para conseguirlo. Ni tú ni mamá me lo disteis y, además, con mi frialdad natural, que no me permite hacer amigas, con un matrimonio roto y mi naturaleza perezosa que impide que las cosas me duren…

El dedo gordo del pie derecho se mueve levemente. La piel muerta se desprende con un ruido áspero y casi satisfactorio.

Quizá este hombre nunca mueve un dedo porque tanto ella como Yōhei han estado evitando enfrentarse a él.

Aprieta la lima con rabia. Que no espere nada. Por favor, que no espere nada de su familia. Ya no queda ninguna persona en este mundo que pueda animarle, perdonarle, salvarle de su soledad o

hacerle creer que aún hay esperanza. Igual que ella tampoco tiene a nadie así.

Su madre terminó rota por tratar de sacar a su padre de ese vacío.

Desde arriba de las piernas le llega una voz:

–No entiendo lo que dices, Shō, usas palabras muy difíciles. Desde que te fuiste a Tokio te has vuelto toda una erudita. Yo soy un paleto de campo –replica con tono burlón y entre risas, aunque la planta del pie le sigue temblando ligeramente.

Este hombre está roto. Es imposible salvarlo. Por mucho que se esfuerce en hablar, sus palabras nunca lo alcanzarán.

Empieza a entender en sus propias carnes que en el mundo hay personas con las que es imposible entenderse por más que lo intente. No puede conectar con el corazón de su padre. No quiere enfrentarse a esta realidad, igual que no quería tratar de aceptar a Eriko.

En el fondo tenía la esperanza de que ocurriría algún milagro, que entre ambos nacería un nuevo lazo, que conseguiría recuperar algo del tibio cariño que le profesaba de pequeña.

Pero, justo en este momento, toda esperanza se desvanece por completo.

¿Y ahora qué? Ahora que esa ilusión de un futuro perfecto ya no existe, ve claramente lo que tiene que hacer. Se humedece los labios, cambia la lima de mano y dice:

–Ya veo. Prefieres culpar a los que te rodean antes que tener que esforzarte, ¿no es así, papá? Lo entiendo, yo también soy igual. Pero soy capaz de limpiar la casa y de poner orden a mi alrededor. Vamos a vender la casa y el monte sea como sea. No sé cuánto tiempo nos llevará, pero en cuanto esté hecho, me iré de aquí y buscaré trabajo y un lugar en el que vivir. Como ni con eso bastará, obligaré a Yōhei y al resto a colaborar también. Y luego…

Tendrá que meter a su padre en una residencia de ancianos.

Al pensar que no hay manera de enfrentarse a él sin un tercero de por medio y al saber que todo el poder de decisión recae sobre ella, siente un dolor desgarrador en el estómago.

Sabe, sin necesidad de alzar la vista, que su padre la mira fijamente, como poniéndola a prueba. Podría considerarse una especie de desafío, una manera de decirle: «¿Tú también me vas a abandonar, igual que tu madre?».

Recuerda entonces las palabras de Eriko sobre lo que nos fuerza a los seres humanos a competir entre nosotros. En aquel momento se limitó a sonreír y a pensar que estaba siendo una exagerada, pero quizá no se refería solo a las fuerzas más grandes como la sociedad o las instituciones. Tal vez incluso las personas más cercanas pueden producirnos ese efecto.

Nunca lo admitirá, pero, ahora mismo, su padre se está jugando la vida con tal de desafiarla. La está forzando a elegir entre dos opciones: o convertirse en una desalmada de las que abandonan a su familia en una residencia o perder su libertad por completo y quedarse atada a este pueblo como su esclava.

Está dispuesto a sacrificar su cuerpo, a desperdiciar su vida en algo inútil con tal de tener a alguien a su lado que cargue con su soledad y frustración.

Es justo lo mismo que le hizo a su madre.

Qué manera tan estúpida de tirar la vida por la borda. A pesar de tratarse de su padre, siente un desapego frío. Precisamente por eso no va a dejarse arrastrar. No va a caer ante la provocación.

Usa cada fibra de su ser para tratar de localizar una tercera opción neutral, un camino en el que no tenga que ganar ni que perder. Sabe que es la opción más difícil, pero ya no va a seguir huyendo del camino difícil como hace su padre.

Inspira hondo y lima con más fuerza. Mientras mantenga la mano en movimiento, tendrá la mente despejada.

Su padre no puede seguir viviendo solo, pero tampoco puede irse a vivir con él y cuidarlo a tiempo completo. Por eso debe encontrar una residencia que lo acepte y luego irse de este lugar, buscar trabajo, vivir por su cuenta y enviarle dinero.

Volver a Tokio sería ideal, pero con lo altos que están los alquileres allí y lo que cuesta volver a su pueblo natal, le va a resultar difícil. No sabe qué va a pasar con Kensuke, pero tiene claro que, al menos por ahora, no puede contar con él.

No va a cortar la relación con su padre por completo, pero se limitará a visitarlo solo una vez al mes. No le queda otra que meterse en una larga batalla de desgaste y confiar en la luz que le parece ver al final del túnel.

Y, para lograr sus objetivos, debe encontrar aliados, no tener miedo a arrastrar a los demás consigo y, sobre todo, no dejarse llevar por la impaciencia. Quizá la gente que estudia, trabaja o aprende un oficio lo hace justo para adquirir esta resiliencia ante los momentos de crisis.

No sabe si, tras toda una vida de evitar cualquier tipo de esfuerzo, va a ser capaz de hacerlo todo de golpe. Pero lo que sí sabe es que, a diferencia de Eriko, no tiene margen para acabar en una absurda espiral de autodestrucción.

Tiene que hacer una lista de tareas e ir tachándolas una a una.

Antes de que le den el alta a su padre, tiene que presentar la solicitud del seguro de dependencia y consultar con paciencia qué tipos de ayuda puede pedir. También tiene que empezar a ir a las inmobiliarias de la zona y hablar con los vecinos para ver si puede convertir en efectivo la casa y el monte. Además, debe lograr que Yōhei cargue con la mitad de las responsabilidades y localizar a su hermano mayor, con quien no tiene contacto, y conseguir que también colabore. Luego, ir a ver al sacerdote del templo familiar para organizar las tablillas funerarias de las generaciones pasadas. Y, por último, hablar con su madre, a la que no ve desde hace muchísimo tiempo. Claro está que no puede esperar que le brinde apoyo, pero quiere verla y hablar con ella.

Ella, que se hizo la ciega ante el sufrimiento de su madre hasta el mismísimo final, tiene tantas cosas que decirle, tantas disculpas que ofrecerle, tantas dudas que consultarle…

–Bueno, da igual. Ahora lo que quiero es dejarte los pies como nuevos. Ya pensaré en lo demás más tarde.

Sobre la toalla se ha formado ya un montoncito brillante de piel muerta. Le toca pasar al pie izquierdo.

Eriko dijo una vez algo así como «Las mujeres debemos unirnos para no dejarnos arrastrar por competiciones inútiles». Shōko piensa que tiene razón. Si en este momento tuviera aunque fuera una sola

amiga en la que poder confiar y desahogarse, alguien que escuchara sus quejas y la aconsejase, no sufriría la mitad del estrés que tiene.

Pero existen personas que no pueden tener eso. Hay quien simplemente no puede llevarse bien con las demás mujeres. O que son incapaces de quedar con otras personas por el motivo que sea. No cree que pueda salir a buscar amigas, al menos durante un tiempo. Lo mismo le pasa a Miwa, aunque finja que esto no le preocupa en absoluto.

Aun así, es posible escapar de las competiciones impuestas por los otros. Incluso cuando la provoquen, siempre puede darse la vuelta y enfocarse en la tarea que tenga delante. Aunque sea débil, aunque esté sola. Puede hacerlo.

–Yo no soy buena limpiando. Por eso he buscado en internet y he decidido contratar un servicio de limpieza barato. Al menos eso sí que puedo pagarlo. Tengo los ingresos del blog y el dinero que me dio la editorial. Bueno, no sé si entiendes algo de lo que te digo.

Le aprieta aún más el pie izquierdo. Mientras no se lo suelte, nadie podrá echarle en cara nada. Y esta idea le confiere, extrañamente, algo de valor. Para el resto del mundo, ella no es otra cosa que una hija que cuida de su padre.

Ya no tiene que temer ser mala hija ni angustiarse al pensar que se le está pasando por alto alguna señal importante. Ya no tiene que estar pendiente del semblante de su padre.

Observa con atención la planta del pie, que, poco a poco, va recuperando algo de blancura y suavidad. Es una mejora considerable. Las arrugas de la piel parecen un rostro sonriente y no puede evitar sonreír ella también.

Quizá también pueda sacar algo que no le dé miedo de esa casa absurda y caótica. Puede que, con el tiempo, llegue a descubrir que dentro hay algo intacto, puro y limpio.

–De verdad que tienes los pies hechos un desastre, papá. No dejo de encontrarme callos. ¿Qué es esto? Si parece un fósil. Oye, luego deja que te limpie los oídos también. Seguro que dentro hay algo impresionante.

Le gustaría subir al blog estas durezas. La tentación la invade por completo. ¿Cómo va a guardarse para sí este pequeño

acontecimiento que tiene delante? Quiere contárselo al mundo entero y conseguir que alguien se ría al leerlo. Es un sentimiento que reconoce, pero que creía tener olvidado: un sentimiento de la época en la que escribía el blog con entusiasmo auténtico y genuino.

Pero enseguida da marcha atrás. A ella solo le parece divertido porque se trata de su familia. Para un desconocido no sería más que algo asqueroso y repugnante que le produciría un rechazo inmediato. En el fondo ha sido bueno haber tenido problemas con internet al inicio de su carrera. Qué sensata se ha vuelto.

Familia…, acaba de pensar en su padre como su familia.

Quizá, en el fondo, el simple hecho de poder tocar su piel, sus partes más sucias, significa que aún considera a este hombre como parte de su familia.

Sonríe levemente y coge la lima de uñas: toca arreglar las uñas ennegrecidas, con capas superpuestas como las de un milhojas. Lo que siente ahora no es muy distinto de cómo se sentía de pequeña, cuando veía a su padre cortarse las uñas en el *engawa* y le sorprendían su tamaño y grosor.

36

Está sumida en un sopor pegajoso, pero de pronto se despierta con la mente perfectamente despejada. Se incorpora de la cama, coge el teléfono de encima de la mesilla y mira la hora. Son más de las tres y media de la madrugada.

Movida por una corazonada, revisa su pestaña de marcadores y, tal como imaginaba, el blog de Ohyō ha desaparecido. Con esto, el lazo entre Shōko y ella se ha roto de una vez por todas.

Durante un rato deja que su mirada deambule sin rumbo por la oscuridad difuminada de su habitación, iluminada solo por la leve luz que entra de una farola de la calle.

No sabe cuánto tiempo pasa así. De repente, el cuerpo le pide aire fresco, caminar un poco. Se pone el abrigo sobre la ropa de estar por casa y, con cuidado de no despertar a sus padres, sale de puntillas hasta la puerta de la calle.

El aire frío es agradable contra la piel.

Al cruzar el portal, duda. ¿No será una imprudencia salir sola a esta hora? Pero enseguida se tranquiliza: nadie va a atacar a una mujer gorda de más de treinta años. Al haber perdido la belleza, se ha vuelto, de pronto, más libre que nunca.

La oscuridad cerúlea y diáfana se extiende hasta donde alcanza la vista.

Atraviesa la zona residencial y sale a la avenida principal sin encontrarse con nadie. Un camión de basura la adelanta, dejando tras de sí olor a podrido.

Se siente como un pez que vaga errante por el fondo de un lago. Como si a esta hora en la ciudad no hubiera nadie más que ella.

Tal vez sea la única persona viva que queda en el mundo. Quizá ni sus padres, ni Shōko ni sus compañeros de trabajo hayan existido nunca.

Quizá siempre haya querido vivir de esta manera: sin ataduras, pudiendo salir a dar un paseo cuando le venga en gana. Ha pasado toda la vida pensando solo en cómo cumplir con las expectativas de los demás, sin detenerse nunca a reflexionar qué es lo que quiere realmente ella.

Pasear, comer fuera, viajar… Si lo piensa bien, todas las cosas que anhela se pueden hacer sin necesidad de amigas. Si hubiera ido sola a Hakone, habría visto lo mismo. Entonces, quizá lo mejor sería viajar sola, sin tener que arrastrar a nadie consigo. Puede ir a donde quiera y ver lo que quiera a su propio ritmo, sin forzarse ni alterar su estado de ánimo. ¡Qué bonito sería eso!

Sin vacilar, se deja absorber por la luz amarillenta que hay bajo el paso elevado. Aunque es un lugar que solo le trae recuerdos amargos, a esta hora es el único sitio que parece dispuesto a acogerla.

Empuja la puerta y suena una campanita. Al entrar la recibe una voz grave que le resulta familiar:

–Bienvenida. ¿Quiere una mesa en la zona de no fumadores?

Un gorro extraño, un vestido de franjas rosas y naranjas con un delantal que hace de uniforme… Todo el conjunto desentona con ese rostro hinchado de una mujer de treinta años en el que no hay ni la sombra de una sonrisa.

Keiko suelta bruscamente:

–¿A qué viene esa cara? He empezado a trabajar aquí a tiempo parcial, de doce de la noche hasta la mañana, como puedes deducir. Pagan bien y, como a estas horas casi no viene nadie, puedo vaguear sin problema.

–Pero… ¿por qué?

Sigue las indicaciones de Keiko y se sienta junto a la ventana, mirándola fijamente. Como no hay más clientes, Keiko aprovecha y se sienta sin reparos frente a ella.

–Quién sabe. Quizá me he dado cuenta de que estar todo el día encerrada en casa sin hacer nada es una pérdida de tiempo. Quizá

me dio la vena al veros a ti y a Ohyō.

–Claro… Una mujer que ha vivido siempre en Tokio lo tiene difícil para ser independiente, ¿verdad?

Antes de darse cuenta, esas palabras se le escapan de la boca.

Keiko resopla con desdén.

Desde pequeña podían ir a pie o en tren a cualquier tienda que saliese en las revistas. Tanto en la universidad como en el trabajo, cuando decía que vivía con sus padres en Tokio, todos expresaban la envidia que les daba.

Nunca ha sentido atracción por lugares desconocidos ni tiene un pasado que quiera cortar de raíz. No conoce la morriña ni la tristeza de separarse de sus padres, pero, a cambio, el tiempo se le escurre como granos de arena en la mano.

Como vive al lado de todos los lugares de moda, siempre piensa que puede ir a ellos en cualquier momento y, al final, no hace más que ir a los mismos todo el rato. Como no tiene necesidad de cambiar nada, se ha vuelto conservadora sin darse cuenta, ha perdido la imaginación y le ha cogido miedo a lo desconocido.

Aunque apenas las ha visto desde la graduación, sabe que a muchas de sus compañeras de clase les ha pasado lo mismo. Poco a poco van envejeciendo junto con la ciudad y, sin darse cuenta, acaban con las mismas caras y posturas que sus madres.

Quizá Tokio haya dejado de ser ese lugar especial en el que había de todo. Ya hay ciudades del mismo estilo en todos los rincones de Japón.

La librería de barrio que tanto le gustaba de pequeña es ahora una cadena de máquinas tragaperras. El edificio de la estación es exactamente igual que cualquiera del resto de la línea de tren. Y la semana pasada cerró una pastelería de las de toda la vida.

Poco a poco, está desapareciendo todo lo que hacía único y refrescante a Tokio.

El cenicero empieza a temblar. Debe de ser un tren que pasa justo por encima de sus cabezas. A estas horas, seguramente será uno que está fuera de servicio.

Le gustaría que el tren se llevase consigo todas sus preocupaciones a un lugar lejano. A un sitio muy muy lejano en el

que nadie la conociese.

Si se va a otro lugar, ¿será capaz de empezar de nuevo como una persona distinta? Es algo que lleva soñando en secreto desde la adolescencia. Huir a otra parte, a cualquier sitio que no sea este, dejarlo todo atrás y comenzar de cero.

Pero, entonces, ¿por qué no ha probado a irse de esta ciudad ni una sola vez?

Al fin y al cabo, no importa a dónde vaya: el mundo seguirá dividido entre hombres y mujeres. Si lo piensa fríamente, ve que se encontraría una y otra vez con los mismos problemas que ahora.

Está a punto de cumplir treinta y un años y ya no es capaz de imaginarse un futuro cómodo o agradable.

De pronto, Keiko mira al techo.

–¿Te acuerdas de que, a pesar de que vivíamos en Setagaya, teníamos que hacer un rodeo ridículo en tren para ir a clase?

–Sí, en el mapa estaba muy cerca, a menos de un cuarto de hora en taxi. Y en bici no llegaba ni a media hora.

–Pero teníamos que levantarnos a las seis de la mañana y encima nuestras madres tenían que prepararnos todos los días el desayuno. Tu madre se esmeraba mucho con la cocina.

Conversan como si nada, igual que cuando eran jóvenes. Pero ya no se emociona ni se deja llevar como cuando se acercó a Shōko. Sabe perfectamente que es un momento efímero que durará apenas unos instantes.

Keiko sigue hablando:

–Después de haber ido a ese colegio tan pijo, de que nuestros padres se preocuparan tanto por nosotras, y míranos: ya tenemos treinta años, seguimos solteras, no nos va bien en el mundo laboral y seguimos viviendo en casa. No es solo que no tengamos pareja, por no tener, no tenemos ni amigas. Menudo desperdicio de dinero.

Keiko se ríe un poco. Eriko también se atreve a sonreír levemente.

Lo único que quiere es empezar de cero en Tokio. Quiere hacer amigas aquí, delante de sus padres y de Keiko.

–Si nos hubieran dejado ir en bicicleta al instituto, ¿crees que mi vida habría sido un poco mejor?

Tal vez entonces no habría sentido tantos celos al ver a Keiko en el mismo tren que ella, rodeada por su nuevo grupo de amigas. Quizá tampoco habría perdido la cabeza al montar por primera vez, ya a los treinta, con otra persona en la misma bicicleta.

Como Keiko no responde, Eriko se siente avergonzada y opta por cambiar de tema:

–¿Por qué prohibieron lo de ir en bicicleta? Ya no me acuerdo…

–Porque dos chicas que iban juntas en bici se mataron en un accidente. Creo que murieron ambas al instante. Fue un par de años antes de que nosotras entrásemos en el instituto. Oí por ahí que eran muy amigas; por eso, aunque les dijeron que dejaran de ir en la misma bici, se negaban a hacerlo. Al parecer iban hablando y no se dieron cuenta de que se les venía encima un camión.

Es la primera vez que oye esa historia.

Todas las amistades tienen un cenit.

Tal vez lo mejor hubiera sido morir junto a Shōko aquella noche.

–Quizá esas niñas fueron felices… Me dan un poco de envidia, la verdad.

–¿Por qué?

–Pues porque las relaciones entre chicas son difíciles, ¿no te parece? Todo el rato estamos que si los días de chicas por aquí, que si los días de chicas por allá… Pero la amistad, la amistad de verdad, es apenas una chispa efímera. Solo en la ficción existen amistades que duren para siempre. Si pudiéramos coger el momento más brillante y divertido de una amistad y sellarlo al vacío sería… –Las palabras se le atragantan.

«Quizá lo mejor que les pudo pasar a esas chicas fuera morir juntas en ese instante perfecto de felicidad, riendo a pleno pulmón».

Eso es lo que quiere decir, pero es demasiado trágico como para pronunciarlo en voz alta, por lo que decide morderse la lengua.

–No estoy de acuerdo. –Cuando levanta la mirada, Keiko tiene una expresión de seriedad que nunca antes le ha visto–. Es verdad que toda relación puede tener su punto álgido. Imagina que esas dos chicas no hubieran muerto. Quizá, en el segundo trimestre, una de ellas habría hecho amigas nuevas y la otra no habría soportado sentirse sola. Tal vez se hubieran ido distanciando poco a poco.

Luego terminarían el instituto, irían a universidades distintas y, con el tiempo, puede que hasta llegaran a olvidar el nombre de aquella amiga que tuvieron. Pero también es posible que, ya de adultas, se reencontraran por casualidad por la calle. Y si en ese momento fueran capaces de tener una conversación agradable con una sonrisa en la cara…, creo que, solo con eso, todo habría merecido la pena.

–¿Solo por… una charla insustancial? ¿Solo por algo así?

Únicamente serían meras cordialidades, una fachada. Aunque hablaran con una sonrisa inquebrantable, su relación no volvería a ser lo que era antes. Se limitarían a fingir que todavía se entienden. Ella no es como su madre, algo así no le proporcionaría ningún consuelo.

Prefiere mil veces que la rechacen de forma directa y con frialdad antes que recibir una falsa intimidad.

–No, Eriko, te equivocas.

Por primera vez desde que la conoce, Keiko, que siempre tiene una expresión fría y distante, se sonroja hasta el cuello. Eriko abre los ojos de par en par, esa marca parecida a un moratón que tiene ahí, ¿no es la que le hizo su padre en el instituto?

–Es precisamente en momentos como ese… en los que florecen las habilidades que ambas han cultivado desde que no se ven. Muchos hombres, y también muchas mujeres, desprecian y se burlan de las charlas superficiales entre amigas, los consuelos o las quejas compartidas en una esquina. Pero, dime, ¿qué sabrán esos que solo saben reírse desde lejos? ¿De verdad pueden afirmar sin temor a equivocarse que ser directos y decir cosas que duelen y se clavan en el corazón es más valioso que elegir con cuidado las palabras para no hacer daño? Ahora lo veo claro: esa habilidad, esa sutileza, no es un signo de inferioridad, sino que esconde un valor inmenso. Y justo por haberme pasado la vida menospreciando esa habilidad, por pensar que era una molestia, estoy aquí ahora mismo, sin nada entre las manos. –Sobre la mesa, la mano de Keiko forma un puño. Las pálidas venas azuladas contrastan con su piel con dolorosa fragilidad–. Tal vez la manera que tienen las mujeres de relacionarse, esos momentos breves y efímeros como fuegos artificiales, ese optimismo despreocupado, esas pequeñas promesas

de volver a verse que quizá no se cumplan… Tal vez no sean cosas que puedan salvarnos siempre, pero quizá esos pequeños gestos salven un poco a las personas con las que se cruzan por casualidad. Pero, volviendo a lo que estábamos hablando, si esas dos antiguas amigas que se esfuerzan en mantener viva la conversación, en intercambiar palabras como si buscasen algo perdido, vieran pasar junto a ellas a dos chicas montadas en la misma bicicleta, igual que hacían ellas de jóvenes, estoy segura de que sentirían un alivio inmenso y sonreirían de todo corazón. Y entonces, quizá, solo quizá, todo habría merecido la pena solo por ese instante.

En este momento, Eriko recuerda el último paseo en bicicleta que dio con Shōko. Todavía no se le ha curado el rasguño que se hizo en la rodilla. En su memoria vuelve a sonar su llanto incesante. Le resulta imposible olvidarlo.

Frente a ella, Keiko sigue hablando:

–Por eso no creo que hubiera sido mejor morir en ese cenit. Y tú tampoco deberías pensarlo. Hay que vivir. A pesar de la vergüenza, a pesar de las heridas que nos hagamos por el camino, incluso si ya no tenemos amigas, debemos seguir viviendo.

¿Estará hablando de ella? ¿Estará tratando de recuperar, aunque sea durante un instante, su relación fracturada? ¿Quizá quiera evitar que su antigua mejor amiga, que ahora ha tocado fondo, se desmorone por completo?

Sabe que entre ellas ya no hay confianza real ni promesas de volver a verse, pero, aun así, en este momento, Keiko y ella están unidas por un hilo invisible.

Y, tal vez, algún día, en algún lugar, pueda reencontrarse con Shōko de la forma que Keiko ha relatado. Quizá entonces, sin necesidad de hacerle daño, echarle la culpa o cargarla de reproches, puedan mantener una conversación ligera, tranquila y reírse juntas de todo corazón.

–Siento haberte ignorado, mentido y evitado cuando estábamos en el instituto –suelta de pronto sin previo aviso. Al principio, Eriko no sabe de qué está hablando–. Me divertía más con las otras chicas que contigo. No creo que fuese culpa tuya… Más bien fui yo la que

cambió. Si me hubiera atrevido a decírtelo a la cara, tal vez las cosas no habrían terminado así.

De pronto se le ocurre que es probable que, después de esto, no vuelva a ver a Keiko. Esas palabras son, seguramente, una forma de despedida.

Ella, tarde o temprano, también acabará marchándose de esta ciudad.

Parece que es incapaz de acercarse demasiado a la gente que le importa sin hacerles daño. Todavía no tiene claro qué va a hacer exactamente con su vida, pero nota en los huesos que ha llegado la hora de alzar el vuelo.

Lo único que está en su mano es el mañana, todo lo que va a venir a partir de ahora.

¿Qué estará pensando ahora Shōko en su piso, no muy lejos de aquí?

¿Se acordará de ella algún día? ¿Volverán a verse en algún momento?

Como si el mundo respondiese a sus silenciosas preguntas, un tren pasa por encima de sus cabezas y hace que todo el local tiemble como una pequeña ola.

¿Será el primer tren del día?

Lentamente, Keiko se incorpora y va hasta la caja. Luego regresa con varios menús de desayuno bajo el brazo. Empieza a colocarlos en una mesa tras otra con ese gesto despreocupado tan característico suyo.

¿Cuántos de los ingredientes de la carta serán auténticos y cuántos serán de esos sucedáneos que tanto le preocupan a su madre?

No importa. A estas alturas, eso ya da igual.

Saca el móvil y, con respiración contenida, borra el contacto de Shōko Maruo. La acción solo le lleva unos segundos. Luego deja escapar el aire con fuerza, endereza la espalda y lleva la vista a la ventana.

El hecho de que exista un lugar iluminado dispuesto a acoger a una persona sola a estas horas de la madrugada… Eso es más importante que la autenticidad de los ingredientes.

Aunque el exceso de sal y calorías pueden deteriorar la salud, aunque quizá en el futuro este tipo de cadenas acaben arrebatándole la identidad, la cultura y los aromas propios a Tokio, ahora mismo todo eso da igual.

Esta cafetería-restaurante le ha dado trabajo a Keiko a pesar de que ya no es joven ni tiene experiencia. Además, le ha ofrecido a ella, que no tiene ni un solo amigo y seguramente nunca llegue a tenerlo, algo parecido al calor de otro ser humano.

Desea de corazón que Shōko encuentre también un lugar así.

Poco a poco, la noche se torna en día. Un cúmulo de nubes, iluminado a contraluz por el brillo del amanecer, flota por el cielo igual que una enorme mano abierta. No tardará mucho en extenderse con fuerza, como si quisiera cubrir la ciudad al completo.

–Ojalá la noche durase un poco más –suspira Eriko en voz baja mientras alarga la mano hacia el menú que tiene enfrente.

Bibliografía

BOP Business Potential Needs Survey Report: Agricultural and Fishery Equipment Sector in Tanzania, Japan External Trade Organization.

Rumiko Igaki, *People Who Realised Their Dreams Through Recipe Blogs*, Village Books Shinsho.

Chizuko Ueno, Sayoko Nobuta, Minori Kitahara, *Poison Women: Between the TEPCO Office Lady and Kanae Kijima*, Kawade Shobo Shinsha.

Globe-Trotter Travel Guide: East Africa, vols. 12-13, Diamond Inc.

Editorial Committee of 100 Faces of Tanzania, *100 Faces of Tanzania: An Alternative Guidebook*, Tokyo University of Agriculture, Tokyo University of Agriculture Press.

Look-Alike Fish Illustrated Book, Shinyusha.

Masafumi Matsui, *Alien Species Crisis*, Shogakukan 101 Shinsho.

Tijs Goldschmidt, *Darwin's Dreampond: Drama in Lake Victoria*, Soshisha.

Jun Ikeno, *African Villages and Poverty Reduction: Regions Encountering Tanzanian Development*, Kyoto University Press.

Toshimichi Nemoto, *Living in Tanzania: Records Illuminating the State and the People from Within*, Hideyuki Tsujimura, Showado.

Yasuhiko Taki, *Alien Species in Japan*, Natural Environment Research Centre Foundation, Heibonsha.

Kazuaki Kurita, Toshimichi Nemoto, *60 Chapters to Understand Tanzania*, Akashi Shoten.

FY2011 Project for the Development of Agricultural, Forestry and Fisheries Information for African Assistance: Agriculture, Forestry

and Fisheries in Tanzania, Promar Consulting.
Hubert Sauper, *La pesadilla de Darwin*, 2004 (Francia-Austria-Bélgica).

Personas que ayudaron con la investigación y a las que doy las gracias, sin orden en particular:
Katsuhisa Fujimoto, presidente y director general de Dolphin Co., Ltd.
Dai Niimo, profesional de los acuarios.
Yoshimi Suenaga, profesor en la Universidad de Ciencias Marinas y Tecnología de Tokio.

Unas palabras de Kiyoshi Shigematsu, autor de *Un gato para los días difíciles*

Una novelista de treinta años y una columnista de cuarenta, ambas antiguas alumnas de colegios femeninos, conversan entre sí. La novelista es Asako Yuzuki y la columnista es Jane Su. El tono es despreocupado, como una reunión de amigas entre profesora y alumna.

Nos encontramos en el número del 31 de diciembre de la revista *Da Vinci*, en el que se dedicó un artículo especial a Asako Yuzuki con el título «La escritora más popular entre las mujeres». La parte central del artículo era la entrevista con Jane Su.

En el punto álgido de la conversación, Asako pregunta:

–¿No te parece que los colegios femeninos suelen ser objeto de un montón de prejuicios? Como que dentro hay jerarquías o que a ellos solo asisten niñas pijas.

Con el mismo espíritu que refleja en su obra *¿Hasta cuándo piensas seguir siendo una chica?*, ganadora del premio Kodansha de ensayo en 2014, Jane replica:

–Creo que no pasa nada si no logras entenderte con la gente que piensa así.

Asako asiente con vehemencia:

–Es verdad. A veces hay que darse cuenta de que no hace falta entenderse con todo el mundo.

–En el fondo da igual. Quizá al principio notes una especie de gelidez en el pecho, pero si piensas en el esfuerzo que requiere hacerse entender…

Y Asako responde:

–Perdemos mucho al pensar que hay que entender y empatizar con todo el mundo, ¿verdad?

Creo que basta con esta frase para dar por cumplido, al menos parcialmente, mi cometido de decir unas palabras sobre *Colgada*.

Este libro, novela que Asako publicó en 2015, unos meses antes de esa entrevista, es precisamente una exploración de todo lo que se pierde al pensar que uno debe entender y empatizar con todo el mundo.

Eriko trabaja para una gran empresa y Shōko es un ama de casa famosa gracias a su blog *Diario de Ohyō, un ama de casa inútil*. A simple vista parecen polos opuestos. Sin embargo, como dice Eriko, puede que sus gustos y personalidades no tengan la menor similitud, pero son iguales en lo que realmente importa. Por casualidades del destino, ambas se conocen y se hacen amigas.

En el inicio de la obra se describe una escena bellísima, rebosante de felicidad. Una noche en la que Eriko, incapaz de hacer amigas, se emociona profundamente al sentir que le basta con tener una sola amiga en el mundo entero para reafirmar su existencia como persona.

No voy a decir más para no destripar la historia a quienes no la hayan terminado aún, pero estoy seguro de que los que ya la hayan leído saben exactamente de qué pasaje estoy hablando y no habrán podido evitar sonreír al recordarlo.

Sin embargo, esa felicidad es efímera. Según la historia avanza, hacia la mitad del libro, vemos cómo ambas protagonistas se hunden. Las dos pierden aquello que les ayuda a reafirmar su existencia como personas y olvidan los sentimientos de aquella noche.

Su relación se desquebraja, tuerce y agrieta. No es que la amistad se rompa, más bien es la propia amistad la que las rompe a ellas. Dicho de manera más precisa: el pensamiento de que no pueden existir sin una amiga las lleva a un estado de miseria y sufrimiento extremos.

Ambas necesitan que sus conexiones con otras personas reafirmen sus existencias. ¿Qué acabarán haciendo con tal de conseguir lo que anhelan?

Ni que decir tiene que no puedo revelarlo aquí. En lugar de eso plantearé unas preguntas: ¿qué hay en el origen de la amistad?

¿Qué sentimiento es el que une a las personas como amigas?

Para Eriko, lo más importante es ser capaz de sentirse identificada. Aunque no solo le pasa a ella:

«Todas las personas desean con tanta ansia sentirse identificadas con los demás que, si no lo logran, se retuercen de dolor y lloran. Pagarían lo que fuera por sentirse así. Lo que fuera. Por eso nadie puede dejar internet».

No hace falta ni siquiera irse a los «me gusta» o retuits. El mundo está saturado, hasta el punto de resultar asfixiante, de anhelos de ser comprendidos por alguien o comprender a otros.

Para mí, sentirse identificado también puede significar buscar reconocimiento, aceptación o incluso estar con alguien. Eso es lo que Eriko busca en Shōko. Desea unirse a ella y por eso le dice:

«Siempre he pensado que, si nos apoyáramos la una en la otra, formaríamos un dúo invencible… Quiero que charlemos, que nos divirtamos haciendo cosas juntas y que recarguemos energía. Y luego quiero que luchemos juntas contra algo enorme».

Ese «algo enorme» del que habla Eriko no es otra cosa que las cosas que hacen competir a las mujeres entre sí.

Quienes no hayan leído la novela, igual que la propia Shōko en la historia, puede que frunzan el ceño ante la frase y no comprendan qué quiere decir Eriko. No pasa nada. Es algo bueno. Porque los lectores que ya hayan llegado hasta ese capítulo sentirán, sin ninguna duda, envidia. Al menos ese es mi caso.

Aquellos que no hayan llegado hasta esa parte podrán experimentar las palabras de Eriko en un vacío, sin la contaminación del contexto.

En el momento en que se desvela la identidad de las cosas que hacen competir a las mujeres, se le queda a uno un regusto de satisfacción en la boca. Una mezcla entre alegría y alivio. Es un privilegio poder disfrutar con esa plenitud de sensaciones mientras se lee.

Y es justo a partir de ese punto en el que se descubre la verdadera esencia del libro o, para ser más precisos, la verdadera esencia de Asako Yuzuki como escritora.

Porque esta no es una historia en la que la amistad y la empatía venzan todos los conflictos y las dos protagonistas se conviertan en ese dúo invencible y luchen juntas contra aquellos que hacen competir a las mujeres. Al contrario, narra sin miedo cómo Eriko, en su búsqueda obsesiva de sentirse identificada con otros, va perdiendo poco a poco trozos de sí misma. Expone también, sin edulcorantes, la fragilidad de Shōko, que parecía, en un principio, la más sensata de las dos. Y, así, la narración desgarra sin piedad al lector, pues le recuerda que, en el fondo, se parece más a Eriko y a Shōko de lo que le gustaría admitir en voz alta.

¿Y por qué no hablamos de Maori? Otro personaje de la obra, pero que ha tenido más suerte a la hora de hacer amigas.

Un escritor normal la hubiera usado como punto de referencia, como figura estable con la que el lector pudiera empatizar. Pero Asako la convierte en una persona excéntrica, un personaje con el que resulta casi imposible sentirse identificado.

Como escritor, quiero levantar las manos, como si me estuviera rindiendo, y decir: «Menuda genialidad».

Y puede que, a muchos, lo poco que acabo de contar de Maori no les parezca merecedor de tal alabanza. Pero esperad: no os precipitéis. No quiero que se me malinterprete, tampoco esta es una historia que pueda resumirse en: «Las personas nacen solas y mueren solas, punto final».

Aquí es donde de nuevo Asako Yuzuki saca a relucir la verdadera esencia de la obra y su verdadera esencia como escritora.

En el final del libro, Eriko y Shōko forjan una amistad que se sustenta con algo distinto a la empatía. Una amistad que solo es posible al negar ese deseo de tener a otra persona a su lado que las empujaba al inicio de la novela. No pueden recuperar los recuerdos felices de aquella primera noche, pero es precisamente el recuerdo de esa noche que ya no pueden recuperar lo que sostiene el futuro de ambas.

Quizá «amistad» no sea la palabra exacta para definir su relación. Pero Asako Yuzuki rompe con todo lo establecido sobre la amistad y casi fuerza al lector a darle la razón.

Entre nosotros os confesaré la verdad: esta es una historia sobre una amistad extraordinaria y formidable.

Por ahora no he hecho más que ordenar, con algo de lógica, lo que sentí al leer la edición de tapa dura de este libro. Quizá podría titularse como «Guía de lectura de *Colgada* a marzo de 2015».

Creo que uno de los mayores placeres de leer obras de un escritor contemporáneo es atar cabos entre las nuevas novelas y las ya publicadas. A mí me gusta referirme a este proceso como «crear constelaciones». Cuando escribo esto, en marzo de 2015, *Colgada* es la obra más reciente de Asako Yuzuki en este momento y solo puedo crear constelaciones con sus obras anteriores. En esta constelación hay estrellas como la amistad femenina o la objeción mordaz y a veces humorística a los estereotipos que encasillan las relaciones entre mujeres.

De hecho, incluso en su relato debut de 2008, *Forget Me, not Blue*, obra ganadora del premio All Yomimono de nuevos escritores, encontramos ya estos temas. Al leer este libro, pensé que Asako ya había llevado hasta el extremo estas ideas.

Sin embargo, cuando en el otoño de 2017 releí este libro para escribir estas palabras, sentí algo distinto. Para entonces esta novela ya no era su obra más reciente y Asako se había convertido en una de las escritoras favoritas de todo el país y cada nueva obra suya generaba una oleada de expectación.

Una de estas obras es *Butter*, publicada en Japón en abril de 2017. En esta novela aparecen detalles del caso real de unos asesinatos en serie en cuyo juicio Kanae Kijima fue condenada a muerte. Igual que con *Colgada*, *Butter* causó un gran revuelo nada más publicarse.

Al crear la constelación que une las dos obras, mi percepción de *Colgada* cambió por completo. Un personaje que en mi primera lectura apenas me había parecido lo suficientemente relevante como para considerarlo un mero secundario, de pronto entró en primer plano.

Hablo de Yasuko Watanabe, una ejecutiva de TEPCO asesinada en 1997. Una mujer de negocios que por la noche trabajaba como prostituta. Nunca se ha encontrado al culpable.

En la novela apenas se la menciona un par de veces. Pero en mi relectura me di cuenta de que su presencia era demasiado pesada como para ignorarla.

«Lo más probable es que esa mujer tampoco tuviera amigas… Día tras día con un único objetivo: ir al trabajo y volver a casa, sin amigas con quienes compartir las penas o las preocupaciones. Quizá ni ella misma supiera bien qué es lo que quería o qué es lo que le apenaba y vivía cada día como si fuera invisible. Y por eso mismo trató de demostrar que era real en los brazos de desconocidos».

De nuevo la autora nos presenta la misma idea: buscarse a uno mismo a través de los demás. La misma idea que persiguen tanto Eriko como Shōko.

Deducir hasta qué punto han influido estos dos casos reales (el asesinato de Yasuko Watanabe y los asesinatos en serie de Kanae Kijima) en estas dos obras de ficción no es algo que me corresponda a mí decir ni tampoco que sea capaz de hacerlo, pues es una pregunta que supera mis capacidades como escritor.

Sin embargo, al ver que ambas novelas tienen en su bibliografía el libro *Poison Women: Between the TEPCO Office Lady and Kanae Kijima* no puedo evitar pensar que la autora no habla de esas dos mujeres, sino de lo que hay entre ambas. En ese «entre» están también Eriko y Shōko y, por supuesto, Maori y todos los lectores independientemente de su género.

Al conectar ambas obras y crear una nueva constelación en el firmamento nocturno sucede algo curioso: al releer *Colgada*, pienso en *Butter*.

Manako Kajii, el personaje que evoca a la Kanae Kijima real, condenada a muerte, posee unos «ojos grandes, redondos y negros como uvas maduras». Esta descripción se superpone a la imagen de la perca del Nilo: «Los ojos rojos, grandes y brillantes, no dejan entrever emoción alguna, pero transmiten tal severidad que da la sensación de que las percas pueden verlo todo».

Es Manako la que le pregunta a Rika, la protagonista de *Butter*, lo siguiente:

«¿De verdad te parece que este mundo merece la pena?».

Es decir, una vez que esos preciosos y milagrosos instantes de felicidad se desvanezcan y no sean más que recuerdos que evocar antes de dormir, ¿merece la pena vivir?

La respuesta de Rika al final de *Butter* es… que nadie se altere, no soy tan indiscreto como para destripar el final.

Entonces, ¿qué responderían Eriko y Shōko a esa pregunta? Tampoco es algo que pueda desvelar.

Creo que la respuesta es lo que se te quede grabado en el corazón al terminar el libro. Simplemente eso.

Uno de los principales atractivos de seguir a una escritora en activo es no solo ver las conexiones entre sus obras, sino poder descubrir también las de sus obras futuras.

Colgada representa uno de los temas que Asako Yuzuki trata desde su debut y además sirve de enlace para conectar con las obras que creará más adelante. Por tanto, me alegro de que este libro haya recibido tantos galardones y quiero felicitarla en concreto por ganar el 3.º Premio Naoki de estudiantes de secundaria.

Durante el proceso de selección, los jóvenes lectores emitieron comentarios admirables, como:

«Al principio lo leí pensando que era una historia sobre las relaciones entre chicas, pero me he dado cuenta de que trata de algo mucho más universal: luchar y debatirse es lo mismo, da igual que seas hombre o mujer».

«Al leerlo, conocí una nueva forma de ver las cosas».

Yo tengo casi veinte años más que la autora, así que para los estudiantes de secundaria soy casi un abuelo, pero aun así no puedo evitar aplaudirles al oír sus comentarios. Sentí un nudo en el pecho al pensar que ellos también son capaces de entender el dolor y la tristeza de Eriko y Shōko.

Así que me gustaría escribirles un mensaje a todos esos jóvenes: ¡qué suerte que tenéis a Asako Yuzuki! ¿Qué constelaciones crearéis vosotros de sus obras? Me encantaría que me lo contaseis algún día.

Creedme cuando os digo que las obras de esta autora os acompañarán toda la vida.

Table of Contents

Medio Título
Título
Créditos
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
Bibliografía